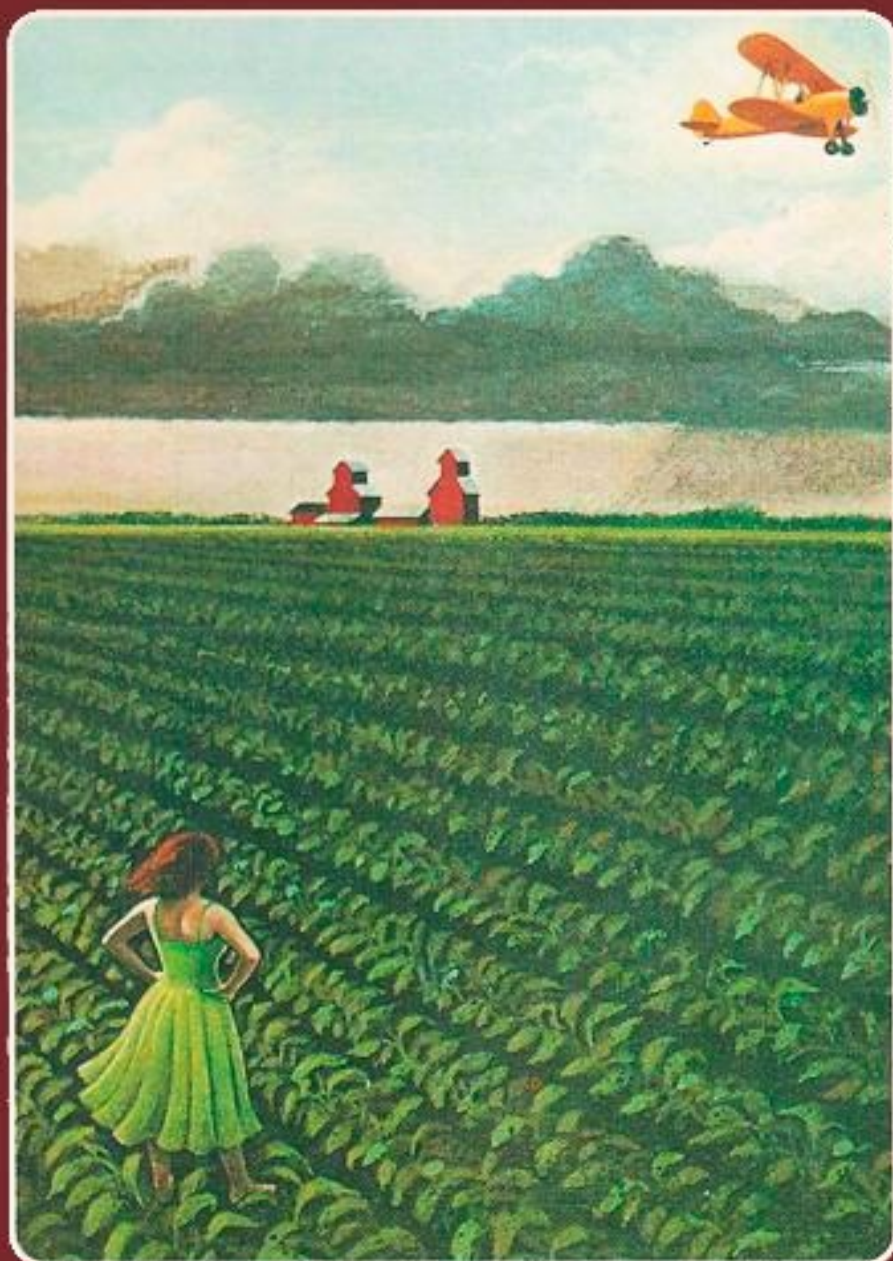


Louise Erdrich

La Reina de la Remolacha



Lectulandia

Esta extraordinaria segunda novela de Louise Erdrich, «La Reina de la Remolacha», empieza en una fría mañana de invierno a principios de los años treinta, mucho antes de que los campos se cubrieran de remolacha, cuando los hermanos Karl y Mary Adare, aún adolescentes, llegan a Argus, pequeña población cercana a una reserva india de Dakota del Norte, cuyo único contacto con el exterior es el ferrocarril. Al quedar huérfanos en extrañas circunstancias, Karl y Mary deciden buscar refugio en casa de una tía, casada con el carnicero del pueblo.

Los protagonistas de esta inolvidable historia de obsesivas pasiones son aparentemente corrientes, pero irradian todos ellos como una inaprensible presencia mágica: además de Karl y Mary, están, por ejemplo, la prima Sita, hermosa, alborotada, ambiciosa y celosa; Wallace Pfef, presidente de la Cámara de Comercio de Argus, portador de un inviolable secreto; Celestine James, una mestiza chippewa, y su hija Dot, a quien los lectores de «Filtro de amor» conocieron ya en esta primera novela de la autora.

A lo largo de cuarenta años, todos los personajes de esta saga familiar —teñida en todo momento de un sutil humor negro— se enfrentan, se repudian y vuelven a reunirse inevitablemente. La suya es una historia cimentada en la tenacidad de conflictivas relaciones de amor y amistad y en la magia del insalvable misterio de la condición humana.

Lectulandia

Louise Erdrich

La Reina de la Remolacha

ePub r1.0

Titivillus 08.06.2019

Título original: *The Beet Queen*
Louise Erdrich, 1986
Traducción: Carlos Peralta

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

La rama

Primera Parte

Capítulo uno (1932)

MARY ADARE

La noche de Karl

Capítulo dos (1932)

SITA KOZKA

MARY ADARE

CELESTINE JAMES

Rescate

Capítulo tres (1932)

KARL ADARE

Vista aérea de Argus

Segunda Parte

Capítulo cuatro (1941)

MARY ADARE

El Picnic de los Huérfanos

Capítulo cinco (1950)

SITA KOZKA

El casamiento de Sita

Capítulo seis (1952)

KARL ADARE

La noche de Wallace

Capítulo siete (1953)

CELESTINE JAMES

La noche de Mary

Capítulo ocho (1953)

SITA KOZKA

La noche de Russell

Capítulo nueve (1954)

WALLACE PFEF

La noche de Celestine

Tercera Parte

Capítulo diez (1960)

MARY ADARE

La noche de Sita

Capítulo once (1964)

CELESTINE JAMES

El aviorama

Capítulo doce (1964)

WALLACE PFEF

El ox Motel

Cuarta Parte

Capítulo trece (1972)

CELESTINE JAMES

SITA TAPPE

MARY ADARE

El héroe más condecorado

Capítulo catorce (1971)

WALLACE PFEF

El pasajero

Capítulo quince (1972)

KARL ADARE

La tribuna

Capítulo dieciséis (1972)

DOT

A Michael:
cómplice en
cada palabra, esencial
como el aire

Agradezco, primero, a mi padre Ralph Erdrich y también a mi abuela Mary Erdrich Korll, a nuestro editor Richard Seaver, a nuestra tía Virginia Burkhardt por su generoso entusiasmo y su admiración, a Charles Rember, y a Barbara Bonner, amiga y apasionada lectora.

Mucho antes de que en Argus se plantaran remolachas y construyeran autopistas ya había un ferrocarril. Por sus vías, que atravesaban la frontera entre Dakota y Minnesota y se extendían hasta Minneapolis, llegaron todas las cosas que hicieron esta ciudad. Las cosas que la echaban a perder también se fueron por ese camino. Una fría mañana de primavera de 1932 el tren, un tren de mercancías, trajo a la vez una adición y una sustracción. Ambas llegaron a Argus con los labios morados y los pies tan entumecidos que, cuando saltaron del vagón, tropezaron y se rasguñaron las palmas y las rodillas sobre el suelo de cenizas.

El chico, alto para sus catorce años, estaba encorvado por el brusco crecimiento y era muy pálido. Tenía la boca dulcemente curvada, la piel fina y de niña. Su hermana sólo tenía once, pero era ya tan baja y corriente que evidentemente sería igual toda su vida. Su nombre era práctico y aladrado, como ella misma. Mary. Se sacudió el abrigo e hizo frente al viento mojado. Entre los edificios sólo podía ver más horizonte desnudo y, de vez en cuando, hombres que lo atravesaban. En esa época el trigo era la cosecha principal y el suelo fértil había sido arado hacía tan poco que todavía no había volado íntegro, como en Kansas. En realidad, las cosas eran generalmente mucho mejores en el este de Dakota del Norte que en la mayoría de los lugares, y por eso Karl y Mary Adare habían venido en ese tren. Fritzie, la hermana de su madre, vivía en el límite oriental de la ciudad. Ella y su marido eran dueños de una carnicería.

Los dos Adare se metieron las manos en las mangas y echaron a andar. Una vez que empezaron a moverse entraron en calor, aunque habían estado viajando toda la noche y el frío había calado hondo. Se dirigieron hacia el este por la ancha calle principal de tierra y tablones, leyendo los letreros en todas las tiendecillas improvisadas que veían y hasta las letras doradas del edificio de ladrillo del banco. Ninguno de esos sitios era una carnicería. De pronto las tiendas se acabaron y se inició una serie de casas, grisáceas debido a la intemperie o a la pintura resquebrajada, con perros atados a la barandilla del porche.

En los patios de unas pocas casas había árboles jóvenes y uno de ellos, tenue, un arañazo de luz sobre el gris universal, agitaba un chal de flores. Mary avanzó firmemente, casi sin mirarlo, pero Karl se detuvo. El árbol lo atrajo con su delicada fragancia. Sus mejillas se colorearon, estiró los brazos como un sonámbulo y con un largo movimiento extático flotó hasta el árbol y hundió la cara entre los pétalos blancos.

Cuando se volvió a mirar a Karl, Mary se asustó porque se había quedado muy rezagado y estaba inmóvil, con la cara apretada contra las flores. Gritó pero él no dio muestras de oír: estaba paralizado, extraño, entre las ramas. No se movió ni siquiera cuando el perro ladró y tiró de su cuerda. No advirtió que la puerta de la casa se abría y que una mujer salía precipitadamente. Le gritó a Karl, pero él no respondió y ella desató el perro. Grande y ansioso, avanzó dando amplios saltos. Y luego, para protegerse o para coger las flores, Karl se estiró y arrancó una rama del árbol.

Era una rama tan grande, y el árbol tan pequeño, que el moho atacaría la cicatriz. Las hojas caerían más tarde ese verano y la savia retornaría a las raíces. La primavera siguiente, cuando Mary pasó por su lado para hacer algún recado, vio que no había florecido y recordó que, cuando el perro se había lanzado contra Karl, él lo había amenazado con la rama y los pétalos habían caído alrededor del fiero cuerpo extendido del perro como súbita nieve. Luego había gritado: «¡Corre!», y Mary había corrido hacia el este, hacia tía Fritzie. Pero Karl había corrido de vuelta hacia el tren, hacia el vagón de carga.

Primera Parte

Capítulo uno (1932)

MARY ADARE

De modo que así fue como llegué a Argus. Yo era la niña del abrigo tieso.

Después de correr ciegamente y detenerme asustada al no ver detrás a Karl, lo busqué con la mirada y oí el pitido largo y agudo del tren. Fue entonces cuando comprendí que probablemente Karl había saltado al mismo vagón de carga y ahora estaba acurrucado entre la paja mirando por la puerta abierta. La única diferencia era la rama fragante que florecía en su mano. Vi el tren que se arrastraba como una sarta de cuentas negras por el horizonte, como he visto tantas veces después. Cuando se perdió de vista me miré los pies. Tenía miedo. No era que sin Karl no tuviera nadie que me protegiera, sino exactamente al revés. Sin nadie a quien cuidar y proteger, me sentía débil. Karl era más alto que yo pero escuálido, y por supuesto mayor, pero temeroso. Padecía fiebres que lo sumían en un estupor soñoliento y era muy sensible a los ruidos estridentes y a las luces crueles. Mi madre decía que era delicado pero yo era todo lo contrario. Era yo la que mendigaba manzanas demasiado maduras en la tienda y robaba crema de leche del patio trasero de la lechería de Minneapolis, donde estábamos viviendo el invierno siguiente a la muerte de mi padre.

Esta historia empieza en ese entonces, porque antes y de no ser por el año 1929, nuestra familia probablemente habría seguido viviendo cómodamente en una casa blanca aislada y solitaria en la orilla del lago Prairie.

Rara vez veíamos a nadie. Sólo estábamos nosotros tres: Karl, yo y nuestra madre, Adelaide. Incluso entonces había en nosotros algo diferente. Nuestro único visitante era Ober, un hombre con una barba negra cuidadosamente recortada. Era propietario de todo un condado de trigales en Minnesota. Dos o tres veces por semana aparecía al atardecer y guardaba su coche en el establo.

Karl odiaba las visitas del señor Ober, pero yo las esperaba porque siempre alegraban a mi madre. Era como si en casa cambiara el clima. Recuerdo que la última noche que vino el señor Ober, ella se puso el vestido de seda azul y el collar de piedras brillantes que, como sabíamos, le había regalado él. Se hizo un moño con su trenza de color rojo oscuro y lo sujetó con alfileres y luego me cepilló el pelo con cien suaves pasadas iguales. Cerré los ojos y la escuché contar.

—Esto no lo has heredado de mí —dijo finalmente, mientras dejaba caer el pelo lacio y negro sobre mis hombros.

Cuando llegó el señor Ober, fuimos con él a la sala. Karl, en el sofá de crin, fingía fascinación por los losanges rojos tejidos de la alfombra. Como era habitual, el señor Ober me eligió a mí para sus mimos. Me puso en sus rodillas, llamándome Schatze.

—Para su pelo, señorita —dijo, mientras sacaba del bolsillo de la chaqueta una cinta de satén verde. Tenía una voz grave, pero me gustaba su sonido en contrapunto con la de mi madre o cubriéndola. Más tarde, cuando nos enviaron a la cama a Karl y a mí, me quedé escuchando, despierta, las voces adultas que se elevaban, enredaban y caían, primero en la sala de la planta baja y luego, apagadas, en el comedor. Oí que ambos subían las escaleras. Se cerró la gran puerta al final del pasillo. Mantuve los ojos abiertos. Oscuridad, los crujidos y sobresaltos de una casa por la noche, el viento en las ramas, golpeteando. Por la mañana él se había marchado.

El día siguiente Karl estuvo enfurruñado hasta que nuestra madre le devolvió el buen humor con besos y abrazos. Yo también estaba triste, pero conmigo ella no tenía paciencia.

Karl siempre cogía antes que nadie el periódico del domingo para ver los cómics, de modo que fue él quien descubrió en la primera página la foto del señor Ober y su esposa. Había habido un accidente durante la carga del trigo en un silo y el señor Ober había muerto asfixiado. Madre y yo estábamos limpiando los cajones de la cocina y recortando papel blanco para forrarlos cuando Karl trajo el periódico y nos lo mostró. Recuerdo que Adelaide llevaba el pelo peinado en dos trenzas rojas torcidas y que cayó al suelo cuando larga era. Karl y yo nos agachamos a su lado, muy cerca, y cuando abrió los ojos la ayudé a sentarse en una silla.

Movía la cabeza hacia atrás y adelante, no quería hablar y se estremecía como una muñeca rota. Luego miró a Karl y vio que él no lo sentía.

—¡Tú te alegras! —exclamó.

Karl apartó la cabeza, hosco.

—¡Era tu padre! —dijo ella.

Así se supo.

Mi madre sabía que ahora había perdido todo. La mujer de él sonreía en la foto. Nuestra gran casa blanca estaba a nombre del señor Ober, junto con todo lo demás, excepto un coche que Adelaide vendió la mañana siguiente. El día del funeral cogimos el tren de mediodía a las Ciudades sólo con lo que podíamos llevar en maletas. Mi madre pensaba que allí, con su figura y su buen aspecto, podría encontrar trabajo en una tienda elegante.

Pero no sabía que estaba embarazada. No sabía cuánto costaban verdaderamente muchas cosas. Seis meses después el dinero se acabó y estábamos desesperados.

Yo no supe lo mal que estábamos hasta que mi madre robó una docena de pesadas cucharas a la patrona, que era amable o al menos no tenía nada contra nosotros, y a quien mi madre consideraba una amiga. Adelaide no dio explicaciones cuando descubrí las cucharas en su bolsillo. Días después desaparecieron y Karl y yo tuvimos gruesos abrigos. Además había un montón de plátanos verdes en nuestro estante. Durante varias semanas bebimos botellas de litro de crema de leche y comimos tostadas con mantequilla y una buena capa de mermelada. Creo que poco después el niño estaba a punto de nacer.

Una tarde mi madre nos envió abajo con la patrona. La mujer era corpulenta y tan insulsa que he olvidado su nombre, aunque recuerdo vívidos detalles de todo lo que ocurrió en esa ocasión. Era una tarde fría de finales del invierno. Mirábamos la vitrina donde se guardaban, después del robo, los platos pintados y los porta tazas de plata. Los contornos de nuestras caras nos miraban como fantasmas. De vez en cuando Karl y yo oíamos que alguien gritaba. Una vez algo pesado golpeó en el suelo directamente sobre nuestras cabezas. Ambos miramos al cielorraso y extendimos los brazos como para recogerlo. No sé qué pasó por la mente de Karl, pero yo pensé que era el niño, pesado como el plomo, cayendo en línea recta a través de las nubes y del cuerpo de mi madre. Yo tenía una idea confusa del proceso del nacimiento. Fuera como fuese, ninguna explicación que yo pudiera soñar justificaba el largo grito que desgarró el aire, blanqueó la cara de Karl e hizo que se cayera de la silla hacia adelante.

Yo había renunciado a revivir a Karl cada vez que se desvanecía. Confiaba en que volvería en sí por sí solo, como ocurría siempre, con aire

amable y deslumbrado y algo aliviado. Lo más que yo hacía era sostenerle la cabeza hasta que se le abrían los ojos.

—Ha nacido —dijo cuando recobró el sentido.

No me moví, como si supiera que con ese grito se había completado nuestro desastre. Karl protestó y argumentó que por lo menos subiéramos las escaleras, aunque no fuéramos hasta la puerta misma, pero yo no me moví hasta que la patrona bajó y nos dijo, primero, que ahora teníamos un hermanito y, segundo, que había encontrado debajo del colchón una de las cucharas de plata de su abuela y que no iba a preguntar cómo había llegado allí, pero que teníamos cuatro semanas para marcharnos.

Esa noche me dormí sentada en una silla junto a la cama de Mamá, a la luz de una lámpara, sosteniendo al niño envuelto en una manta ligera de lana. Karl estaba enroscado como una araña a los pies de Mamá, y ella dormía profundamente con el pelo brillante y desordenado sobre las almohadas. Tenía el rostro pálido y demacrado, pero después de que habló no sentí piedad.

—Debería dejar que se muriera —murmuró. Tenía los labios blancos, congelados en el sueño. Debería haberla despertado, pero el bebé, curvado, se apretaba contra mí.

—Podría enterrarlo en el patio trasero —susurró ella—, entre las matas.

—Mamá, despierta —dije, pero ella siguió hablando.

—No tendré leche. Estoy demasiado delgada.

Miré al bebé. Tenía la cara redonda, con manchas azules, y los párpados hinchados y casi cerrados. Parecía frágil, pero cuando se movió le puse el meñique en la boca, como había visto hacer a las mujeres para tranquilizar a los niños, y chupó ansiosamente.

—Tiene hambre —le dije.

Pero Adelaide se giró y volvió la cara hacia la pared.

La leche afluyó a los pechos de Adelaide, al principio más de la que el bebé podía tomar. Tuvo que alimentarlo. La leche rezumaba formando manchas oscuras en sus camisas de tartán verde claro. No ignoraba por completo al niño, aunque se negaba a darle un nombre. Hizo pañales con sus enaguas y un pequeño ajuar con su camisón, pero muchas veces lo dejaba llorar. A veces lloraba durante tanto tiempo que la patrona subía la escalera resoplando para averiguar qué marchaba mal. Le preocupaba que estuviéramos tan desesperados y nos traía los alimentos abandonados por los

inquilinos que pagaban. Sin embargo, no cambió su decisión. Debíamos marcharnos cuando terminara ese mes.

Las nubes de primavera eran altas y el aire estaba tibio el día que salimos a buscar otro sitio. Todas las ropas ordinarias que Mamá poseía habían sido usadas para el bebé, de modo que sólo le quedaban las cosas buenas, la lana de mejor calidad, las sedas, los encajes. Llevaba un abrigo negro, un vestido negro adornado con encaje crema y delicados guantes de ganchillo. Tenía el pelo anudado en un estricto moño brillante. Ibamos por las aceras de ladrillo buscando anuncios en las ventanas, casas de huéspedes de las más baratas, barracones, hoteles. No encontramos nada y finalmente nos sentamos a descansar en un banco atornillado al costado de una tienda. En aquellos tiempos las calles de las ciudades eran mucho más amables. A nadie le importaba que los pobres recuperaran sus fuerzas, dejaran caer su carga, hablaran de su fracaso en el mundo.

—Podríamos volver con Fritzie —dijo Mamá—. Es mi hermana. Tendría que recibirnos.

Yo sabía por su voz que eso era lo último que deseaba.

—Podrías vender tus joyas —le dije.

Mamá me dirigió una mirada de advertencia y se llevó la mano al broche del cuello. Tenía apego a las cosas que el señor Ober le había regalado a lo largo de los años. Cuando se lo pedíamos, nos las mostraba: el complicado collar de granates, el broche de ónix, los pendientes de perlas, la peineta española y el anillo con el espléndido diamante amarillo. Yo pensaba que no las habría vendido ni siquiera para salvarnos. Nuestras penurias la habían golpeado y estaba debilitada, pero en su debilidad era también obstinada. Nos quedamos en el banco de la tienda quizá media hora; luego, Karl advirtió música en el aire.

—Mamá —pidió—, ¿es una feria!

Como siempre ocurría, ella empezó por decir no, pero eso era una formalidad y los dos lo sabían. En un instante él la había seducido y persuadido a que fuéramos.

En la zona ferial de la ciudad, a pocas calles, se estaba celebrando el Picnic de los Huérfanos, una venta de caridad a beneficio de los niños sin hogar de Saint Jerome. Vimos la alegre bandera roja resplandeciendo sobre la entrada, con el sello del santo patrono. Había pabellones de tablas entre la larga hierba de color castaño remanente del invierno. Las monjas se deslizaban entre los mostradores con estolas y medallitas consagradas o aguardaban dignamente detrás de hileras de rosarios, cajas de zapatos llenas

de estampas, estatuillas de santos y juguetes corrientes. Nos metimos en la excitación, mirando los saquitos cerrados con sorpresas, los juegos de azar, los objetos religiosos y los dulces expuestos. En un pabellón donde vendían sonoros artículos de metal, Mamá se detuvo y sacó de su bolso un billete de un dólar.

—Me llevaré eso —dijo al vendedor mientras señalaba. El sacó de su caja una navaja con cachas de nácar y se la dio a Karl. Luego ella señaló un collar de cuentas: oro y plata.

—No lo quiero —dije.

Enrojecí, pero después de una breve vacilación compró de todos modos el collar. Luego hizo que Karl se lo ajustara al cuello. Puso el bebé en mis brazos.

—Tome, señorita Aguafiestas —dijo.

Karl se puso a reír y le tomó la mano. Vagando de un pabellón a otro, finalmente llegamos a la tribuna, y Karl empezó a llevarla inmediatamente hacia los asientos. Tuve que seguirlos a trompicones. El suelo estaba cubierto de papeles. Había carteles pegados a los árboles y a las paredes de tablas. Mamá recogió un papel pequeño.

EL GRAN OMAR. EL EXTRAORDINARIO AERONAUTA. PRESENTACION A MEDIODIA. Debajo de las palabras se veía la foto de un hombre delgado, de bigotes, con una bufanda amarilla ondeando al viento.

—Por favor —dijo Karl.

Y así nos unimos a la muchedumbre boquiabierta.

El avión picaba, giraba, zumbaba, se deslizaba por encima de nosotros como un insecto. Yo no estiraba el cuello ni abría la boca llena de excitación como los demás. Miraba al bebé, examinaba su carita. Acababa de emerger del interminable sueño de los recién nacidos y ahora, de vez en cuando, me miraba con profunda concentración. Encontré en su cara una disposición distinta de mí misma: era más atrevido, vivo como la luz, de mal genio. Fruncía el ceño, inconsciente de que estaba inerme, molesto solamente por el grave zumbido del biplano que aterrizaba y carreteaba hacia la multitud.

Al recordarlo ahora, no puedo creer que no haya tenido ninguna premonición. Apenas miré cuando el Gran Omar saltó del avión, y no aplaudí sus palabras ni sus amplios saludos. Apenas escuché cuando ofreció llevar a quien se atreviera. Creo que pedía uno o dos dólares por ese privilegio. No lo advertí. No estaba preparada para lo que ocurrió después.

—Yo —gritó mi madre, alzando su bolso al sol.

Sin mirar atrás, sin una palabra, sin advertencia ni vacilación, se abrió paso a través de la gente reunida al pie de la tribuna y avanzó por el espacio vacío alrededor del piloto. Miré por primera vez al Gran Omar. Inspiraba asombro, como sus carteles. Llevaba anudada al cuello la bufanda amarilla y ciertamente usaba bigote. Creo que tenía un jersey blanco manchado de grasa. Era delgado y atezado, más pequeño en relación con el biplano de lo que se veía en el cartel, y mucho mayor. Después de ayudar a mi madre a subir al asiento del pasajero y de situarse ante los mandos, se puso unas antiparras verdes. Y entonces hubo un momento de sorpresa, infinito, mientras se preparaba para despegar. El aviador hizo unas señas a los dos hombres que le habían ayudado a hacer girar el avión.

—¡Listos! ¡Arranque!

—¡Cuidado con la hélice! —gritó Omar, y los hombres saltaron a los lados.

La hélice levantó viento. El avión se inclinó hacia adelante, se elevó sobre los árboles bajos, ganó altura. El Gran Omar giró alrededor del campo y vi el largo pelo rojo de mi madre que se liberaba del apretado moño y flotaba suelto en un arco que parecía enredarse en torno de sus hombros.

Karl contemplaba el cielo paralizado por la fascinación y nada dijo mientras el Gran Omar realizaba sus pasadas acrobáticas. Yo no podía mirar. Estudiaba la cara de mi hermanito y esperaba, tensa, que el avión se estrellara contra el suelo.

La muchedumbre empezó a ralea. La gente se alejaba. Era más difícil oír el ruido del motor. Cuando me atreví a levantar la vista, el Gran Omar se alejaba en línea recta de la feria con mi madre. Pronto el avión fue sólo un punto blanco, luego se confundió con el cielo claro y se desvaneció.

Sacudí el brazo de Karl, pero él se liberó de mí y saltó hacia el borde del palco.

—¡Llévame! —gritó, inclinándose sobre el pasamanos. Tenía la vista clavada en el cielo, y parecía como si quisiera lanzarse hacia él.

Satisfacción. Me asombró, pero eso fue lo primero que sentí cuando Adelaide desapareció volando. Por una vez nos había abandonado a ambos. Karl dejó caer la cabeza entre las manos y empezó a sollozar contra sus gruesas mangas de lana. Yo aparté la vista.

Debajo del palco, la multitud se movía en olas azarosas. Por encima las nubes formaban una fina capa que cubría el cielo como una muselina. Contemplamos el ocaso que se congregaba en los ángulos del campo. Las monjas empezaron a empacar sus rosarios y libros de oraciones. En los

pequeños pabellones de la feria se encendieron luces de colores. Karl se golpeaba los brazos, pisaba con fuerza, se soplaba los dedos, pero yo no tenía frío. El bebé me abrigaba.

El bebé despertó, muy hambriento, y yo no podía consolarlo. Chupaba con tanta fuerza que yo tenía el dedo blanco y arrugado, y luego se echó a llorar. La gente se acercaba. Las mujeres extendían los brazos, pero yo apretaba más a mi hermano. No confiaba en ellas. No confiaba tampoco en el hombre que estaba a mi lado y hablaba suavemente. Era un hombre joven de cara triste, huesuda, sin afeitar. Lo que más recuerdo de él es su tristeza. Quería llevarle el bebé a su esposa para que ella lo alimentara. Tenía un recién nacido, decía, y leche suficiente para dos.

Yo no contestaba.

—¿Cuándo volverá tu madre? —preguntó.

Esperaba. Karl estaba mudo, mirando el cielo oscuro. Adultos entrometidos me rodeaban y me decían qué debía hacer.

—Dale el bebé, querida.

—No seas terca.

—Deja que lleve el niño a su casa.

—No —respondía yo a cada orden y a cada sugerencia; incluso llegué a darle un puntapié a una mujer atrevida que intentó arrebatarme de los brazos a mi hermano. Una por una se desanimaron y se marcharon. Sólo quedaba el joven.

Fue el bebé mismo quien finalmente me convenció. No dejaba de llorar. Cuanto más lloraba, más se acercaba el joven triste, más débil era mi resistencia, hasta que casi no pude contener mis propias lágrimas.

—Entonces iré con usted —le dije al joven—. Traeré de vuelta al bebé cuando haya comido.

—No —exclamó Karl, saliendo bruscamente de su estupor—. ¡No puedes dejarme solo!

Me aferró el brazo con tal urgencia que el bebé resbaló, y en ese momento el hombre me sostuvo, como si quisiera ayudarme, pero en cambio cogió al niño.

—Lo cuidaré bien —dijo, y se volvió.

Traté de liberarme de Karl; pero, como mi madre, era más obstinado cuando se asustaba y no lo conseguí. El hombre echó a andar hacia las sombras. Oí que el llanto del bebé se desvanecía. Finalmente me senté al lado de Karl y dejé que el frío se hundiera en mí.

Pasó una hora. Otra hora. Cuando las luces de colores se extinguieron y se elevó la luna borrosa detrás de las sábanas de nubes, supe con seguridad que el joven había mentido. No volvería. Y sin embargo, como parecía demasiado triste para hacer daño a nadie, sentí más temores por Karl y por mí. Éramos nosotros los que estábamos absolutamente abandonados. Me puse de pie. Karl se puso de pie a mi lado. Sin una palabra caminamos por las calles vacías hasta la pensión. No teníamos llave, pero Karl demostró un talento inesperado. Con la delgada hoja de la navaja que le había regalado Adelaide abrió la cerradura.

Inundaban la fría habitación el tenue perfume de las flores secas que mi madre guardaba en su baúl, la densa fragancia de la naranja tachonada de clavos de olor que tenía colgada en su armario y la de esencia de lavanda con que se frotaba la piel por la noche. Todavía parecían demorarse allí la dulzura de su aliento, el roce de sus enaguas de seda, el rápido ruido de sus tacones. El dolor nos abrumaba. Nos hundimos en su cama y lloramos, envueltos en su colcha, abrazados. Y sin embargo, una vez hecho esto, adquirí un cerebro de hielo.

Me lavé la cara en el lavabo, desperté a Karl y le dije que iríamos a casa de tía Fritzie. Asintió sin esperanza. Comimos todo lo que había en la habitación, dos tortas frías, y preparamos una pequeña maleta de cartón. Karl la llevaba. Yo llevaba la colcha. Lo último que hice fue meter la mano hasta el fondo del cajón de mi madre y sacar su cajita redonda. Estaba bien cerrada y forrada de terciopelo azul.

—Tendremos que vender estas cosas —dije a Karl. El vaciló pero luego, con una mirada dura, cogió la cajita.

Salimos silenciosamente antes del amanecer y fuimos hasta la estación del tren. Entre los ramales cubiertos de hierba había hombres que conocían el destino de cada vagón de carga. Encontramos el que buscábamos y subimos. Extendimos la colcha y nos envolvimos, bien apretados, con nuestras cabezas apoyadas en la maleta y la cajita de terciopelo azul de Mamá entre nosotros, en el bolsillo de Karl. Me aferré a la idea de los tesoros que contenía, pero no podía saber que el reconfortante tintineo que partió de su interior cuando el tren se puso en marcha, esa tarde, no era el de la rica herencia que podía salvarnos —el collar de granates y el diamante amarillo— sino el de botones y alfileres y el silencioso recibo de una casa de empeños de Minneapolis.

Pasamos toda la noche en ese tren que frenaba y cambiaba de vías y rodaba hacia Argus. No nos atrevimos a bajar a beber agua o a robar comida. La única vez que lo intentamos el tren echó a andar tan bruscamente que

apenas logramos asirnos de una escalerilla. Perdimos la maleta y la colcha porque cogimos otro vagón, y durante el resto de la noche el frío no nos dejó dormir. Karl estaba tan desalentado que ni siquiera discutió cuando le dije que era mi turno de guardar la cajita de Mamá. Me la puse dentro del jersey. No me abrigaba; pero aun así, cuando cerraba los ojos, el fulgor del diamante y los dibujos de los granates girando en el aire oscuro me daban algo. Mi mente se endureció, brillante y facetada como una piedra mágica, y vi a mi madre con toda claridad.

Todavía estaba en el avión, volando cerca de las estrellas titilantes, cuando de pronto Omar advirtió que se le acababa el combustible. No se había enamorado a primera vista de Adelaide y ni siquiera le importaba lo que le ocurriera. Tenía que salvarse. Tenía que reducir la carga. Preparaba los mandos. Se ponía de pie en la carlinga. Y luego, con un solo movimiento repentino, arrancaba a mi madre del asiento y la arrojaba al espacio.

Durante toda la noche ella caía a través de un frío terrible. El abrigo se le abría y ondulaba y su vestido negro se envolvía apretadamente alrededor de sus piernas. El pelo rojo fluía hacia arriba como una llama. Era una vela que no daba calor. Mi corazón se congeló. Yo no la quería. Por eso, a la mañana, permití que chocara contra el suelo.

Cuando el tren se detuvo en Argus yo era un bloque de hielo resentido. Me dolió cuando salté y me raspé las rodillas heladas y las palmas de las manos. El dolor me aguzó lo bastante para que pudiera leer los letreros y estrujarme el cerebro tratando de recordar dónde estaba la tienda de tía Fritzie. Habían pasado años desde nuestra última visita.

Karl era el mayor y probablemente yo no debía responsabilizarme por perderlo también a él. Pero no lo ayudé. Corrí hasta el final de la ciudad. No podía soportar que su cara resplandeciera a la luz reflejada por las flores, rosada y radiante, como cuando mi madre la acariciaba.

Cuando me detuve, detrás de mis ojos brotaron lágrimas calientes y me ardieron los oídos. Tenía ganas de llorar pero sabía que era inútil. Me volví, mirando cuidadosamente a mi alrededor, y fue afortunado que lo hiciera, porque habíamos dejado atrás la carnicería y de pronto allí estaba, a corta distancia de la calle, en un camino de tierra. En un costado había un cerdo blanco pintado, y dentro del cerdo se leía CARNES KOZKA. Camine hacia allí entre hileras de pinos diminutos. El sitio parecía a medio construir pero próspero, como si Fritzie y Pete estuvieran demasiado ocupados con los clientes para ocuparse de las apariencias. Me detuve en el amplio porche y

miré todo atentamente, como hacen los mendigos. Había una hilera de cuernos de ciervo encima de la puerta. Pasé por debajo.

La entrada era oscura y me latía el corazón. Había perdido tanto, y había sufrido tanto por la pena y el frío, que no dudaba de que veía algo que era natural y comprensible, pero no real.

Una vez más el perro saltó contra Karl y las flores cayeron de su rama. Sólo que cayeron a mi alrededor en la entrada de la tienda. Olí los pétalos que se fundían sobre mi abrigo, sentí en mi boca su leve dulzura. No tuve tiempo para preguntarme cómo podía ocurrir eso porque desaparecieron con igual brusquedad apenas dije mi nombre a la persona que estaba detrás del mostrador de cristal.

Tío Pete era alto y rubio y llevaba una vieja gorra de denim del mismo color que sus ojos. Su sonrisa fue lenta, amable para un carnicero, y me llenó de esperanzas.

—¿Sí? —preguntó. No me reconoció ni siquiera cuando le dije quién era. Finalmente sus ojos se agrandaron y llamó a Fritzie.

—¡La hija de tu hermana! ¡Está aquí! —gritó en el pasillo.

Le dije que estaba sola, que había venido en un vagón de mercancías, y me alzó en sus brazos. Me llevó a la cocina, donde tía Fritzie freía una salchicha para mi prima, la guapa Sita, que me miraba fijamente desde su sitio en la mesa mientras yo trataba de explicar a Fritzie y a Pete cómo había brotado de la nada y había entrado por la puerta del frente.

Ellos me miraban con amable suspicacia, pensando que me había escapado. Pero cuando les hablé del Gran Omar y de cómo Mamá había alzado en alto su bolso y él la había ayudado a subir, sus caras se ensombrecieron.

—Sita, ve a limpiar los cristales del frente —dijo tía Fritzie. Sita se deslizó de mala gana de su silla—. Ahora mismo —agregó Fritzie. Tío Pete se sentó pesadamente y apretó los puños debajo del mentón.

—Continúa, dinos el resto —dijo, y yo les conté todo lo demás, y cuando terminé también había comido una salchicha y bebido un vaso de leche. Pero estaba tan cansada que casi no podía mantenerme erguida. Tío Pete me alzó. Recuerdo que me apoyé en él, y luego nada. Dormí ese día y toda la noche y no desperté hasta la mañana siguiente.

Me quedé quieta durante lo que parecía un largo rato, tratando de establecer el origen de los objetos que había en la habitación, hasta que recordé que pertenecían a Sita.

Allí es donde iba a dormir todas las noches durante el resto de mi vida. Los muros estaban recubiertos de cálido pino manchado. Las cortinas tenían estampados bailarines y notas musicales. La mayor parte de una pared estaba ocupada por un alto armario de roble con adornos en espiral y muchos cajones. Sobre él había una lámpara de madera con la forma de un pozo de los deseos. En el revés de la puerta había un espejo de cuerpo entero. Mientras asimilaba mi entorno entró por la puerta Sita, alta y perfecta, con una trenza rubia que le llegaba a la cintura.

Se sentó al borde de mi cama y cruzó los brazos sobre sus pequeños pechos nuevos. Tenía un año más que yo y uno menos que Karl. Desde la última vez que la había visto había crecido repentinamente, pero su desarrollo no la había convertido en una criatura torpe, delgada y huesuda. Sita sonreía. Me miraba, sus fuertes dientes blancos resplandecían y se acariciaba la trenza rubia que le colgaba del hombro.

—¿Dónde está tía Adelaide? —preguntó.

No respondí.

—¿Dónde está tía Adelaide? —repitió con voz furiosa y cantarina—. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Adónde ha ido? ¿Dónde está Karl?

—No lo sé.

Pensé, supongo, que el dolor de mi respuesta haría callar a Sita, pero eso era sólo porque aún no la conocía.

—¿Por qué os ha abandonado? ¿Dónde está Karl? ¿Qué es esto?

Cogió la cajita de terciopelo azul de mi pila de ropa y la agitó junto a su oído.

Le arrebaté la cajita con una indignada velocidad que ella no esperaba. Luego bajé de la cama, amontoné mis ropas entre los brazos y salí de la habitación. La puerta abierta en el pasillo daba al cuarto de baño, una habitación grande y humeante con muchos usos que pronto se convirtió en mi refugio porque tenía la única puerta que podía cerrarle a mi prima.

Después de llegar a Argus, todos los días, durante semanas, me despertaba lentamente pensando que estaba nuevamente en Lago Prairie y que nada de esto había ocurrido. Luego veía las oscuras vetas de la madera de pino y el brazo de Sita colgando de la cama, arriba, y el día comenzaba. Oía el rítmico zumbido de las sierras para la carne, las picadoras, los ventiladores. Husmeaba el aire cálido y oloroso a pimienta a causa de las máquinas de hacer salchichas. Tía Fritzie fumaba sus acres Viceroy en el baño. Tío Pete

estaba afuera alimentando al gran pastor alemán blanco que pasaba la noche en la tienda para defender las sacas de lona de dinero.

Yo me levantaba, me ponía uno de los viejos vestidos rosa de Sita e iba a la cocina a esperar a tío Pete. Preparaba el desayuno. Que pudiera hacer una buena taza de café y unos huevos fritos a los once años era una fuente de asombro para mis tíos y una ofensa para Sita. Por eso lo hice todas las mañanas hasta que tenerme allí se convirtió en una costumbre.

Me proponía ser indispensable para todos ellos, conseguir que dependieran tanto de mí que nunca pudieran echarme. Lo hacía deliberadamente, porque pronto descubrí que nada más podía ofrecer. El día siguiente a mi llegada, cuando me desperté y escuché las preguntas acusadoras de Sita, quise darles lo que yo creía mi tesoro, la cajita azul donde estaban las joyas de Mamá.

Lo hice del modo más grandioso que pude, con Sita como testigo y Pete y Fritzie sentados ante la mesa de la cocina. Esa mañana entré con el pelo mojado y puse la cajita entre mi tío y mi tía. Mientras hablaba miraba a Sita y a Fritzie.

—Esto debería pagar mi estancia.

Fritzie tenía los rasgos de mi madre, apenas endurecidos pero lo bastante para no ser bellos. Tenía piel áspera y el pelo corto y rizado teñido de color platino. Sus ojos eran de un loco matiz fluctuante de turquesa que sorprendía a los clientes. Comía bien, pero el hábito de fumar constantemente la mantenía delgada y demacrada.

—No tienes nada que pagar —dijo Fritzie—. Díselo, Pete. No tiene que pagarnos. Siéntate, calla y come.

Fritzie hablaba así, directa y burlescamente. Pete era más reposado.

—Ven. Siéntate y olvida eso —dijo—. Con tu madre nunca se sabe... —añadió con un tono de seriedad que se desvaneció. De algún modo, las cosas se evaporaban y desaparecían ante los ojos de Fritzie, absorbidas por el fuego azul de su mirada. Ni siquiera Sita encontró nada que decir.

—Quiero daros esto —dije—. Insisto.

—Insiste —exclamó tía Fritzie. Su sonrisa adquiría cierto aire desafiante porque tenía un diente partido—. No insistas —dijo.

Pero yo no me senté. Tomé un cuchillo del plato de la mantequilla y traté de abrir la cajita.

—Bueno —dijo Fritzie—. Ayúdale, Pete.

Entonces Pete se levantó, cogió un destornillador de la parte superior de la nevera, se sentó y metió la punta debajo de la cerradura.

—Que la abra ella —dijo Fritzie, cuando la cerradura saltó. Pete me alcanzó la cajita por encima de la mesa.

—Apuesto a que está vacía —dijo Sita. Se arriesgó mucho al decir eso, pero ganó ases y espadas que se interpusieron entre nosotras porque un momento después abrí la tapa y lo que había dicho era verdad. En la caja no había nada de valor.

Alfileres. Unos cuantos botones de metal arrancados de un abrigo. Y un recibo que describía el anillo y el collar de granates, empeñados por prácticamente nada en Minneapolis.

Hubo un silencio. Incluso Fritzie calló. Sita casi saltó triunfalmente de su silla, pero contuvo la lengua y sólo empezó a graznar más tarde. Pete se llevó la mano a la cabeza. Yo no me moví, mientras mi mente describía círculos. Si Sita no hubiese estado allí quizá me habría hundido y puesto a llorar, como en la pensión, pero su presencia me mantuvo alerta.

Me senté a comer lejos del alcance del codo de Sita. Mi mente estaba preparando la venganza, y ya entonces había ido mucho más allá de una justa compensación, porque Sita no me comprendió claramente hasta mucho más tarde. Y por lo tanto, a medida que pasaban los años, yo me volvía más importante que un anillo o un collar, en tanto que Sita desarrollaba esa frágil belleza que cualquier chico puede arrancar de un árbol al pasar y olvidar luego, o arrojar lejos cuando muere la fragancia.

Puse la cajita en el armario que ahora compartía con Sita, y nunca volví a mirar en su interior. No me permití pensar ni recordar, sino que seguí viviendo. Pero no pude contener los sueños. Por la noche aparecían Karl, Mamá, mi hermanito y el señor Ober con la boca llena de trigo. Trataban de alcanzarme a través del aire y la tierra. Trataban de explicarme que había rima y motivo. Pero yo me cubría los oídos con las manos.

Había perdido la fe en el pasado. Ellos eran parte de una trama que se disipaba, que estaba más allá de la comprensión y no me daba ningún consuelo.

La noche de Karl

Cuando Karl se echó nuevamente en el vagón de mercancías esa mañana, decidió no moverse hasta morir. Pero el tren no continuó su viaje como se suponía. A menos de diez millas de Argus, el vagón de mercancías de Karl se separó del resto del tren y se detuvo. Durante todo ese día dormitó y despertó y vio a corta distancia los mismos dos altos silos plateados de cereal. Al final de la tarde estaba tan hambriento, sediento y helado y tan fatigado de esperar la muerte que cuando un hombre entró por la puerta le alegró tener un pretexto para abandonar la idea.

Karl se había metido entre el heno de los fardos rotos, y el hombre se instaló a apenas medio metro de él sin verlo. Karl lo examinó cuidadosamente. Al principio le pareció viejo. Tenía el rostro bronceado del color del cuero reseco. Sus labios eran finos y sus ojos casi se perdían entre los pliegues. Parecía duro como la piedra debajo de sus ropas, los restos de un viejo uniforme del ejército, y cuando encendió una colilla la lumbre se reflejó en dos llamas en sus ojos. Sopló un anillo de humo. Tenía el pelo largo, color arena, y la barba medio crecida.

Karl vio cómo el hombre fumaba metódicamente su cigarrillo hasta el fin y luego habló.

—Hola.

—¡Ooooh! —El hombre se puso en pie de un salto y retrocedió, luego se recobró—. ¿Qué...?

—Me llamo Karl.

—Me has dado un condenado susto. —El hombre miró enfadado las sombras que rodeaban a Karl y luego, bruscamente, rió—. Eres un crío —dijo—, y por Dios que pareces tonto. Ven aquí.

Karl se incorporó en la ancha franja de luz de la puerta. El heno se había pegado a su abrigo y a su pelo. Miró al hombre desde debajo de un montón de hierba, y su mirada era tan triste que el hombre se dulcificó.

—Eres una chica, ¿verdad? —dijo—. Perdón por mi lenguaje.

—No soy una chica.

Pero la voz de Karl no había terminado de cambiar y el hombre no se convenció.

—No soy una chica —repitió Karl.

—¿Cómo dijiste que te llamabas?

—Karl Adare.

—Karla —dijo el hombre.

—Soy varón.

—Sí. —El hombre lió un nuevo cigarrillo—. Yo soy Saint Ambrose.

Karl asintió con cautela.

—No es un chiste —dijo el hombre—. Mi apellido es Saint Ambrose. Me llamo Giles.

Karl se sentó en un fardo junto a Giles Saint Ambrose. El hambre lo mareaba. Tenía que abrir y cerrar los ojos para mantener la vista clara. Sin embargo, advirtió que el hombre no era tan viejo como había creído al principio. Apenas se sentó junto a él, Karl observó que tenía la cara trabajada por el sol y el viento, no por la edad.

—Soy de Lago Prairie —logró decir Karl—. Teníamos una casa.

—Y la has perdido —respondió Giles, mirando a Karl a través de nubes de humo—. ¿Cuándo has comido por última vez?

La palabra hizo que las mandíbulas de Karl se cerraran y que se le hiciera la boca agua. Miró en silencio a Giles.

—Toma —Giles sacó del bolsillo de la chaqueta un paquete cuadrado de papel de periódico. Lo desenvolvió—. Es bueno, es jamón —dijo.

Karl lo aferró con ambas manos y comió con tan veloz ferocidad que Giles se olvidó de chupar el cigarrillo.

—Sólo por verlo valía la pena —dijo cuando Karl terminó—. Iba a pedirte que me dejaras un poco, pero no tuve corazón.

Karl plegó el trozo de periódico y se lo devolvió a Giles.

—Está bien —Giles rechazó el papel. Se inclinó y recogió la rama que Karl había traído. Todavía tenía adheridas unas pocas flores grises y marchitas—. Esto sería bueno para espantar mosquitos —dijo Giles.

—Es mía —dijo Karl.

—¿Sí? —dijo Giles, azotando el aire—. Ya no. Digamos que ha sido un negocio.

Lo que le ocurrió en seguida a Karl lo avergonzaría más tarde, pero no lo pudo evitar. La rama le trajo el recuerdo del perro saltando, las fauces y el gruñido, Mary inmóvil en la calle, mientras él mismo tironeaba del árbol con todas sus fuerzas, lograba desprender la rama y golpeaba. Los ojos de Karl se llenaron de lágrimas que se derramaron.

—Sólo era un broma —dijo Giles. Sacudió el brazo de Karl—. Te la devuelvo. —Giles envolvió los dedos de Karl alrededor de la rama y Karl la

sostuvo con fuerza pero no pudo dejar de llorar. Abrumado, se fundía interiormente. Los sollozos estallaban en su pecho.

—Tranquilízate —dijo Giles. Rodeó con el brazo los hombros de Karl, y el chico se apoyó en él, llorando ahora con largos quejidos desacompañados—. Tendrás que practicar. Los chicos no hacen esto —dijo Giles. Pero Karl siguió llorando hasta que se agotó la furia de su dolor.

Cuando despertó era el ocaso. Apenas podía ver y el aire estaba lleno de un ruido sordo y confuso que parecía un torrente de lluvia o de granizo. Karl buscó a Giles, temeroso de que hubiera desaparecido, pero el hombre estaba allí.

—¿Qué es eso? —preguntó Karl, pasando las manos sobre la áspera chaqueta militar. Volvió a echarse, tranquilo, cuando Giles murmuró:

—Es sólo que están cargando el cereal. Duerme.

Karl alzó la vista hacia el oscuro sonido excitante de la avalancha. Planeaba cómo él y Giles viajarían en ese vagón de mercancías y saltarían a tierra de vez en cuando, en alguna ciudad cuyo aspecto les gustara, para robar comida, o quizás encontrarían una casa abandonada donde vivir. Imaginaba a ambos apremiados por perros de policía, corriendo más rápido que los granjeros y los empleados de las tiendas. Se veía con Giles asando gallinas y durmiendo apretadamente, acurrucados los dos en un vagón que se sacudía, como estaban ahora.

—Giles —susurró.

—¿Qué?

Karl esperó. Había tocado antes a otros chicos pero por diversión, en los callejones que había detrás de la casa de huéspedes. Esto era diferente, y no estaba seguro de atreverse, pero el ruido atronador llenaba su cuerpo. Corrió el riesgo, extendió las manos y tocó la espalda de Giles.

Karl puso la mano debajo de la chaqueta de Giles, y el hombre se volvió hacia él.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —murmuró Giles.

Karl sintió el aliento de Giles y estiró los labios para besarlo. Volvió a poner las manos debajo de las ropas de Giles y se acercó a él. Giles rodó sobre él y lo hundió en el heno. Karl se estremeció y enrojeció calurosamente cuando Giles empezó.

—No eres una muchacha. —Giles hablaba junto al pelo de Karl; luego lo besó en el cuello y empezó a tocarlo de un modo nuevo, por todas partes, con

aspereza y también con cuidado, hasta que el cuerpo de Karl se contrajo de manera insoportable y luego se desencadenó bruscamente en una larga pulsación oscura. Cuando volvió en sí rodeó muy estrechamente a Giles con sus brazos, pero el momento había pasado. Giles se desprendió suavemente y se dejó caer a su lado. Permanecieron juntos, ambos mirando hacia arriba, hacia el ruido del cereal, y Karl estaba seguro de lo que sentía.

—Te quiero —dijo Karl.

Giles no respondió.

—Te quiero —repitió Karl.

—Oh, Jesús, no ha sido nada —dijo Giles, no sin ternura—. Estas cosas ocurren. No te sientas mal, ¿vale?

Después se apartó de Karl. Tras una larga pausa Karl se puso de rodillas.

—Giles, ¿duermes? —preguntó. No hubo respuesta. Karl sintió que la respiración de Giles era más lenta, que su cuerpo se aflojaba y las piernas respingaban mientras descendía a un nivel más profundo de sueño.

—Bastardo... —susurró Karl. Giles no se despertó. Karl lo dijo otra vez, un poco más fuerte. Giles dormía. Luego Karl cayó en un oscuro remolino, un fantaseo en que las cosas se mezclaban en el tiempo y el pelo de Adelaide volvía a escaparse del moño y a enredarse alrededor de los hombros del delgado piloto. La vio desaparecer en el cielo y luego recordó la navaja que le había regalado. La sacó por primera vez desde Minneapolis y probó la punta con el dedo.

—Está muy afilada —advirtió. Hirió una o dos veces la oscuridad e incluso la acercó lo suficiente para pinchar la lana desgarrada de la chaqueta de Giles. Pero Giles no despertó, y un rato más tarde Karl plegó la navaja y la metió nuevamente en el bolsillo.

El rugido cesó bruscamente. Giles se movió, pero no despertó. Por las rendijas de las tablas Karl vio linternas que giraban y se alejaban. Y entonces hubo una sacudida repentina, otra y otra a lo largo de la hilera de vagones, hasta que también el suyo se movió pesadamente y ganó lentamente velocidad.

—Estas cosas ocurren —dijo entonces Karl, repitiendo las palabras de Giles—. Ocurren.

Mientras lo decía sintió que su corazón se desgarraba. Ni siquiera durante su tempestad de llanto había tocado las profundidades de su pérdida. Ahora lo devoraban. Estaba la rama, todavía levemente fragante. La recogió y luego se puso de pie en la oscuridad. No quería vomitar ni llorar. No quería volver a llorar junto al pecho de nadie. De modo que frunció el ceño ante la nada

mientras el tren corría y luego, ligero y veloz como un ciervo, avanzó y saltó por la puerta del vagón de carga en movimiento.

Capítulo dos (1932)

SITA KOZKA

Mi prima Mary llegó una mañana en el primer tren de mercancías, sin nada más que una vieja cajita azul de recuerdos llena de botones y alfileres sin valor. Mi padre la alzó en sus brazos y la llevó hasta la cocina. Yo era demasiado mayor para que me alzaran. La depositó en una silla y mi madre dijo:

—Ve a limpiar los mostradores, Sita. —Por eso no sé qué mentiras contó ella después.

Esa mañana, más tarde, mis padres la acostaron a dormir en mi cama. Cuando protesté y dije que podía dormir en la cama plegable, mi madre dijo:

—También tú puedes dormir en ella, ¿verdad?

Y así terminé esa noche acurrucada en la cama plegable, demasiado corta para mí. Dormí con las piernas colgando afuera al frío. No me sentía muy dispuesta a acoger bien a Mary la mañana siguiente, y ¿quién puede censurarme?

Además, apenas se despertó por primera vez en Argus ocurrió lo de la ropa.

Estuvo bien que durante el desayuno ella abriera la cajita azul y la encontrara llena de pequeños desechos, como yo había dicho, porque si mi prima no me hubiese dado pena no habría tolerado que mi madre y Mary invadieran mi armario.

—Ésta te quedará perfectamente —dijo mi madre, sosteniendo una de mis blusas favoritas—; pruébatela. —Y Mary lo hizo. Y además luego la guardó en su cajón. Tuve que vaciar dos de mis cajones para ella.

—Madre —dije, después de un rato y cuando empezaba a pensar que debería llevar los mismos tres conjuntos durante todo el siguiente año escolar—. Madre, esto realmente ya ha ido demasiado lejos.

—Mierda —dijo mi madre, que habla así—. Tu prima no tiene qué ponerse.

Sin embargo en ese momento tenía la mitad de mis cosas, todo un vestuario que seguía creciendo a medida que mi madre se excitaba con la idea de vestir a la pobre huérfana. Pero Mary no era en verdad una huérfana, aunque lo simulaba en busca de simpatía. Su madre aún vivía, aunque hubiese abandonado a mi prima, lo que yo dudaba. Yo pensaba que Mary simplemente se había escapado de su madre porque no era capaz de apreciar el estilo de Adelaide. No todos saben cómo usar la belleza para su bien. Mi tía Adelaide lo sabía. Siempre fue mi favorita, y me encantaba que viniera de visita. Pero no venía con frecuencia porque mi madre tampoco podía comprender su estilo.

—¿A quién tratas de impresionar? —vociferaba cuando Adelaide venía a cenar con un cuello de piel en su vestido. Mi padre enrojecía y cortaba la carne. Hablaba poco, pero yo sabía que no aprobaba a Adelaide más que mi madre. Ella decía que había malcriado a Adelaide porque era la más pequeña. Lo mismo decía de mí. Pero yo no creo que me hubiera malcriado nunca, ni una pizca, porque yo trabajaba tanto como cualquiera limpiando menudillos.

Odiaba los miércoles porque ese día matábamos a las gallinas. El granjero las traía en jaulas de tablillas apiladas. Canute, que mataba a casi todas, les cortaba el cuello con la hoja de su largo cuchillo, una por una. Cuando estaban muertas, desplumadas y abiertas, me daban los menudos. Una lata de café llena tras otra. Todavía sueño con ellos. Yo debía volverlos del revés y lavarlos en una olla de agua. Todas las piedrecillas y las semillas duras caían al fondo. A veces encontraba trocitos de metal o de vidrio. Una vez encontré un brillante.

—¡Madre! —grité, sosteniéndolo en la palma—. ¡He encontrado un diamante! —Todos estaban tan excitados que se reunieron a mi alrededor. Y entonces mi madre cogió la piedrecilla que brillaba y la llevó a la ventana. No rayaba el cristal, por supuesto, y tuve que limpiar el resto de los menudillos. Pero por un segundo estuve segura de que el diamante nos había enriquecido, lo que me recuerda otro diamante. Un diamante de vaca, mi herencia.

En realidad lo de la herencia era una broma; por lo menos era una broma para mi papá. Un diamante de vaca es la dura lente redondeada que hay dentro del ojo de la vaca y que brilla, cuando uno la mira a la luz, casi como un ópalo. No es posible hacerse un anillo con ella ni usarla en ninguna clase de joya porque puede quebrarse, y por supuesto no tiene valor. Mi padre tenía una como talismán. La arrojaba al aire delante de los clientes y a veces,

durante una partida de cartas, veía que la frotaba. Yo la quería. Un día le pregunté si me la daría.

—No puedo —dijo—. Es mi talismán de carnicero. Podrías heredarla, ¿qué te parece?

Supongo que se me abrió la boca de sorpresa porque mi padre me daba siempre lo que yo le pedía. Por ejemplo, teníamos un frasco de caramelos encima de las salchichas y yo podía tomar uno cuando me apetecía. Solía llevar tabletas de zarzaparrilla a la clase para las chicas que me gustaban. Sin embargo no masticaba chicle, porque una vez oí que tía Adelaide le decía a mi padre, furiosa, que únicamente los vagabundos masticaban chicle. Eso fue cuando mi madre trataba de dejar de fumar y tenía una bolsita de bolillas de chicle en el bolsillo de su delantal. Yo estaba en la cocina mientras discutían.

—¡Vagabundos! —gritó mi madre—. Eso le decía la sartén al cazo. —Y luego se quitó el chicle de la boca y lo apretó contra el pelo largo y ondulado de Adelaide.

—Te mataré —dijo furiosa mi tía. Era vergonzoso ver personas adultas comportándose así, pero no se lo reprocho a tía Adelaide. Yo me habría sentido igual si hubiese tenido que cortarme el pelo donde estaba el chicle y me hubiese quedado un mechón más corto. Yo nunca masticaba chicle. Pero simplemente tomaba todo lo que quería de la tienda. O lo pedía y me lo daban de inmediato. Por eso comprenderás que la negativa de mi padre fue una sorpresa.

Yo tenía mi orgullo incluso cuando era niña, y no volví a hablar del asunto. Pero mira lo que ocurrió dos días después de la llegada de Mary Adare.

Esa noche estábamos en la cama, esperando que vinieran a darnos las buenas noches. Yo estaba en mi propia cama, y ella en la de abajo. No era alta y cabía sin dejar los pies afuera. Lo último que hizo antes de acostarse fue guardar la vieja cajita de Adelaide en mi escritorio. No dije nada, pero daba pena. Creo que papá también lo pensó. Sintió pena por ella. Esa noche entró en la habitación, me acomodó las mantas, me besó en la frente y dijo: «Que duermas bien». Luego se inclinó sobre Mary y también la besó. Y a ella le dijo: «Aquí tienes una joya».

Era el diamante de vaca que yo quería, el talismán de los carniceros. Cuando miré desde el borde de mi cama y vi la lente clara brillando en su mano podría haber escupido. Fingí dormir cuando ella me preguntó qué era. Averigúalo tú misma, pensé, y no dije nada. Unas semanas después, cuando ya sabía orientarse en la ciudad, encontró un joyero que le perforó un

agujerito en el borde del talismán. Luego se colgó del cuello con una cuerda el diamante de vaca, como si fuese una cosa de valor. Más tarde consiguió una cadenita de oro.

Primero mi habitación, después mis ropas y por fin el diamante de vaca. Pero lo peor fue cuando me robó a Celestine.

Mi mejor amiga, Celestine, vivía a cinco kilómetros de la ciudad con su medio hermano y sus medio hermanas, mucho mayores, que eran chippewas. No eran muchos los que habían venido de la reserva, pero la madre de Celestine lo había hecho. Se llamaba Regina No sé qué y trabajaba para James el Holandés, a quien le cuidaba la casa cuando era soltero y también después de que se casaran. Una vez oí decir que Celestine había nacido un mes después de la boda y que Regina había llevado a la casa a los otros tres hijos de quienes James el Holandés nada sabía. De alguna manera salió bien. Vivieron todos juntos hasta el momento de la curiosa muerte de James el Holandés. Se quedó duro, congelado en nuestro propio frigorífico para la carne. Pero ése es un asunto del que nadie en esta casa quiere hablar.

Fuera como fuese, esos otros nunca fueron adoptados legalmente y conservaron el apellido Kashpaw. Celestine era James. Como la madre murió cuando ella era pequeña, la influencia más importante que recibió fue la de James el Holandés. El sabía francés, y a veces ella hablaba francés para darse aires en la escuela, pero por lo común todos se burlaban de ella por su tamaño y por los extraños vestidillos que su hermana Isabel escogía en la tienda de diez céntimos de Argus.

Celestine era alta, pero no desgarbada. Era más bien lo que mi madre llamaba estatuaria. Nadie le decía a Celestine qué debía hacer. Ibamos y veníamos y jugábamos donde queríamos. Mi madre, por ejemplo, jamás me hubiera dejado jugar en un cementerio; pero cuando yo iba a visitar a Celestine eso era lo que hacíamos. Había un cementerio en el terreno mismo de James el Holandés, un sitio donde había tumbas de niños muertos por una plaga de tos convulsa o de gripe. Todos los habían olvidado excepto nosotras. Sus crucecitas de madera o de hierro forjado estaban torcidas. Las enderezamos y hasta volvimos a grabar los nombres en las de madera con un cuchillo de cocina. Cavamos en el recodo del río para coger violetas y las trasplantamos allí. El cementerio era nuestro sitio, a causa de lo que hacíamos. Nos agradaba estar allí las tardes de calor. Era tan agradable. El viento agitaba las hierbas altas, los gusanitos cribaban la tierra debajo de nosotras, las golondrinas de las costas fangosas volaban en parejas por el

cielo. Era un sitio bonito, realmente, y ni siquiera muy triste. Pero, por supuesto, Mary tenía que estropearlo.

Yo subestimaba a Mary Adare. O quizá fui demasiado confiada, porque fui yo misma quien sugirió que fuéramos a visitar a Celestine un día, a principios del verano. Empecé llevando a Mary sobre el manillar de mi bicicleta, pero pesaba tanto que yo apenas podía guiar.

—Pedalea tú —dije deteniéndome en mitad del camino. Ella se cayó, se incorporó y enderezó la bicicleta. Supongo que yo también era pesada. Pero sus piernas eran infatigables. El medio hermano indio de Celestine, Russell Kashpaw, se nos acercó antes de llegar.

—¿Quién es tu esclava hoy? —dijo—. Nunca serás tan inteligente como ella. —Yo sabía que decía esas cosas porque pensaba lo contrario, pero Mary lo ignoraba. Sentí que se hinchaba de orgullo debajo de mi viejo vestido. Siguió todo el camino hasta la casa de Celestine y cuando llegamos salté y corrí directamente hacia la puerta.

Celestine estaba cocinando como cualquier mujer adulta. Su hermana mayor le dejaba hacer lo que quisiera, por dulce que fuera. Celestine y Mary prepararon la masa para hacer cookies. A Mary también le gustaba cocinar. A mí no. De modo que midieron las cantidades y amasaron, encendieron el horno y sacaron las rejillas mientras yo, sentada ante la mesa cubierta con un trozo de papel encerado, estiraba la masa con el rodillo y la cortaba en formas divertidas.

—¿De dónde vienes? —preguntó Celestine a Mary mientras trabajábamos.

—De Hollywood —respondí. Celestine rió, pero vio que a Mary no le gustaba y se detuvo.

—De veras —dijo Celestine.

—De Minnesota —respondió Mary.

—¿Tus padres están todavía allí? —preguntó Celestine—. ¿Viven?

—Están muertos —dijo rápidamente Mary. Abrí la boca, pero antes de que pudiera decir la verdad, Celestine agregó:

—Los míos también.

Y entonces comprendí por qué Celestine había hecho esas preguntas aun cuando ya sabía por mí toda la historia con sus detalles. Mary y Celestine se sonrieron. Vi que era como cuando dos personas que se conocen desde hace mucho tiempo se encuentran en mitad de una multitud. Y lo que también era raro, bruscamente eran parecidas. Sólo ocurría cuando estaban juntas. No lo notarías nunca si no lo estuvieran. El pelo de Celestine era castaño rojizo

brillante. Su piel era oliva y sus ojos negros y ardientes. Los ojos de Mary eran castaño claro y tenía el pelo oscuro y lacio. Como ya he dicho, parecían semejantes. No era tampoco por su contextura. Mary era baja y sólida, y Celestine alta. Era otra cosa, la forma en que hablaban o la forma en que actuaban. Quizá fuera una especie de fiereza que compartían.

Cuando retornaron a su tarea de medir y mezclar observé que parecían también más amistosas. Estaban muy juntas, sus hombros se rozaban, reían y admiraban todo lo que hacía la otra hasta que me sentí enferma.

—Mary irá a Saint Catherine este otoño —interrumpí—. Estará abajo, con las más pequeñas.

Celestine y yo estábamos en séptimo, es decir que nuestra aula estaba en el piso superior, y además usaríamos en el coro un gorro especial de lana azul. Yo intentaba recordarle a Celestine que Mary era demasiado pequeña para merecer nuestra atención, pero cometí un error: no sabía lo que había pasado la semana anterior, cuando Mary había ido a la escuela para examinarse con la hermana Leopolda.

—Estaré en tu clase —dijo Mary.

—¿Qué quieres decir? —pregunté—. Sólo tienes once años.

—La hermana me puso en una clase más adelantada —dijo Mary—. En la tuya.

El golpe hizo que me inclinara a cortar cookies, muda. Era inteligente. Yo sabía que era muy capaz de conseguir lo que quería provocando lástima. Pero no esperaba que fuera inteligente ni que adelantara en la escuela. Apreté los moldes de hojalata de corazones, estrellas, chicos y chicas contra la masa de los cookies. La forma de la chica me recordó a Mary; era ancha y cuadrada.

—Mary —dije—, ¿no le contarás a Celestine qué había en la cajita azul que robaste del armario de tu madre?

Mary me miró los ojos.

—Ni una palabra —respondió.

Celestine me miró como si yo estuviera loca.

—Las joyas —dije a Mary—, los rubíes y los diamantes.

Nos miramos fijamente, y luego pareció que Mary tomaba una decisión. Parpadeó y buscó algo dentro de su vestido. Sacó el diamante de vaca colgado de una cuerda.

—¿Qué es eso? —Celestine demostró su interés de inmediato.

Mary le enseñó la maravilla de la luz que pasaba a través de su tesoro y caía, fracturada y ardiente, sobre la piel de su palma. Las dos se quedaron junto a la ventana jugando por turno con la lente de vaca, ignorándome. Yo

me quedé en la mesa comiendo *cookies*. Mordía los pies. Luego las piernas. Con dos mordiscos les quitaba los brazos y luego arrancaba la cabeza. Quedaba un cuerpo informe. También me lo comía. Todo el tiempo miraba a Celestine. No era bonita, pero tenía el pelo tupido y lleno de luces rojas. Su vestido le quedaba demasiado largo detrás de la rodilla, pero tenía buenas piernas. Me gustaban sus manos fuertes. Me gustaba que pudiera enfrentar a los chicos. Pero más que nada, me gustaba Celestine porque era mía. Me pertenecía a mí, no a Mary, que ya se había apoderado de demasiadas cosas.

—Ahora saldremos —le dije a Celestine. Ella hacía siempre lo que yo decía. Salió, aunque de mala gana, dejando a Mary junto a la ventana.

—Vamos a nuestro cementerio —murmuré—, tengo que mostrarte una cosa.

Temía que no quisiera venir conmigo, que eligiera quedarse con Mary. Pero la costumbre de seguirme era demasiado fuerte. Salió y dejó que Mary sacara del horno los últimos *cookies*.

Nos desviamos del camino trasero y caminamos hacia el cementerio.

—¿Qué quieres? —dijo Celestine cuando llegamos al largo jardín secreto. Los cerezos silvestres nos ocultaban de la casa. Estábamos solas.

En el silencio caliente respirábamos el aire cargado de polvo y de olor a violetas blancas. Ella arrancó un tallo de hierba, se puso el extremo tierno entre los labios, y luego me miró por debajo de sus cejas.

Quizás si Celestine hubiese dejado de mirarme yo no habría hecho lo que hice. Pero ella mordisqueaba un tallo de hierba, inmóvil, con su vestido demasiado largo, y dejó que el sol pesara sobre nosotras hasta que se me ocurrió qué podía mostrarle. Mis pechos eran tiernos. Siempre me dolían. Pero eran algo que Mary no tenía.

Desabroché uno por uno los botones de mi blusa. Me la quité. Mis hombros eran pálidos y frágiles, erguidos como alas. Me quité la camiseta y sostuve mis pechos con las manos.

Tenía los labios secos. Todo estaba en silencio.

Celestine rompió la quietud mordiendo la hierba con fuerza, como un conejo. Vaciló apenas un instante y luego giró sobre sus talones. Me dejó allí, con los pechos al aire, sin mirar atrás una sola vez. La vi desvanecerse entre los arbustos, y luego una brisa me rodeó como una mano ligera. Lo que me hizo hacer después esa brisa casi daba miedo. Algo ocurrió. Describí un lento círculo. Extendí la manos y las agité. Me movía como si oyese una música venida desde abajo. Más rápido y luego con frenesí alcé los pies. Empecé a taconear y finalmente bailé sobre sus tumbas.

MARY ADARE

¿Cuánto tiempo bailotearía Sita, sin su camisa y mientras descendían los nubarrones?, me pregunté. Oí que Celestine entraba en la cocina, abajo, y abría de un golpe la puerta del horno y miré cómo recogía los *cookies* de la bandeja con una espátula. No rompió ninguno. No alzó la vista. Pero sabía que yo estaba allí y que había estado en el piso alto mirando a Sita. Sé que lo sabía porque apenas me miró cuando hablé.

—Ha oscurecido repentinamente —dije—, viene una tormenta.

—La madre de Sita se va a enfadar —dijo Celestine, quitándose la harina de las manos.

Fuimos a buscarla, pero cuando estábamos a mitad de camino Sita apareció, pasó al lado de nosotras, montó en su bicicleta y se marchó. Y así fue cómo esa tarde me sorprendió el aguacero. Llovía a torrentes cuando todavía me faltaba una milla. Me detuve empapada en la puerta trasera, goteando sobre el felpudo de cáñamo.

Fritzie corrió hacia mí con una gruesa toalla y prácticamente me arrancó la cabeza frotándome hasta que me secó.

—¡Sita! Ven aquí y pide disculpas a tu prima —aulló. Tuvo que llamar dos veces antes de que ella viniera.

El primer día de escuela, ese otoño, salimos juntas por la puerta, llevando ambas gruesos cuadernos y lápices nuevos en idénticas cajitas de madera, ambas vestidas de azul. El vestido nuevo de Sita estaba endurecido por el apresto, el mío suavizado por muchos lavados. No me importaba usar la ropa vieja de Sita porque sabía cuánto le molestaba ver aquellos viejos vestidos descoloridos que Fritzie había acortado con pespuntos desparejos, degradados por mí y usados hasta que se deshacían y no puestos en un altar como probablemente ella deseaba.

Recorrimos el camino de tierra juntas y luego, escondidas por los pinos de la vista de Fritzie, nos separamos. O mejor dicho Sita echó a correr con sus largas piernas, llamando alegremente a un grupo de chicas también vestidas con telas nuevas y rígidas, medias blancas, zapatos sin tacones. Sobre sus espaldas colgaban cintas de colores atadas en gruesos lazos. Yo iba mucho más atrás. No me importaba caminar sola.

Y sin embargo, una vez que estuvimos en el patio de grava de la escuela, en grupos y luego en filas, y una vez que Celestine me habló y que Sita dijo con maldad que yo había venido en el tren de mercancías, me convertí en un objeto de interés. Popular. Yo era nueva en Argus. Todas querían ser mis amigas. Pero yo sólo tenía ojos para Celestine. La busqué y le tomé la mano. Tupidas pestañas, suaves como pinceles, sombreaban sus anchos ojos negros. Tenía el pelo recogido en una coleta. Era fuerte. Tenía los brazos gruesos de tanto luchar contra su hermano Russell y parecía más alta que un mes atrás. Era más alta que los chicos de octavo, casi tanto como la hermana Leopolda, la más alta de todas las monjas.

Subimos los escalones de piedra detrás de nuestra maestra, una joven dominica de cara redonda llamada hermana Hugo. Y luego, cuando nos asignaron pupitres por orden alfabético, me alegró encontrarme en la primera hilera, delante de Sita.

El puesto de Sita cambió pronto, por supuesto. A Sita siempre la ponían en el frente porque se ofrecía para limpiar la pizarra, alinear los borradores y copiar poemas con tizas de colores en su perfecta caligrafía. Para su gran alivio, yo pronto perdí mi atractivo. Las chicas no se agrupaban a mi alrededor durante el recreo sino que se sentaban con ella en el tiiovivo y escuchaban sus chismes mientras tironeaba de su larga trenza y hacía girar sus ojos azules para atraer la atención de los chicos de octavo.

Sin embargo, a mitad del año escolar recuperé la admiración de mis compañeros. No me lo proponía ni intenté siquiera el milagro; simplemente ocurrió, un día glacial al final del invierno.

Ese mes de marzo, de la noche a la mañana, la lluvia se solidificó a medida que caía. Arroyos congelados cubrían el suelo y grandes carámbanos colgaban de los aleros donde el agua que goteaba se endurecía en medio del aire. Patinamos por las calles pulidas hasta la escuela, pero esa mañana, más tarde, antes de que sacáramos del armario nuestros abrigos y botas para el recreo, la hermana Hugo nos advirtió que estaba prohibido patinar. Era peligroso. Sin embargo, cuando estuvimos afuera, junto al gran tobogán de acero, eso parecía una injusticia, porque el tobogán era más tobogán que nunca, negro y embellecido por una clara capa de hielo. Un brillo invisible cubría los escalones y el pasamanos. Al pie del tobogán se abría un abanico de puro cristal que invitaba a apoyar los pies y a deslizarse por el centro del patio de la escuela, helado hasta el bordillo.

Fui la primera y la única que hizo la prueba.

Subí los escalones seguida por Celestine y por varios chicos, y Sita venía al final con sus amigas, todas equipadas con bonitas botas negras de goma y con guantes, que se consideraban más de adulto que los mitones. En la parte superior el pasamanos describía un gracioso arco que los chicos y las chicas más atrevidas usaban para obtener mayor impulso e incluso para dar un salto mortal antes de iniciar el descenso. Pero ese día era traicionero y estaba tan resbaloso que no me atreví a izarme. En cambio me aferré a los bordes del tobogán. Y entonces comprendí que si me lanzaba tendría que ser cabeza abajo.

Desde donde estaba agachada el descenso parecía más empinado y peligroso de lo previsto. Pero tenía puesto el producto de las cucharas robadas por mi madre: el abrigo de invierno de paño grueso con el que, según imaginaba, podría deslizarme por el patio de la escuela como si fuese sobre un trozo de cartón.

Me solté. Bajé a velocidad aterradora. Pero en lugar de caer sobre mi estómago protegido, di violentamente contra el hielo con la cara.

Me desvanecí un momento y luego me incorporé atontada. Vi formas que corrían hacia mí a través de una bruma de manchas rojas y brillantes. La hermana Hugo llegó primero. Aferró mis hombros, me quitó la bufanda de lana, examinó los huesos de mi cara con sus dedos cortos y fuertes. Me levantó los párpados, me golpeó las rodillas para ver si estaba paralizada, me hizo girar las muñecas.

—¿Me oyes? —gritó, mientras me limpiaba la cara con su gran pañuelo varonil, que se volvió rojo—. Si me oyes, guiña los ojos.

Yo sólo podía mirarla. En el pañuelo estaba mi propia sangre. Toda la escuela estaba en silencio. Entonces advertí que tenía la cabeza entera y que nadie me miraba. Todos se habían reunido al pie del tobogán. Incluso allí estaba ahora la hermana Hugo, de espaldas. Cuando varios de los estudiantes más religiosos se arrodillaron, no pude contenerme. Me puse de pie y avancé trastabillando. De algún modo logré infiltrarme entre ellos y entonces vi.

La lámina cristalina de hielo que había al pie del tobogán se había quebrado, por el impacto de mi cara, y era una imagen blanca y sombreada de mi hermano Karl.

Me miraba a los ojos. Tenía las mejillas demacradas y sus ojos eran pozos oscuros. Apretaba la boca de dolor y el pelo formaba sobre su frente unas espinas mojadas, como siempre cuando dormía o tenía fiebre.

Gradualmente, los cuerpos que me rodeaban se apartaron y luego, muy suavemente, la hermana Hugo me llevó consigo. Me ayudó a subir las

escaleras y a una camilla de la enfermería de la escuela.

Me miró. Tenía las mejillas enrojecidas por el frío, como manzanas lustradas, y los ojos castaños iluminados por la pasión.

—Vendrá el padre —dijo, y salió rápidamente.

Apenas se marchó, salté de la camilla y fui hasta la ventana. En la base del tobogán había una multitud aún mayor, y ahora la hermana Leopolda preparaba un trípode y otros implementos fotográficos. Parecía increíble que la figura de Karl creara tanta conmoción. Pero él siempre era así. La gente siempre reparaba en Karl. Los extraños le daban dinero mientras yo era ignorada, como ahora, abandonada a pesar de mis heridas. Oí crujir en las escaleras los pasos medidos del sacerdote y los veloces y ligeros de la hermana Hugo, y salté a la camilla.

El padre abrió la puerta trasera y por un momento enmarcó su magnificencia en el vano mientras me dirigía su mirada más penetrante. Sólo se llamaba a los sacerdotes en casos especiales de muerte o disciplina, y yo no sabía de cuál se trataba.

Hizo una seña a la hermana Hugo, que huyó de la habitación.

Puso una silla debajo de su volumen y se sentó. Yo estaba extendida, como para que me examinara, y hubo un largo e incómodo silencio.

—¿Pides ver a Dios cuando rezas? —preguntó finalmente.

—Sí —dije.

—Tus oraciones han sido escuchadas —declaró el padre. Plegó los dedos en forma de una iglesia y mordió con fuerza el campanario mientras acrecentaba el poder de su mirada.

—La Pasión de Cristo —dijo—. Como en el velo de Verónica, en el hielo se formó la cara de Cristo.

Por fin comprendí qué quería decir, de modo que no hablé de Karl. Por supuesto, nadie de la escuela de Saint Catherine sabía nada acerca de mi hermano. Para ellos la imagen del hielo era la del Hijo de Dios.

Mientras duró el hielo en el patio volví a ser especial en la clase, buscada por las amigas de Sita, las maestras, e incluso los chicos a quienes atraía la gloria de mis magulladuras y de mis ojos amoratados. Pero yo no me apartaba de Celestine. Después del golpe éramos todavía más amigas. Un día vino a la escuela el fotógrafo del periódico y yo provoqué gran revuelo negándome a que me tomaran fotos si no era con ella. Estábamos juntas al pie del tobogán, entre el frío viento.

MILAGRO REVELADO POR EL ACCIDENTE DE UNA NIÑA fue el titular del *Argus Sentinel*.

Durante dos semanas la imagen de hielo estuvo acordonada y los granjeros recorrían largas distancias para arrodillarse junto a la barrera de árboles contra los vientos de la escuela de Saint Catherine. Sobre las baldosas rojas llovían rosarios, flores de papel, cintas y hasta algún que otro dólar.

Y entonces un día salió el sol y calentó el suelo deprisa. El rostro de Karl, o de Cristo, se dispersó en pequeños arroyos que corrieron por toda la ciudad. Al mismo tiempo que resonaba en los zanjones, que se hinchaba y desaparecía en los desagües, que inundaba los sótanos, de forma imposible conseguía estar en todas partes y en ninguna a la vez; de modo que durante toda la primavera, antes de que la ciudad se agostara y empezara la sequía, sentí su presencia en los susurros y suspiros del agua que corría.

CELESTINE JAMES

Tengo el recuerdo de Mary que cae por el tobogán al suelo. Su pesado abrigo de lana gris se abre como una campana alrededor de sus calzones blancos que gualdrapean, pero el viento no agita su bufanda azul. Inmóvil, Mary cae velozmente hasta que choca. Entonces repentinamente las cosas se mueven con rapidez, en todas partes, al mismo tiempo. Mary rueda dos veces. La sangre le baña la cara. La hermana Hugo corre hacia ella y luego hay gritos. Sita intenta llamar la atención caminando a trompicones hasta el tiiovivo, mareada por la visión de la sangre de su prima. Una santa torturada, quizá la misma Catherine, acomoda su cuerpo entre los barrotes de hierro en el centro de la rueda y pide ayuda en tono débil pero penetrante.

Sita es cinco veces más fuerte de lo que parece, y puede vencerme en una lucha, de modo que no acudo. Ahora la hermana Hugo lleva a Mary por las escaleras, con su pañuelo y la bufanda azul apretados contra su frente. He bajado mágicamente los escalones helados del tobogán y ahora corro tras ellas. Pero la hermana Hugo me impide pasar cuando ambas llegan a la enfermería.

—Vuelve —dice con voz temblorosa. Sus ojos tienen un brillo extraño debajo de su frente de lino almidonado—. Quizá no dure —dice—. ¡Corre al convento! ¡Di a Leopolda que venga en seguida con la cámara!

Yo no comprendo.

—El hielo, la imagen —dice frenéticamente la hermana Hugo—. ¡Ahora muévete!

Entonces yo corro, tan sorprendida y excitada por su forma de expresarse, no la de una maestra sino la de una granjera, que no toco la campanilla del convento sino que entro de un salto en el vestíbulo y grito hacia las escaleras llenas de ecos. En ese momento, ya sé, porque está en el aire del patio de la escuela, que la caída de Mary ha provocado alguna clase de milagro.

De manera que grito: ¡UN MILAGRO! con toda la fuerza de mis pulmones. Hacer eso en un convento es como gritar fuego en un cine repleto. Todas se precipitan escaleras abajo, una avalancha de lana negra. Leopolda descende la última, con terrible agilidad. Trae un trípode colgado del hombro. Entre los brazos tiene luces, cortinas y una cámara de cajón. Es como si hubiera estado detrás de la puerta, armada con todo su equipo, rezando un año tras otro para que llegara este momento.

En el patio de la escuela todo es caos. Se ha formado una multitud alrededor del tobogán. Más tarde la imagen que contemplan, en una de las fotografías de la hermana Leopolda, se incluirá en todos los catecismos del Medio Oeste como «La Aparición de Argus». El texto que la acompaña describe a Mary como «una huérfana local» y el tobogán helado se convierte en «un camino inocente hacia la gloria divina». Otra cosa de la que nunca hablan es el estado en que encuentran a la hermana Leopolda varias noches después del accidente de Mary. Arrodillada al pie del tobogán con los brazos desnudos y ensangrentados, frotándose con cardos secos. Después de eso la enviaron a alguna parte a recobrase.

Pero ese día, en medio de la confusión, regreso furtivamente al edificio de la escuela. Mientras atravieso el salón el padre vuelve de la enfermería. Está sumido en profundos pensamientos y no alza la cabeza, de modo que no me ve. Apenas se aleja entro, alarmada porque un sacerdote junto a un enfermo es mala señal.

Pero Mary se ha recobrado del golpe, pienso al principio, porque está sentada en la camilla.

—¿Lo has visto? —dice en seguida, aferrándose el brazo. Parece fuera de sí, o por la herida o por su repentina importancia. Tiene ahora la cabeza vendada, lo que debería darle cierto aspecto de monja, sólo que alrededor de sus ojos empiezan a aparecer manchas negras y moradas de dudosa reputación.

—Dicen que es un milagro —le digo. Espero que se ría pero me aprieta la mano. En sus ojos brota un brillo tal que empiezo a sospechar.

—Fue un signo —dice—, pero no el que creen.

—¿Qué quieres decir?

—Era Karl.

Jamás ha mencionado antes a Karl, pero sé por Sita que es el hermano de Mary que ha huido hacia el oeste en un tren de mercancías.

—Descansa —digo a Mary—. Te has dado un golpe en la cabeza.

—Siempre tiene que molestarme —dice con energía—. No quiere dejarme en paz.

Su cara se endurece. Piensa profundamente, como el sacerdote, y está muy lejos de mí e incluso de ella misma. Sus ojos miran a la distancia, claros y quietos, y veo que está furiosa.

Cuando la hermana Hugo me echa de la enfermería, bajo las escaleras, salgo al cielo frío y nublado y me reúno con el grupo que rodea la imagen milagrosa. Sólo que para mí no es tan milagrosa. Miro fijamente las formas del barro helado, el hielo quebrado, la grava que se ve debajo del hielo, la nieve gris. Otra gente que mira desde el mismo ángulo la ve. Yo no, aunque me arrodillo hasta que se me entumescen las rodillas.

Esa noche Russell y mi hermana mayor, Isabel, no pueden hablar de otra cosa que de esa cara.

—Tu amiga va a ponernos en el mapa —declara Isabel. Ella es todo lo que tenemos, y nos cuida a todos trabajando para los granjeros, cocinando, y a veces en la trilla, junto con los hombres—. Han canonizado a otras por menos —dice. Isabel es la abanderada de la procesión de Saint Catherine, todos los años; parece enorme y triste, pero pura. También mi madre era alta. Parece que yo he heredado la tez de mi padre, pero me acerco rápidamente a la estatura de mi madre.

—Apuesto a que Sita debe de estar a punto de matar a la pequeña Mary —dice Russell con una corta risa. Sita se ha burlado de él porque es indio, y siempre se alegra de que pierda puntos.

—Han sacado fotos de Mary para los periódicos —le digo. Isabel se impresiona, pero no Russell, que juega al rugby y ha aparecido muchas veces en los periódicos marcando tantos. La gente dice que es un indio que no será derrotado por la vida, sino que tendrá éxito.

La mañana siguiente, antes de la escuela, viene conmigo a examinar el hielo. Durante la noche alguien ha construido una cerca baja de tablas y alambre alrededor del espacio sagrado. Russell se arrodilla junto a la cerca y se persigna. Dice alguna plegaria y luego lleva a pie su bicicleta por el helado camino hacia la escuela superior. También él la ha visto. Yo me quedo al pie del tobogán, arrodillada, y miro de reojo y hasta bizqueo para tratar de que la imagen aparezca. Las monjas están preparando un altar en el patio mismo de la escuela para una misa especial. Hubiera deseado pedir a Russell que me indicara exactamente los rasgos, para ver yo también a Cristo. Incluso pienso preguntarles a las monjas, pero finalmente no tengo valor; y durante toda la misa, mientras estoy de pie con toda la clase de séptimo y miro cómo Mary, Sita, Fritzie y Pete toman la comunión primero, simulo estar conmovida por el hielo roto, que es todo lo que puedo ver.

En una casita de madera de Minneapolis una mujer joven estaba leyendo el periódico; sus dedos se movían nerviosamente dentro y fuera de las páginas. Su marido la miraba leer desde el lado opuesto de la habitación. En sus brazos estaba el hijo de ambos.

—Hay otro anuncio —dijo Catherine Miller.

—¿Por qué los buscas? —preguntó su marido, Martin.

Ella bajó el periódico y lo miró con calma. Tenía las cejas depiladas en forma de finos arcos que daban a sus ojos aire inteligente. Llevaba el pelo castaño claro arremolinado en un moño.

—Tú sabes por qué —respondió moviendo el periódico hacia adelante y hacia atrás—. La policía, Martin. El secuestro es un delito.

Sin respuesta, Martin miró al niño. Los ojos del bebé se desenfocaron, su boca se entreabrió y Martin lo apretó más contra sí, tan feliz por la confianza del niño dormido que cuando su esposa contuvo el aliento, tensa, leyó rápidamente un artículo y bajó el periódico, no lo advirtió.

Con el periódico en el regazo, ella miraba a Jude, su hijo, el bebé al que había dado el nombre del santo patrono de las causas perdidas, las esperanzas perdidas y los últimos recursos. Recordaba aquella primera noche después de que su otro hijo, el que sólo había vivido tres días, fuera enterrado.

Esa noche era un sitio pequeño y tranquilo en su interior que ella raramente visitaba. Qué serenos estaban el mundo y el cielo, tan azul oscuro y primaveral. Sus pechos ceñidos le dolían insoportablemente. Tenía la mente vacía y congelada por la pérdida, pero todos sus nervios latían. No podía dormir.

Por momentos la invadía una agonía tan ciega que creía sofocarse o enloquecer. Ni siquiera había querido tomar analgésicos. No quería nada que aliviara el dolor, ni láudano, ni siquiera un vaso de whisky. Pero Martin había salido esa noche, y decidió bruscamente que necesitaba algo. De modo que fue trastabillando hasta el armario donde se guardaba la botella, y rápidamente llenó un vaso de plástico. De pie en la casa fría y oscura, temblorosa en su camisón de franela con rosas estampadas, bebió. El licor ardía con un claro fuego. Se sirvió otro vaso y lo bebió con más lentitud,

dejando que el calor la envolviera. Para su sorpresa, el whisky la aliviaba. Por lo menos era una distracción; y mientras flotaba hacia la cama y luego hacia el sueño, el dolor, ahora más sordo y pesado, se mantenía a la distancia de un brazo en lugar de acurrucarse en su interior.

Relajada, exhausta, no había oído que Martin entraba por la puerta del frente. Cuando él entró en el dormitorio y puso al bebé en la cuna, oyó su furioso llanto pero se alejó mentalmente del sonido. Incluso en su estupor estaba segura de que se trataba de alguna terrible alucinación. Sintió las manos de Martin en sus pechos, desatando las tiras de tela empapadas con su leche de suave dulzura, y trató de resistirse. Martin la tranquilizó con palabras y murmullos, como si ella fuera un animal asustado, y en cuanto se quedó quieta le puso el bebé sobre el pecho.

De inmediato, aunque sabía que no podía ser verdad, ella se abandonó y alimentó al niño, como si hubiera sido por su propia iniciativa. Incluso en su confusión advirtió que el niño era diferente, tan pequeño como el primero, pero mayor y más capaz.

Ahora, mientras esperaba a que Martin levantara la vista y viera su expresión, una marea de sentimientos que sin saberlo había rechazado la invadió. Le bastaba mirar al niño para llenarse de ternura. ¡Qué maravilla... aquellos rizos rojo oscuro!

—Pareces un gato que acaba de devorar un pájaro —dijo Martin, sonriendo.

—Soy feliz.

—También yo soy feliz —dijo Martin cautelosamente—. Es nuestro.

—Lo sé.

Y luego ella leyó en voz alta el artículo, que acompañaba al anuncio habitual con la recompensa ofrecida por toda información que permitiera recobrar a un bebé de un mes. El artículo describía a la madre y su increíble conducta, y decía que también a ella la buscaba la familia Kozka, de Argus.

Cuando terminó de leer, Catherine Miller guardó cuidadosamente el periódico en un cajón, junto con un minúsculo gorro azul claro, la gruesa manta hecha con retazos de abrigos, y la extraña camisita de tartán verde que el bebé tenía puesta la noche en que había venido a rescatarla.

Capítulo tres (1932)

KARL ADARE

Caí sobre altas hierbas muertas. Era de día. El suelo estaba frío y el dolor de mis piernas era horrible. A medida que transcurría la mañana el sol se tornaba más y más caliente y me golpeaba a través de la ropa. El dolor me retorció y me obligaba a acurrucarme. Cualquier leve movimiento lo empeoraba, de modo que me quedé quieto.

Pensaba que Giles volvería cuando descubriera lo que yo había hecho. Lo vi despertarse solo entre las sacudidas del vagón de carga. Esperaba hasta que el tren reducía la marcha, luego volvía en auto-stop y me alzaba en sus brazos. Yo confiaba en que como no había muerto ciertamente me salvarían.

Mi salvación tiraba de un carro de tablones viejos a lo largo de las vías. Sus ruedas eran de hierro y rechinaban. El ruido se detuvo justamente sobre mí. La mujer era corpulenta. Su sombra caía desde arriba. Abrí mi garganta seca pero de ella no salieron palabras, luego la mujer bajó a tropezones el pequeño terraplén. Tenía la cabeza envuelta en una bufanda blanca que resplandecía sobre su piel oscura. De sus orejas colgaban dos espejitos de plata; centelleaban, me mareaban. Se agachó a mi lado, me levantó los párpados con unos dedos fuertes y flexibles como alicates. Después me abrió la mandíbula y derramó whisky puro en mi garganta. Pasó por ella como una cuerda de fuego, se me enredó en las tripas y encendió una lucecita de sensatez en mi cerebro.

—Los pies —dije.

Ella se acercó más.

Pero yo no podía soportar que los tocaran, y me aparté de sus dedos inquisitivos.

Azul en el crepúsculo, un conjunto de bufandas y mantas, ella desapareció. Luego hubo sonoros ruidos más allá de mi vista y dormí hasta

que regresó y me llevó al lado del fuego. El agua hervía en una olla colgada de un gancho. Vi un cuchillo, unos pocos paquetes de harina, guisantes secos y raíces sucias. Me depositó sobre un montón de cañas.

—¿Qué quieres hacer? —Me debatí entre sus brazos.

Pasarían días antes de que comprendiera que Fleur Pillager, aunque poseía ese don, raras veces hablaba. Sólo me dijo su nombre, pero la oí canturrear y hablar consigo misma.

Me cubrió con una manta de caballo y luego derramó más whisky entre mis labios, hasta que mis toses la detuvieron. Me quitó los zapatos cortando cuidadosamente el cuero, y luego los calcetines. Le pedí que usara ese mismo cuchillo para cortarme los pies, pero cuando apoyó firmemente mis pies en su regazo me arqueé y caí en la oscuridad. Apenas apretó con su mano, me dijo luego, me desvanecí.

Mientras yo estaba muerto para el mundo, Fleur Pillager procedió a amasar, modelar y golpetear las astillas flotantes de mis huesos hasta que volvieron a formar tobillos; de vez en cuando se palpaba ella misma para reconocer la disposición correcta. Los paquetes que yo creía de harina eran en realidad de escayola. Con ella hizo los moldes que reforzó con tablillas cortadas de la única rama que había a una milla de las vías del tren: la rama de manzano arrancada de un árbol de Argus que ella había encontrado a mi lado.

Me envolvió en más mantas y hules y me emborrachó, pero esa noche no pude dormir. El cielo pasó gradualmente del negro al gris, del rojo al rosa, y luego salió el sol. Fleur había bajado su carro por el terraplén hasta el margen de una charca suficientemente profunda para ser un lago. Las cañas que allí crecían eran los objetos más altos que se podían ver. El mundo estaba desnudo hasta donde llegaba la vista. Éramos el único detalle. Fleur avivó el fuego, puso pan en una sartén y calentó el café preparado con agua de la charca. Bebí a sorbos una taza de café dulce y rancio y estudié a Fleur.

Tenía una cara joven, ancha y oscura pero de contorno suave y hasta delicado. Su boca firme se curvaba en las comisuras y su nariz era arqueada como la de una princesa. Era una india, una Pillager, parte de un grupo errabundo que jamás se asentaba. Se ganaba la vida vendiendo todo lo que encontraba en su camino. De su carro colgaban ollas y en la parte superior se apilaban sacos que contenían paquetes de agujas, hilos de colores, telas para vestidos. Comerció con tazas reparadas, tenedores de segunda mano y platos de distintos juegos. Compraba en la escuela de la misión encaje blanco hecho a mano y lo trocaba por inestables marcos para fotos de corteza de abedul pintados con bayas estrujadas.

Hubiera querido decirle quién era yo, contarle todo. Pero apenas empecé a hablar el cielo descendió. La tierra se apretó tanto contra él que yo no podía respirar.

—Algo no marcha bien —dije, sofocado.

Fleur me golpeó el pecho, apoyó el oído contra mi corazón, se incorporó y empezó a sacar cosas de su carro. Me aquejaba una neumonía, un mal corriente entre quienes duermen en fríos vagones de carga. Casi todos los vagabundos habituales lo sufrían, morían de él o sobrevivían. Fleur echó piedras al fuego para calentarlas, pero las cañas daban demasiado humo. Entonces arrancó astillas de las traviesas del ferrocarril y alimentó el fuego hasta que las rocas estuvieron al rojo.

El sol descendía. La hierba murmuraba movida por la leve brisa y el ruido parecía anormalmente fuerte, como la voz de los patos en sus mullidos nidos y la de las ratas almizcleras. Me parecía oírlas chapalear en el agua en busca de insectos. Incluso las nubes apelmazadas parecían producir un suave chistido mientras se encogían, plegaban y teñían.

Fleur hizo rodar las piedras calientes, burbujeando, al barro que rodeaba la charca, y luego trajo el carro de modo que estuviera directamente sobre ellas. En el suelo del carro puso una silla que había estado atada encima de sus mercancías. Me desnudó con unos pocos movimientos y me envolvió en una manta seca. Me instaló en la silla, como en un trono, y me rodeó con una cuerda. Con ésta sujetó sus mantas que me rodeaban como una capa hasta el suelo, firmemente atadas alrededor de mis hombros.

Así quedé encerrado en un tórrido cono.

Yo era el punto más alto del mundo. Estaba fuera de mí. Miraba hacia el oeste donde el sol se ponía con ardientes colores que me encendían el rostro. Yo brillaba como un faro a través de mi piel transparente e imaginaba que sería visible cuando llegara la oscuridad, como un rojo corazón envuelto en papeles crepitantes. Los contornos de mis huesos estaban grabados en negro. Yo era una señal. Durante toda la noche me encendí y me apagué llamando a cualquiera de ellos: a Giles o a Mary, a mi madre, incluso al bebé que la había apartado de mí y había arruinado mi vida.

Había animales en el borde de la fiebre. Veía ojos de zorrino, canicas rojas, oía el parloteo de los mapaches, miraba el descenso de los soñolientos halcones y las garzas nocturnas, más negras que el cielo oscuro. Un oso aparecía entre el fuego y las cañas. En lo más recóndito de la noche el animal más grande entre todos venía con un estrépito de chispas y ruedas.

No era todavía el amanecer cuando Fleur me bajó de la silla. Yo estaba empapado y flojo, pero respiraba con más facilidad. La fiebre había desaparecido en algún momento de la noche. Ella me envolvió en las mantas exteriores, secas, y me depositó nuevamente sobre las cañas. Trajo más cañas. Y encima de todo esto extendió su cuerpo, un peso abrumador, y al principio tuve frío y sentí que los pulmones se me contraían, pero luego, desde arriba, su calor me abrigó.

Cuando estuve mejor nos marchamos. El carro de Fleur tenía ruedas especialmente acanaladas, y ella lo arrastraba con la cabeza metida en un arnés de caballo. Avanzábamos lentamente, los oídos taponados con hierba para amortiguar el chirrido de las ruedas. Yo iba en mi silla, sobre el carro, con las piernas colgando y un paraguas atado para que me diera sombra. Como teníamos los oídos cubiertos, yo temía no oír los trenes. Pero trocitos de lata sobre los dedos adornaban las botas claveteadas de Fleur. Esas láminas metálicas vibraban cuando se acercaba un tren y Fleur tenía tiempo para sacar el carro de las vías y ponerlo a un lado.

Yo no sabía adonde íbamos, no me importaba. Pasábamos por algunas granjas, unas cerca de las vías y otras lejos, y Fleur llevaba siempre el carro a campo abierto o por un camino hasta que llegábamos hasta ellas. Quizá pienses que los perros podían asustarla, o que los granjeros atrancarían las puertas. Pero los perros venían a recibirnos alegremente. Después venían los niños, con moneditas, para ser los primeros en ver lo que traíamos. Y luego las mujeres, vacilantes, con los pies doloridos, las manos gastadas por el lavado, las caras arrebatadas. Fleur les mostraba botones de asta de búfalo, un ópalo con dos gansos gemelos labrados, un broche hecho de garras. Y finalmente los hombres pedían cuerda trenzada de tabaco y cabezas de hacha. Los clientes de Fleur se le acercaban con cierta preocupación y temor, como si ella fuera una bruja o una santa enviada a recorrer el mundo.

Y me miraban a mí, el cautivo de Fleur, vergonzosamente dependiente de ella. No sé qué veían. Un chico inválido, un pobre tonto.

A veces nos quedábamos en un establo o en el cobertizo de las herramientas, y en una ocasión un hombre que tenía en el cuello bultos grandes como huevos de gansa nos invitó a dormir en la habitación de su mujer muerta. Nunca nos quedábamos más de una noche. Al amanecer Fleur empacaba objeto por objeto en el carro y me ponía encima de todo. Metía la cabeza en el arnés y me arrastraba por las vías.

Entre una granja y otra yo tenía abundante tiempo para pensar y a veces, los primeros días, sacaba mi navaja con cachas de nácar. Si la apretaba con fuerza podía ver a mi madre barriendo con movimientos cortos y aburridos o recogiendo el pelo. Cuando hacía esto casi no se miraba en el espejo. Veía sus axilas blancas como la leche, su pequeño mohín cuando retenía unos alfileres entre los labios, los dedos que los buscaban con precisión. Entonces me dolía su ausencia y lloraba debajo del paraguas de Fleur. Sin embargo, poco después me cansé de llorar y empecé a inventar escenas con mi madre que me daban más placer. Por ejemplo, cómo sufría cuando finalmente nos reencontrábamos y yo la ignoraba y sólo le ofrecía mi frío desdén. O bien la angustia que sentía cuando trataba de comprender mi crueldad.

—Nunca te perdonaré —murmuraba yo, en voz alta a veces para aumentar mi excitación.

Pero a medida que mis fantasías se volvían más osadas, ella lloraba en mi imaginación, golpeaba su colchón con los puños, se rasguñaba la tersa piel, e incluso se arrancaba el pelo a puñados, hasta que finalmente me asustaba la violencia de su pena y su vergüenza. Entonces empecé a creer que en realidad no me había abandonado. Me parecía perfectamente natural que el hombre del jersey blanco, el casco de cuero y la bufanda amarilla la hubiera raptado contra la voluntad de ella.

Comprendí esto un día que nos detuvimos para dejar pasar un tren. Recordé el momento en que los labios de mi madre habían rozado los míos antes de alzar el brazo y ofrecer dinero para dar un paseo con el delgado aviador. Tenía los labios fríos a pesar del sol. Su mandíbula estaba apretada. Antes nunca había subido a un avión y debía de tener miedo. Aunque su actitud era resuelta, su sonrisa, mientras sacaba el billete de su bolso, era demasiado brillante y demasiado vacía. Lo único que ella deseaba era una aventura para aliviar el tedio. Su temor y ese beso frío lo demostraban. Naturalmente, Omar la había llevado consigo, se había enamorado de ella apenas le había ofrecido el billete, y había planeado secretamente no traerla de vuelta sino seguir volando por más que ella implorara y por más que sus gritos sobrepasaran el ruido del motor.

Incluso ahora, mientras yo estaba con Fleur expuesto al viento del tren que pasaba, mi madre seguía cautiva de ese hombre.

Yo la salvaría. Apenas pudiera caminar le daría caza. Una mañana me presentaría ante su puerta. El aparecería secándose el pecho enjabonado y yo descargaría el golpe sin avisar. Mientras viajábamos maté muchas veces y de diversas maneras al piloto. Siempre, al final de cada episodio, mi madre corría

hacia mí por encima de su cadáver. Me estrechaba y cuando me besaba sus labios eran cálidos y se demoraban.

Supongo que pasó una semana o dos antes de que llegáramos a la reserva en que vivía Fleur. No recorríamos más de una o dos millas por día, porque había granjas regularmente espaciadas a lo largo del camino y debíamos desviarnos. Durante ese tiempo, el viento me cortaba la cara. La lluvia me endurecía la piel. Si por la noche hacía frío o lloviznaba, Fleur me envolvía en una montaña de mantas y hules. Yo dormía abrigado y caliente junto a ella, cerca pero sin rozar casi su piel. Creo que hubiera seguido viviendo eternamente bajo su protección, pero bruscamente llegamos a donde íbamos.

Un día Fleur salió de las vías y empezamos a seguir una senda de bueyes hasta el campo abierto, más allá de las granjas. Pasó largo tiempo antes de que viéramos casas. Visitamos bajas cabañas de troncos unidos con barro habitadas por chippewas o indios franceses de aspecto desafiante con ralas barbas negras y largos bigotes. También había casas de madera mejor construidas, con pozos, establos y bonitas puertas de tela metálica que se abrían rezongando cuando nosotros nos acercábamos. Las mujeres que salían por esas puertas llevaban batas caseras y tenían el pelo cortado, rizado y envuelto en redecillas. No eran como Fleur, pero también eran indias y hablaban una lengua que parecía fluir.

Después de seguir unos días los senderos que penetraban entre las colinas bajas llegamos a un establecimiento. No era gran cosa. Unas pocas casas de madera y dos edificios mayores que parecían oficinas o escuelas. Fuimos por un camino serpenteante hacia una iglesia. Fleur dejó el carro al pie de la colina y me subió en brazos hasta la puerta trasera de una casa enjalbegada.

—¿Qué es esto? —exclamó la monja que abrió la puerta. Era gruesa y humilde y parecía muy limpia. Yo olía tan mal que se cubrió la boca con la mano.

Fleur me sostenía como una ofrenda. Ninguna explicación. Un momento después la monja abrió más la puerta e indicó que entráramos. Tocó una campanilla que había cerca de la entrada y varias otras se acercaron.

—Ella me recogió —dije—. Me caí del tren que iba hacia el oeste.

Me miraron con los ojos muy abiertos y luego se apartaron como para discutir si yo debía o no quedarme, si debían llamar a la superiora o a los sacerdotes, si yo era o no un indio o peligroso. Como se comprobó, la discusión fue inútil porque, mientras murmuraban, Fleur se inclinó, me depositó sobre el linóleo pulido y salió.

Me habían abandonado tantas veces que ya no me importaba. Mientras estaba allí, sentado en el suelo, se me ocurrió que las tres cosas que yo había hecho por mi cuenta habían determinado que mi vida fuera de mal en peor. Eran, primero, regresar al tren en Argus. Luego Giles Saint Ambrose y finalmente saltar del vagón en marcha. Había terminado completamente desvalido. De modo que esa vez simplemente me quedé quieto hasta que el siguiente se ocupara de mí. No me opuse a dormir en un colchón de paja en el armario de las escobas, en la casa de los sacerdotes, ni a acudir a la iglesia con las piernas vacilantes cuando por fin me curé. Me dejé llevar cuando las monjas reunieron dinero suficiente para enviarme a Minneapolis, donde otros miembros de su orden me recibieron y me llevaron al punto de partida, pasando por debajo de la bandera roja de Saint Jerome, junto a los árboles adornados con luces de colores para otro Picnic de los Huérfanos y a la tribuna, hasta el gran orfanato de ladrillo con muchas puertas y ventanas donde pasé el año siguiente, antes de entrar en el seminario.

Yo tenía talento para la obediencia. Estaba enamorado de mi propia imagen vestida con una ajustada sotana negra y pensaba que el verde césped del seminario y el ladrillo blanco de las capillas me ofrecían grandes ventajas. Cuando recorría el parque leyendo las lecciones diarias estaba expuesto a muchas miradas. Entre las líneas de los textos sagrados me reunía con los vagabundos flacos y duros que habían dormido entre los arbustos. Cubiertos de sudor y del polvo del camino me veían como una llama negra. No se podían resistir. Yo sabía que si mantenía estrictamente la vista en la página impresa, si me detenía en los rincones más oscuros, si cerraba los ojos como si estuviese en comunión con alguien más grande, acudirían. Me obligarían a adorarlos como un animal. Y yo caería. Ardería y ardería hasta que la gracia me consumiera.

Vista aérea de Argus

Un día tía Fritzie llamó a Mary a su despacho, donde se guardaba la caja de seguridad negra y dorada, donde los libros de cuentas llenaban seis estantes y la cinta blanca de la máquina de sumar corría como espuma sobre el suelo. Las largas tiras se enredaron en los tobillos de Mary cuando se sentó ante el escritorio gris de acero. Fritzie hurgaba en los cajones y sacaba papeles, clips, nuevas cintas de sumar. Tenía a mano, junto al codo, un cenicero de pie; una radio canturreaba en el armario de roble, encima de su cabeza. Las plantas que crecían en el despacho de tía Fritzie tenían hojas finas como dólares y jamás necesitaban agua. Las luces fluorescentes que encendía por la noche zumbaban y atraían suaves polillas oscuras.

Ese despacho era el sitio favorito de Mary. Ya había decidido que en la escuela superior aprendería a llevar los libros como Fritzie. Quería sentarse entre las plantas secas las noches de frío y trabajar con los números. Una noche al final de cada mes, cuando Fritzie enviaba las facturas, Mary se dormía tranquilizada por el *tic, tic, whirr* de los dedos de tía Fritzie sobre las teclas de la máquina de sumar.

—Supongo que ya eres bastante mayor para decidir por ti misma —dijo tía Fritzie. Había encontrado lo que buscaba y se lo dio a Mary. Era una postal. Mary observó cuidadosamente la foto antes de darle la vuelta. Un hombre con un traje formal subido en las ramas de un árbol. *El roble más grande de Jacksonville*, Filadelfia, estaba escrito debajo de él con ornadas letras verdes. En el reverso de la postal había un breve mensaje.

«Estoy viviendo aquí. Pienso todos los días
en los niños. ¿Cómo están? Adelaide».

Mary alzó la mirada a tiempo para ver cómo tía Fritzie dejaba escapar el humo en dos finos chorros desdeñosos. Luego volvió a mirar la postal. Fritzie esperaba una reacción, pero Mary no sentía nada en particular.

—Bueno —dijo tía Fritzie—, ¿qué vas a hacer?

En el vozarrón de tía Fritzie, Mary percibió la conspiración. Después de todo Fritzie era la única hermana de Adelaide. Adelaide también la había abandonado a ella.

—Todavía no lo sé.

—Por supuesto que no —dijo Fritzie. Apagó su cigarrillo con un furioso movimiento—. A mí me gustaría darle unos buenos latigazos.

Mary arrancó una hoja muerta de la planta que cubría la ventana.

—Escríbele si quieres, es tu madre. Yo me lavé las manos y me desentendí de Adelaide en cuanto entraste en esta casa.

Mary espió la expresión de tía Fritzie. Pero tía Fritzie sorprendió su mirada y Mary no se pudo liberar.

—No vuelvas con ella, es lo único que te pido —dijo Fritzie.

Algo como una cinta opresora se cortó en el pecho de Mary; se echó a reír, un brusco y torpe rebuzno de intenso alivio que la dejó confusa.

—Muy poco probable —dijo—. Tú eres más una madre para mí.

Fritzie sacó otro cigarrillo del paquete. Su piel amarillenta se cubrió de un rubor dorado y miró de reojo su mechero.

—¿Por qué no lo dejo? El tabaco me está matando.

—Y además huele mal —dijo Mary.

—Eso dice Sita.

Mary rió.

—Después de este paquete —prometió tía Fritzie.

—Después de este paquete —repitió Mary.

Tía Fritzie alzó un lápiz verde en que se leía KOZKA, LO MEJOR EN CARNES Y DERIVADOS y empezó a hojear su libro mayor encuadernado. Mary sacudió las tiras de papel de sus tobillos.

—Me la llevaré —dijo Mary, sosteniendo la postal, y luego salió.

Mary no pensaba específicamente en la postal, pero estuvo en el fondo de su mente durante las semanas siguientes, y a veces se sorprendía dirigiendo largas cartas imaginarias llenas de odio y dolor a Adelaide. Y luego, un día respondió a la postal de su madre con otra que eligió casi sin pensar en un estante del drugstore de la esquina. *Vista aérea de Argus, Dakota del Norte*. Los puntos castaños de los edificios de Argus, las callecitas vacías y las manchas verdes de los árboles estaban rodeados por una colcha de retales de campos parduzcos. Lo que escribió en el reverso de la postal sorprendió a Mary tanto como hubiera sorprendido y gratificado a tía Fritzie, cuya firma y estilo caligráfico imitó cuidadosamente,

«Tus tres hijos han muerto de hambre»,

escribió Mary.

Agregó la dirección y fue hasta el correo con la postal en la mano. Compró un sello, lo lamió y lo pegó en el ángulo superior derecho. Cuando

sus dedos dejaron caer la postal por la ranura del buzón pensó que no sentía nada. Pero esa noche, la última del mes, mientras se dormía acunada por la máquina de sumar de tía Fritzie, imaginó que veía la postal en las manos de su madre. Adelaide la miraba y examinaba los detalles de la foto, pero aunque miraba intensamente no lograba ver a su hija, era demasiado pequeña y ella miraba a través de Mary, no muerta sino bien escondida en la vista aérea.

La postal de Mary, después de ser remitida sucesivamente a dos direcciones, quedó retenida varias semanas en la agencia que se ocupaba del Gran Omar y llegó a manos de éste justamente después del accidente. La guardó en el bolsillo y la hubiera olvidado pero, en el hospital, mientras miraba a Adelaide, no tenía nada para distraerse. De modo que penosamente extrajo la postal con sus manos quemadas, la miró varias veces, y volvió a guardarla.

Omar trataba de no moverse mucho y respiraba con inspiraciones cortas, pálido por el dolor de sus costillas fajadas y de su pierna rota, entablillada a partir de la cadera. Sólo sus ojos se movían desde las puntas de los pies de Adelaide, bajo la sábana del hospital, hasta la curva de su muñeca, hasta la severa línea del pómulos izquierdo, y luego recomenzaban. Sobre su cabeza había una ventana pequeña, un trozo del índigo de Florida. El día era sofocante. Justamente detrás de la cortina de goma alguien se quejaba y más lejos, en la sala, el agua fluía continuamente, tanto que él se preguntó si quedaría algo. Abrió la boca, trató de hablar, pero rara vez había qué decirle a Adelaide cuando estaba viva, y ahora que estaba tan cerca de la muerte él se sentía aún menos seguro de sí mismo.

Ni siquiera podía tocarla. Sus manos eran como palitos suaves e hinchados, atados con metros de venda. Durante el accidente habían saltado chispas de los controles, pero él no había apartado las manos. Había gritado mientras aquello sucedía, pero por lo que él recordaba Adelaide no, y ahora podía imaginar que había permanecido a su lado fría como el hielo mientras él trataba de evitar la caída.

Había logrado llegar a tierra y evitar un desastre completo, lo que era extraordinario, pero lo que había ocurrido ya era bastante malo. Volaban sobre una feria rural, de modo que había mucha gente dispuesta a correr en busca de médicos, hielo, vendas, camillas y sales. Recordaba la conmoción y, por encima de ella, la barahúnda de los caimanes luchadores, el tintineo de la música de alguna noria. Había repetido el nombre de Adelaide, pero los ojos

de los extraños que lo transportaban estaban dilatados de excitación y nada le dijeron.

No sabía cuán malherida estaba ella, ni si despertaría en su sano juicio o si tan sólo despertaría. No sabía que las heridas de Adelaide eran mucho menos graves de lo que parecían, ni que sólo le quedaría una cicatriz en lo alto del cuello, en tanto que él viviría siempre cojeando y con dolores en las rodillas. Ahora pensaba que cualquier momento podía ser el último de la vida de Adelaide, sin que él lo supiera.

Entró una enfermera con recipientes que se entrechocaban y en seguida salió. Del otro lado de la cortina los quejidos se convirtieron en una maldición baja y monótona. La mano de Adelaide se estremeció. Omar casi llamó de nuevo a la enfermera, pero se contuvo temeroso de que ese temblor pudiera indicar un empeoramiento. Siguió vigilando. Cuando ella habló, fue un golpe para él.

—Tengo que enviarle a Mary una máquina de coser —dijo Adelaide.

La voz provenía de la zona que él no veía más allá del pómulo; flotó hasta Omar y lo atrajo. Se inclinó sobre Adelaide.

—Si aprende a coser, tendrá una habilidad que siempre podrá servirle.

Tenía los labios fruncidos en una expresión práctica que Omar recordaba de las noches en que ella contaba el dinero, la ganancia del día, y decidía cuánto para la habitación, si comerían caro o barato y lo que debían dejar de lado para reparaciones y gasolina. Adelaide era perfecta en esto. Desde que se había unido a él no sólo disponían de lo suficiente sino que tenían ahorros; ella los guardaba en su cuenta y no permitía que él los retirase.

Omar se acercó más. Gimió cuando sintió el dolor de sus costillas, pero ella no pareció advertirlo.

—Mírame —dijo él.

Los ojos gris azulado de Adelaide enfocaron la pared; sus bonitas cejas se unieron imperiosamente.

—Hay bastante dinero ahorrado para una Singer —dijo.

Luego cerró los ojos. Ahora dormía realmente. Fruncía el ceño como si desafiara a alguien a que la despertara. Omar se apartó, turbado y celoso. Adelaide casi nunca hablaba de sus hijos o de su vida anterior.

Las moscas se lanzaban afanosamente contra el azul protegido por la tela metálica. El aire estaba encerrado. A Omar no le agradaba pensar que mientras Adelaide dormía podía soñar con Mary o con el otro, el chico, y no con él. Antes jamás había dudado de ella. Estaba orgulloso de que hubiera abandonado a sus hijos y una vida que él imaginaba cómoda a juzgar por su

joyas y sus buenas ropas por un vagabundo que sólo poseía una bufanda amarilla y un avión atado con alambres.

Ahora el avión estaba pintado, todavía en el taller de reparaciones, y su nombre era conocido en el ambiente. Además ya no bebía.

Gracias a ella, pensó. Su mano estaba inmóvil. La miró buscando una señal de debilidad que no encontró. Los nudillos de Adelaide palidieron como si estuviese golpeando una puerta. Contrajo la mano y apretó más y más el puño. Omar sintió que se le cerraba la garganta, aunque ella sólo apretaba el aire.

Se quedó junto a Adelaide hasta que comprendió que estaba fuera de peligro. Entonces se puso de pie, sacó la postal de Argus del bolsillo y la apoyó en la mesilla de noche donde ella pudiera verla apenas despertara.

Segunda Parte

Capítulo cuatro (1941)

MARY ADARE

Después de las milagrosas láminas de hielo negro vinieron inundaciones que enredaron tablas y serpentinos nudos de desechos en lo alto de las ramas y olvidaron en las aceras oscuras sanguijuelas, secas como pasas, cuando las aguas se retiraron, dejando el olor del fango del río, una dulzura podrida, en las canaletas y los patios traseros. Bien entrada la sequía quedarían pruebas de la altura alcanzada por el río: rarezas como caracoles en la paja seca de los establos y el moho que llegaba hasta la mitad del muro del garaje de Pete. Las cañerías atascadas hedieron todo ese verano a amoníaco, lo que causaba terribles dolores de cabeza a Sita. Pasaba días acostada, perfectamente inmóvil en nuestro dormitorio oscurecido, con la cabeza envuelta en hielo.

Durante un tiempo fui la chica que había causado el milagro, una atracción para los clientes y vecinos que venían a tocarme y retiraban los dedos como si mi cuerpo estuviera lleno de divina electricidad. Yo deseaba que lo estuviese. Deseaba que ocurriera alguna otra cosa inusitada. Pero no ocurrió nada especial, ni suerte con las cartas o milagrosas curas en el último momento, ni súbita gracia. Nada que hiciera evocaba efectos colaterales espectaculares. Ya no vinieron a tocarme. Volví a ser una chica corriente, y quizás algo peor, a los ojos de la gente, a medida que pasaban los años.

Nunca fui bonita y lo comprendí de inmediato. Tenía una cara ancha y pálida, no desagradable sino carente de toda peculiaridad, excepto el color de mis ojos. Era el rasgo mío que más me gustaba. Se volvieron casi amarillos, y no tenía cejas que disminuyeran el efecto. Mis cejas no volvieron a crecer después del accidente en el tobogán. Mi pelo fue siempre fino, negro como el alquitrán. Aunque lo lavaba, como Sita, con huevos y cerveza, sólo podía llevarlo lacio o atado en dos trenzas finas como lápices. Durante años usé la ropa vieja de Sita, acortada y abierta en las costuras. Luego empecé a

vestirme a mi modo. Pero para ese entonces nada me podía importar menos. ¿Qué, si olía a pimienta blanca de la masa de hacer salchichas? Y si no era guapa, ¿qué? Al menos tenía la tienda, y a Pete y Fritzie, y a Celestine, aunque en ocasiones incluso a ella le molestaban mis actitudes directas.

Yo decía las cosas demasiado bruscamente. Era testaruda, amarga, hosca y tenía accesos de furia irracional. Las cosas que decía salían torcidas, aunque meditaba primero. En la escuela siempre me dolió que otros se apartaran o que parecieran escandalizados cuando yo hablaba. Yo no pedía excusas, aunque realmente no tenía ninguna, pero lo que había ocurrido en aquellas gradas de Minneapolis, en el vagón de carga y en el patio de la escuela en Argus me había afectado, me había diferenciado de los demás. Yo tenía perspectiva. A veces, antes de dormir, miraba desde mi cama y veía Argus como en la postal que había enviado a mi madre. Era pequeño, una simple trama de líneas sobre la tierra, nada que no pudiera borrar una glaciación o incluso otra violenta inundación.

A medida que dejaba de importarme la ciudad que me rodeaba, sin embargo, Celestine me importaba más. Y también Pete y Fritzie, e incluso Sita, aunque yo le importaba menos a ella. En realidad nunca nos gustamos, pero nos volvimos más tolerantes y nos acostumbramos a la presencia de la otra como sólo pueden hacer las personas que duermen en la misma habitación. Noche tras noche nos fundíamos y luchábamos en sueños. Las vibraciones abandonaban nuestras mentes y pendían temblorosas entre nosotras. A la mañana siguiente nuestros yoes fantasmales habían hecho las paces.

De modo que quizás estaba más cerca de Sita que de Celestine, aunque a la luz del día no podía soportar la cuidada delgadez de Sita, la voz ensayada, su manera de volverse con una ceja levantada y tratando de no verme, la fina boca que se pintaba una docena de veces mientras esperaba a los clientes. No podía soportarla. Sentía alivio cuando Celestine venía a la tienda. Había abandonado la escuela y trabajaba en la compañía de teléfonos. El trabajo hacía que pareciera mayor, pero la confianza entre nosotras continuaba.

Celestine era guapa en esa época, alta y delgada. Usaba trajes de chaqueta en lugar de vestidos y llevaba un bolso de piel colgado del hombro. Cuando entraba con sus largos pasos en la cocina tenía la gracia de un hombre. Su voz era grave y penetrante y fumaba Viceroy como Fritzie. Nos quejábamos de su jefe y leíamos revistas. Al marcharse encendía un último cigarrillo y lo fumaba a medias antes de subir al coche de Russell. El cigarrillo colgaba de sus labios mientras arrancaba.

Yo siempre esperaba tener parte de su estatura. Pero dejé de crecer a los dieciocho, todavía baja. Durante un tiempo me deprimió comprender que mientras me ocupara de la tienda tendría que mirar a los clientes a través, y no por encima, de la vitrina iluminada.

La tienda era mi hogar. La casa tenía un solo piso. El suelo era de cemento atravesado por tuberías de agua caliente para la calefacción. Los gruesos muros estaban estucados y pintados de un blanco liso y brillante. Como muchas puertas eran redondeadas, la casa parecía una caverna excavada en una ladera. La luz que se filtraba por el grueso cristal del escaparate era verde y acuosa excepto en la cocina, donde entraba por la puerta la luz del sol. Los clientes iban allí a conversar. Más allá del jardín y el gran patio de Fritzie podían ver las vacas y las ovejas moviéndose en la penumbra de los establos, visibles a medias entre los pesados maderos.

Pete les traía rodajas de salchichón para que las probaran, y ellos las comían con crackers o con pan blanco, comparando el salchichón de verano, el sueco y el Beerwurst. Eran hombres corpulentos: alemanes, polacos o escandinavos, de manos ásperas y llenos de opiniones; mordían con cuidado porque les dolían los dientes o sus piezas dentales no ajustaban bien. Les brotaban pelos grises en los sitios más sorprendentes. Sus manos estaban lastimadas y encallecidas. No abandonaban la conversación ni desviaban la vista cuando veían, un día de matanza, cómo se le cortaba el cuello a un cerdo sobre la tolva.

A veces yo atendía a los clientes. Pero lo más común era que Fritzie y yo cortáramos la carne, la picáramos o la condimentáramos en la habitación grande. Sita se negaba a hacer otra cosa que ayudar cuando los pedidos atrasados apremiaban. El día que todo cambió, cuando aún tenía dieciocho años, yo estaba ante la mesa de acero cortando carne cocida en dados y Fritzie junto a la gran sierra mecánica. Quizás oí algún sonido que ella emitió por encima del agudo zumbido de la sierra, o simplemente lo presentí. De todos modos me volví mientras ella caía de rodillas. Roja y sofocada, golpeaba el suelo en busca de aire mientras yo la golpeaba a ella, pero no fue bastante y se derrumbó, inconsciente, aspirando con un estremecimiento de vez en cuando para que supiéramos que aún vivía.

Lo que me impresionó bruscamente en ese momento, mientras Pete la llevaba en brazos a través de la puerta hasta la ambulancia que le salvó la vida, fue la fragilidad de su cuerpo cuando no estaba ella para moverlo. Era

una figurilla de palo, fina y rota en los brazos de Pete. Esa noche, más tarde, en el hospital, donde estaba en una tienda de oxígeno, despierta, observé cómo sus dedos recorrían el dobladillo de la sábana. En ese gesto lo vi todo. Su asombro, su consciencia del fino material, su sorpresa por no estar muerta todavía.

Cuando volvió a casa dejó de fumar definitivamente. Sentada ante la mesa de la cocina, a la luz de la puerta, masticaba chicle, chupaba caramelos ácidos, mordisqueaba tostadas con mantequilla. Después de unos pocos meses de ocio sin tabaco, su cara pasó de su tono amarillento al melocotón y al rosa. Ganó peso y dejó que su pelo perdiera el rubio del peróxido y recuperara su color castaño. Siempre había sido dura, firme, alguien con quien había que contar, pero se suavizó. De la noche a la mañana se convirtió en una mujer gruesa que no parecía particularmente amenazante. Empezó a pensar que había descuidado a sus hijas, y se dedicó a terminar unos chales afganos al ganchillo que había iniciado en su juventud. Los viejos cuadrados estaban desteñidos y opacos, pero ella los rodeó de colores furibundos y luego emprendió esfuerzos aún más complicados. A sus pies se reunió un montón de lanas tejidas.

—Guárdalos en el arcón de tu ajuar —me dijo una tarde.

—No lo tengo —respondí.

De modo que Sita se quedó con los chales, pero no me importó. Yo necesitaba algo más que eso. Ya en ese momento sabía que mi vida no sería un túnel del amor en la oscuridad ni un campo abierto.

Yo no elegí la soledad. ¿Quién lo haría? Se me presentó como una especie de vocación y exigió un esfuerzo que las mujeres casadas no pueden imaginar. A veces, incluso ahora, miro a las chicas casadas como un perro vagabundo ve por la ventana a los domésticos, envidiando la regularidad de sus vidas pero despreciando también el sórdido placer que reciben de las caricias del amo. Sólo una vez tuve una tentación, pero sólo de un romance. Un casamiento con Russell Kashpaw no hubiera sido feliz, y probablemente ni siquiera posible. No era un hombre de los que se casan, ni siquiera cuando estaba bien.

Empezó la segunda vez que regresó de una guerra, la noche que Celestine recibió la noticia de que su hermano había sido herido en combate. Llegó tarde a casa y golpeó mi ventana hasta que desperté. Aunque Sita no emitió un solo sonido, sentí que preparaba la furia del insomnio para el día siguiente. Indiqué a Celestine la puerta de la cocina. Le abrí y cuando me contó la noticia fui directamente al armario. Elegí los vasos más gruesos de Pete y

serví whisky. Bebimos rápido el primero, despacio el segundo y luego salimos a fumar bajo las frías estrellas blancas. Después de un rato la angustia disminuyó y ella volvió a la tierra.

El se recuperaría. Recibimos la noticia poco después. Envié una postal de buenos deseos a la dirección de su hospital de Virginia. *Pronto te veremos en Argus*, le decía. Nada personal. Sin embargo yo esperaba una respuesta, quizás un mensaje por intermedio de Celestine. Pero lo cierto era que Russell no tenía consideración ni buenas maneras. Aunque había sido una estrella del rugby en la escuela superior y había vuelto famoso de la guerra, socialmente era aún menos maduro que yo. De todos modos, antes de saber esto, yo esperaba que apareciera por la tienda cuando volviera. Pero nada, ni una palabra, ni un simple hola o lo que fuera, sólo el rumor de que ahora tenía un buen empleo que el banco de Argus le había ofrecido al héroe local de regreso, aunque era un indio.

La primera vez que vi a Russell después de su regreso fue el bochornoso día de verano que fui a depositar el total de la semana. Ya sabía que podía encontrarlo, pero no me lo imaginaba cambiado. Yo pensaba todavía en el mismo chico de voz suave, pecho de toro, ojos burlones y pelo en desorden.

El aire era húmedo y el cielo parecía muy bajo, pero el vestíbulo del banco estaba fresco. Un camino de veteados mármol verde, bronce y cordones de terciopelo llevaba hasta su ventanilla. Me detuve antes de acercarme, y dejé que los ventiladores me abanicaran.

Cuando estuve delante de él me reconoció.

—Recibí tu postal —dijo.

—Ya era hora —respondí.

Eso fue todo. Recogió mi saquito de lona con el dinero, y entonces lo miré fijamente y quedé inmóvil de sorpresa. Las cicatrices le recorrían las mejillas como marcas de garras, largas y furiosas, e incluso subían hasta sus sienes y le dividían el pelo encrespado. Adiviné que también descendían y hacían de su cuerpo un mapa. Contó el dinero. Su aspecto me desconcertó, no porque fuera feo, sino exactamente por lo contrario. Con sus heridas, su rostro adquiría una oscura e inquietante grandeza. Aquellas terribles cicatrices cincelaban un aire imperioso. Bajé la vista. Pero ni siquiera así estuve a salvo. Las manos de Russell eran finas y musculosas; ya no eran de mecánico sino más suaves, de banquero, y en la punta de un dedo llevaba un gorrito de goma rosada.

Lo usaba para apretar los billetes y contarlos con más rapidez. Yo no podía apartar la vista.

—El recibo —dijo, rompiendo el hechizo.

Me fui asombrada de mí misma. Ni siquiera dije adiós.

Pues bien, pensé, estoy enamorada del medio hermano de mi mejor amiga, Celestine. O por lo menos estoy enamorada de sus cicatrices y del gorrito de goma del dedo.

Entonces decidí conocer a Russell.

Un día le pedí a Celestine que lo trajera a cenar.

—¿Cómo? —preguntó.

—Es tu hermano —le dije.

—Pero no vendrá —dijo ella.

—Que haga lo que quiera. —Yo no demostraba que tuviera especial significado. Pero Celestine lo advirtió.

—Trataré de convencerlo —prometió.

Cuando Russell vino a cenar ni siquiera se mostró bien educado. Pasó todo el tiempo mirando por la puerta, más allá de mí, los establos y el portón de pesados maderos. Los establos estaban vacíos, pero igualmente los miraba. Varias veces me volví a pesar de mí misma y miré afuera. También Pete parecía incómodo. En la mesa cayó un pesado silencio y finalmente Pete se marchó. Fue al taller, donde pronto lo oímos trastear y maldecir a sus motores descompuestos.

Los demás, Celestine, Sita, Fritzie, Russell y yo salimos y nos sentamos en las sillas de cedro y tablero que Pete había hecho para que Fritzie pudiera recibir a sus visitantes al aire libre. Yo preparé una jarra de whisky con hielo y limón. Las cuatro mujeres charlábamos alegremente, los dedos enfriados por los vasos, pero nuestra conversación era como olas que rompían contra el silencio de Russell. Estaba como un muerto mientras el último sol incendiaba la hierba detrás del cuarto de ahumado.

—Eres una bomba —le dije, fastidiada.

Me miró por primera vez esa noche. Yo me había dibujado cejas con lápiz castaño. Me había hecho un cuidadoso moño con las trenzas y llevaba una bufanda de seda negra para destacar mi único rasgo notable, los ojos amarillos de gata, que hacían todo lo posible para seducirlo. Pero yo no distingo entre la seducción y una comida fría.

Russell se volvió, indiferente a todos mis encantos, y miró a Sita de modo que yo lo advirtiera. Comprendí que si iba a sentir algo de esa clase por alguien, sería por Sita. Ella había estado hablando más que de costumbre y tenía un color extraño en las mejillas. El pelo caía por su cuello como una limpia cascada brillante. Pero cuando observó que Russell Kashpaw la

miraba, apartó la cabeza y sus labios rojos se apretaron. Sacó un pañuelo blanco de la manga, desvió desdeñosamente la mirada y le hizo saber que Sita Kozka estaba fuera del alcance de la gente como él.

Supongo que la mayoría de las chicas que han elegido un hombre lo desprecian si mira a otra, pero yo no soy así. Era a Sita a quien hubiera querido matar.

—Te echaré las cartas —dije, inclinándome hacia ella y rozando su brazo pálido—. Iré a buscarlas.

Sita se odiaba por amar ese pasatiempo. No fallaba nunca. Siempre trataba de mostrarse disgustada, como si adivinar el futuro fuera la idea más tonta del mundo, pero luego miraba fascinada las cartas que aparecían. Se mordía los labios pero no podía negarse a un vislumbre del porvenir. Por eso entré y saqué una baraja del cajón de la cocina. Luego puse las cartas una por una en el brazo de su silla.

—El jack de corazones —dije—, y ahora un dos. ¿Qué es esto? —Me interrumpí. Ella había sacado la reina de espadas.

—¿Qué significa? —Sita enrojeció, avergonzada de su curiosidad. Yo me enderecé en mi silla y bebí un largo trago de whisky con limón.

—¿Y bien? —preguntó Sita.

—Bueno —dije.

—*Vamos* —dijo ella.

Vacilé, bebí otro sorbo y moví la cabeza hasta que estuvo sobre ascuas.

—Espero que te gusten los Buicks —fue mi único comentario.

—¡Por Dios! —Ahora Sita estaba a punto de explotar. Celestine odiaba las discusiones, de modo que se levantó y fue a la tienda a buscar más hielo. Russell se inclinó para ver las cartas. Sita se puso de pie y me ordenó que se lo dijera—: ¿Qué ocurre, se te ha agotado la reserva de milagros?

—Siéntate —respondí—. Es mejor que te sientes para oírlo. —Se sentó. Yo se lo dije—. Espero que te gusten los Buicks porque veo que estarás en un Buick el día que la palmes.

Se le abrió la boca. Emitió un áspero sonido furioso y barrió las cartas del brazo de la silla.

—¡Y yo espero que te reseques como una pasa! —gritó.

—Os tratáis tan mal, las dos —observó Fritzie. Parecía algo aburrida. Estaba acostumbrada a nuestros picotazos mutuos, pero Russell no.

—De modo que Sita —dijo— irá en un Buick. ¿Y yo?

Recogió las cartas del césped y me las puso en las manos. No pudo dejar de sonreír cuando, con aire profesional, dejó caer las cartas en el brazo de su

silla. Una vez que estuvieron todas en su sitio las estudió en silencio, junto conmigo, y Celestine vino con un gran bol de plástico rojo con hielo en las manos.

—¿Qué me he perdido?

—Presagios lúgubres —dijo Fritzie.

—Siempre le dices a la gente que se va a morir o a divorciar o a quedar inválida. —Celestine se instaló junto a Fritzie, encendió un Viceroy y exhaló denso humo—. ¿Por qué no predices nunca algo bueno? Por ejemplo, aquí está Russell que ha vuelto sano a casa. ¿Por qué no predices algo bueno como eso?

—¿Qué ves ahí? —dijo Russell.

—Una mujer —respondí, mirándolo en los ojos.

—¿Sólo una? —preguntó Celestine, y luego calló, cuando recordó cómo había deseado yo que Russell viniera a cenar, supongo. Se movió bruscamente y puso hielo en los vasos de todos para obligarse a guardar silencio.

—Sea quien sea —dijo Russell—, yo sé una cosa.

—¿Cuál? —pregunté.

—No me casaré con ella —respondió él.

El suelo se hundió por un segundo, pero me recobré y no perdí el habla.

—Así es —dije—, no te casarás. Pero le deberás un montón de dinero.

—¿De veras? —Parecía consternado.

—¿Ves lo que quería decir? —Celestine volvió a sentarse—. ¿Por qué no predices algo bueno por una vez?

—Esto es bueno —insistí, mientras recogía las cartas—. Se lo pagará con bonos del gobierno.

Russell se echó a reír. Estaba bebiendo demasiado. Todos, incluso Sita, empezábamos a sentirnos desconectados y vacilantes. Nos reíamos por nada y casi no advertimos los mosquitos que nos rodeaban mientras el sol se ponía.

—Encended las velas de citronela —dijo Fritzie en un momento dado. Pero nadie la escuchó hasta que lo dijo más alto. Quizá por eso fue que había alguna luz, suficiente para ver. Quizá fui yo misma quien encendió las velas amarillas. No recuerdo. Pero no he olvidado lo que ocurrió después, cuando Russell, desafiado por Sita, se quitó la camisa y nos mostró sus cicatrices ocultas.

Yo me levanté para verlas de cerca. Me incliné hasta que sentí su calor. Las heridas eran tan profundas como los surcos de un campo. Su pecho

parecía arado por un tractor demente. Extendí la mano. El no dijo nada y yo lo toqué.

Y entonces todos callaron, ebrios y asombrados.

—Dios mío, ¡qué fresca! —dijo Sita, rompiendo el silencio con una voz aguda y cargada de reproche.

Russell se esquivó debajo de mis manos, y como no las quité las apartó suavemente y las unió.

—Bendita seas, hija mía —dijo, y todos reímos. Yo sacudí la cabeza para aclararla, pero sólo conseguí que mis dientes se entrechocaran. Poco después me fui a la cama y caí en un sueño mortal.

Me desperté exhausta, entorpecida e hinchada de sueños desconocidos, pero estaba curada, como si una fiebre hubiese remitido. Una cosa estaba clara. Jamás volvería a desviarme de mi camino por el romance. El romance tendría que desviarse de su camino por mí.

Pete y Fritzie pidieron folletos de la Cámara de Comercio de Phoenix y El Paso. El médico decía que los pulmones de Fritzie necesitaban calor seco, el clima del desierto, y que no debía pasar un invierno más en Dakota. De modo que repentinamente Pete empezó a hacer planes para enviarla al sur; pero apenas ella pisó con fuerza y se negó a ir sola, decidió acompañarla. Todo esto ocurrió sin que nadie explicara qué sería de la tienda, de Sita o de mí.

Entonces, un día, me senté junto a Fritzie. Estaba haciendo algo con trocitos de lana color ciruela. Por ella había empezado también yo a hacer ganchillo de vez en cuando. Pero no me tranquilizaba. Tironeaba tanto de la lana que se rompía, y las cosas que hacía quedaban apelmazadas e inútiles.

—Tengo que preguntarte algo —dije— acerca de la tienda. ¿La venderéis cuando os vayáis al sur?

Se asombró tanto que se le soltó un punto.

—Pensábamos que tú te encargarías —me dijo.

—Entonces lo haré —respondí. Y así quedó resuelto, aunque faltaba la parte más complicada—. Pero Sita —pregunté—, ¿qué hará?

Fritzie frunció el ceño mirando la trama morada que estaba agrandando lentamente.

—Sita podría ocuparse del mercadillo —dijo—. Si quiere puede ayudar. —Las dos sabíamos que a Sita no le interesaba la tienda. Yo sabía más. La odiaba, y sólo quería irse a Fargo y vivir sola en un apartamento moderno, pasando modelos para DeLendrecies. También imaginaba que podría atender

la sección de sombreros para hombre. Allí conocería a algún joven profesional en ascenso. Se casarían. El le regalaría una casa cerca de la corte del condado, en la calle residencial, a poca distancia de Island Park. Todos los inviernos bajaría la colina para patinar. Vestiría pantalones azules ceñidos y un vestido corto con piel de conejo en las mangas y en el cuello, y a su alrededor un amplio ruedo que se alzaría cuando girase. Yo sabía todo esto porque, una noche de cordialidad, Sita misma me había confiado que ése era su sueño.

—Sita quiere irse a Fargo —dijo a Fritzie— y trabajar en una tienda de modas.

Fritzie asintió y dijo:

—También puede hacer eso.

Y así fue como se desarrollaron las cosas ese otoño. Sita empezó a planear su traslado a Fargo. Fritzie y Pete empacaron para el viaje todas las maletas y los baúles que poseían. Yo no hice nada especial. En realidad, sólo recuerdo la última noche de Sita porque ese día hice las cosas más habituales. Limpié las mesas metálicas de la sala de trabajo con el mismo enérgico disolvente que usábamos siempre. Pero quizás esa partida tenía algún fallo y por eso afectó mis manos.

Fuera como fuese, Sita quedó tan impresionada por el incidente que jamás ha vuelto a hablar de él. Quizá se ha convencido de que nunca ocurrió. Ya no sé nada de los hábitos mentales de Sita desde que se instaló en Blue Mound y dejó de comunicarse con nosotros. Pero esa noche nos acostamos como de costumbre en nuestras camas gemelas. A Sita le gustaba cerrar completamente las cortinas. Yo prefería ver la luz de la luna. Como siempre, dado que era su habitación, se hizo lo que ella quería. El viejo horno me despertó en mitad de la noche. Prorrumpió en unos ruidos palpitantes y quejumbrosos que nadie había advertido de día. Con frecuencia despertaba también a Sita. Yo mantuve los ojos cerrados porque sabía de qué se trataba y traté de deslizarme nuevamente en el sueño. No era la costumbre de Sita. Despertó y, con los brazos rígidos y los dientes apretados, rezó para que el sueño volviera, aunque demasiado frenética para permitirlo. Normalmente yo dormía mejor cuando percibía su vigilancia en la oscuridad. Pero esa noche no pude porque ella habló.

—Dios mío, Dios mío —dijo con una vocecita angustiada—. Mary, sé que estás despierta.

Advertí la tensión oculta, pero suspiré como si cayera a un nivel más profundo de sueño. Probablemente había oído a un ratón en las paredes, o

pensaba en algún grave error cometido en el manejo de sus amigos en el curso del importante paso que estaba dando. O en su pelo. Acababa de comprender que la permanente que se había hecho para impresionar al gerente de DeLendrecies y el teñido leve, pero atrevido, no se adaptaban a la forma de su cara.

Pero no era nada de eso.

—Mary —chilló—, DESPIERTA.

De modo que abrí los ojos. Había un poco de luz en la habitación. Al principio pensé que había dejado las cortinas abiertas, pero la luz provenía de mí, o para ser más exacta, de mis manos. Brillaban con un mortecino fulgor azul.

Las alcé, asombrada. La luz empezó a desvanecerse. Las sacudí y por un instante brillaron vivamente, como si hubiese un cable flojo. Luego la luz disminuyó, hiciera lo que hiciera, hasta que la habitación quedó completamente a oscuras. Sólo cuando ese fulgor desapareció se atrevió Sita a saltar de la cama y encender la luz. Sus dientes se entrechocaban de miedo.

—Estoy tan feliz de irme de aquí —susurró.

Se acercó el tiempo necesario para arrancar las sábanas y mantas de su cama y durmió el resto de la noche en el diván del living. Y por una vez fui víctima del insomnio de Sita y no me pude dormir.

Después de un largo rato, las gruesas cortinas de las ventanas se tornaron grises y oí que Pete se levantaba, encendía la luz del patio y dejaba salir a los perros. Poco después, cuando se marcharan a Arizona, yo me levantaría temprano como Pete y haría la misma ronda para comprobar que la temperatura de los frigoríficos y el cuarto de ahumado fuera la correcta, que la caja de seguridad estuviera cerrada y la puerta trasera abierta para Canute, quien venía a trabajar a las siete, y que hubiera café preparado para los hombres que llegaban después.

Sola en la quietud de la mañana me imaginaba haciendo todo lo que hacía Pete; y cuando la quietud fuera azul y oscura bajaría las cortinas del frente, probaría la cerradura de todas las puertas y controlaría termostatos y medidores. En cuanto al cuidado de la tienda durante el día, haría algunas cosas de otra manera, como cambiar el cartel del frente, poner de vez en cuando un anuncio en el *Sentinel* y agregar más pimienta a las morcillas. Cambiaría mi propia habitación; dormiría con las cortinas descorridas si quería o tiraría esas malditas cortinas. Al infierno con el espejo de cuerpo entero y la lámpara del pozo de los deseos. Sita podía llevárselos, así como ya

se había apropiado de la cajita de terciopelo azul de Adelaide. Yo había visto que la ocultaba en su maleta.

Cuando se marchó, la extrañé más de lo que había pensado. Durante semanas dormí con inquietud; me despertaba perturbada por la ausencia de su respiración pareja, abrumada a veces por mis propios sueños. Ahora que no había nadie que distrajera mi mente dormida, eran demasiado reales. Algunas noches me perdía entre la niebla, o en sorprendentes jardines, o me apretujaba en jaulas de animales pequeños.

Tuve, en particular, un sueño recurrente durante meses. Yo entraba en una desvencijada casa de madera, un sitio que conocía aunque jamás había vivido en él. Adentro habían muchas habitaciones vacías, algunas profundamente escondidas en el interior. Yo vagaba por todas partes, nunca extraviada pero tampoco segura de dónde estaba, hasta que llegaba a una habitación que reconocía, la habitación donde lo esperaría. Era siempre la misma. Entraba cuidadosamente en esa última habitación. El suelo crujía cuando yo ponía el pie en el umbral y mientras me movía junto a la pared enjalbegada y pelada. Era una habitación oscura y sin ventanas, pero tenía muchas tenues puertas que se abrían en todas direcciones.

Siempre, cuando él entraba, yo estaba segura de que el suelo se hundiría bajo su peso. Cedía mientras caminaba hacia mí, pero no se quebraba ni siquiera cuando extendía sus brazos pisando pesadamente. Tenía los labios plenos y curvados. Sus ojos eran del mismo color de mantequilla quemada que su pelo, y sus cuernos se bifurcaban como los de un ciervo joven.

Yo me ponía impaciente por él, por la forma en que se inclinaba hacia mí respirando ansiosamente, por sus largos muslos lisos y por el ruido de las puertas que no se ajustaban a los marcos y se abrían y cerraban mientras nosotros nos movíamos.

El Picnic de los Huérfanos

Karl entró rápidamente en el recinto de la feria por el portal de hierro forjado y luego se detuvo al borde de la multitud. Esperaba que lo vieran. Todos estaban allí. Los padres Mullen y Bonaventure. Las hermanas Ivalo, Mary Thomas, Ursula y George. Como siempre, cada una presidía un juego, un cakewalk^[1], un pabellón de bagatelas o lanas para tejer. Todas, atareadas, recibían billetes o daban el cambio que tomaban de una caja de cigarrillos. Como no lo reconocieron inmediatamente, Karl pidió una limonada y se sentó delante de sus ojos.

Se quedó allí una buena media hora, moviendo los pies sobre la seca hierba de primavera, fumando un acre cigarrillo tras otro y aplastando las colillas contra el marco metálico de su silla. Su pelo negro relucía como charol, y tenía los dientes muy blancos. Luego hizo varias pequeñas compras a las mujeres; había progresado en el mundo. Las ropas nuevas, pensaba, y el grueso rollo de dólares impresionarían a los sacerdotes. La verdad era que ninguno de éstos hubiera podido imaginar hasta qué punto él se había envilecido.

—¡Acérquese! ¡Acérquese! ¡Usted, el del traje de gángster!

Alguien reía. Karl se volvió. Era el seminarista regordete y pelirrojo que atendía el pabellón más próximo, uno de pesca. Una rápida mirada le bastó a Karl para apreciar su escaso atractivo. Conocía el tipo: autosuficiente y piadoso, de los que ganaban el premio de la rifa que acompañaba al billete de entrada y lustraban los zapatos de los sacerdotes.

—Ayude a los huérfanos —dijo sonriendo el chico. El cuello duro de la sotana le oprimía el pescuezo blanco y cremoso. Tendría unos dieciséis años. Sus ojos tenían largas pestañas, como los de Karl, pero de un matiz castaño claro y profundo. El pelo rojo oscuro y rebelde se ondulaba a partir de la frente de un modo que a Karl le pareció de pronto familiar. Era como el de Adelaide. Karl frunció el ceño ante la coincidencia. Y había otras. La piel marmórea. Los pómulos acusados. El arco de las cejas, perfecto como en una pintura. La única diferencia era la gordura infantil. Se le parecía demasiado.

El rostro de Karl se endureció. Los recuerdos de ese sitio lo sacudieron. Estaba sentado a menos de seis metros del punto donde Adelaide había desaparecido, y vio nuevamente el cielo luminoso donde se había desvanecido el avión de Omar. Oyó el llanto incesante de su hermano pequeño.

El joven que había robado el bebé debía de vivir en la vecindad. Debía de haber asistido al picnic porque era católico. Sin duda habría educado a su hijo en el catolicismo, y el chico probablemente habría sido alumno de Saint Jerome.

Karl sacó un dólar de su rollo y se puso de pie.

La sonrisa del chico se amplió cuando Karl se acercó llevando el dinero.

—¿Quiere pescar, señor? Tres suertes por un cuarto.

Karl depositó el billete.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Jude Miller —dijo el chico—. ¿Cuántas suertes quiere?

—¿Cuántas tienes?

Jude suspendió un cesto de un anzuelo y lo hundió detrás de una pared pintada con olas azules.

—Pececillo del riachuelo —dijo con un murmullo estudiado—, ven a mordisquear mi anzuelo.

—Acaba con eso —dijo Karl.

Jude enrojeció.

—Debo indicarle a la hermana qué premio darle, de varón o de niña. Por eso el verso. —Se movió y alzó el cesto por encima de la pared. Ya tenía el premio, una estampa de un sagrado corazón de aspecto jugoso.

—Es demasiado pequeño, échalo de nuevo —dijo Karl.

El chico aferraba estúpidamente el cesto.

—Pero es una estampa sagrada.

—Es una mierda —respondió Karl—. Espero algo mejor a cambio de mi dinero.

Ante la mención del dinero Jude cerró la tapa de su caja de puros.

—¿No es usted católico? —preguntó.

Karl bajó la mirada. Un búho blanco custodiaba los billetes y las monedas. Las manos gruesas, veloces, de largos dedos de Jude permanecían a los lados. Karl decidió que su hermano le disgustaba con igual intensidad ahora como tanto tiempo atrás.

—Tú también eres una mierda —dijo Karl.

Jude miró ansiosamente a su alrededor en busca de ayuda. Estaba prisionero en el pabellón.

—¡Vengan en seguida! —dijo a una mujer con un chico que pasaban cerca. Se apartó de Karl para atraerlos, pero ellos sonrieron y siguieron hacia la calle principal. Los sacerdotes y las monjas tampoco respondieron. Jude se volvió y golpeó las olas.

—¿Hermana! ¿Puede venir aquí?

—No hay la menor duda —dijo Karl.

—¿Acerca de qué?

—De ti —respondió Karl.

—¿Qué ocurre, Jude? —dijo una voz de mujer del otro lado de la pared.

Karl se inclinó y dijo junto a la cara del chico:

—¿Sabes quién eres?

El rostro de Jude estaba rojo y tenso. Se mordió el labio, al borde de las lágrimas. Sus manos apretaban aterrorizadas la caja de puros llena de dinero.

—Soy una mierda —susurró.

—¿Jude? —dijo nuevamente la voz.

Karl rió.

—Como tu madre. Y yo, ¿quién soy? —Dejó que la luz inundara su rostro y miró curioso a Jude. El chico no vaciló.

—Usted es el diablo —respondió.

Karl se tocó el bigote y volvió a reír.

—Eso decía el padre Mullen. Dile que Karl Adare ha venido a saludarlo.

Capítulo cinco (1950)

SITA KOZKA

Aunque era invierno y la nieve se filtraba por la bonita persiana de madera negra del porche de mi apartamento, me gustaba sentarme allí y mirar la calle. La Broadway de Fargo, apenas pasado el centro, estaba siempre llena de enfermeras que iban al hospital, monjas que regresaban de la catedral y pacientes de largas enfermedades que caminaban con dificultad entre sus familiares.

No me iba mal a pesar de un médico casado que me ató durante tres años, hasta que supe que jamás dejaría a su esposa; la vieja historia. Lo dejé y luego apareció Jimmy, que me ayudó a recobrar me de esa experiencia. En ese momento sentí agradecimiento hacia Jimmy, pero luego no pude librarme de él. Aparentemente estaba junto a mi puerta, esperando en su mullido coche, una noche de cada dos. Venía de Argus cada vez que yo pasaba modelos en la tienda de modas DeLendrecies. Recortaba y guardaba las borrosas fotos en que yo posaba en un traje de baile, un abrigo con botones del tamaño de platos e incluso un traje de baño haciendo juego. Jimmy era persistente y sus invitaciones siempre agradables, pero su sitio estaba en Argus, donde era dueño de un restaurante de carnes a la brasa. El hombre apropiado todavía no había aparecido.

Yo cuidaba de mi belleza más que nunca. Era diez años mayor que algunas de mis compañeras modelos y ya no era la más buscada. Me preguntaba cuánto tiempo me quedaba. Se me notaban los años, el desgaste. Me mantenía delgada, con la cintura de 57 centímetros de Vivien Leigh, y asistía a los cursos de la Escuela Nocturna de Encanto de Dorothy Ludlow. Lo más importante que me enseñó Dorothy fue a sentarme derecha y a no fruncir jamás el ceño, en ninguna circunstancia. Aprendí también un truco: cuando cenaba sola por la noche o jugaba a las cartas con amigas, usar una

tirita pegada sobre la frente, bien apretada, para mantenerla lisa. Las arrugas envejecen más a una mujer que las manos. Compré un molinillo metálico para pulverizar huesos de albaricoque; luego mezclaba el polvo con crema y me frotaba la piel. Después del baño me refrescaba la cara con un trocito de algodón sumergido en vinagre blanco. Usaba guantes de cabritilla cuando salía en invierno.

Determinación: eso era todo. Ganaba bastante dinero y me compré una televisión. Pero tenía ya treinta años. Debería haber ocurrido algo más. La gente me decía que hubiera debido ir a Hollywood, y ahora estaba de acuerdo. Hollywood era una oportunidad que hubiera podido aprovechar en su momento. Ahora lo único que podía salvarme era encontrar un marido ideal. Lo busqué. Tenía los ojos bien abiertos pero el señor Perfecto no aparecía y pasaban los meses. Quizá si lo hubiera encontrado, o ido a Hollywood, o si DeLendrecies hubiese organizado un gran desfile, la carta no me hubiese importado tanto y se la habría devuelto a Mary en lugar de usarla como excusa para desalentar a Jimmy.

Yo estaba en el porche del que he hablado. Era un sábado soleado de invierno y esperaba a que Jimmy viniera a buscarme en su coche. Ibamos a patinar en el hielo y yo temía algún gesto romántico. Podía ser que esa noche, mientras estuviéramos junto al fuego del tambor de petróleo, bebiendo cacao, planteara la cuestión o sacara de su gruesa chaqueta escocesa la cajita de la joyería. Yo siempre imaginaba maneras de desanimarlo, no del todo, sino para ganar tiempo. Pero sucedió que el cartero llegó antes que Jimmy.

Bajé cuando oí que la carta caía en el buzón. Yo no recibía mucha correspondencia. Esa carta había sido reenviada con mi dirección escrita con un rotulador negro y la letra puntiaguda de Mary. Siempre le había dicho a Mary que su letra parecía de bruja. La mía es casi perfecta, o por lo menos eso decían las monjas. La carta misma estaba escrita con una letra desconocida y dirigida a la familia Kozka. Como Mamá y Papá todavía no tenían una residencia permanente, Mary me la había enviado a mí.

Querida señora Kozka:

He guardado los anuncios de los periódicos desde que era un bebé. Y ahora he tenido que decirlo todo en confesión y le he preguntado al padre Flo. El padre dice que le escriba y le cuente las circunstancias. Bueno, sucedió que perdí al mío y que ya no podía tener otros. De modo que me quedé con Jude cuando mi

marido lo trajo de la feria. Yo estaba dispuesta a devolverlo, pero luego me enteré de que la madre se había escapado en avión. Entonces lo crié yo misma. El corazón de mi marido estalló hace seis años. Y ahora, dentro de una semana, el bebé recibirá las órdenes. Será diácono, para ser luego sacerdote. Se ordenará el 18 de febrero, en la catedral de Saint Paul. Jude no sabe que es adoptivo. Ahora es el momento de aclarar todo si usted lo desea. El padre Flo dice que esta carta es lo que corresponde, y por eso le escribo. Espero su respuesta.

Su madre
Catherine Miller

Leí la carta como si no tuviera sentido, y luego la releí. Estaba a punto de leerla por tercera vez cuando Jimmy apareció abajo y se sentó sobre la bocina. Hiciera lo que hiciese, no podía conseguir que tocara la campanilla o se comportara como era debido cuando venía a buscarme. Siempre decía que no había espacio para aparcar el coche en mi calle lateral, pero la avenida era ancha y en algunas partes no tenía bordillo. Siempre había espacio. Simplemente, Jimmy era demasiado perezoso para bajar, cerrar el coche, caminar media manzana y llamar a mi puerta. Podía bailar, jugar a las cartas toda la noche, girar sobre sus patines y bailar valeses y hacer ochos. Pero no podía bajar del coche y tocar la campanilla. Era irritante. De modo que ese día, más que otros, empezaba con mal pie.

Dejé la carta y corrí afuera para acallar el escándalo. Llevaba mis patines colgados del hombro y se entrechocaban. El filo podía lastimarme si me caía. Jimmy se estiró sobre el asiento y abrió la portezuela. Otra de sus cosas. No era cortés, no sabía abrirle la puerta a una chica. En los restaurantes pasaba primero y dejaba que yo me defendiera atrás como pudiese. Pero supongo que, incluso así, era mejor que mi médico casado.

—¿Cuántas veces te he dicho que aparques y luego llames? —le dije, y luego me deslicé en el asiento del pasajero.

—¡Sita Roscas! —gritó, y luego hizo que el motor atronara cubriendo mi voz.

—¡No me has contestado, Jimmy! —chillé—. Y no me llames Roscas.

Además eso. Me llamaba por los nombres de sus dulces favoritos. Melindro. Buñuelo. Donut con chocolate. No era extraño que estuviera

engordando. Que me llamara así me hacía sentir a mí misma hinchada, demasiado dulce y demasiado suave, como masa levada.

—Ven aquí —dijo, golpeando el tapizado a su lado.

Y aunque estaba tan enojada que hubiera querido abofetearlo, me deslicé y me apoyé contra él. Así me ganaba siempre, en el último minuto y contra mi buen juicio. Y luego yo me relajaba y me sentía cómoda. Con Jimmy podía ser yo misma, eso era seguro. Como él no apreciaba lo que a mí realmente me importaba, y ni siquiera reconocía los adelantos que yo había hecho en materia de cultura y encanto, volvía a ser Sita Kozka, la hija de Pete, el carnicero. O más o menos. Porque nunca dejé que Jimmy olvidara que era una modelo y que me había abierto paso yo sola en la vida.

Fuimos hacia Moorhead, para probar la pista de hielo. Han puesto allá una cabaña y en el interior, tras el brillo de la nieve, el aire parecía vaporoso, como sobre un lago. Las navajas de los chicos habían grabado en los bancos iniciales y corazones atravesados por flechas. Nos pusimos los patines y dejamos las botas en un rincón, y luego bajamos ruidosamente por la astillada rampa hasta el hielo. La pista tenía un limpio color gris. Podía ver las quebraduras a bastante profundidad y las hojas castañas de roble suspendidas donde habían caído. Entrecruzamos los brazos y con las manos unidas empezamos a deslizarnos por el hielo. Dimos varias veces la vuelta al lago ovalado.

—Sita —dijo Jimmy después de un rato. Vacilaba. Por fin estalló—. Casémonos.

Me aterroricé. No quería decir sí ni no. Quizá fue el olfato, o el instinto de conservación lo que me hizo comprender de repente el sentido de la carta que había traído el correo esa mañana. Es extraño que su significación sólo fuera clara en ese momento. Pero así ocurrió, y tan inesperadamente que abrí la boca.

Jimmy se detuvo y me miró.

—¿Eso quiere decir que sí? —preguntó.

—No lo sé. Espera —dije—, acabo de recordar algo.

Jimmy se balanceaba, con un brazo alrededor de mis hombros, en silencio.

—¿Recuerdas que Mary tenía un hermano menor? ¿El que se perdió? No... No lo sabes. —Me aparté de sus manos y empecé a patinar—. No digas nada. Tengo que pensar. —La nieve del borde del estanque formaba duras rocas. Había caído en gran cantidad y se había endurecido mucho. Las sombras eran de un delicado azul.

—Es ese bebé —dije en alta voz. Yo sabía todo acerca de él, no por Mary, que jamás hablaba de su vida antes de su llegada a Argus, sino por las palabras de Mamá que yo había sorprendido en la cocina. Sus amigas venían a charlar con ella y a beber café aguado. Comían duras tartas de melaza y cada una fumaba los cigarrillos de las otras. Mientras conversaban, yo solía quedarme justo afuera y escuchaba. Hablaban y hablaban de tía Adelaide, y de que el padre de los niños no se había casado con ella y de por qué los había abandonado. Especulaban sobre lo que podía haberle ocurrido al bebé. Cuando ese joven lo había arrebatado de los brazos de Mary y se había marchado, ¿habría sido una bendición o una maldición? ¿Tendría realmente una esposa?

Y ahora, finalmente, había una respuesta. Yo tenía la carta que podía resolver el misterio.

—¿Ya has pensado bastante? —preguntó Jimmy, detrás de mí. Me tocó el brazo.

—Ya sé lo que haré —dije, mientras me volvía.

—¿Qué?

—Iré a Minneapolis. Esta semana se ordena.

La cara de Jimmy era un cuadro.

—Mira —dije—, ha ocurrido algo muy importante. Tendré que pensar en... —señalé con la mano el sitio donde me había propuesto matrimonio— en todo eso. Pero ahora tengo que marcharme.

Jimmy no protestó. Estaba demasiado trastornado y confuso. Quizá se preocupó a causa de la brusca convicción de mis planes de viajar. O le pareció inusitado. De todos modos, me despidió sólo con un rápido beso en la mejilla. Yo estaba impaciente por leer una vez más la carta y hacer los arreglos necesarios en mi programa de trabajo. Tomaría el tren con un bolso pequeño y pararía en un hotel. No haría ninguna llamada de larga distancia a esa tal Catherine Miller ni le anticiparía mi visita. Simplemente me confundiría con la muchedumbre, de incógnito, durante la ordenación del chico, y después de haber visto al hermano perdido de Mary decidiría qué hacer y elegiría el momento adecuado para revelar quién era. Montaría un drama.

Preparé mi bolso. Hice los arreglos necesarios y reservé el billete. La noche antes de la partida no podía dormir de excitación. Lo que ocurría era tan interesante como la trama de las novelas policíacas que leía para calmarme. Aparte de la cajita azul, esa carta era ahora la única clave de lo que había ocurrido, de todas las circunstancias que habían motivado la llegada de mi prima Mary en un tren de mercancías al comienzo de una primavera.

También había metido en mi bolso la cajita, sólo porque me pareció apropiado. Guardé en su interior una foto de Adelaide entre los viejos recibos de empeño y los botones arrancados. Si el chico quería saber cómo era su madre, tendría su foto. Me estremecí cuando pensé que la carta había estado entre las propias manos de Mary, esas manos que despedían luz azul en la oscuridad, pero no habían advertido vibraciones insólitas en el contenido del sobre.

Minneapolis era entonces una bonita ciudad, edificada por las fortunas de los cereales y los ferrocarriles. Había aceras flamantes en las anchas calles y se veían árboles en todas partes, no como en Fargo, que siempre parecería un pueblo de vaqueros, incluso cuando se enriqueciera con el azúcar, los guisantes y el trigo. Ésta era una verdadera metrópolis con un característico rascacielos llamado Foshay Tower y kilómetros de hermosas calles residenciales. La habitación de mi hotel tenía buenos muebles, cortinas con grandes helechos estampados y un tocador con un alto espejo rectangular.

No había dormido la noche anterior, de modo que caí rendida en seguida. Desperté, esa madrugada del final del invierno, justamente cuando la primera luz se filtró entre el dibujo de las cortinas. Sabía exactamente dónde estaba y qué haría. Tomaría un café solo en el hotel. Subiría hasta lo más alto de la Foshay Tower e iría a una tienda de modas. Después de eso tendría el tiempo justo para ir en taxi a la catedral.

El café vino en una elegante taza con una servilleta de papel, pero no pude trasponer las puertas del ascensor del Foshay. El ascensorista preguntó: «¿Sube, señora?». Pero yo sacudí la cabeza, bruscamente mareada. Las rejas metálicas se cerraron delante de mí. En las puertas había una placa brillante que representaba la torre. Para enfocar la vista miré la réplica, que se elevaba majestuosamente sobre unas crestas de bronce dorado e irradiaba rayos de luz de su pesada cumbre. La visita a la tienda de modas fue todavía peor. Con sólo ver en los escaparates los maniqués de cintura finísima debería haber comprendido cómo me afectaría. Tenían ojos negros y profundos, retocados a pincel. Las bocas brillaban como si acabaran de beber un vaso de algo. Usaban sombreros adornados con pequeños bordados y llevaban bolsos de formas que yo jamás había visto. Y lo peor: sus vestidos tenían botones fuera del centro y el ruedo más abajo, decididamente más abajo, que el admitido por el estilo de nuestra tienda.

—¿Cómo puede ser esto? —dije en alta voz—. ¿Quién lo ha decretado?

Entré para ver qué había en el interior y era verdad. Hasta las vendedoras llevaban vestidos del mismo estilo. Yo sentía mis piernas largas, torpes, descubiertas y anticuadas. Me quité los guantes y toqué los vestidos. Quería uno negro con rayas caladas.

—¿Puedo ayudarle?

Parecía un maniquí vivo, a tal punto era perfecta. Su ondulación permanente era imposible de conseguir en Fargo. ¡Y el conjunto! Hubiera querido echarme en la alfombra.

—Sólo estaba mirando.

Tenía la mirada vacía, gloriosamente indiferente. No trabajaba a comisión. Estaba segura de eso. O eso, o era rica y vendía ropa sólo para distraerse. Sostuve el vestido en silencio. Ella lo cogió y giró, esperando que yo la siguiera. Me lo probé. Cuando salí y me miré en el espejo de tres cuerpos, me maravillé. Pero apareció ella detrás de mí y yo era sólo una imitación.

—¿Está de visita en Minneapolis?

—No —respondí.

Antes de que pudiera decir algo más, hice girar la falda y dije:

—Me lo llevaré.

No sonrió. No hizo el menor cumplido. En el probador me quité el vestido y lo colgué cuidadosamente. La tarjeta estaba debajo de la manga y yo no tenía encima dinero suficiente para pagar. Podría haber hecho un cheque, pero era demasiado caro. Estaba por encima de mis posibilidades. Me quedé allí en ropa interior, tan desanimada que no podía pensar con claridad. Leí varias veces la cifra, como si pudiera cambiarla con la fuerza de la voluntad. Pero seguía siendo la misma, escrita con letra fina y florida. Me vestí lentamente y salí, esperando que la vendedora se hubiera ido a tomar un café. Pero me esperaba junto al mostrador.

—¿Se lo envuelvo, señorita? —preguntó con voz aburrida.

—He cambiado de idea —le dije.

—Ah.

—Quiero algo más formal.

—Por supuesto.

Se volvió para atender a otra clienta, y escapé.

La catedral estaba hermosa con la nieve, y había coches aparcados junto al bordillo desde varias calles antes. Subí las escaleras de piedra con familiares y

amigos de quienes iban a tomar los hábitos. La puerta se cerró con gran estrépito y muchos ecos, y el cielorraso saltó hacia arriba, altísimo, enorme. Ruedas de luz azul, verde, dorada caían de las rosetas de cristal. La iglesia estaba repleta, de modo que subí los escalones traseros que llevaban al órgano. Había unos pocos sitios libres, sillas plegables detrás de los bancos. Me arrodillé y me senté en una franja de luz dorada que parecía caliente, aunque la iglesia misma estaba fría. Pronto oí el susurro de los fuelles mientras una monja anciana apretaba interruptores y ponía el órgano en marcha.

Empezó a tocar. Sus pequeños pies arqueados subían y bajaban por el registro bajo. La música resonó. Abrí un misal mientras los jóvenes que iban a ser ordenados entraban en fila, vestidos de blanco, cada uno con una estola y un cirio encendido. Traté de verlos, pero estaban demasiado lejos. Yo no había imaginado eso; no había pensado cómo reconocer a Jude Miller. Los jóvenes formaron un semicírculo alrededor de los bancos episcopales. Entonces entró el obispo, se arrodilló y rezó. La iglesia estaba llena de crisantemos, gladiolos y claveles blancos. La gente olía a naftalina, brillantina y perfume. Había gruesos moños de satén blanco a los pies de los santos y las velas de colores ardían en filas vacilantes.

El obispo se puso sus vestiduras con gestos lentos y estudiados. Yo observé uno por uno a los jóvenes. El chico debía de tener unos dieciocho años, y sería bajo, como Mary, o pelirrojo, o una versión mejorada de Adelaide. Pero también podía parecerse a su padre. Yo jamás había visto una foto de ese hombre, ni siquiera había oído una descripción, aparte de que era casado.

Y entonces, cuando empezó el servicio y el obispo habló, comprendí que mi visita podía ser más que dramática. Podía ser peligrosa. Podía estropear el futuro de Jude Miller.

Grande y espléndido con sus vestiduras y su mitra, el obispo se dirigió en latín a la multitud asistente. Todos seguíamos sus palabras en los misales verde y oscuro.

Reverendissimus in Christo Pater, et Dominus, Dominus, Dei.

Leí con él la página siguiente.

EL REVERENDISIMO PADRE EN CRISTO, POR LA
GRACIA DE DIOS Y EL FAVOR DE LA SILLA
APOSTOLICA, ORDENA Y MANDA, BAJO PENA DE

EXCOMUNION, A TODOS LOS AQUI PRESENTES PARA RECIBIR LAS ORDENES, QUE NINGUNO DE ELLOS QUE PUEDA SER IRREGULAR O HABER SIDO EXCOMULGADO POR LOS CANONES O POR SU SUPERIOR, O ENCONTRARSE BAJO INTERDICCION O SUSPENSION, O SER ILEGITIMO, INFAME O POR CUALQUIER MOTIVO EXCLUIDO DE LOS CANONES, O PERTENECER A OTRA DIOCESIS...

Seguía enumerando a los que no debían presentarse para recibir las órdenes. Pero yo tenía la vista clavada en *ilegítimo*. Los candidatos se extendieron en el suelo cuando comenzó la letanía de los santos. Seguí el texto por costumbre y pedí que se me librara del espíritu de la fornicación, del rayo y de la tempestad, del azote de los terremotos, las plagas, el hambre, la guerra y la muerte eterna.

Los futuros diáconos se pusieron de pie, avanzaron y se arrodillaron en semicírculo en torno del obispo. Aunque miraba fijamente no los veía bastante bien para decidir cuál era el hermano de Mary. El obispo les puso las manos sobre la cabeza, uno por uno. Pero no dijo sus nombres. Luego indicó que tocaran el Evangelio, y que rezaran, y todo terminó. Ellos regresaron a su sitio. Después de haber ido allá, yo quería por lo menos resolver el misterio para mí; pero todos parecían normales, sin ningún detalle especial, y poco familiares. De modo que salí de la catedral, bordeando la multitud, a los anchos escalones soleados.

El aire estaba fresco y lleno de ruidos cotidianos. Detrás de mí oía la música grandiosa y amortiguada. Saqué de mi bolso la cajita azul y la abrí. Quizá necesitaba refrescarme la memoria. O esperaba que algún rasgo indicaría a alguno de los jóvenes. Pero Adelaide no se parecía a nadie. Miraba, desafiante, desde su foto, el pelo ondulado, las cejas arqueadas como alas. Aparté los botones, desplegué el recibo de empeño. Era un papel amarillo arrugado con una dirección, números y una descripción escrita cuidadosamente con letra diminuta.

Anillo de diamante amarillo, con fallas, engastado en oro. Buen estado. Collar Victoriano de filigrana con granates en engarces individuales.

Imaginé el viejo collar, y el anillo, primero en Adelaide y luego en mí. No poseía muchas joyas buenas, aparte de una sarta de perlas de cultivo.

Fui hasta la esquina y alcé la mano cuando apareció un taxi. No sabía adonde ir hasta que subí. Como si me lo hubiera propuesto desde un principio, leí al conductor la dirección del recibo de empeño. Luego me eché atrás sobre el cuero resquebrajado.

Recorrimos millas. Las calles se volvieron sórdidas, y la nieve gris formaba muros grises a ambos lados. Me pregunté si no era una locura ese largo viaje. Pero allí estaba la tienda. Era un agujero lleno de chatarra hasta lo alto del escaparate. Bajé, pedí al conductor que esperara, y entré en la tienda. JOHN'S, decía el cartel.

Me detuve junto a la puerta en la habitación repleta y aguardé a que mis ojos se adaptaran. Era un sitio frío y de olor ácido, lleno de partes de cámaras y de instrumentos musicales rotos. Un joven muy alto con varios jerseys atravesó unas cortinas y puso las manos sobre el mostrador.

—¿Compra o vende?

—He venido por este anillo y este collar —dije, mostrándole el recibo.

Frunció los labios.

—Mil novecientos treinta y dos. —Rió y estudió la letra—. John Sénior escribió esto —dijo—. John Sénior está muerto.

Me extendió el recibo pero no lo cogí.

—Oh, por favor —dije—. Estoy segura de que puede encontrarlos. Significan mucho para mí.

Se frotó la barba. No pudo decir que no.

—Espere un minuto —suspiró—. Todavía hay una caja que jamás he mirado.

Sacó a tirones una caja metálica chata que estaba debajo de una pila de periódicos y la puso en el mostrador. El interior estaba dividido en pequeños compartimientos, cada uno con alguna cosa. Joyas, medallas de guerra, alfileres de corbata, relojes rotos.

Separó los anillos del resto de las cosas. Ninguno era de diamantes. Pero luego, mientras examinaba lo demás, separó una ennegrecida maraña de eslabones delicados y la depositó sobre el mostrador.

—Supongo que podría ser éste —dijo, rascando una piedra con una uña sucia.

—¿Eso? —dije, decepcionada.

—Tuvimos un incendio y todo se cubrió de hollín. Pero son piedras rojas, sin duda. Las verá si las hace limpiar.

Estaba demasiado sucio para tocarlo, de modo que abrí la caja azul e hice que él lo dejara caer en el interior. Rellené un talón mientras daba gracias al

cielo por no haber comprado el vestido negro. Guardé la cajita en el fondo del bolso y salí.

De regreso en Fargo, llevé el collar a un joyero. El lo limpió, reparó algunos engarces y me lo entregó. Cuando lo vi sobre el algodón blanco no pude creer en mis ojos. Las piedras brillaban como rubíes. Era digno de una reina. Me lo puse, me acerqué y me alejé del espejo del cuarto de baño. Me daba un aire distinguido. Con un vestido escotado, con cuello de encaje crema, quedaría perfecto. Lo tuve puesto mientras me preparaba la cena y veía programas de televisión. Pero cuando me lo quité para ir a acostarme y lo puse en el cajón encontré la carta de la señora Miller, aún sin responder. Me senté ante la mesa y en un folio de mi mejor papel de cartas, escribí:

19 de febrero de 1950

Querida señora Miller:

En respuesta a su carta, que me han remitido desde Argus, y por lo que a mí concierne, es usted libre de decidir qué decirle a su chico. El sería mi primo, y también hay una hermana. Tenía además un hermano, pero nadie sabe qué ha sido de él. Yo, por otra parte, soy ahora una conocida modelo y vendedora de DeLendrecies, aquí en Fargo. Mis padres son dueños de un importante negocio de venta de carnes en la zona este de Argus, Dakota del Norte. Sin más que decir, la saluda atentamente,

Sita Kozka

Metí la carta en el sobre, escribí la dirección y hasta le puse un sello. Quizá debería haberla enviado en ese mismo instante, aunque fuera medianoche, porque a la mañana siguiente empecé a vacilar. Ya tenía demasiado en que pensar.

Durante días la carta estuvo en mi tocador. Y luego, una noche, mientras esperaba a Jimmy, que venía a mi apartamento a cenar, estaba ordenando todo lo que estaba a la vista y arreglando las lámparas y las pantallas. Encontré la carta y la guardé bajo una sábana adornada al ganchillo. Necesitaba que las cosas quedaran así.

El casamiento de Sita

Bajo las estruendosas polkas de The Six Fat Dutchmen, el hermano y los primos de Jimmy Bohl, agazapados, muy juntos, en el camión de la Legión, estudiaban la forma de secuestrar a la novia en el baile de bodas y el sitio donde la dejarían para que Jimmy la encontrara. Como estaban cargados de *schnapps* y licor de guindas, se ponían de acuerdo en todo y en nada. Lo único que podían hacer era estallar de risa, con los ojos desorbitados y las caras rojas, mientras pensaban en Jimmy aullando: «¿DÓNDE ESTA SITA?». Casi se sofocaron al imaginar su cólera cuando subiera de un salto a su Lincoln, decorado con crema de afeitar y papel higiénico, pusiera el motor en marcha, saliera a buscarla a la fría noche de marzo y sintiera de pronto el terrible olor procedente de la calefacción.

—Queso de Limburgo —fue todo lo que tuvo que decir un primo para que el otro se inclinara y cayera de lado contra los paneles de madera del camión.

—Ahí está —dijo el hermano de Jimmy, indicando la pista de baile.

Cerca giraba Jimmy, un hombre alto y regordete a quien apenas salvaban de la blandura total la cuidadosa barba en punta y el pelo corto con una gran onda sobre la frente. Experto bailarín de salas de fiesta, se movía ligeramente sobre sus pies. Sita tenía una congelada expresión de entrega mientras él la impulsaba de un lado a otro de la pista.

—¿Y los Kozka? ¿Crees que se enfadarán? —preguntó el hermano de Jimmy. Los primos miraron a Pete y a Fritzie, pero ambos parecían tan plácidos con sus flamantes kilos de más y sus rostros bronceados que la posibilidad de su enfado parecía remota. Ahora los novios bailaban un vals. En la garganta de Sita resplandecían unas piedras rojas. Cristales de roca relucían en la diadema que le sujetaba el velo. Llevaba un vestido especial, con unas faldas inmensas de muchas capas y el talle adornado con cuentas como perlas. A los hombres agazapados les parecía que una niebla de encanto, una luz suave, rodeaba la cara de Sita; pero eso era sólo efecto del alcohol y del fino velo, porque en realidad la sonrisa de Sita era anodina y el agotamiento nervioso daba a su mirada, por encima del hombro de Jimmy, una filosa dureza.

Mientras la miraba, uno de los primos resopló:

—Y, sin embargo, es guapa —dijo. Su voz era maliciosa. El hermano de Jimmy se inclinó y frunció los labios.

—Se creía demasiado buena —dijo—. Tuvo a Jimmy en la cuerda floja hasta que calculó que no aparecería ninguno mejor. —Guiñó un ojo a nadie en particular—. Esta noche las pagará.

Cuando el vals terminó, Sita huyó por un pasillo al lavabo de señoras con el velo envuelto alrededor del brazo. Al ver esto, los primos se levantaron de común e involuntario acuerdo. Precedidos por el ansioso hermano de Jimmy, se deslizaron vacilantes entre los bailarines hacia el mismo pasillo donde había desaparecido Sita y que conducía, más allá del lavabo, al parking de tierra apisonada.

Y así ocurrió. Nadie vio el secuestro de Sita cuando salió por la puerta del lavabo de señoras. Cuando Jimmy terminó de bailar con todas sus camareras y la buscó, su flamante esposa estaba ya lejos por la carretera 30 hacia el norte, apretujada en el asiento trasero del coche del hermano de Jimmy, entre los dos primos, cuyas bromas obscenas y sudados trajes de alquiler habían puesto a Sita furiosa, hasta el punto de perder la voz.

También ellos dejaron de hablarle, de todos modos. La carretera era recta y parecía resbalosa bajo las frías estrellas, y la botella que se pasaban unos a otros se evaporó rápidamente. La dulzura de su aliento con olor a schnapps era más de lo que Sita podía soportar, y en un momento dado trató de decir que estaba mareada y que debían dejarla salir. Pero sus palabras fueron un ronco graznido y cuando se inclinó sobre el duro abdomen de un primo para aferrar el picaporte de la puerta trasera todos, bruscamente, repararon en ella.

—¡Qué haces, nena!

—¡Agárrala!

—¡Ya está! —Sus voces la empujaron nuevamente contra el tapizado, y sus manos torpes la retuvieron. Se hundió en sí misma, sintiendo un odio tan feroz que la sacudió como una corriente eléctrica. Los miró uno por uno y deseó que sus ojos pudieran desprenderles la carne de los huesos.

—¿Adónde la llevamos? —preguntó uno de los primos, y todos prorrumpieron en risotadas que los dejaron agotados. Después se tranquilizaron, momentáneamente pensativos.

—Vayamos a pescar en el hielo este invierno —dijo uno. Durante media hora discutieron qué lago visitarían, y a casa de quién irían. Sita dormitaba, segura de que la llevarían de regreso. Pero cuando ya parecía que habían satisfecho su deseo de conducir de noche y quizá incluso la habían olvidado, llegaron a las tierras de la reserva, yermas, sin cercar, abandonadas excepto por una lucecita en un patio.

El hermano de Jimmy condujo hasta el círculo de luz y se detuvo frente a una destartada estructura de madera que no tenía inscripciones, pero era reconocible para todos los hombres.

—¡Qué bien! —exclamó un primo, celebrando el genio del hermano de Jimmy.

—Dejadla bajar ahora —ordenó el hermano de Jimmy—. Y tú, dale tu chaqueta, hace un frío de todos los diablos.

El primo saltó afuera, depositó a Sita y volvió al coche. Súbitamente asustada, ella se acurrucó en la chaqueta. Pero la calidez de la prenda desapareció antes de que el hermano de Jimmy tocara la bocina, encendiera la luz intermitente y se alejara. El frío le rodeó los brazos y subió por debajo de su falda.

Sita intentó gritar.

—¡Idiotas! —susurró.

Las luces traseras se desvanecieron. El viento era fuerte, casi de tormenta, y Sita tuvo que esforzarse para avanzar a tropezones entre los coches aparcados y golpear la sencilla puerta de madera. Nadie respondió. Aguardó un momento y el viento le alzó violentamente el vestido desde atrás, le dio vuelta y se lo echó sobre la cabeza como un paraguas, y luego la arrojó al interior.

Había entrado en un pequeño bar indio de bebidas de contrabando, cuya clientela de esa noche helada estaba formada por siete viejos que bebían en silencio, dos mujeres estridentes y Russell Kashpaw, que estaba pasando la noche con ellas. Lo que vieron entrar las diez personas y el dueño del bar fue una explosión blanca, una bola de gasa que el viento glacial hacía rodar. Dos piernas desnudas con tacones de aguja se movían como tijeras en su centro; describían arcos letales y desgarraron la chaqueta de un anciano antes de que retrocediera espantado. Y la bola blanca era espantosa porque, mientras el viento la revolvía y los parroquianos esquivaban el peligro, de ella surgía un gruñido ahogado e inhumano. Pero luego, cuando finalmente cerraron la puerta, el vestido se calmó lentamente; aparecieron unos brazos que lo alisaron frenéticamente, capa por capa y por fin un rostro emergió de la desgarrada espuma.

—¡Es una puta reina! —dijo una de las mujeres en el silencio del asombro.

—Cállate —dijo la otra mujer, mientras aferraba el brazo de Russell—. Es una novia.

Era una novia; todos lo veían ahora. Se puso de pie, despeinada, pero normal en todos los sentidos, aunque su cara estaba torcida, furiosa y descompuesta y se movía horriblemente sin un sonido.

Capítulo seis (1952)

KARL ADARE

Señoras y señores de la Convención del Ganado y las Cosechas, he venido a revelar un milagro.

Así empiezo mi arenga.

Todos y cada uno de nosotros hemos sobrevivido a los tornados de polvo, esas nubes de tierra. ¡El valiosísimo humus al capricho del viento! Pues bien, señoras y señores: la causa es el arado; el arado hizo que eso sucediera, y una forma de evitar ese proceso infernal sería no arar.

Hago una dramática pausa.

«Tengo que arar para sembrar», me diréis. Pero ya no. Debajo de esta lona tengo la respuesta a vuestras plegarias. Señores...

Tiro del cordel y dejo caer la lona.

¡LA SEMBRADORA DE AIRE COMPRIMIDO!

Y luego paso a explicar el mecanismo. Señalo los finos tubos que conducen las semillas desde la caja hasta el suelo. Explico de qué manera, con la ayuda del aire de los fuelles a motor, cada semilla penetra suavemente en el suelo. La sembradora de aire comprimido no perturba el suelo, les digo, y por lo tanto conserva la humedad y reduce la pérdida de humus.

Entonces vienen las preguntas habituales, el habitual escepticismo. Yo sostuve la mirada del hombre, una mirada de esperanza y reserva, mientras respondía a las preguntas, distribuía folletos y demostraba el proceso tan bien como podía.

Estábamos en una convención en Minneapolis. Era un hombre delgado con abundante pelo rubio, grandes ojos grises y aire sereno. Hizo preguntas acerca del proceso y de la duración del equipo. Le gustaba la idea, me dijo. Su fuerte era la innovación.

—Soy Wallace Pfef. Me ocupo de terrenos en Argus —dijo—. Me gustaría hacer más trabajo de promoción, impulsar la agricultura, poner la ciudad en el mapa. Por eso me interesa su sembradora —agregó.

Dije que esa máquina haría época y le mostré gráficos e informes aparecidos en las publicaciones rurales, pero durante todo el tiempo me preguntaba, ¿por qué Argus? Parecía que esa ciudad de dos centavos brotaba de la nada a cada paso. Siempre había algún ciudadano de Argus que me estrechaba la mano. O los periódicos hablaban de catástrofes, o monstruosidades, o partos múltiples en el hospital Saint Adalbert de Argus. Yo me preguntaba si alguna vez leería entre esas noticias el nombre de mi hermana, y sabía que no me importaría. Jamás fui o llamé y ni siquiera escribí una carta. Sencillamente, había pasado demasiado tiempo. Y sin embargo, había en mí una curiosidad, una fascinación, que provocaba las coincidencias; y probablemente fue eso lo que me llevó a sugerir a ese hombre, Pfef, que fuéramos a beber juntos una copa.

Por otra parte, un vendedor hace amistades donde puede. El no era mi tipo, pero era menos desagradable que otros.

Salimos del salón de la convención, atravesamos el vestíbulo y fuimos al oscuro bar del hotel.

—Ésta me toca a mí —dije, poniendo en la mesa un billete de cinco dólares cuando llegaron las bebidas. La camarera tomó la cantidad correcta de dinero y dejó el cambio en la mesa. No lo toqué.

El me agradeció, bebió lentamente un sorbo, y no dijo nada, lo que yo encontré desconcertante al principio; pero luego, mientras también yo aguardaba deliberadamente sin llenar el espacio que él había abierto, fue evidente que habíamos permitido que las bebidas suprimieran la distancia entre nosotros.

—¿Eres de Minneapolis? —preguntó. Por algún motivo, el tema resultaba más personal ahora que cuando él había dicho que era de Argus.

—De aquí... de distintos sitios —respondí.

—¿Qué sitios?

Hice una pausa; sentía la vieja incomodidad ante las preguntas acerca de mi pasado y, sin embargo, quería revelar justamente lo necesario para retener su interés.

—Saint Jerome —dije—. Es un hogar católico para bastardos.

Evidentemente, no lo esperaba.

—Lo siento —dijo—. Qué terrible.

Hice un gesto de indiferencia.

Después de eso, él ya no tuvo mucho que decir, pero conservó esa expresión de expectativa, y aunque yo no suelo hablar de mí mismo, aunque trato de mantenerme distante, agregué lo que jamás le había dicho a nadie.

—Tengo una hermana —dije—. Vive en tu ciudad.

Parecía ansioso. Era obvio que conocía a todo el mundo en Argus y comprendí que había ido demasiado lejos. Le diría a Mary que me había conocido si yo le decía su nombre, lo que sin duda esperaba. Pensé darle mi tarjeta, y luego que tendría que ser más cauteloso.

—Pero no sé quién es. —Di marcha atrás—. Podría ser sólo un rumor. Esas cosas que ocurren siempre. Algún chico dice que ha visto tu legajo, o las monjas cuentan historias...

—Sin embargo, lo crees —dijo, mirándome de frente, convencido. En ese momento la distancia entre nosotros disminuyó considerablemente, como ocurre siempre cuando una persona advierte que mira a otro desde muy cerca y encuentra sus ojos. Era mi turno de decir algo que fuera aún más lejos. Corrí el albur.

—Vamos a cenar en mi habitación —dije.

Su mirada se llenó de asombro. Ya habíamos bebido rápidamente tres copas, y los cinco dólares que había insistido en agregar también se habían convertido en unas pocas monedas. Con tres copas, yo empezaba a desinhibirme, y cuando vi cómo se ponía de pie, supe que a él le pasaba lo mismo.

—Oh, no —dijo, mientras buscaba algo debajo de su silla—, se me han caído los folletos.

Tenía bonitas caderas finas, advertí, pero no era fuerte ni musculoso. Mi apariencia era más digna de admiración. Yo levantaba pesas, nadaba y a veces corría una milla, aunque estuviese trabajando. Y también cuidaba mi mente. Había tenido suficientes problemas con otras personas, y quizá gracias a ellos nunca permitía que nada fuera tan lejos como para crearme dificultades.

—¿Vienes? —pregunté.

Había recuperado sus folletos. Se irguió con una rápida sonrisa nerviosa, y recorrimos juntos el pasillo alfombrado, subimos dos tramos de escalera y entramos en mi habitación. Predominaba en ella la cama cubierta con una colcha anaranjado brillante. Pufef logró no mirarla: se dirigió en línea recta a la ventana y admiró la vista. Era el parking.

En un cajón de la mesa escritorio había realmente un menú, y yo estaba sinceramente hambriento. Constaté que no me importaba mucho lo que pudiera ocurrir, fuera lo que fuera, ahora que estábamos solos en la

habitación. No era que Pfef careciera de atractivo, lo que me aburría era su nerviosismo, aunque era él quien había extendido la mano para detener la mía cuando yo traté de poner otro billete para las bebidas.

Me senté en la cama y abrí el menú. Sabía lo que me apetecía tomar, pero no figuraba.

—Perdices —me conformé—, aunque las traerán duras y resacas.

El se relajó, se sentó en una silla junto a la cama y cogió el menú.

—Costilla de ternera. Ésa será mi elección.

—Entonces ya está. —Llamé por teléfono. Mientras esperábamos la cena, le serví un vaso de la botella que llevaba en la maleta.

—¿Es tu único vaso? —preguntó cortésmente antes de llevárselo a la boca.

—No me importa —respondí, bebiendo de la botella— como a ti.

Abajo había sido él quien observaba y formulaba afirmaciones atrevidas, pero apenas le devolví una enrojeció, y calló; hizo girar el whisky en su vaso y luego retornó a su expresión de expectativa.

De modo que no dije nada, sólo le quité el vaso de la mano.

—La cena —dijo, con voz débil.

Pero se inclinó hacia adelante y yo le aferré los hombros y lo atraje hacia mí. Luego nos dejamos caer en la estridente colcha.

Cuando el camarero golpeó la puerta estábamos nuevamente como al principio, vestidos, con la única diferencia de que ahora compartíamos el vaso. La verdad es que me gustaba beber en ese vaso.

El chico simplemente empujó la mesa rodante, extendió la mano para recibir la propina y se marchó. Quizá pensó que éramos gangsters en plena conspiración, o advirtió la verdad. Pfef comió rápida, ávidamente, con visible alivio. Cortaba la carne en pequeños cuadrados y se los metía en la boca. No había sido tan malo como él pensaba, supuse, y ahora que ya había terminado podía olvidarlo, fingir que no había ocurrido, regresar tranquilamente a Argus y decirle a su esposa cómo había sido la convención, al tiempo que le regalaba algún recuerdo de Minneapolis para aceitar la pequeña bisagra chirriante de la culpa.

—Nunca he hecho esto antes —dijo.

Simplemente me volví y trinché las avecillas, recordando sus reservadas ansias, su mirada de expectativa. Sin duda estaba casado, o por lo menos me lo imaginaba. Usaba un anillo parecido a los de boda y tenía un aspecto pulcro, lustrado, planchado, almidonado.

—¿Y cómo está la joven señora? —No pude evitarlo. Lo dije de manera burlona.

Alzó la mirada, sin comprender, se limpió el mentón. Le di unos golpecitos en la mano.

—Oh —dijo—. Estuve comprometido una vez, hace mucho tiempo.

—Seguramente.

Y luego devolvió la pelota, o trató de hacerlo.

—¿Y tú? —preguntó.

—Yo, ¿qué?

—Ya sabes.

—¿Mujeres, quieres decir? —Asintió.

Le dije que había conocido muchas, e íntimamente, aunque la verdad es que siempre he encontrado su contacto insoportable, una fuente de indecible pánico.

—El amor y el matrimonio no son para mí —le dije.

Estaba fascinado.

—¿Por qué no dejas que trate de encontrar a tu hermana? —preguntó. Eso brotó inesperadamente, de la nada, y cuando me miró con sus ojos claros y tristes tuve de pronto la sensación que siempre me asustaba: la oscuridad, el suelo que cedía, la caída en el vacío. Quizá era cierto lo que él había dicho: su torpeza, su inexperiencia, la espantosa posibilidad de que quisiera llegar a conocerme.

—Ya he terminado —dije, mientras apartaba mi plato y, sólo para hacer algo, para rechazar esa sensación, empujé violentamente por la puerta la mesilla rodante. Volví a la habitación y salté a la cama. Tenía que evitar una caída; por eso salté. Me sentía ligero y tonto, rebotando en el aire. Como un niño dispuesto a maltratar el colchón.

—Más vale que pares —dijo Pfef, escandalizado, mientras la carne se le caía del tenedor—. La administración.

—Al diablo con la administración. —Me reí de su cara de niña—. Voy a mostrarte un ejercicio. —Realmente no tenía previsto nada, pero mientras saltaba casi hasta tocar el cielorraso tuve una brusca inspiración. Había mirado atentamente a los chicos musculosos que se zambullían desde el trampolín en las piscinas del centro. Saltaban hacia arriba, giraban con precisión en el aire y golpeaban duramente el agua con los pies. Yo iba a hacer lo mismo. Cogí impulso. Luego di un salto mortal y todavía creo que si no hubiera sido por el repentino aullido de Pfef, habría caído perfectamente sobre mis pies. Pero ese grito de alarma me desequilibró. Mantuve encogido

el cuerpo demasiado tiempo y toqué el suelo al pie de la cama, en un espacio tan reducido que parecía imposible; pero lo conseguí, y además me hice daño en la espalda.

Supé de inmediato que era grave. No perdí la consciencia.

—Pfef —dije apenas se inclinó—, no me toques.

Tuvo el buen sentido de no hacerlo, de llamar al hospital, de quedarse a mi lado sin hablar y de evitar que los enfermeros me movieran hasta que el médico pidió unas tablas. Yo pensaba sin cesar pero, estúpidamente, no en mi cuello ni en que podía quedar paralítico. Por alguna razón no tenía miedo de eso. No tenía miedo de nada. Miré a Pfef; y por la forma en que me miraba, horrorizado, con sus ojos francos, supe que podía tenerlo para toda la vida. Pero ni siquiera en eso pensé en ese momento. Sólo recordaba a mi hermana.

—Se llama Mary —dije en alta voz—. Mary Adare.

Y luego la inyección surtió efecto, una oscura calidez. Supe que estaba en un saliente inseguro, y que ya no habría nada que me detuviera si caía.

La noche de Wallace

Las chotacabras se lanzaban a través de la luz de los faros, pequeñas sombras triangulares con los desflecados picos abiertos para cazar insectos. El aire olía a la tierra mojada de los zanjones, y a veces él sorprendía el destello del agua como un espejo entre los interminables surcos negros. Lejos de la carretera de Minneapolis a Argus luces aisladas brillaban como las de barcos fondeados mar adentro. La primera imagen de Argus que tuvo Wallace fue el pequeño faro rojo que había en lo alto de la torre de aguas.

Salió de la carretera a un angosto camino de tierra famoso entre las parejas de estudiantes. Algunos padres presionaban para que un amigo de Wallace, el policía Ronald Lovchik, patrullara ese camino las noches del fin de semana. Ese sábado estaba desierto. No se veía el menor destello; no había parejas que guiñaran los faros más lejos por ese camino ondulante y lleno de pozos. Dejó que su coche se detuviera con un suave brinco y apagó el motor.

A su alrededor surgió la música de la noche. Grillos. El susurro del trigo nuevo. El agudo piar de los pájaros que anidaban en los setos y las alcantarillas. Wallace se hundió en su asiento y aspiró el aire dulce y suave. El volante, donde apoyaba los dedos, se curvaba como un hueso liso. Por encima de él, todo el cielo sin luna estaba sembrado de estrellas y planetas.

No quería regresar todavía a su casa vacía y a medio construir, y tampoco quería pensar demasiado en lo que le había ocurrido en Minneapolis. Cerró los ojos, pero no logró dormir. Estaba demasiado alerta, demasiado consciente. Trató de ocupar la mente con algo que no fuera Karl.

Estaba el problema de la piscina que Wallace, entre sus muchas ocupaciones, administraba. Era una obra elaborada, demasiado grande y fantasiosa para Argus. Las tuberías estaban podridas y habían aparecido grietas en el fondo. El sistema de filtrado era inservible y los valiosos frisos pintados a mano que adornaban las paredes de los vestuarios estaban desconchados. Los gamberros habían destrozado la cerca.

Era un gran dolor de cabeza. Pensó en un banco, el First National. El era miembro de la junta que aprobaba las inversiones. Trató de recordar la última cartera de acciones que había visto, pero la brisa traía el olor de la lluvia inminente. Se movió. Vio las manos de Karl, el pelo negro, el rostro tenso entre las sábanas duras y desinfectadas del hospital. Cuando las luces brillaron repentinamente detrás de él, Wallace quedó deslumbrado.

Se cerró la puerta de un coche. El asiento delantero estaba vivamente iluminado. Alguien se asomó a su ventanilla.

—¡Wally Pfef!

—¡Ron!

—¿Qué haces aquí?

—Estaba... —¿qué es lo que estaba haciendo?—... pensando.

Lovchik se enderezó. Wallace recogió del asiento una pila de folletos que había traído de la convención. Apretándolos contra el pecho, bajó del coche.

—Mira esto —dijo, mientras le extendía uno. Ron Lovchik parecía incómodo. Desenganchó una linterna de su cinturón y la enfocó en el folleto.

—Aquí dice «La remolacha».

—¡Eso es! —dijo Wallace, con un movimiento del brazo que señalaba la noche vacía, los vastos y silenciosos campos.

—Todo lo que se ve, todas estas tierras son ideales para cultivar remolachas, Ron.

Wallace tomó el brazo de Lovchik y golpeó con el dedo el folleto de papel brillante.

—Oye. El azúcar es un elemento básico de la dieta en todo el mundo. A ti te gusta el azúcar. A mí me gusta. El azúcar debe venir de alguna parte, y bien podría ser de aquí mismo. Significaría una gran renovación para Argus. Dinero en las arcas. Un nuevo coche patrulla. Con radio.

El policía Lovchik trasladó su peso al otro pie y examinó la letra menuda y la foto de una remolacha.

—¿No te parece una maravilla? —dijo Wallace. Elevó la voz—. Una gruesa raíz que sólo espera que la conviertan en C₁₂H₂₂O₁₁. Eso es el azúcar. El dinero que llega. Nuevas ventanas para tu prisión. Argus construye dos piscinas nuevas. Cuando el viento trae el olor de las remolachas apiladas la gente contiene la respiración, pero sonrío, Ron. Saben qué es lo que les conviene.

Las ideas afluían rápidamente al cerebro de Wallace.

Lovchik movió la cabeza, volvió a mirar el folleto, lo hojeó. Dio a Wallace una palmadita en el hombro.

—No paras nunca, Wally. Seguramente tienes planes hasta para el «camino de los novios».

Wallace saltó a su coche, arrancó e hizo rugir el motor con entusiasmo.

—¡Qué cambio! —gritó, mientras se lanzaba a la noche—. ¡Este camino será una gran avenida! —Delante de él, como en el país de Oz, las iluminadas

chimeneas imaginarias de la refinería de azúcar dejaban escapar dos blancas columnas gemelas de humo maloliente que ascendía en línea recta.

Capítulo siete (1953)

CELESTINE JAMES

—Durante toda la noche he estado luchando contra los robots asesinos —dice Mary para sus adentros, aunque estoy trabajando a su lado.

Falta una década íntegra antes de que maten al presidente y el mundo se vuelva loco, pero Mary se adelanta a su tiempo. La idea de los robots, corriente en las revistas, se ha arraigado en su mente, como otras. Las armas atómicas. Los viajes espaciales. El ginseng. Cree que la remolacha azucarera, que ha enloquecido a esta ciudad, es nociva para la salud. Ha empezado a hablar de criar abejas. Pero los robots siguen siendo su tema favorito.

—Los robots no tienen sentimientos —dice ahora, oscuramente—. No podrías apelar a su piedad.

—¿Y cuándo —le digo— se ha podido apelar a la piedad de cualquier soldado? Se la hacen sudar en el campo de entrenamiento.

Eso dice Russell, que tiene motivos para saberlo. Lo han dado de baja del hospital de veteranos, donde ha estado desde que regresó de su última guerra, la de Corea. Está en casa finalmente, y nunca más será soldado. Pero ahora tiene aún más heridas que antes, y por lo tanto se dice que lo convertirán en el héroe más condecorado de Dakota del Norte. Yo pienso que es una cosa estúpida, que ha dedicado su vida a que lo hagan pedazos. Ahora debe esperar hasta que algún funcionario estatal haga en un papel el recuento de sus heridas y las compare con las de otros veteranos, para ver cuál ha perdido más carne.

Ha estado tanto tiempo en el ejército que ya está acostumbrado a esperar. Y además, hemos recibido otra mala noticia, acerca de nuestra hermana Isabel, que se casó con un hombre de una familia sioux y se marchó a Dakota del Sur. Supimos que murió de manera violenta, de una paliza o un accidente de coche. Y nada más. Ni una palabra de su marido, y no sabemos si tuvo

hijos. Russell fue allá el fin de semana, pero el funeral tuvo lugar hace tiempo. Russell vuelve y me dice que es como si se hubiera caído del mundo. No hay huellas de Isabel, ni una palabra.

Russell pasa toda la noche en los bares, o vaga por la casa con su caja de herramientas hasta que Mary se entera de ello y lo contrata para que se ocupe de la furgoneta de la tienda y del sistema de refrigeración. Ahora entra y sale todo el día, cojeando, cubierto de los pies a la cabeza de marcas y cicatrices que parecen de garras de algún animal. Trabaja tantas horas con los congeladores que tiene las manos desolladas por el frío, pero parece que ha mejorado un poco mentalmente, que se interesa más por la vida.

Mientras Russell mejora, la situación de Sita se va a pique. No porque ella nos lo diga, sino por los rumores que nos traen los clientes y las cosas que observamos. La han oído criticar a Jimmy, su marido, en la cocina del The Poopdeck Restaurant por la forma en que preparan la comida. Todo lo que se hace en el Poopdeck se reboza primero y se fríe después. Como le gusta a la gente de aquí. Pero Sita quiere convertir el Poopdeck en un restaurante de primera clase, de tres estrellas, como nuestros clientes le han oído decir a gritos. Han visto salir a Jimmy como un huracán, la cara roja, pisoteando el suelo con sus pies finos. Luego se sienta en el extremo de la barra ante una bandeja de rosquillas de canela y se las come todas con elegancia, sin perder su aire enfurruñado. Ha aumentado tanto de peso con los dulces que come cuando está furioso, que ya casi no cabe en los apartados del restaurante.

Sita conserva su mal humor y su delgadez de palillo. Para mantenerse hermosa tiene que trabajar más que nunca. Pasa horas en la peluquería, gasta dinero en tratamientos para la piel y el resultado es que parece embalsamada.

De modo que Russell sufre una depresión de guerra. Sita está encurtida en su propio jugo. Y Mary tiene un millón de ideas rebotando contra la pared. El ejército de robots asesinos que he mencionado estaba anoche en sus sueños.

—Se me acercaban —dice con entusiasmo— lanzando rayos mortales con los dedos. —Estamos sentadas en sillas de plástico, detrás de la cocina, sobre el suelo de losas de cemento del porche con muros de cristal. Es un jardín enmarañado. Pienso que es una idea inspirada por los salones de juegos, y se lo digo.

—Por supuesto —responde— se necesita una mente especial.

—Tú eres especial —digo—. Estoy segura de que nada puede hacerte más feliz.

No sé si lo oye o lo ignora. Parece haberse vuelto más sólida en los últimos años; no más gruesa, sino menos permeable a los hechos y a las

palabras. Lo que no le gusta, no lo oye. Ahora se mueve entre los tiestos del invernadero donde desarrolla sus ideas acerca del crecimiento de las plantas.

La tierra de sus tiestos está mezclada cuidadosamente con restos de café y cáscaras de huevo molidas. Sus rosas rojo oscuro se alimentan de huesos pulverizados. Ata con ligas las lechugas jóvenes para que se endurezcan. Los tomates cuelgan de gruesos tallos cubiertos de sangre seca y envueltos en hojas de roble. Los helechos y los cebollones cuelgan por todas partes como cabellos. Mary usa cualquier cosa que tenga al alcance de la mano. Ahora se inclina y ata los tomates a finas varillas de hierro que, según creo, ha tomado de una obra en construcción.

Hemos hecho una pausa para comer, pero el chico que nos ayuda en todo, Adrián, que se supone es mi primo, grita que hay gente.

—No pierdas mucho tiempo —le digo a Mary mientras salgo—, tenemos que ocuparnos del salchichón de hígado. —La mezcla está preparada en una enorme cubeta de acero, y una de nosotras debe limpiar las tripas de cordero, rellenarlas con la máquina de hacer salchichas y luego retorcer y atar los largos tubos.

—Ya sé, ya sé —dice ella, pero no sé si me responde o si arrulla a sus tomates. De veras no lo sé. Atravieso el salón, me acerco al mostrador y el cliente a quien veo allí es nuestro antiguo compañero de la escuela, Wallace Pfef, que sigue soltero y preside ahora la cámara de comercio. Mira atentamente nuestros bistecs a través del grueso cristal, como si estuvieran a punto de desprenderse de sus adornos de papel verde. Las luces de la vitrina le iluminan la cara y dejan sombras moradas debajo de sus ojos y su nariz.

—¿Qué puedo ofrecerte hoy? —pregunto. Wallace es un cliente habitual, pero hace semanas que no viene.

—Buenas tardes, Celestine —dice—. Esperaba ver a Mary. —Mira a mi alrededor, pero no la ve en el salón ni por las ventanas.

—Está atrás —le digo—, atareada con sus tomates.

Parece a la vez aliviado y decepcionado.

—No importa, la veré la próxima vez —dice. Le pregunto si es importante, pero él sólo despliega su sonrisita de hombre de negocios y golpea la vitrina con la uña de un dedo—. ¿Puedo ver ése? —pregunta.

A Pfef hay que mostrarle la carne de cerca, como si fuese una joya. Pongo el rojo bistec en una hoja de papel encerado y él lo examina antes de expresar su aceptación con un gesto de la cabeza.

—Envuélvemelo —dice— y también un cuarto de libra de cheddar.

Lo corto y envuelvo ambas compras en papel blanco. Y luego, curiosa a causa de su interés por Mary, le pregunto si no quiere que vaya a buscarla.

—No —rechaza el ofrecimiento—, no, por favor. Sólo era por esto.

Me muestra *The Sentinel*. Es un anuncio. A página entera. GRAN INAUGURACION, dice. CHEZ SITA, LA CASA DE LA GAMBA FLAMBEE. El anuncio habla además de «cena placentera», «ambiente selecto» y «comidas exquisitamente servidas». Y hay un menú.

—¿No es magnífico? —dice Wallace—. El restaurante de Sita es una prestigiosa contribución a nuestra ciudad. —Alza la voz con tal entusiasmo que Mary lo oye cuando entra en el salón con su ovillo en la mano.

—¿Qué es eso? —dice ella.

—¡Mary! —dice Wallace. Le sonrío y le ofrece un sobre blancuzco que ha sacado del bolsillo interior de su chaqueta. Da explicaciones—. La han enviado a todos los comercios de la ciudad, pero tu prima Sita me pidió especialmente que me asegurara de que recibías la tuya.

—Naturalmente —dice Mary. Abre el sobre y veo que es una invitación. Impresa. Mary me la da. Leo que estamos cordialmente invitadas a la gran inauguración de Chez Sita, dentro de una semana. Hay una nota al pie, en la caligrafía pequeña y apretada de Sita, donde nos dice que los hombres deben vestir traje y corbata y las mujeres de manera apropiada. Ésa es la manera de Sita de anunciarnos que realmente no desea que nosotras, su antiguas amigas y parientas pobres, vayamos. Sólo nos envía la invitación para refregarnos por la cara el selecto ambiente de su próspera vida nueva.

Mientras divago mirando la tarjeta crema, Mary lee el anuncio del periódico.

—Chez Sita. —Pronuncia *chez* como si rimara con pez. No parece impresionada por el anuncio ni por el menú. Y apenas se marcha Wallace, descubro que un cliente ya le había contado a Mary la historia oculta del restaurante de Sita. Mary me la cuenta junto al mostrador. Al final, Sita y Jimmy se han divorciado, me dice. Lo guardaban en secreto, pero ahora es definitivo. Viven separados. Jimmy se ha quedado con el negocio de venta de terrenos y el desguace de coches, los almacenes y The Trampoline, el bar al que se proponía atraer a la clientela joven, así como el minigolf. Sita conserva la casa y el restaurante. Ha cerrado The Poopdeck, remodelado el interior y contratado nuevo personal, incluso un chef *traído de Minneapolis*, como dice Mary. Este hecho evidentemente le fastidia, y su rostro se oscurece cuando lo menciona.

—Es caro —digo, mientras examino el menú—. ¿Quién crees que irá a comer a Chez Sita?

Mary no lo sabe, no puede imaginarlo. Pero el relato del cliente nos explica lo que yo había visto de la transformación exterior de The Poopdeck en las últimas semanas.

Yo había visto trabajadores que arrancaban los coloridos gallardetes de plástico del mástil del The Poopdeck, bajaban el bote salvavidas y finalmente cubrían toda la decoración náutica azul y blanca con pintura rojo vino. Sin embargo, no había modo de disfrazar la forma de casco del edificio, los ojos de buey, el mástil que probablemente no se podía cortar sin causar daños a la estructura principal. Ahora, al acercarse al restaurante desde las afueras de la ciudad, no se veía un yate alegremente encallado como antes, sino un barco tan oscuro que asustaba. Era la negra nave de Sita, sin amarras entre los arbustos, lista para partir a recoger almas.

Es una extraña idea, pero yo iba con Mary cuando vimos por primera vez los cambios y ella afirmó que parecía el barco de los muertos.

Ahora Mary arroja la invitación a la basura y se dirige a la mesa del salchichón de hígado. No piensa acudir a la gran inauguración de Sita, eso es evidente, pero la sigo y recojo la tarjeta.

—¿No quieres saber cómo es por dentro? —pregunto.

—¿Cómo es qué por dentro? —Mary hurga en la fuente de tripas de cordero y desenreda las largas tiras opacas preparándolas para rellenarlas.

—El restaurante de Sita.

—¿Para qué gastar dinero?

No respondo para ver si agrega algo.

—Ese sitio me pone la carne de gallina —dice.

—Las carnicerías le hacen el mismo efecto a algunas personas —digo, y me aparto, fastidiada porque no comprende lo que no quiere comprender. Levanto la tapa de la máquina de hacer salchichas y empiezo a poner la mezcla en su interior con una paleta. Mary ajusta una tripa a la boquilla y se limpia las manos en el delantal.

—Yo iré de todos modos —le digo—. Contigo o sola.

Más o menos una semana después, el día mismo de la inauguración, Mary cambia de idea y pregunta a qué hora saldré.

—A la hora de la cena —le digo.

—Entonces, vayamos en la furgoneta.

Yo preferiría no exhibir en el aparcamiento de Sita la furgoneta con sus enormes letreros de CARNICERIA, pero no vale la pena discutir. De modo que esa noche nos reunimos vestidas con nuestras mejores ropas de verano. Russell se desliza en el asiento del conductor, Mary se acomoda al lado. Yo debo acurrucarme en la parte trasera, detrás de ellos, cuidando de no echar a perder mis medias en las rodillas.

Russell lleva el traje gris nuevo que le compré cuando le pidieron sus dos uniformes de gala para el museo del condado. Ahora los llevan puestos dos maniqués de sastre en una vitrina donde hay además una fotografía y una lista de las medallas de Russell. En la foto aparece tal como era a su regreso de Alemania, antes de Corea, cuando sus cicatrices eran más atractivas que ahora. Mary se ha hecho un moño con su pelo entrecano, y lleva un vestido azul eléctrico. Es de tafetán brillante y se cierra con broches de cristal de roca sobre los hombros. No tiene el color ni el estilo que le convienen a Mary, con ese talle ceñido y esa enorme falda plegada. Es una de esas equivocaciones que las tiendas venden durante las rebajas de fin de año, y probablemente fue entonces cuando lo compró Mary. En lo que a mí respecta, siempre me han aconsejado, a causa de mi estatura y de mis huesos grandes, trajes de falda y chaqueta algo informales. Llevo uno de color castaño, con falda tableada y una blusa rosa fruncida. Pienso que estamos presentables, con la sola excepción de Mary. Está agachada y se lustra las puntas de los zapatos con un trozo de periódico, y luego le susurra algo al salpicadero. No le gusta cómo conduce Russell, pero la he convencido de que le deje hacerlo, no sé bien por qué, aunque me preocupan las apariencias y es habitual que el hombre conduzca. Todavía me desagrada que vayamos en la furgoneta. Y que llamemos la atención en un sitio elegante.

—¿Dónde diablos están mis palillos de adivinación? —dice Mary, mientras busca con una mano entre los mapas, las gafas para el sol y los pedidos de mercadería.

Se supone que esos palillos dicen lo que va a ocurrir en breve plazo. No creo que predijeran gran cosa esa noche. En estos últimos tiempos Mary ha pedido por correo y leído libros sobre control mental, de esos que se ofrecen en los periódicos. Afirma que cuando era niña tenía poderes psíquicos y que hizo aparecer la cara de Cristo cuando se cayó al pie del tobogán de la escuela. Eso pasó hace tanto tiempo que aquí nadie lo recuerda. Y yo no logré ver esa cara por más que miré, de modo que no lo creo. Le digo a Mary que ha empezado a creer lo que dicen sus viejos recortes de periódico, pero nada parece conmover su profunda fe.

—Ya hemos llegado —digo. Me deslumbra la tela brillante del vestido de Mary. Russell baja de la furgoneta. Yo estoy acostumbrada al aspecto de su cara llena de costurones, pero con frecuencia espanta a los demás. Y ni siquiera me sentía segura de mí misma. Soy demasiado alta. Tengo una cara ancha. Cuando sonrío mis dientes parecen temibles, rasgo que heredé de mi madre. Pero sé que cualquier inquietud por lo que parecemos a los demás es absolutamente inútil, de modo que me resigno.

Cuando entramos en el restaurante ni me encojo ni me escondo. Avanzo con mi habitual paso largo y le digo que estamos invitadas a la pequeña encargada con un vestido de fiesta de fin de curso.

—¿James? —dice, mirando su agenda encuadernada en piel—. Me temo que no.

—Adare —dice Mary, y empieza a deletrear.

—Ah, sí —dice la chica—. Su mesa está reservada, señora. Por aquí.

Nos conduce a través de puertas acolchadas como paredes de celda de hospicio hacia aquella oscuridad aristocrática.

—¿Qué te dije? —dice Mary—. Es horroroso.

Estiro el brazo para acallar su comentario, pero toco el aire. Creo ver un destello fantasmal de su vestido, pero el salón es inmenso, engañoso, está lleno de sombras. Mientras avanzamos nos aferramos de las mangas. Russell, más adelante, toma del brazo a la encargada, que se mueve con tanta seguridad como el guía de una caverna. En cada mesa una vela fluctúa en un bol y veo que hay muchas mesas ocupadas. La gente ha acudido, atraída como nosotros por la novedad, o quizá con el legítimo deseo de una cena agradable. Al principio creo que examinan enormes álbumes de fotografías, pero cuando nos sentamos y nos dan los nuestros compruebo, por supuesto, que se trata del menú.

—La propietaria, la señora Sita Bohl, vendrá a saludarlos personalmente —dice la mujer.

—Dígale que no se moleste —dice Mary antes de que yo pueda aplicarle un puntapié.

La encargada alza las cejas y se desvanece en la sombra entre las mesas. Viene un camarero. Pedimos whiskys. Pero verdaderamente está demasiado oscuro, y creo que Sita ha recubierto los ojos de buey, lo que es pésimo porque la luz de las estrellas podría ayudarnos a leer el menú. Nuestra vela, dentro de un bol, es especialmente pobre. No da suficiente luz para leer. Pero por suerte Russell fuma, o quizá por desgracia, porque quiere la casualidad que, mientras acerca su mechero al papel para leer las palabras, incendie el

menú. Al principio no lo advierte. Nosotras tampoco, aunque la luz aumenta en nuestra mesa. Yo aprovecho para elegir rápidamente. Luego Russell golpea el fuego con su servilleta, muy almidonada y plegada en forma de corona. La servilleta absorbe el fuego, lo apaga.

—La diversión se ha terminado —asegura Russell al camarero que está detrás de nosotros con una jarra de agua helada. Sobre nuestra mesa flota ahora una nubecilla de humo en el aire tenebroso. Hemos creado una conmoción que atraerá inevitablemente a Sita, lo sé. Y por supuesto se materializa bruscamente, con un ceñido vestido negro y unas perlas. Se inclina sobre la mesa procurando no hacer una escena y susurra algo inaudible. La luz de la vela hace de su cara una máscara de bruja maligna. Me lleva un momento registrar el hecho de que no habla del papel quemado, la nube de humo, la conmoción, sino de algún problema propio.

—Venid atrás —dice—. Seguidme.

Pero Mary pregunta en alta voz:

—¿Para qué?

Sita intenta acallarla, pero Mary es inflexible.

—No nos moveremos —dice, hundida en su silla.

Sita tiene que parlamentar, pero nada que susurre convence a Mary, que casi grita:

—Tienes algún problema, ¿verdad?

—Vamos. —Finalmente, no puedo soportar el suspense—. Sigamos a Sita. —Pongo de pie a Russell, de modo que Mary está obligada a venir con nosotros, o a quedarse sola. Sita nos guía. Pero su vestido negro se funde con la oscuridad y vagamos a tientas, chocando con las mesas, antes de localizar una puerta que nos conduce a la bien iluminada cocina. Allí vemos, parpadeando, que Sita se ha transformado. Se ha puesto un delantal; está junto a una parrilla y detrás de ella hay dos largas mesas cubiertas de ollas vacías y libros de cocina abiertos.

Un camarero salta por la puerta.

—¡Cualquier cosa! —exclama—. ¡Están mordiendo los tenedores!

—Dios mío —dice Sita, mientras revuelve una olla de sopa con una mano y prueba un trozo de carne con la otra—, haz que esperen. Sírvales una bebida gratis.

—¡Ya están borrachos!

—Mi chef —explica Sita por encima del hombro— ha sufrido una intoxicación. El y todos sus asistentes. Fueron las gambas rellenas de cangrejo.

Era lo que yo iba a pedir.

—Qué espanto —dice Mary. En su voz vibra la victoria, y yo me siento un poco avergonzada de ella porque Sita ha llegado al límite. Tiene la cara tensa de angustia. Está casi despeinada. Se mueve mecánica y desacompadadamente, como los robots del sueño de Mary. A pesar de todos los esfuerzos de Sita para demostrar que somos inferiores, esa situación no me alegra. Pero es Mary quien tiene más motivos de queja, y aguardo porque siento que a ella le toca decidir qué debemos hacer.

—Está bien —dice—. A trabajar.

Sita se afloja como si se hubiera cortado el hilo que la sostiene y se desata el delantal. Lo cuelga de un gancho, se alisa el pelo y sale por la puerta.

—Poneos esto —ordena Mary, que ha tomado de un estante chaquetas blancas y amplios delantales para todos—. Tú —le dice al próximo camarero que asoma la cabeza por la puerta— ve a decir a la gente que todos los aperitivos corren por cuenta de la casa y que haremos un descuento del veinte por ciento. Con eso dejarán de protestar.

El camarero sale como una flecha. Hay una gran pila de pedidos. Empiezo a leerlos. Afortunadamente, la renovación no se ha llevado una de las enormes freidoras de The Poopdeck. Llevo los controles al máximo. Mary ha encontrado en el congelador bolsas de plástico de gambas grandes rebozadas. Apenas el aceite burbujea, Mary prepara una bandeja y luego otra, y Russell envía una fuente de doce a quince a cada mesa. LA CASA DE LA GAMBA FLAMBEE, declaraba el anuncio de Sita. Casi todos los pedidos incluían gambas.

Mientras tanto leo libros de cocina y trato de imaginar cómo preparar ancas de rana, *foie gras* o un *Velouté de Volaille Froid*, para no mencionar los platos principales: *Poulet Sauté d'Artois*, *Filet de Boeuf Saint Florentin*, *Huîtres a la Mornay*, y, por supuesto, el casi fatal plato de gambas con cangrejo. Pero de éste, por el momento, no hay existencias.

—No puedo hacer estas cosas —le digo a Russell con desesperación.

Después de acabar con las gambas, ha pelado y cortado patatas y ahora fríe y dora una inmensa bandeja.

—Cálmate —dice, sonriendo debajo de su gorro de chef. Parecería que la situación le divierte—. Nadie comprende el menú —explica—. Por si no te has dado cuenta, está todo en francés.

No comprendo adónde quiere ir a parar.

—No saben cómo debería ser la comida —dice—. Simplemente, cocina como lo harías en tu casa.

Tiene razón, de modo que eso es lo que hago.

Preparamos pollo frito, ternera al horno, pastel de ostras. Mary revuelve enérgicamente la famosa sopa polaca de Pete. Russell encuentra varias cajas de deliciosas obleas francesas y las recubre de chocolate, helado, gelatina de frutas. Hacemos algo con todo lo que descubrimos en la cocina. Sita aparece de vez en cuando. Su expresión, mientras los camareros pasan a su lado con platos de pollo frito, es a la vez de agotamiento y de alivio. Sólo tenemos un respiro bastante después de las once. El personal estable —hijos e hijas de nuestros clientes— ha jurado guardar el secreto acerca de la salud del chef y de nuestra contribución. Pero por supuesto, lo veo en sus ojos, no hay manera de que se mantengan en silencio sobre lo ocurrido.

La comida fue excelente. Los clientes se marchan satisfechos, resueltos a volver, y declaran que el estilo francés de fritura es caro pero delicioso, y que la abundancia justifica el precio. Casi todos se llevan una bolsa blanca, revestida interiormente de papel de plata, en la que pone *pour le chien*. Finalmente los tres nos sentamos en el naufragio de la cocina.

La encargada se ha bajado las medias y los breteles de su vestido. Se sienta con nosotros, los pies sobre una silla. Lentamente se nos unen los camareros y camareras, exhaustos y hambrientos. Los lavacopas todavía están trabajando. Todo el mundo empieza a comer trocitos de esto y de aquello y a probar las ostras de Russell y las patatas fritas sobrantes.

—Han salvado la noche —dice el mismo camarero que estaba detrás de nosotras con la jarra de agua helada—. Ella está todavía haciendo las cuentas.

Ella es, por supuesto, Sita, que finalmente viene.

—Bueno —dice, mientras se masajea las sienes— supongo que debo daros las gracias.

—De nada —dice Russell.

—Un momento —Mary sostiene la mirada de Sita—, si quieres, puedes darle las gracias a la sopa de tu padre.

Sita asiente; eso es todo lo que puede hacer. Un momento después se vuelve y sale.

Cuando Sita se marcha, todos nos relajamos.

—¿No quieren beber algo? —dice la encargada cordialmente. Aceptamos. Hay muchas botellas abiertas de vino, y hasta de *champagne*. La encargada se inclina hacia adelante en su silla, con el maquillaje borroneado, y deja que Russell le frote la espalda.

Es casi de madrugada cuando Mary, Russell y yo salimos por la puerta situada debajo de la oscura proa del barco. El aire está gris y fresco. El cielo

brilla y el rocío hace que todo, inclusive la grava del parking, huela bien. Russell se apoya un instante en el costado de la furgoneta y enciende un cigarrillo que protege con las manos. La lumbre se refleja en su rostro. También Mary relumbra. Su vestido espectral flota sobre el suelo. Busca las llaves en su bolso sin recordar que las tiene Russell. Antes de que él pueda devolvérselas, las manos de Mary encuentran algo.

—Mis palillos —exclama, sacando un delgado haz de pajas como de escoba.

—Tíralos aquí, sobre la cubierta del motor —dice Russell—. Conozcamos el futuro.

Mary canturrea en voz muy baja y deja caer los palillos según las instrucciones enviadas por correo. Caen de cualquier modo, en montón, pero ella los mira fijamente como si fuera obvio y excitante el dibujo que trazan. Por más que insistamos Mary no dice una palabra de lo que ve, y los deja allí cuando Russell le da las llaves de la furgoneta. Subimos y Mary conduce. Mientras avanzamos, los palillos resbalan y caen uno por uno y reímos cuando esto ocurre, como si arrojáramos toda precaución al viento.

Poco después de la noche en que rescatamos a Sita del indudable desastre de la gran inauguración, empiezan a revolotear nuevos rumores. Un cliente viene a la tienda y dice que el inspector de sanidad del estado, que ha venido de Bismarck para hacer una investigación porque se ha filtrado la noticia de la intoxicación, ha regresado muchas veces. No siempre lleva su insignia ni su cartera, y nadie sabe si sus visitas son de carácter social o si la comida poco familiar es todavía peligrosa. Nos enteramos de que Sita ha despedido a la encargada y a la mayor parte de los camareros. El restaurante está casi siempre vacío. Pero esto no parece inquietarle.

Un día, cuando voy a buscar unos toneles de sal al mercado de Fargo, la veo cortar una judía verde y olisquear la punta para ver si es fresca. Hay un hombre con ella. Es alto y serio, de pelo gris y gafas con montura de acero gris. Sita le acerca el extremo de la judía verde a la nariz y frunce el ceño. Sonríe y parece casi una muchacha. Tiene el pelo suelto. Me aparto para que no me vea allí, mirándola. El hombre que está con Sita parece uno de esos que aparecen en los anuncios de televisión y nos aconsejan, con voz grave y tranquila, cómo aliviar el dolor. Pienso que debe de ser el inspector de sanidad del estado, y a juzgar por la sonrisa de Sita probablemente sus visitas ya no son oficiales. Ese hombre parece muy alejado del negocio de los restaurantes, una oportunidad para que ella inicie una nueva vida. Siento alivio por ella y me alegra su buen ánimo.

Pero mientras regreso del gran mercado con los toneles de sal para preparar conservas, pienso otra vez en el rostro de Sita y vuelvo a ver la judía verde en su mano. Eso me lleva a interrogarme. ¿Alguna vez sonreiré, enrojeceré, ofreceré alguna cosa de comer? Esas cosas que Sita siente, esos placeres de que hablan los libros, ¿son sentimientos que yo podría experimentar? Todavía no ha ocurrido, aunque he conocido hombres. Quizá, pienso, soy demasiado parecida a ellos, demasiado fuerte o imponente cuando cuadro los hombros, demasiado ansiosa de retener el control.

Conduzco cierta distancia entre los campos llanos y serenos, pero la larga perspectiva de las cosechas no me calma, ni las nubes, apenas unos arañazos muy altos, ni los postes de telégrafo que incesantemente pasan y giran. No estoy en paz ni siquiera cuando llego a la tienda. Encuentro la nota donde Mary dice que ha salido y que yo debo cerrar. Quizá porque me encuentro así, extraña, turbada, sola en el fondo del corazón, no estoy en mi mejor momento cuando el hombre entra por la puerta.

Tiene huesos delicados, es suave, agradable y está vestido de forma exagerada, con un severo traje negro, un chaleco de color de vino, una corbata marrón. Está peinado con brillantina. Tiene los labios rojos e inquietos como pimpollos. Durante un largo momento me mira, inmóvil, antes de abrir la boca.

—No eres bonita —son las primeras palabras que dice.

Y yo, que jamás refreno las palabras ni siquiera con los clientes, guardo para mi asombro un silencio herido y no me miro al espejo por placer sino para apreciar el desgaste de la tarde.

Estoy de pie sobre un taburete y escribo con tiza sobre una pizarra, como todas las semanas, la lista de precios. Morcillas. Salchichón sueco. Chuletas. Bistec. Sigo escribiendo sin darle la satisfacción de una respuesta. Está abajo y espera. Tiene con las mujeres la paciencia de un gato. Cuando termino, sólo puedo bajar.

—Pero la belleza no es todo —continúa suavemente, como si mi silencio no se hubiera interpuesto.

Interrumpo.

—Dígame qué desea —le digo—. Voy a cerrar la tienda.

—Apostaría a que nunca has pensado que volvería —dice él.

Se acerca al mostrador de cristal lleno de carne. Puedo ver a través del falso brillo del interior de la vitrina su pecho de levantador de pesas. Sus manos precisas y gruesas. Puedo percibir el penetrante olor a menta y a tabaco de su aliento por encima de la pimienta blanca y el serrín de la tienda.

—Nunca lo he visto por primera vez —le digo—. Voy a cerrar.

—Mira —dice—... Mary...

—Yo no soy Mary.

—Oh, Dios mío, ¿Sita?

—Sita se ha marchado —digo—. Vive en la casa más grande de Blue Mound. Es la próxima ciudad.

Se endereza, se lleva la mano a la nuca y se acomoda pensativamente el pelo.

—Entonces, ¿quién eres?

—Celestine —digo—, por si fuera asunto suyo.

Antes de irme a casa, debo examinar la caja registradora, cerrar las puertas y dejar la alarma encendida. A esa hora de la tarde la luz pasa por los gruesos cristales de las ventanas, una luz dorada que suaviza los estantes y los toneles. El ocaso es mi hora, esa atmósfera especial de formas cambiantes, y se me ocurre que, si bien él dice que no soy bonita, quizás en el ocaso sea irresistible.

—Adare. Karl Adare.

Se presenta sin que yo se lo pida. Cruza los brazos sobre el mostrador, se inclina y sonrío deliberadamente de mi reacción. Tiene dientes pequeños, brillantes, nacarados.

—Toda una noticia —digo—. El hermano de Mary.

—¿Alguna vez ha hablado de mí?

—No —debo responder—, y ha salido a entregar un pedido. No volverá antes de dos horas.

—Pero tú estás aquí.

Supongo que se me tuerce un poco la boca. Que yo sepa quién es apenas lo ha apartado de la que parecería ser su firme intención, que es ¿cuál? No puedo leerle la mente. Me aparto de él y me ocupo de la caja registradora, pero me tiemblan las manos. Pienso en Sita probando judías verdes. Ahora parece que me ocurre algo a mí. Me vuelvo para mirar a Karl. Sus ojos son agujeros ardientes y querría verme al través, si pudiera. Los hombres se conducen así en el mundo de la novela. Sólo que él es un poco más bajo que yo, y además el hermano de Mary. E insiste en ese irritante refrán.

—La belleza no lo es todo —repite—. Eres como... —Se interrumpe, trata de ocultar su confusión. Pero se le enrojece el cuello y pienso que tal vez no sea más experimentado que yo.

—Si por lo menos te rizaras las puntas —dice, tratando de sobreponerse—, si te cortaras el pelo. O quizá sea el delantal.

Siempre uso un largo delantal blanco de carnicería, almidonado y atado a la cintura con tiras anchas. Me lo quito de inmediato, lo hago girar a mi alrededor y lo arrojo sobre el radiador. Decido que le ganaré a ese juego, puesto que lo he estudiado en privado y he reflexionado al respecto.

—Está bien —digo, saliendo de atrás del mostrador—. Aquí estoy.

A causa de la visita al mercado llevo un vestido azul marino ribeteado de blanco. Tengo un lazo en la cintura, zapatos negros y un collar de plata. Siempre he creído que con ese vestido no se me puede tomar a la ligera. Y por supuesto, se le agrandan los ojos, parece sorprendido y bruscamente inseguro acerca del movimiento siguiente que —pienso— me corresponde a mí.

—Sígueme —digo—. Prepararé un café en la cocina.

Es la cocina de Mary, naturalmente, pero ella no volverá durante varias horas. El no me sigue en seguida, sino que enciende un cigarrillo. Tabaco fuerte, que yo ya no fumo. De sus labios brota un bucle de humo.

—¿Estás casada? —pregunta.

—No —digo. Arroja el cigarrillo al suelo, lo aplasta con el pie, y luego lo recoge y dice:

—¿Dónde puedo poner esto?

Señalo un cenicero en el salón y él arroja la colilla. Mientras regresamos a la cocina de Mary veo que él trae una maleta negra que yo no había advertido antes. Estamos en la puerta de la cocina. Está oscuro. Tengo la mano en el interruptor y estoy a punto de encender el aro de luz fluorescente cuando él se acerca desde atrás, me pone las manos sobre los hombros y me besa en el cuello.

—Apártate de mí —digo; no esperaba eso tan pronto. Primero debe haber miradas, adoración, muchas conversaciones.

—¿Por qué? —pregunta—. Esto es lo que quieres.

Le tiembla la voz. Ninguno de los dos domina la situación. Esquivo sus manos.

—Lo que quiero —repito estúpidamente. Las historias de amor siempre terminan aquí. Yo no tuve una madre que me explicara qué venía después. Da un paso, me abraza, acerca mi cara a la suya. Se supone que yo debo sentir la ardiente dulzura de sus labios, pero su boca es dura como el metal.

Intento eludir su abrazo, pero él viene conmigo. Pierdo el equilibrio. Lucha por dominarme y me empuja hacia abajo con todas sus fuerzas, pero yo no soy menos vigorosa que sus brazos de levantador de pesas y sus activas piernas. Podría arrojarlo a un lado, lo sé, pero siento curiosidad. Hay olor a maicena, algo que se le ha caído a Mary esa mañana. Eso es lo que observo

mientras sucede y estamos juntos, rodando, abrazados, golpeándonos contra las patas de la mesa. Me muevo instintivamente, debajo de él, sosteniendo en vilo la mente como si fuera un espejo donde me miro la cara, divertida, confusa, y aliviada. No es tan complicado y ni siquiera tan doloroso como temía, y tampoco dura mucho. El suspira cuando se termina, su aliento es cálido y sonoro junto a mi oído.

—No creo que esto haya sucedido —se dice.

Es curioso: ése es el momento en que me debato contra él. Es tan pesado que podría gritarle en la cara. Empujo su pecho, un peso muerto, y luego le doy la vuelta de modo que él cae en la oscuridad, lejos de mí, y puedo respirar. Luego nos alisamos la ropa y el pelo tan cuidadosamente que cuando por fin encendemos la luz y parpadeamos en el sitio donde estamos es como si nada hubiese ocurrido.

De pie, miramos a todas partes menos al otro.

—¿Y ese café? —dice él.

Me acerco a la cocina.

Y cuando me vuelvo con la cafetera veo que él arma una compleja serie de accesorios de bronce que convierten su maleta en un enorme exhibidor vertical. Parece absorto, con una sola idea, no muy distinto de como era en el suelo. La maleta está forrada por dentro de terciopelo morado. Los cuchillos relucen. Cada uno se aloja en un compartimiento, la punta cubierta para preservar el paño, los mangos de asta sostenidos por tiritas de piel de cerdo.

Me siento. Le pregunto qué hace pero no contesta; sólo se vuelve y mira significativamente. Sostiene un cuchillo y un pequeño rectángulo de madera oscura.

—Con este borde serrado —empieza— puedes cortar madera e incluso escayola. O también —saca de su bolsillo un pan pequeño y pálido— el pan más suave. —Hace la demostración, corta con facilidad el extremo del bloque de madera de balsa, y luego, con delicados movimientos de vaivén, el panecillo que cae en perfectos óvalos transparentes.

—Nunca podrías ponerles mantequilla —me oigo decir—. Se desharían.

—También es bueno para las hortalizas de piel suave —dice al aire—. Las frutas. Los filetes de pescado.

Prueba el filo del cuchillo.

—Toca —dice y me acerca la hoja. Yo no hago caso. Si entiendo de algo es de cuchillos, y los suyos son chucherías que no valen la mitad de la bonita caja. Continúa con su demostración, corta trocitos de tela, un tomate muy maduro y una caja de helado del congelador de Mary. Me muestra todos los

cuchillos, uno tras otro, y explica su uso. Luego el afilador, y procede a afilar todos los cuchillos de Mary con sus ruedecillas. Lo último que hace es exhibir unas fuertes tijeras. Corta, el aire con ellas mientras habla.

—¿Tienes una moneda? —pregunta.

Mary guarda el cambio en una jarra de cristal sobre el alféizar de la ventana. Saco una moneda y la pongo en la mesa. Y Karl, a la luz de la cocina, toma sus tijeras y la recorta en espiral.

Pienso entonces que eso es lo que viene después del beso ardiente cuando la música truena. Imagínate. Los amantes están atrapados en una mansión desierta. Los labios de él descienden. Ella le toca los magníficos tendones.

—Corta cualquier cosa —dice, mientras pone la espiral al alcance de mi mano. Empieza otra. Veo la tensión de sus dedos, el ceño lentamente fruncido por la diversión. Pone otra espiral perfecta junto a la primera. Y como parece dispuesto a recortar todas las monedas de la jarra, resuelvo que ya he visto qué es el amor.

—Empaca y vete —le digo.

Pero él sólo sonrío y se muerde el labio, concentrado en la moneda que desenrolla con las manos. No se mueve. Puedo quedarme mirando al hombre y a sus cuchillos o llamar a la policía. Ni una cosa ni la otra parecen un final adecuado.

—Me quedo con éste —digo, señalando el cuchillo más pequeño.

Con un solo movimiento desprende un cuchillo para hortalizas de su nicho de terciopelo y lo pone sobre la mesa entre nosotros. Dejo caer de la jarra de las monedas un dólar en calderilla. El cierra la maleta. Levanto el cuchillo. Es filoso como una navaja, bueno para mondar patatas. Pero él se ha marchado apenas he articulado el próximo pensamiento.

Según las historias de amor, ellos siempre vuelven. También lo hace Karl. Hay algo en mí que él debe perseguir. No sabe qué es ni yo se lo puedo decir, pero no han pasado un par de semanas cuando reaparece en la ciudad, sin siquiera haber visto aún a su hermana. Una mañana Russell mira afuera y lo ve en el sendero de lasaj de casa.

—Es un fideo —dice Russell. Miro por encima de su hombro y veo a Karl.

—Tengo que hablar con él —digo.

—Entonces ve a la puerta —dice Russell—. Yo me voy.

Sale por la puerta trasera con sus herramientas.

El timbre suena dos veces. Abro la puerta y me asomo.

—No necesito cuchillos —digo.

Se le cae la sonrisa de la cara. Parece confuso y luego desconcertado. Comprendo que ha venido a mi casa por casualidad. Quizá pensaba que no volvería a verme. Su rostro me lleva a decidir que tiene algo en vista. Yo estoy envuelta en varias capas de ropas ligeras y tengo un martillo en la mano. Sé que eso lo pone nervioso cuando lo invito a entrar, pero tiene tan alta opinión de sí mismo que no puede retroceder. Arrimo una silla, sin dejar de bambolear el martillo, y él se sienta. Voy a la cocina y le sirvo un vaso de limonada para la que estaba picando hielo. Casi espero que se haya ido, pero cuando vuelvo aún está allí, con la maleta humildemente a sus pies y un grasiento sombrero negro en las rodillas.

—Pues bien —le digo, sentándome a su lado.

No responde a mi comentario. Mientras bebe la limonada, sin embargo, mira a su alrededor y recobra lentamente su desenvoltura de vendedor.

—¿Cómo va el cuchillo? —pregunta.

Me río.

—La hoja se salió del mango —digo—. Tus cuchillos son un camelo.

De algún modo conserva la compostura y recorre con la mirada el salón. Cuando concluye el inventario de cerámicas, libros, almohadones, ceniceros y máquinas de escribir, mira de soslayo su maleta.

—¿Vives sola? —pregunta.

—Con mi hermano.

—Oh.

Vuelvo a llenar con la jarra su vaso de limonada. Ya es hora de que Karl confiese que soy una mecha de ignición lenta en sus entrañas. Un sensitivo gatillo. Un nombre que no puede silenciar. Un sueño que jamás ha aflorado.

—Bueno... —dice.

—¿Qué significa eso? —pregunto.

—Nada.

Nos quedamos allí un rato criando telarañas hasta que se tornan muy evidentes el silencio y la ausencia de Russell. Y entonces dejamos nuestros vasos y subimos la escalera. En la puerta de mi habitación le quito el sombrero de la mano. Lo cuelgo del picaporte y le indico que entre. Y esta vez yo ya he estado antes allí. He tenido dos semanas para imaginar las partes que faltan en los libros. El está escandalizado por lo que he aprendido. Es como si se le oscureciera la mente. Antes había silencio y roces, ahora hay gritos. Antes estábamos escondidos; ahora hay una luz deslumbrante. Vale la pena mirar dos veces lo que hacemos, aunque sólo puedan verlo las ardillas de los arbustos. En una oportunidad él se cae de la cama y hace temblar toda

la casa. Cuando se incorpora está agotado y le duele la espalda. Permanece allí mismo.

—Puedes quedarte a cenar —le ofrezco finalmente, porque no parece probable que se vaya.

—Me quedaré. —Y luego me mira de un modo diferente, como si pudiera calcular cuánto sumo. Como si no pudiera abarcarme entera. Me pongo nerviosa.

—Prepararé algo —digo.

—No te vayas. —Su mano está sobre mi brazo, sus uñas pulidas me retienen. No puedo dejar de bajar la vista y compararlas con las mías. Tengo las manos de una mujer que ha utilizado demasiado el cuchillo, con marcas y cicatrices, endurecidas por la salmuera y los condimentos, lastimadas, y hasta me falta una uña.

—Iré si quiero —digo—. ¿Acaso no estoy en mi casa?

Y me levanto y me echo encima una bata y un jersey. Bajo y empiezo a preparar la cena en la cocina. Ahora oigo que baja, siento que está detrás de mí en el vano de la puerta, con sus ojos negros y su piel blanca como carne de ternera.

—Arrima una silla —le digo. Se sienta pesadamente y bebe el whisky que le sirvo. Cuando yo cocino, mi sopa es de lo que encuentro. Incluso de lo inesperado, dice siempre Russell. Frijoles y cebada. Un bol de arroz frito. Jarretes de buey congelados. Todo va a la olla.

—Dios Todopoderoso —dice Russell cuando entra—. ¿Todavía está aquí? —Nadie duda nunca que Russell es mi hermano. Tenemos los mismos ojos oblicuos y la boca ancha, la misma cara alargada y los dientes blancos brillantes. Podríamos ser gemelos si no fuera por sus cicatrices y porque yo soy una pálida versión de él.

—Adare —dice el vendedor, extendiendo su mano perfecta—. Karl Adare. Ventas y representaciones.

—Y eso ¿qué es? —Russell ignora la mano y busca una cerveza debajo del fregadero. Las hace él mismo con una receta que aprendió en el ejército. Cada vez que abre ese armario doy un paso atrás, porque a veces la cerveza explota en contacto con el aire. También el sótano está lleno de cerveza. En verano, en las noches cálidas y sofocantes, oímos a veces las botellas que revientan y caen al suelo.

—Así —dice Russell— que tú eres el que vendió a Celestine ese cuchillo inservible.

—Así es —dice Karl, bebiendo rápidamente un sorbo.

—¿Vendes muchos?

—No.

—No me sorprende —dice Russell.

Karl me mira y trata de imaginar cuánto le he dicho. Pero como no sabe absolutamente nada de mí, no lo consigue. Nada puede leerse en mi cara. Sirvo la sopa en su plato y me siento del otro lado de la mesa. Le digo a Russell:

—Tiene una maleta llena.

—Entonces veámoslos.

A Russell siempre le gusta ver útiles. De modo que la maleta vuelve a convertirse en un muestrario. Mientras comemos, Russell examina todos los detalles que puede tener un cuchillo. Los prueba sobre trocitos de papel, sobre sus propios pantalones y dedos. Y todo el tiempo, cada vez que Karl encuentra mis ojos, me dedica una triste mirada suplicante como si yo le hubiera impuesto esa exhibición de cuchillos. Como si la manzana entre los dedos de Russell fuera su propio corazón mondado. Es incómodo. En las revistas del corazón, cuando la pasión vacila, los hombres no caen rodando al suelo ni se quedan allí como muertos. Pero eso hace Karl. Esa misma noche, y en realidad, poco después de la cena, cuando le digo que debe marcharse, cae bruscamente como una estatua derribada.

—¿Qué le ocurre? —Me pongo de pie de un salto y aferró el brazo de Russell. Todavía estamos en la cocina. Después de beber varias botellas al atardecer, Russell no tiene la cabeza clara. Karl ha bebido más. Miramos hacia abajo. Yace encogido debajo de la mesa, desmayado, tan pálido e inmóvil que acerco un espejo a su fino bigote y sólo me tranquilizo cuando su aliento lo cubre con una tenue neblina plateada.

La mañana siguiente, la otra y todavía otra más, Karl está en la casa. Al principio pretende que está enfermo, y la primera noche se me arrima para evitar sus mortales escalofríos. Lo mismo la noche siguiente, y la siguiente, hasta que las cosas se vuelven demasiado previsibles para mi gusto.

Una cosa que Karl empieza a hacer apenas se siente en su casa es bajar y sentarse a la mesa en ropa interior. Jamás ayuda en nada. No vende cuchillos. Todos los días, cuando salgo a trabajar, lo último que veo de él es cómo mata el tiempo y habla consigo mismo como las hojas de los árboles. Y todas las noches cuando regreso allí está, ocupando espacio como un mueble más. Sólo que se ha vestido. De inmediato, apenas entro, se pone de pie como un sonámbulo y se acerca a abrazarme y acompañarme arriba.

—No me gusta esto —dice Russell a las dos semanas de merodear por la periferia de este asunto—. Me iré hasta que te canses del Fideo.

De modo que Russell se marcha. Cada vez que la situación en casa es tensa se queda en la reserva con Eli, su medio hermano, en una vieja cabaña empapelada con calendarios de mujeres desnudas. Pescan y cazan ratas almizcleras con trampas y pasan medio ebrios las noches de los sábados contemplando los largos años de las paredes. No me gusta que tenga que ir allá, pero aún no estoy lista para decir adiós a Karl.

Karl se me convierte en un hábito y no levanto la vista durante dos meses. Mary me dice que es asunto mío lo que haga con su hermano, pero la he sorprendido con una dura mirada amarilla clavada en mí. No se lo reprocho. Karl sólo ha ido a cenar con ella una noche. Se suponía que debía ser una gran reunión, pero falló. Se echaron culpas mutuamente. Disputaron. Mary lo golpeó con un lata de ostras. Se la arrojó desde atrás y le hizo un chichón, o por lo menos eso dice Karl. Mary no me da su versión, pero a partir de esa noche las cosas cambian en el trabajo. No se dirige a mí, me envía mensajes por medio de otras personas. Incluso dice, lo sé por uno de los hombres, que me he puesto en contra de ella.

Mientras tanto, se me acaba el amor. Aparte de Mary, estoy harta de volver a casa y oír la pesada respiración de Karl, y también su contacto empieza a oprimirme.

—Quizá deberíamos terminar con esto mientras todavía nos queremos —le digo una mañana.

Simplemente me mira.

—Quieres que te haga esa pregunta.

—No.

—Sí que quieres —dice mientras rodea la mesa.

Salgo de la casa. La mañana siguiente, cuando vuelvo a decirle que se vaya, me propone matrimonio. Pero esta vez lo amenazo.

—Llamaré al manicomio del estado —digo—. Estás loco.

Se agacha y pasa un dedo alrededor de su oreja.

—Envíame entonces —dice—. Loco de amor.

Algo me hace comprender que Karl ha leído tantos libros como yo, y que sus fantasías siempre se han detenido antes de que la mujer vuelva a casa fatigada de cortar bistecs de buey con una sierra mecánica.

—No es sólo por ti —le digo—. No quiero casarme. Contigo cerca no puedo dormir. Estoy siempre cansada. Todo el tiempo me equivoco al dar el cambio y no tengo sueños. Soy de esa clase de personas a quienes les agrada

tener sueños. Ahora te veo todas las mañanas al despertar y no recuerdo si he soñado algo o incluso si he dormido porque en seguida estás encima con tu respiración caliente.

Se pone de pie y empuja con fuerza su pecho, duro, contra el mío y me recorre la espalda con la manos y apoya su boca contra mi boca. No tengo nada con que defenderme. Lo hago caer sobre la silla y me siento, ansiosa, en su regazo. Todo el tiempo tengo consciencia de que estoy viviendo en los términos de Karl.

También a mí podrían envolverme en sábanas mojadas, pienso.

—Soy como un animal de alguna clase —digo, cuando se termina.

—¿De qué clase? —pregunta perezosamente. Estamos echados en el suelo de la cocina.

—Una vaquilla estúpida.

Pero no oye lo que digo. Me levanto. Me aliso la ropa y conduzco hasta la tienda. Pero todo el día, mientras atiendo a los clientes y cuido el fuego en el cuarto de ahumado, mientras hago pedidos a los proveedores y corto queso de cerdo, preparo mi mente para afrontar la situación.

—Me voy a casa —le digo a Mary cuando termina la jornada—, y a librarme de él.

Estamos solas en la entrada trasera, todos los hombres se han ido. Sé que va a decir algo extraño.

—He tenido una visión —dice—. Si lo haces, se quitará la vida.

Miro hacia el horno del ángulo, no hacia ella, y creo que he sorprendido una nota falsa en su voz.

—No se matará —le digo—. No es de esos. Y tú... —ahora estoy enfadada— no sabes lo que quieres. Al mismo tiempo estás celosa de Karl y de mí y no quieres que nos separemos. Estás confusa.

Se quita el delantal y lo cuelga de un gancho. Si no fuera tan orgullosa, tan capaz de endurecer su corazón, podría haber dicho qué malos momentos había pasado. Podría haber dicho cuánto le había dolido todo esto porque una vez le había tirado los tejos a Russell y él se había resistido.

Pero Mary se vuelve y aprieta los dientes.

—Llámame cuando todo haya terminado —dice— y nos iremos al Brunch Bar.

Es un restaurante adónde nos gustaba ir las noches de trabajo cuando no queda tiempo para cocinar. Sé que decir eso le ha costado un esfuerzo, de modo que lo lamento.

—Dame una hora y te llamaré —digo.

Como de costumbre, cuando llego a casa, Karl está sentado ante la mesa de la cocina. Lo primero que hago es recoger la maleta de muestras del sillón donde la pone, a mano para el momento en que los clientes empiecen a afluir. La llevo a la cocina, la dejo en el suelo y de una patada la envío sobre el linóleo.

—¿Qué piensas que trato de decirte? —pregunto.

Está rodeado de ceniceros medio llenos, migas de pan, los platos sucios del día. Lleva los pantalones de su traje, el chaleco rojo oscuro y una camisa de Russell. Si tengo alguna vacilación, la camisa acaba con ella.

—Fuera de aquí —digo.

El sólo sonrío y se encoge de hombros.

—Todavía no me puedo ir —dice—. Va a empezar la primera función.

Me acerco más, no tanto como para que pueda tocarme, sólo hasta donde no tenga la posibilidad de eludir mi mirada. Se inclina. Enciende una cerilla en la suela de su zapato y empieza a exhalar humo acre. La tensión me estremece la mente pero mi expresión se mantiene firme. Sólo vacilo cuando fuma su Lucky hasta el final y habla.

—No me echas. Yo soy el padre —dice.

Tengo los ojos clavados en su frente, y realmente no oigo ni entiendo lo que dice. Se ríe. Alza las manos como el cajero de un banco durante un atraco y entonces le dedico una mirada apreciativa, como si fuera un extraño. Es más guapo que yo con esos ojos oscuros, esos labios rojos y esa tez pálida de actor de cine. No se le notan la bebida ni el tabaco. Conserva los dientes blancos como perlas, aunque tiene los dedos teñidos de anaranjado por el humo.

—Me rindo. Eres la mujer más estúpida que he conocido. —Baja los brazos, enciende otro cigarrillo con el primero—. Estás embarazada —dice bruscamente— y ni siquiera lo sabes.

Supongo que pareczo estúpida porque sé en ese momento que dice la verdad.

—Tendrás un hijo mío —dice con voz más serena, antes de que yo pueda recobrarle.

—No lo sabes.

Agarro su maleta y la arrojo más allá de él, a través de la puerta de tela metálica herrumbrada. La desgarras y cae violentamente en el porche. El guarda silencio largo rato, deja que esta acción llegue hasta el fondo.

—No me quieres —dice.

—No te quiero —respondo.

—¿Y mi hijo?

—No hay ningún hijo.

Ahora empieza a moverse. Se aleja de mí hacia la puerta, pero no puede atravesarla.

—Vete —digo.

—Todavía no. —Su voz suena desesperada.

—¿Qué más?

—Un recuerdo. No tengo nada para recordarte. —Si se echa a llorar sé que me quebraré, de modo que manoteo el objeto más cercano, un libro que hay sobre la nevera. Lo gané en alguna parte y jamás lo he abierto. Se lo alargo.

—Toma —digo.

Coge el libro y ya no hay más excusas. Baja los escalones y camina lentamente por la hierba y por la calle. Me quedo allí largo tiempo y lo miro desde la puerta, antes de que se achique a la distancia y desaparezca. Y entonces, cuando estoy segura de que ha llegado a Argus, o quizás ha subido a un autobús o a un coche dispuesto a llevarlo por la carretera 30 hacia el sur, apoyo la cabeza en la mesa y dejo mi mente en libertad.

Lo primero que hago cuando estoy mejor es marcar el número de Mary.

—Me he librado de él —digo.

—Dentro de diez minutos —dice ella— pasaré a buscarte.

—Espera —digo—. Necesitaré tomarme algún tiempo libre.

—¿Para qué?

—Me he quedado embarazada.

No dice nada. Escucho el silencio hasta que finalmente aleja el teléfono del oído y cuelga.

En los libros de amor el resultado no es nunca un niño, de modo que una vez más no estoy preparada. No imaginé la debilidad ni los tobillos hinchados. Los cuentos de amores ardientes no dicen en ninguna parte que una calurosa noche de agosto estoy acostada, sola y aterrorizada. Sé que el niño siente que estoy pensando. Da vueltas y vueltas, tan furiosamente que sin duda se ha enredado en su cordón. Temo que algo no ande bien. Su mente falla, como la del padre. O tiene el aspecto de las ovejas defectuosas que yo he tenido que matar. Un millón de cosas probables, terribles, marcharán mal. Y mientras estoy angustiada en la oscuridad, las botellas empiezan a estallar debajo de la casa. La cerveza de Russell explota y toda la noche, mientras el bebé gira, sueño y me despierto con el ruido de cristales que vuelan a través de la tierra.

La noche de Mary

Después de colgar el teléfono, Mary cogió el escoplo de la parte superior del frigorífico, donde también lo ponía siempre Pete, y fue al depósito a abrir la caja que le habían enviado desde Florida el mes anterior.

La caja había estado tanto tiempo allí que sobre ella se habían acumulado brocas de taladro, pinzas para ropa y bombillas fundidas. Mary trasladó el conjunto al alféizar de una ventana y empezó a arrancar clavos de las tablas de pino sin cepillar. Empezaba a anochecer pero había luz suficiente para ver y ella no se detuvo hasta que arrancó dos lados de la caja de madera. Contenía una especie de mueble. Encendió la luz.

Era pequeño, elegante, de madera oscura, con ornamentadas patas y tiradores de cajones de hierro fundido. Un dibujo de madera clara decoraba cada cajón. La parte superior llevaba bisagras. La abrió y retiró el embalaje. Luego dio un paso atrás y contempló la máquina de coser. Era como un pequeño dragón mecánico negro con un colmillo asesino. Un rato después cerró la tapa. Luego apagó la luz, volvió a la cocina y cogió el teléfono.

Marcó el número de Sita; pertenecía a una central suburbana porque Sita acababa de vender el restaurante y se había mudado a Blue Mound con su científico marido.

—¿Qué quieres? —dijo Sita cuando oyó la voz de Mary.

—De ti, nada —dijo Mary—. Pero tengo una cosa que es tuya.

Sita guardó silencio y trató de imaginar qué podía ser. Finalmente tuvo que preguntarlo.

—Una máquina de coser —dijo Mary.

—Ya tengo una —dijo Sita.

—Lo sé —respondió Mary—. Tu tía te ha enviado otra.

Sita tuvo que reflexionar un momento, luego se acordó de Adelaide y de cómo le gustaba coser. Recordó los cuellos de piel, los lazos, los arreglos elegantes de vestidos que ya no estaban de moda.

—Pediré a Louis que la recoja —dijo.

—Está en el depósito —dijo Mary.

Entonces colgó y puso la herramienta sobre el frigorífico. Permaneció inmóvil bajo el brillo y el tenue zumbido del aro fluorescente.

Nada llegaba hasta ella de la quietud de fuera excepto el ruido suave e incesante de la cadena del perro y la ácida fragancia de los tallos de tomate

que éste había roto cavando junto a la pared en busca de huesos. A esa hora Mary solía traer a sus perros y leer hasta que se dormía. Pero esa noche estaba llena de significado. Llena de signos ocultos.

Pensó en su tarot, guardado debajo de su colchón para absorber las vibraciones de sus sueños, como aconsejaban las instrucciones. Tenía un tablero Ouija. Un cliente le había explicado una forma de cascar un huevo sobre una jarra de agua para leer la yema. Pero esos métodos estaban muy lejos de repetir el esplendor del día en que se había golpeado la cara contra el hielo y había visto a su hermano como a través de un espejo mágico. De pie sobre el linóleo limpio, pensando en el futuro, deseó que apareciera un signo.

Un buey gemía en el establo. Una suave brisa susurró en la maraña de apretujados rosales silvestres del jardín. Las polillas chocaban contra la puerta de tela metálica.

Mary apagó la luz y salió. Echó a andar. Más allá de la cerca el terreno era un laberinto de establos, depósitos, viejos vagones de tren y criaderos de pollos repletos de equipos herrumbrados. Tío Pete había hecho muchas cosas durante su vida. Entre las malezas había una gran tina usada para escaldar la piel de los cerdos y quitarle el pelo, llena de agua ferruginosa donde se criaban insectos. Más allá de la chatarra estaba la barrera contra el viento de Fritzie, hecha de cedros, ciruelos silvestres, zarzamoras y siemprevivas. Alrededor de los árboles la hierba era fresca, profusa, verde. Mary aspiró el aroma de las hojas y pensó en Karl.

Una vez más lo vio acercar a su cara esa rama de hacía tanto tiempo, con sus flores blancas y su fragancia invisible. Vio cómo cerraba los ojos con delicada fruición. Abría los labios. Y luego vio también a Celestine, su boca ancha, sus brazos abiertos y acogedores, su cuerpo más sólido que el árbol que había abrazado Karl antes de desaparecer.

La luz del patio arrojaba desde atrás un leve fulgor. Las siemprevivas parecían impenetrablemente oscuras e incluso asustadoras. Mary pensó en los vagabundos, las ratas y los zorrinos rabiosos que podían alojarse entre la vegetación. Sin embargo, dio un paso entre la hierba crecida. Con ese primer paso sintió que la gravedad pesaba en sus piernas. Con el siguiente, que el sueño le escocía en los ojos. Avanzó de todos modos a través de las ramas entrecruzadas.

La tierra estaba húmeda, fresca, y Mary se sumergió en la hierba. Le parecía, en su trance, que pasaba mucho tiempo. En el momento en que se

había echado las ciruelas eran verdes y duras, invisibles las moras, la hierba verde y flexible. Luego se elevó la luna, complicados diagramas de estrellas giraron, los pájaros echaron a volar. La estación avanzaba y el bebé de Celestine creció hasta ser grande como el día.

Era una niña, mucho más grande que el hermanito perdido de Mary, pero igualmente vigorosa y con abundantes rizos de color rojo oscuro brillante.

Miró a Mary con sus ojos gris azulados de bebé, desenfocados, pero ya voluntariosos y dotados de una obstinada intensidad que Mary reconoció como propia. Luego la oscuridad aumentó y la noche se volvió deliciosamente suave. Desde donde estaba, Mary oía madurar las ciruelas silvestres. Se redondeaban en sus finos tallos y caían batidas por el viento. En su sueño, sintió que caían sobre las altas hierbas quebradizas y se reunían a su alrededor con glorioso despilfarro.

Capítulo ocho (1953)

SITA KOZKA

Apenas unas pocas semanas después del fiasco de la intoxicación en mi restaurante me casé discretamente con Louis y él renunció a su cargo de inspector de sanidad del estado y tomó otro en el condado para que siempre pudiéramos estar cerca. Louis vendió su casa de Bismarck y trasladó todo su equipo científico a Blue Mound, donde vivimos en la gran casa con persianas y detalles coloniales que Jimmy había edificado como una especie de escaparate. Aunque sólo habíamos estado casados un par de meses, era como si Louis y yo hubiéramos pasado juntos toda nuestra vida. Quizá fuera porque tuvo que ocuparse de mí. Durante la mudanza y el fracaso del negocio se me ponían los nervios de punta por nada. Afortunadamente, nuestra casa tiene un gran jardín y mientras me recuperaba de mis trastornos, me ocupé de cultivar enredaderas, arbustos ornamentales y plantas perennes.

A causa del divorcio, había dejado de asistir a la iglesia. Louis trató de convencerme de que en todo caso no había alternativa; pero no me alegraba hacerlo. Durante muchos años la escuela de Saint Catherine fue importante en mi vida, y la religión todavía era una influencia dominante. Entre otras cosas, la idea de confiar sólo en Louis y en mí para encontrar ayuda y respuestas era nueva. No estaba segura de que me gustara. Pero traté de ser fuerte y de estar preparada para lo inesperado, y quizá por eso fue que no me asusté la mañana que encontré a mi primo dormido, empapado, entre mis cuidadas clemátides. Cuando lo descubrí no lo reconocí. No lo había visto en veinte años. Tenía un brazo alrededor de una maleta y un libro en la mano.

Abrió los ojos.

—Hola, Sita —dijo desde donde estaba. Había entrado en mi jardín rodando por debajo de los alambres—. Supongo que no me reconoces —

agregó mientras se ponía de pie y se desprendía cuidadosamente de las plantas—, soy tu primo Karl.

Yo había oído decir que se había convertido en un vendedor y un vagabundo. Parecía pisoteado por la vida. Llevaba los puños y el cuello deshilachados. No tenía sombrero. Era bien parecido, su rostro era demasiado guapo y turbador, pero los labios eran excesivamente rojos, como si hubiera bebido de más la noche anterior. Tenía los ojos semicerrados, fatigados y rodeados de bolsas. Su pelo negro aceitado formaba ondas alrededor de las orejas.

Parecía sospechoso y hasta peligroso con sus ropas desaliñadas. Sin embargo, sentí curiosidad. Sabía que si me atacaba sólo debía gritar. Louis estaba en el garaje, a tres metros, alimentando a sus especímenes entomológicos. Empuñé mi escarda como un arma mientras Karl hablaba, y decidí que si hacía un movimiento extraño le partiría el cráneo. Mis guantes de lona blanca no dejarían impresiones digitales. Louis y yo podíamos enterrarlo debajo de las dalias, junto con el arma del crimen. En las últimas semanas había consumido cajas de novelas policíacas para calmar mis nervios.

—Karl Adare —repitió—. Soy tu primo ¿recuerdas? Voy camino de una conferencia de ventas. Llegué temprano y no quise despertarte.

Pensé que era un cumplido recibir la visita de un primo perdido mucho antes, aunque hubiera entrado arrastrándose entre mis flores. Ciertamente, sería una noticia sólo inferior a mi divorcio y mi nuevo y repentino casamiento. Con mis nervios, y además el restaurante, me parecía que ya había abastecido de chismes a Blue Mound y a Argus para todo el mes. La idea me dio dolor de cabeza. Dejé mi escarda.

—Me alegro de verte —dije, recordando mis buenos modales— después de tanto tiempo. ¿Te quedarás a comer algo con nosotros?

Asintió y miró a su alrededor.

—No está mal —dijo. Por la forma en que hablaba comprendí que envidiaba mis espléndidas flores, el patio de baldosas, la casa, que era la más grande de Blue Mound y que alguna gente llamaba mansión. Louis había heredado buenas tierras de cultivo, que arrendaba. Aunque él había cerrado el restaurante, habríamos podido mantenerlo.

—Háblame de ti —le dije, indicando su maleta y el libro grueso y pequeño que tenía entre las manos. Me parecía familiar, con sus rombos rojizos en la cubierta, y cuando lo abrió supe por qué. Era una Biblia, un típico ejemplar barato del Nuevo Testamento.

—Tiene espacio para registrar acontecimientos familiares —dijo mientras lo miraba—. Nacimientos, muertes, matrimonios.

Parecía hablar consigo mismo, de modo que no hice comentarios. No quería que tratara de venderme el libro.

—Vamos a sentarnos —dije, pero sin duda me leyó la mente, porque no cerró el libro ni me siguió, sino que continuó mirando morosamente la cubierta.

Está preparando el ataque, pensé, y le cogí el brazo.

—Debes de estar cansado —le dije— de tanto andar por los caminos.

—Así es —dijo, mirándome fijamente y con gratitud—. Me alegro mucho de verte, Sita. Han pasado muchos años.

—Demasiados —dije con voz cálida, aunque en verdad jamás lo había extrañado ni pensado casi en él durante esos años, y empezaba a sentir la leve sospecha, sin saber con certeza el motivo, de que mi primo había venido a verme con la esperanza de una venta fácil.

En ese preciso momento, Louis salió al jardín. Siempre miraba con atención a las personas, aunque no parecía recordar lo más mínimo de ellas cuando se habían ido. Miró a Karl de manera penetrante. Karl, vacilando, le devolvió la sonrisa.

—Soy el primo de Sita —le dijo a Louis—. Han pasado muchos años. — Pero Louis lo ignoró y se dirigió hacia un montón de estiércol en busca de nuevos especímenes.

—¿Qué hace? —preguntó Karl.

—Busca gusanos.

—¿Para qué?

—Para saber cómo desintegran la materia orgánica.

Louis me tenía al corriente de todas sus ideas. Estaba reuniendo datos sobre las pestes y los benefactores locales para su nuevo trabajo de investigaciones agrícolas. Los gusanos eran benefactores, y Louis experimentaba con su habitat. Qué convenía agregar al suelo para conseguir su ayuda.

—Elaboran humus —informé a Karl con voz severa, porque se había distraído. Nuevamente examinaba los detalles de nuestra casa, mis muebles de jardín blancos de hierro forjado, los arbustos podados y florecidos. Pronto me incluyó en su examen y me dedicó una mirada lenta y atrevida. Yo no estaba en mi mejor momento, pero según Louis un poco más de peso era bueno para mí, y sabía que tenía buen color.

—¿Estoy cambiada? —dije y luego, fastidiada por el tono lisonjero de mi voz, respondí a mi pregunta—. Por supuesto que lo estoy. ¿Quién no?

—Hermosa como siempre —dijo Karl. Me aparté, Louis casi nunca me hacía cumplidos. Bueno, con frecuencia estaba sumergido en sus pensamientos abstractos. Lo que dijo Karl me importó más de lo debido, y por eso no fui capaz de refrenar lo que dije después.

—Hebras grises, unas pocas arrugas. Se ven los años.

—Oh, no —dijo Karl—, ahora estás más guapa. La madurez te sienta bien.

—¿De veras? —Me estaba comportando con la tontería de un pavo real.

—Sí —dijo él.

Hubo entre nosotros un momento de silencio casi íntimo y luego más palabras brotaron de mi boca.

—Toda carne es hierba —dije, sin creer casi en mi propia voz, y oyendo la frase como algo completamente nuevo a causa de esa extraña sensación. Miramos el césped, incómodos, y observé que todo el jardín estaba cubierto de la misma clase de hierba que crece en los cementerios: fina, cortada, de color verde brillante.

—Iré a buscar algo de comer —dije, para interrumpirme.

Dejé a mi primo mirando cómo Louis extraía gusanos y fui a preparar una bandeja de bocadillos para un refrigerio de media mañana. Ensalada de jamón. Tengo una picadora que se adosa al fregadero. Estaba mezclando el jamón troceado con alcaparras y mayonesa, cuando Karl se acercó a la puerta de tela metálica y la golpeó suavemente.

—¿Podría usar tu cuarto de baño?

—Por supuesto —dije.

Entró. Puso la maleta junto a la puerta y dejó el libro en la mesa de la cocina. Lo hizo tan casualmente que pensé que lo había hecho a propósito, para llamar la atención. Y entonces, mientras él estaba arriba, cogí el libro. Examiné los rombos rojizos de la cubierta. Aparte de que era un Nuevo Testamento, el libro me recordaba todavía alguna otra cosa. Me llevó un rato de concentración situar dónde lo había visto antes. Y entonces lo supe. El año anterior, en una rifa de la Asociación de Saint Catherine, habíamos dado como premio un Nuevo Testamento como ése y Celestine James lo había ganado.

—Podría ser una coincidencia —dije a Karl cuando bajó—, pero una antigua amiga mía era dueña de un libro igual a ése.

Recogió el libro, lo sopesó y lo puso en mis manos.

—Puedes quedártelo —dijo—. Llena los espacios vacíos.

Luego tomó su maleta y salió a sentarse con Louis en las sillas del jardín. Lo que había dicho me desconcertó hasta que recordé las páginas destinadas a los acontecimientos familiares. Abrí el libro.

Asociación de Saint Catherine, decía un sello en el interior, y luego la fecha. 4 de mayo de 1952, y el nombre de Celestine James.

—Ajá —dije, como un detective en una novelita de misterio. Y luego, oscuramente avergonzada por mi descubrimiento, cerré bruscamente el libro y seguí mezclando ingredientes en el bol de cristal. De todos modos, como mi relación con Celestine James había quedado atrás, no sabía qué hacer con la Biblia. Durante años no había tenido nada que ver con Celestine. Extendí la mezcla sobre rebanadas de pan, corté los bocadillos en triángulos y salí. Evidentemente, Karl había informado a Louis de mis preparativos, porque Louis se había lavado con la manguera del jardín y ahora ambos hombres hacían equilibrio sobre las sillas de hierro forjado. La mesa no les llegaba a las rodillas. Era cómico. Pero yo había aprendido a no reírme de todo lo que parecía absurdo. La risa había sido uno de los síntomas de mis nervios crispados.

—¿No es un encanto? —dije—, el sol es muy agradable.

Puse la bandeja en la mesa; estaba todo menos la jarra y los vasos y fui a buscarlos. Cuando volví los dos hombres habían empezado a comer, lo que me molestó.

—Sois unos maleducados —dije.

—Tienes razón —dijo Louis, mientras dejaba su bocadillo y me ofrecía el plato. Pero mi primo siguió comiendo. Miré cómo cogía un bocadillo, lo acercaba a sus labios y luego lo mordía con sus dientes blancos. Una vez, dos, y el bocadillo desaparecía. Me pregunté si no le habría hecho algo a Celestine, amenazarla quizá, para quitarle el libro. Podía ser que la hubiera dejado fuera de combate de un golpe. Y además, estaba la maleta. ¿No habría metido allí más cosas de ella?

Louis se aclaró la garganta y dijo en un tono indulgente que yo conocía:

—Sita, estás mirando mucho a nuestro visitante, ¿no te parece?

Miré mi plato. No pude contenerme. Susurré:

—Mi primo come de una manera siniestra.

—No, no es eso —dijo Louis, y buscó otro tema de conversación—. Las flores de las enredaderas de Sita atraen a los colibríes —dijo. Sonreí a Karl, pero comía más rápido que antes. Supuse que no había oído mi observación.

—Sí —agregué—, flotan en el aire y meten el pico en el... ¿cómo se llama?

—El ovario.

—... el ovario de la flor.

Karl tragó un último bocado y nos dirigió un leve gesto de asentimiento. Advertí de pronto, aunque sin duda estaba ocurriendo desde el comienzo, que las agudas patas de hierro de su silla se hundían en la hierba húmeda. Sin duda el suelo era muy blando, quizá a causa de la actividad de los gusanos, y se hundían gradualmente. Ahora la mesa estaba por encima de sus rodillas. Sin embargo, él no parecía notarlo y me miró con una sonrisa dura.

Le devolví la sonrisa, pero mientras comíamos en silencio comprendí a qué había venido Karl.

Le había robado a Celestine y ahora nos tocaba a nosotros. ¿Para qué se había escondido entre las clemátides, espiando, estudiando nuestras costumbres, sino para robarnos con facilidad? Y otra cosa. No había subido para ir al cuarto de baño, sino para saquear mi joyero. Me parecía verlo con mis propios ojos. Vi cómo hacía saltar el pequeño cierre, se apoderaba de mi alfiler de plata y mi broche de diamantes y recuperaba el collar de granates viejos. Vi cómo guardaba mis tesoros en el bolsillo. Mis broches, mis anillos, mi amatista.

—Voy adentro —anuncié a la ligera y me puse de pie.

Louis debió de advertir algo. Miraba con el ceño fruncido la pesada ornamentación de la mesa. Pero yo estaba convencida de la culpabilidad de Karl y entré en busca del teléfono.

—El más grande de los picaflores —oí decir a Louis cuando salí— mide más de veinte centímetros. Vive en América del Sur. —Sabía que Louis mantendría entretenido a mi primo con alguna maravilla y efectivamente, cuando hice la llamada telefónica que correspondía y regresé, vi a Karl tan fascinado que se había hundido bastante más. Ahora la mesa estaba a la altura de su pecho. Tenía los brazos cruzados.

—Es triste —dije, clavándole la mirada— que algunas personas no puedan mantener sus manos apartadas de lo ajeno.

—Es verdad —dijo mi marido en tono sincero—. ¿Recuerdas cómo desaparecían las tijerillas de los equipos de disección?

—Louis era profesor —informé a mi primo—. En una escuela de segunda enseñanza.

—¿Sabes qué pasaba con esas tijeras? —preguntó Louis.

Karl abrió los ojos y se encogió de hombros. Tenía la boca llena y no podía responder.

—Las chicas se las quedaban para cortarse las uñas —dijo mi marido.

Justamente en ese instante se acercó el sheriff Pausch por el camino de las lajas. Era un hombre bajo, con una cara dura y perruna y una voz grave, sorprendente, que bramaba como la de Dios cuando daba la alerta de un tornado con su megáfono. Antes de ser sheriff, había sido profesor de botánica, de modo que tenía muchas cosas en común con Louis. Ambos eran miembros de la Asociación de Micología de Blue Mound, que había celebrado su primera reunión en nuestro sótano. Era raro verlo en casa por motivos oficiales, de uniforme y con un papel en la mano en lugar de bolsas de pan llenas de hongos.

Los ojos de Karl se abrieron todavía más cuando vio al sheriff. Su alarma era la demostración final de su culpa. Extendió la mano y dijo:

—Siéntese aquí, por favor.

—No, gracias —dijo firmemente el sheriff Pausch, mientras indicaba a Karl que se pusiera de pie—. Ha habido una denuncia.

El rostro de Karl, inclinado hacia arriba, parecía infantil y sorprendido.

—Iré a buscar las pruebas —murmuré mientras me levantaba.

—Quédate —dijo Louis—. ¿De qué se trata?

—Su esposa me llamó —dijo el sheriff Pausch, bajando la voz, con cierto asombro—. Dijo algo acerca de un robo.

Señalé a Karl, a quien miré fríamente.

—Ha robado el Nuevo Testamento de Celestine James —dije—, y luego mis joyas. Ha cogido collares, alfileres, todo lo que pudo encontrar. Los tiene en el bolsillo. Regístrelo. —Me dirigí a los dos hombres—. Compruébenlo ustedes mismos.

—Levante las manos —dijo el sheriff Pausch con su voz grave. Se situó detrás de Karl y lo registró rápidamente.

—Perdone —dijo mientras se ponía frente a Karl, que estaba blanco como el papel—. Puede bajar los brazos —agregó, rojo hasta el cuello de la camisa—. Parece que se trata de un error.

Hubo una larga pausa tensa. Miré cuidadosamente a cada uno de los hombres. Ellos me miraron cuidadosamente.

—Es verdad —dije por fin—. Iré a buscar el libro.

—Creo que se trata de un error —repitió el sheriff, y de pronto, por la preocupada amabilidad de su voz, comprendí que yo había hecho algo malo.

Y lo peor, supe que ocurriría algo todavía más malo. Miré a Karl. Las patas de su silla seguían hundiéndose.

—Basta... de eso —ordené lentamente.

—Sita, siéntate, por favor —dijo Louis.

Pero la oscura tirantez de la mirada de Karl me obligaba a estar erguida. No podía apartar de ella mis ojos aunque tuve que inclinarme por encima de la mesa para verlo bien, a tal punto se había hundido. El aire estaba muy sereno. Los colibríes, ligeros como insectos, zumbaban inmóviles sobre las flores. Sonó una nota. Pensaba preguntarle a Louis si también la había oído. Pero entonces mi primo se inclinó de lado y puso encima de sus rodillas la maleta de aspecto pesado que había arrastrado entre las clemátides. Estaba con la maleta entre los brazos, quizá pensaba abrirla, quizá marcharse. Pero en cambio ocurrió una cosa.

La maleta era tan pesada que sus pies empezaron a hundirse en el suelo y muy pronto el césped le llegó a las rodillas. No dije nada. Estaba paralizada de miedo. Yo lo había traicionado, y ahora sólo podía contemplar cómo la silla y el hombre se sumergían. La maleta desapareció. La hierba subió hasta su camisa roja. Le rozó la barbilla. Y continuó hundiéndose.

Es demasiado tarde, pensé mientras lo miraba, a menos que diga las palabras de la salvación.

—*Mea culpa* —murmuré—. *Mea maxima culpa*.

Pero la tierra sellaba ya su boca. Tenía las orejas tapadas. También sus ojos suaves, tristes, y sólo quedaba a la vista la pálida frente. La tierra se detuvo antes de devorarlo por completo y luego, repentinamente, todo él desapareció. Lo último que vi fue la descuidada cruz blanca sobre su pelo negro. El suelo tembló suavemente para cubrirlo, y ya no había nada donde había estado.

Miré largo rato la hierba en paz y luego alcé la vista. Louis y el sheriff me miraban. Esperaban, según me pareció, que les dijera qué significaba aquello.

—Despertamos al morir. Todos seremos juzgados —dije.

Luego fui hasta el árbol donde estaban colgadas mis cosas de plata. Brazaletes y anillos y viejas monedas. Abrí las manos. Las hojas se movieron por encima, brillantes, afiladas, con los bordes pulidos. Cayeron a montones. El aire era un seco aguacero resplandeciente. Mientras estaba allí dije muchas cosas. Louis las escribió todas en un bloc de papel.

Describí detalladamente el árbol. Sus hojas eran las de mi traición. Sus raíces se extendían por debajo de todas las cosas. Donde quiera que yo ponía el pie debía pisar a los muertos acurrucados y entrelazados mientras

esperaban que sonara la trompeta y la voz del megáfono, que se abriera el libro diminuto que contenía un millón de nombres.

—Tú no estás en el libro —le dije a Louis—. Estás allí abajo con tus especímenes.

La noche de Russell

A lo largo del verano, Russell construyó lentamente una cabaña de pesca y luego, en el otoño, la arrastró a través de los campos y la dejó en la orilla del río, allí donde se volvía más lento y profundo antes de alejarse de Argus. Cuando el río se heló como un ángulo de hierro negro, empujó su cabaña hasta el hielo y empezó a visitarla frecuentemente.

Deslizándose por la empinada costa un crudo día de diciembre, se le enganchó la red que traía entre unos desechos arrastrados por una vieja inundación y cayó en una telaraña de gruesas enredaderas muertas que lo retuvieron. Se debatió un poco y luego se quedó quieto. La red era curiosamente cómoda, una hamaca que se ajustó a su cuerpo apenas se relajó. Buscó la botella de Four Roses que guardaba en el forro de paño de su chaquetón de denim y bebió un trago.

Russell se sopló los dedos y volvió a guardar la botella en el bolsillo. Por mucho frío que hiciera no usaba guantes, prefería que se le endurecieran las manos ahora que no debía contar billetes o cambio. Las necesitaba callosas para tocar radiadores calientes, ajustar tornillos, aflojar grandes tuercas y, los fines de semana, para limpiar el pescado. Miró las nubes bajas y volvió a empinar la botella. Quizá nevaría. La brisa era suficientemente cálida. Lo que le agradaba de no tener un trabajo regular era precisamente esto. Podía, si lo deseaba, pasar allí toda la tarde sin hacer otra cosa que emborracharse. Pero no era un gran bebedor, y un rato más tarde se liberó y descendió hasta su cabaña.

Ahora que Celestine había descubierto el sitio, cerraba la puerta con un candado. Semanas atrás había encontrado que habían tocado sus cosas, no mucho, lo suficiente para indicar que había sido ella. Estaba seguro de que era ella, aunque no había dejado pruebas concretas. El sitio daba la impresión tangencial de algo que no estaba del todo bien, pero sólo se trataba de que habían puesto orden. Ésa era la costumbre de Celestine cuando vagaba, inquieta, por la casa. Las latas de café donde guardaba sus útiles de pesca estaban cuidadosamente alineadas. Uno de los sacos de arena que sostenían la construcción para que no se la llevara el viento estaba remendado con esparadrapo en un punto por donde perdía arena. Siempre guardaba el rollo gris de esparadrapo en un lata. Ella lo había puesto allí. Russell advirtió que un envase de butano había sido abierto, utilizado y colocado con los demás.

El hornillo estaba colgado de su gancho, nuevamente, y el jarro de agua y la cafetera estaban limpios, como él siempre los dejaba. Con todo, no le gustaban las visitas de Celestine. Ella venía porque deseaba hablar con él, pero Russell quería evitarla por un poco más de tiempo.

Ahora, como el candado estaba en la puerta, sabía que ella no había entrado, aunque se veían sus huellas en la nieve.

Sacó la llave y abrió, y luego entró en el espacio verdoso que olía a pescado. Hoy parecía tibio incluso sin el hornillo. El calor estaba atrapado entre las paredes de cartón alquitranado. El agujero que había recortado un par de días atrás, negro en mitad del hielo, todavía estaba abierto. Despejó la nieve blanca con la lata de café y la arrojó junto a la puerta. Luego preparó un anzuelo con su cebo y un gran señuelo martillado y pulido como el pendiente de plata de una mujer. Desplegó la silla metálica de jardín que tenía apoyada contra la pared, se sentó y empezó a pescar. Sus ojos se habían acostumbrado ya completamente al oscuro interior y la luz gris que caía de una ventanilla sacada de un destartado gallinero ponía en los muros un suave fulgor difuminado.

La pierna izquierda, coja a causa de la vieja fractura en espiral y las heridas abiertas por una granada, le dolía tras la caída en la costa. Se frotó lentamente el muslo con la mano mientras apoyaba la otra en la caña afirmada contra el travesaño de su silla. Miraba la línea, el corcho rojo y blanco, y no pensaba en nada. Cada vez que Celestine surgía en su mente la sacaba de allí. No había estado en su casa ni le había hablado excepto aquel único día en que había advertido lo evidente.

En julio se había enterado de que su amigo se había marchado, pero Russell no tenía prisa por abandonar la reserva. Y luego una noche, tarde, alguien lo había llevado a Argus y se había deslizado en su habitación mientras Celestine dormía. Tenía la intención de sorprenderla con el desayuno, pero ella estaba ya despierta y levantada cuando él salió de su dormitorio al angosto salón.

Murmuró algo, avergonzado de su camiseta y de sus calzoncillos largos. Pero Celestine sólo tenía puesta una combinación, y se veía su silueta abultada.

Ella lanzó un grito de alarma antes de reconocerlo, y luego enrojeció, miró hacia abajo y sonrió por sus noticias.

—No pensaba decírtelo así, pero tendrás un sobrino.

Russell pasó al lado de ella sin decir palabra y entró en el cuarto de baño. Cerró cuidadosamente la puerta. Miró el linóleo castaño jaspeado del suelo

hasta que se sintió brusca y curiosamente mareado. Para aclararse las ideas se sacudió como un perro y luego se lavó la cara. Celestine golpeó la puerta.

—No tienes por qué ponerte así —dijo—. Me he casado.

—Es tu funeral —respondió él. Fueron las últimas palabras que intercambiaron.

Cuando terminó en el cuarto de baño, bajó y recorrió velozmente los estantes de la nevera, esperando que Celestine o el vendedor no aparecieran en la cocina antes de que él recogiera algo de comer y se marchara.

Ni siquiera pudo obligarse a regresar cuando Mary le dijo que Karl se había ido mucho antes. Algo se lo impedía.

La caña se movió en su mano, el corcho se hundió. Cogió el sedal entre los dedos, esperó unos segundos, luego tiró suavemente con la esperanza de enganchar el anzuelo en la boca del pez. El sedal le ardió en el pulgar. Lo había conseguido. El pez debía de ser grande, pensó, quizás algún lucio medio muerto de hambre que le costaría sacar. Estiraba y aflojaba el sedal para fatigarlo lentamente, hasta que por fin emergió del agua, no tan grande como había imaginado, y tan exhausto que apenas saltaba en la red. Era un lucio largo y delgado con muchos dientes, moteado de verde profundo, hermoso, helado y demasiado joven. Después de desprender el anzuelo y alejar rápidamente la mano del pez, metió la mano en el agua y lo deslizó debajo del hielo; luego preparó nuevamente la línea y volvió a la silla. El calor de su cuerpo y la luz incolora habían entibiado la cabaña. Abrió y cerró las manos sobre las rodillas para calentarse los dedos, y esperó no pescar dos veces el mismo pez. Mientras aguardaba, la imagen de Celestine en combinación entre las sombras, plena y curvada como la proa de un barco, afloró a su mente. Esta vez dejó que se quedara.

Allí estaba cuando sintió la primera opresión en el pecho.

Pronto se convirtió en un lento hormigueo, un latido en el brazo y una sensación de viva fatiga en todas partes. No había dolor. Sólo un estallido, como si el whisky se hubiera expandido, como si le hubiera inundado el cerebro. Miró sorprendido a su alrededor. Gamo aquel día, semanas atrás, en que había venido y había encontrado las cosas cambiadas, todo parecía vagamente distorsionado. La luz misma estaba perturbada. Colgaba en hojas ondulantes. Entonces se desencadenó el dolor. Se enroscaba y desenroscaba como un gran resorte de acero, iba y venía, hasta que repentinamente se contrajo pasando a ser sólo un botón negro.

Esa tarde, alrededor de las cinco, Celestine bajó por la costa y cayó exactamente en el mismo sitio que Russell, pero se incorporó de inmediato y recobró la linterna en la nieve. Cuando llegó al hielo estuvo a punto de volverse. Casi había anochecido y él habría necesitado una luz. La cabaña estaba a oscuras. Pero entonces el vaivén del haz de luz de la linterna le reveló el candado abierto.

Avanzó por la nieve endurecida del río y abrió la puerta. La luz cayó sobre la forma encogida de Russell en la silla y al principio pensó, ridículamente, que se había dormido con la caña en las manos. Luego advirtió que el sedal estaba cortado. Entró, le tocó la espalda y dijo su nombre. Cuando él respiró y se estremeció, ella le rodeó el pecho con el brazo, lo alzó de la silla, lo arrastró hasta los sacos de arena y lo acostó. Un momento después Russell abrió los ojos.

—Iré a buscar ayuda —susurró ella. La voz resonó en la cabaña, y luego todo se movió a cámara lenta como una pesadilla. Las cosas trataban de retenerla mientras echaba a correr. El hielo. La nieve. Las malezas enmarañadas. Los campos. Hasta el aire. Le pareció que habían pasado horas cuando finalmente llegó a su coche.

Capítulo nueve (1954)

WALLACE PFEF

No me he casado, pero tengo una amiga a quien la gente de Argus llama «la pobre novia muerta de Pfef». Es una larga cara gris detrás de un cristal. Su foto, en su marco de bronce pulido, vigila discretamente mi salón. Mis visitantes se interesan por mis figuras de Hummel, las cucharas de recuerdo que guardo en su soporte, las campanillas de cristal que colecciono. Pero no me preguntan por mi pobre novia muerta, aunque, mientras examinan mis objetos, suelen detenerse ante su retrato como para rendirle homenaje.

Para decir la verdad, no conozco a la mujer de la foto.

La compré hace mucho en una de las tristes subastas rurales de Minnesota. Estaba junto a los frascos para conservas, los alfileros, los platillos para mantequilla y los vasos desportillados de una caja por la que ofrecí cinco dólares. Quienquiera que sea, con su mandíbula prominente, su boca joven y ancha y su pelo cuidadosamente ondulado, ahora es parte de la leyenda de la ciudad. He inventado detalles a medida que se me ocurrían: su enfermedad era una encefalitis. Común en esa época cuando había caballos cerca. Cayó en un trance del que nunca despertó. Tenía pies largos y delgados, como su mandíbula, y era alta.

Gracias a mi pobre novia muerta no he tenido que casarme. He servido de acompañante a algunas mujeres y, a las viudas de Argus, como hombre sólo para completar la mesa de una cena. Incluso algún marido se ha mostrado celoso por mis atenciones a su esposa. Pero la gente ha dejado de creer que pueda apartarme nunca de la foto de mi salón.

—Sus lazos con ella son demasiado fuertes —dicen—. No puede olvidarla.

Vivo en el valle plano y sin árboles donde crece la remolacha. Hace aquí un clima destemplado, de violentos extremos. Sin embargo me gustan las tormentas y el mal tiempo de todas clases. Porque entonces tengo un pretexto para quedarme en cama, leer novelas policíacas, dormir de vez en cuando y escuchar el viento, una gran mano que abofetea mi casa. ¡Paf! ¡Paf! Las vigas y los postes escondidos se estremecen y chillan. No lamento haberla construido tan lejos de la ciudad, en la carretera que sale de Argus hacia el norte, aunque rara vez la usa alguien que no deba hacerlo. Es un sitio hermoso. La vista es un horizonte desolado gris y castaño. Edifiqué aquí mi casa para alentar a otros constructores, pero mis únicos vecinos han estado todo el tiempo en el lugar. Los más próximos son ahora Celestine y su hija, sólo ellas dos desde el infortunado ataque de su hermano.

Pero primero me presentaré.

Soy Wallace Pfef. Pertenezco a la cámara de comercio, a los Promotores de la Remolacha, los Optimistas, los Caballeros de Columbus, la junta del parque y otras organizaciones, demasiadas para mencionarlas. Además de patrocinar el B # Piano Club y administrar la piscina de la ciudad, yo soy quien está imponiendo la remolacha en el valle; la remolacha, que jamás ha fracasado económicamente en ninguna parte y que hará del azúcar blanco algo tan norteamericano como el maíz.

Ha habido resistencia a mi propuesta, y ¿por qué no? Los agrónomos respetan las regularidades cíclicas. Sospechan de las innovaciones, y mi empresa corteja los cambios. Para seducirlos me convertí en un amigo de las cooperativas agrícolas y visité individualmente a todos los granjeros de la región. Bebí schnapps y licor de guindas e innumerables brebajes elaborados en los sótanos. En la ciudad busqué frenéticamente aliados porque sabía que el poder está en las órdenes fraternales. Eagles, Moose, Kiwanis, Elks. Yo necesitaba pertenecer. Gané así un centenar de oídos, estreché manos, cambié contraseñas secretas con mis hermanos. Les dije que la remolacha no es meramente una cosecha más. Es el matrimonio perfecto entre la naturaleza y la tecnología. Como el petróleo en bruto, la remolacha debe refinarse, y eso significa refinerías. Industria local. Beneficios para todos.

Me dediqué a la remolacha a partir de la Convención de Hogares, Cosechas y Ganado de 1952, en Minneapolis. Muchos de los participantes que me rodeaban eran vendedores, pero ninguno tan bueno como Karl Adare.

Yo nunca lo había sabido, probablemente lo había escondido profundamente, pero la atracción fue para mí tan fácil como respirar. Y allí estaba yo, miembro del Kiwanis, comiendo una chuleta y aceptando trocitos selectos de perdiz del tenedor de otro hombre. Una locura. Y sin embargo sentí asombro, como si el viento se hubiese llevado las nubes, como si los huesos desnudos fueran finalmente visibles. Yo era marica.

Tampoco sé por qué, excepto que los Pfef nunca han estado satisfechos de nada. Vinimos del Valle del Ruhr, y quizá ya traíamos una memoria racial de la remolacha blanca. Cambiamos muchas veces de residencia en Norteamérica, quejándonos de que algo no marchaba del todo bien. Quizás el fallo estaba en nosotros mismos, en los planes fracasados de mi padre, en mis hermanas que se convirtieron en decadentes y alcohólicas esposas de granjeros. Hasta Minneapolis yo fui la estabilidad, la excepción en la familia.

Cuando Karl subió a la cama y empezó a saltar me sentí perplejo. Yo procuraba encontrar temas de interés común y hallé un nervio desnudo apenas le hablé de su hermana. Eso no me pareció extraño cuando me dijo su nombre. Yo conocía a Mary desde la escuela. Era inexorable. Había visto su despaciosa labor con Sita Kozka. Mary le tironeaba los nervios como hebras sueltas en una tela hasta que la floja trama de la mente de Sita se deshiloó por completo. Ya había padecido uno, dos colapsos nerviosos. Además, Mary era astuta. Tenía fama de conservar lo que conseguía, en tanto que yo ya tenía una impresión parcial de lo que Karl era capaz de perder.

Yo no pensaba en esto mientras Karl subía y bajaba, golpeando el cielorraso con la palma de la mano. No temía por él, sino por la cama. Creí que rompería los resortes del colchón o el somier. Todavía lo veo como en una foto: Karl, agachado, con sus ceñidos pantalones negros, la corbata revoloteando, recortado contra el adornado cielorraso metálico del hotel.

Luego cayó.

Soy un hombre eficiente cuando alguien que no sea yo sufre una crisis, y no me aterroricé. El golpe había sido en la espalda.

Inmovilizarlo, pensé. Me ocupé de que se hiciera lo que correspondía. Cuando lo sometieron a tracción, escayolado, sufriendo lo que debía de ser un dolor inimaginable, sonrió apretando los dientes y movió las pupilas hacia mí.

—Todavía aquí —observó.

—Por supuesto.

No me permitían tocarlo, sólo mirar, y traté de expresar así lo que sentía. Fue un error. Parecía disgustado por mi simpatía. Luego las drogas lo devolvieron al sueño, y yo me quedé solo. Lo miré durante horas. Llegó la

medianoche antes de que volviera a mi habitación. E incluso entonces abulté mi cuenta del teléfono llamando a Minneapolis y a Saint Paul para encontrar un florista dispuesto a entregar mi pedido a esa hora de la noche.

Los días siguientes al accidente, Karl canturreaba o miraba el cielorraso todo el día, encerrado en su propia mente, absolutamente desinteresado del entorno del hospital y de mí. Apenas me hablaba; sin embargo logré hacer amigos. Hasta hoy mantengo correspondencia con su enfermera de día. Ella pensaba que Karl, a quien tanto agradaba su confinamiento, sufría algún desequilibrio mental.

—Adiós —le dije un día apenas entré en la sala. Había tenido una habitación privada durante una semana y el único visitante fui yo. Tenía el sombrero en la mano. Llevaba mi abrigo ligero sobre el brazo—. Tengo que marcharme —agregué—. Todo el mundo en Argus se pregunta qué ha sido de mí.

Tenía buen aspecto, ya se había lavado, afeitado y peinado. Parecía que se hubiese puesto la escayola en broma.

—*Bon voyage* —dijo, y volvió la página de una revista.

Salí furioso conmigo mismo por ser un tonto. Pensé que nunca más lo vería.

Tenía que completar mi casa a medio hacer, y vivía en el sótano mientras la construcción avanzaba. Me tomé mi tiempo para que las cosas se hicieran bien. Iba muy despacio, pero cuando se pudo habitar, era una casa perfecta. Las paredes eran de verdadero estuco. Tenía estantes contruidos en el interior del muro, una vitrina, y luz indirecta para mis colecciones. Me instalé antes de que los muebles estuvieran cepillados, los elementos de la cocina conectados y las moquetas colocadas. Lo primero que llevé fue la foto de mi pobre novia muerta, más joven y seria que cuando la había comprado. La puse en un estante del salón. Ella miró la blanca habitación vacía, los muros preparados para la pintura, la vitrina, el sillón recubierto de plástico.

—En teoría —le dije— todo esto es tuyo. —Brindé por ella con zumo de hortalizas y continué con mi tarea.

Siempre he sido capaz de olvidar, de ocultar hechos para mi propia protección. Por eso olvidaba a Karl la mayor parte del tiempo. Sin embargo había días, cuando entraba en la tienda de su hermana en busca de una costilla o de carne para guisar, en que él estaba incómodamente en la punta de mi lengua. Quería hablarle de Karl a ella. Quería turbar su tranquilidad. Pero tenía miedo de su dureza, de su fría mirada, y nunca pude ir más allá de la paciencia impersonal que concedía a los clientes. Yo volvía siempre porque

La Casa de las Carnes tenía los bistecs más frescos de la ciudad y porque me agradaba que me atendiera Celestine. A pesar de su imponente estatura y de su forma de enfrentar a cada cliente con los nudillos en las caderas, recordaba sus nombres, sus problemas, sus preferencias y sus compras de la semana anterior. Me preguntaba si me había gustado el *sauerbraten* casero, o por qué ya no compraba más arenque. Me encantaban nuestras charlas. Nunca imaginé lo que terminaría por ocurrir.

Y en verdad, acababa de regresar a casa de la tienda, una tarde de primavera, cuando recibí la llamada.

—¿Cómo está Argus? —dijo la voz.

Respondí que muy bien, aunque los granjeros deseaban, como de costumbre, que lloviera. Esperé que la voz se identificara, pero sabía desde la primera palabra que era Karl.

—Ahora vendo cuchillos —dijo—. De calidad superior. Iré allá mañana y pensé que podía quedarme un rato. Visítate a ti, quizás, y a Mary. ¿Le has hablado de mí?

—Nunca —dije. Estaba tan turbado que le expliqué cómo llegar a Argus sofocado y tartamudeando. Y esa noche me quedé hasta muy tarde limpiando la casa.

Apareció la noche siguiente, muy tarde. Decepcionado y aliviado a la vez, había apagado la lámpara del porche. Me había puesto un pijama, una bata acolchada y pantuflas con borlas. Cuando tocó la campanilla espí desde la ventana de arriba. Sabía que era mejor que mi visitante fuera cualquier otra persona.

La forma oscura era indistinguible. Pero apenas encendí la luz allí estaba él, parpadeando.

—Bueno —dijo por fin—, eres un verdadero espectáculo para unos ojos doloridos. ¿Debo quedarme aquí o me invitarás a entrar?

—Pasa —dije. Y entró.

No sé cómo llegó a mi casa. No había ningún coche. Los días pasaron. Parecía no tener intenciones precisas, aparte de sus cuchillos, y se limitó a mirarme con sus ojos claros y fríos cuando le pregunté para qué compañía trabajaba. En verdad no me importaba. Era suficiente que estuviera allí, que usara mis ropas y mis toallas y que se preparara tostadas, que diera por fin algún sentido a mi cama. Yo nunca supe qué pedir a la vida, pero en ese momento lo sabía.

Sin embargo, lo que deseaba y lo que esperaba eran cosas diferentes. Por eso no me sorprendí cuando una tarde, dos semanas después, se marchó sin aviso y sin dejar una nota.

Pensé que quizá hubiera ido a visitar a Mary, pero cuando pasé por la tienda a buscar cosas para la cena no había señales de él. Proseguí con los preparativos para esa noche. Aparentemente, le gustaba mi pan de carne, una insólita mezcla de carne picada de buey, ternera y cerdo, crema y perejil, mechada con tocino y cocinada lentamente al horno. Trituré patatas, escurrí calabacines, fundí un poco de queso para las patatas. Revolver con cuidado y controlar constantemente me ayudaban a pasar el tiempo. Era un atardecer templado. El calor me incomodaba. Todo esto me ayudó a distraerme, pero no impidió que llegara la noche.

Finalmente envolví todo en papel de plata. La cocina tenía una gran puerta de cristal, y detrás estaba el patio de ladrillos con dos sillas de tijera de sólida madera de secoya. Yo pensaba hacer allí un glorieta de parras, lilas, rosales. Llevé una manta ligera de ganchillo, me envolví, me extendí en la silla y dejé que la noche cayera sobre mí. El césped que había sembrado tenía diez metros de ancho, y luego empezaba el campo. Remolacha azucarera, por supuesto, plantas bajas de hojas gruesas y abrasivas. Encima estaba suspendida la luna, una gran campana en el vacío.

Lo que más me sorprendió, el peor golpe, fue saber adónde iba Karl.

Pasó una semana y ya sólo quedaba una punta seca y negruzca del pan de carne. Se la di a la perra, una quejumbrosa vagabunda de pelo blanco enmarañado y cola fina como la de una rata. Entraba y salía del jardín, el campo de remolacha y las malezas altas, cazando conejos. A veces se acercaba hasta la puerta de cristal y yo sentía su mirada fría y opaca. Me volvía y veía cómo sacudía la descarnada grupa. Luego comía lo que yo le daba y desaparecía.

A veces pienso que esa perra fue como una especie de señuelo que apareció de pronto y me llevó a la casa. Yo jamás habría ido allí; pero una noche mis faros la sorprendieron en el camino que llevaba a la casa de los James. Trotó hasta el borde, y temí que alguien la atropellara. Me detuve y traté de hacer que subiera al coche, pero por supuesto no hubo forma. Entonces continué lentamente en dirección a la casa de Celestine. La perra siguió por el camino y desapareció en la parte trasera. Yo estaba ansioso. Parecía muy furtiva y pensé que había tenido crías. Apagué los faros, bajé del coche, y la seguí. Estaba en casa ajena. Una vez Russell me había hablado de la escopeta cargada de municiones que tenía colgada encima de la puerta

trasera. Sentí el caliente aguijón de esas municiones mientras me acercaba al cuadrilátero de la luz proyectada por la ventana. Oí voces. Primero murmullos, luego acentos más claros, y la voz de Karl.

Cuando la reconocí se me detuvo el cerebro.

—Eso es espléndido —decía él en el interior. Oí crujidos de pasos. Salió y arrojó una colilla a la hierba. Una voluta de humo se disipó lentamente en el aire húmedo. Karl bajó, se sentó en los escalones y, con los codos apoyados en las rodillas, encendió otro cigarrillo. Casi hubiera podido tocarlo. Su forma era imprecisa, pero vi que estaba en ropa interior, probablemente mía porque le había dejado usar libremente mi armario.

Se oyó la puerta. Era Celestine. Estaba detrás de él en los escalones, alta, monumental desde mi perspectiva, y vestida sólo con un sostén blanco y una corta enagua. Las tenues prendas brillaban. El sostén era rígido y aguzado. Ella extendió la mano. Traía unas tijeras pequeñas. Se sentó junto a Karl y le tomó una mano. El mordisqueó el cigarrillo cuando ella empezó a cortarle las uñas.

—¿Por qué necesito una manicura? —preguntó él.

—Anoche me rasguñaste —respondió ella. Karl rió y escondió la cara en el hombro de Celestine, por debajo de su pelo.

—Cuidado. —Ella retiró las tijeras y las dejó sobre el escalón.

Yo no podía apartar la vista de la filosa tijera.

—Vuelve adentro —le dijo ella a Karl después de una pausa—. Hay mosquitos.

—No les gusta el humo —dijo él, encendiendo otro cigarrillo del paquete que estaba a su lado en la escalera.

Era verdad. Los había empujado hacia mi escondite, añadiendo el insulto a la ofensa. Al principio creí que podría soportar el agudo zumbido. Me llenó los oídos y luego aumentó abominablemente mientras una verdadera nube caía sobre mí. Algunos me picaron, y a eso siguió una sangrienta orgía. Yo no me atrevía a espantarlos para no agitar las largas hierbas secas.

—Creo que tienes razón —dijo Celestine, sentada a su lado.

—Ten —dijo Karl, y le dio el cigarrillo encendido. Más mosquitos se alejaron de la nube de tabaco y me encontraron de inmediato.

—¿Qué es eso? —dijo Celestine.

—¿Qué? —preguntó Karl, haciendo anillos de humo.

—Calla.

Hice muecas tratando de desalentar a los insectos. Estaban en todas partes, en mis párpados, en las sienes; un enjambre me mordía el cuello.

—Shh... No... —dijo Celestine, moviendo una mano—. Hay algo allí. Lo oigo.

Fruncí los ojos miserablemente, lleno de odio, apretando los dientes. La mano de Karl estaba oculta. Celestine golpeó el sitio donde debía estar, debajo de su enagua.

Involuntariamente, cuando ella hizo eso, me di una palmada en la cara.

—¿No has oído? —Celestine se puso en pie—. Como un eco.

—Ven —dijo Karl—. Los atraerás. Encendió un nuevo cigarrillo y se lo puso a ella en la mano. Ella se sentó. Yo estaba en la agonía, casi inconsciente de ellos, abstraído en mis propios sufrimientos, cuando la perra apareció junto a la maleza.

—Mira —dijo Celestine—, esa perra está aquí de nuevo.

Bajó la escalera y atravesó la hierba, llamándola suavemente, tratando de atraerla. Exactamente al mismo tiempo me erguí y me marché, delante de Karl, cuya cara se inmovilizó de asombro cuando me vio.

El paisaje era amplio, el cielo me reconfortaba. La vista desde mi ventana era mi único refugio. En aquellas primeras semanas, el tiempo pasaba lentamente o no pasaba. Los días se repetían, iguales en tantos sentidos, pero había pequeñas diferencias que me salvaron. Un día volvió la perra, flaca como siempre, y le di una lata de salmón ahumado. Se movía a mi alrededor con menos cautela, y en cierta oportunidad, mientras yo trasplantaba un arce joven, esperando que creciera, se acercó y apoyó la cabeza en mi pierna. Me dejó que la acariciara. Tenía el pelaje seco y sedoso asombrosamente limpio y cuando la toqué sentí, de pronto, que mi tristeza se disipaba. Puse mi cabeza junto a su cuello. Olía a hierba, a polvo, a lluvia y apenas, por debajo de esto, a zorrino. Seguramente lo había pasado mucho peor que yo en su vida perruna. Pero se quedó tranquila y no se alejó.

Meses después de lo que había visto en casa de Celestine, oí decir que estaba embarazada y nadie sabía quién era el padre. Por supuesto, había especulaciones: probablemente algún cliente, decían, o un vecino, como yo. En apariencia nadie más sabía que Karl había estado con ella.

En ocasiones veía de lejos a Celestine. No era fácil evitarla porque debía pasar por delante de mi casa para ir a trabajar. Sólo veía el costado de su cara por la ventanilla del coche, un duro perfil que se afinaba en mi mente cuando desaparecía. Sólo una vez nos encontramos frente a frente. Fue en la ciudad,

poco antes de Navidad. Alta, envuelta en tela escocesa, estaba tan enorme que su bebé parecía a punto de nacer en cualquier momento.

Después de Navidad el tiempo empeoró y bajó la presión, y a comienzos de enero empezó a tomar forma una tormenta de nieve. Acostado, yo leía, dormitaba, hacía anotaciones en mi agenda. Advertí que el viento se enfurecía y la nieve azotaba mi casa y me arrebujé más en las mantas. La perra dormía ahora al pie de mi cama, lo que fue afortunado, porque si no hubiera sido por sus gruñidos y sus agitados ladridos no se puede saber qué le habría ocurrido a Celestine, que había aprovechado un instante de calma en la tormenta creciente para dirigirse al hospital.

Estaba en pleno trabajo de parto, pero la calma era falsa. La ventisca arreciaba y su Buick metió el morro en un arcén cubierto de nieve. La luz de mi porche era apenas visible a través de las oleadas de nieve, y echó a andar hacia aquí. Por suerte el viento había despejado el campo alrededor de mi casa. El bebé podría haber nacido en ese campo si no hubiera sido tan fácil para su madre caminar sobre la delgada superficie helada. Celestine encontró la nieve más profunda cuando llegó a la cerca que rodeaba mi jardín. Dice que perdió los pulmones gritando debajo de mi ventana. El ruido era tan feroz que no la oí, o confundí sus gritos con el viento. Desde esa ocasión me acerco periódicamente a la ventana durante las tormentas, escucho y miro en todas direcciones. Celestine y el bebé podrían haber muerto debajo de la ventana mientras yo leía historia. A la mañana los hubiera encontrado apretujados juntos al enrejado rojo contra la nieve, como a los necios faisanes que he visto allí a veces, con las plumas encendidas por una luz tan cálida e iridescente que me parecía imposible que estuviesen congelados, como si sus ardientes colores pudieran darles calor.

Pero la perra echó a andar olisqueando el aire y un momento después, sólo por curiosidad, fui hasta la puerta. Ni siquiera entonces vi a Celestine. Sólo nieve. Casi había cerrado cuando ella se arrojó hacia adelante. La sostuve y entramos trastabillando en mi salón, mientras resonaban las campanillas de cristal. Esa habitación recién terminada, con su peluda moqueta azul y sus paredes claras, era mi orgullo y mi alegría. Mi diván de terciopelo azul marino acababa de llegar y estaba todavía envuelto en plástico. Celestine recobró el equilibrio, parecía gigantesca con sus pantalones de granjero y su abrigo de tela escocesa. Eligió inmediatamente el diván. Llevaba atado alrededor de la cintura un saco de dormir acolchado. Hasta que se echó, lo desató y lo abrió como un nido, no recordé que estaba embarazada. Entonces vi que su vientre, cubierto por una bata floreada se alzaba como una montaña.

—Quítame los pantalones para la nieve —ordenó.

Cerró los ojos y empezó a emitir unos gritos suaves y rápidos, como hacen las garzas del parque cuando alzan vuelo desde el lago. Sólo cuando se disipó su expresión concentrada y abrió los ojos desvaídos comprendí que estaba con dolores.

—Vienen muy seguidos —dijo—. Otro. —Repitió el mismo sonido. Esta vez, cuando empezó, me quité las pantuflas mojadas y corrí escaleras arriba en busca de gruesos calcetines de lana para ambos. Cuando regresé tenía los ojos cerrados. Su cara, una máscara absorta, estaba gris. Ya sin pantalones, sólo llevaba su bata de casa.

—Trae sábanas —dijo antes de la contracción siguiente.

Corrí a buscar toallas, hielo, un botiquín de primeros auxilios. Saqué sábanas flamantes de sus envoltorios, llevé todo esto a su lado y lo dejé caer junto al diván. Ella asintió. Alentado, seguí reuniendo cosas. Herví agua, esterilicé mis mejores tijeras. Hice un lecho para el bebé con el cesto de la lavandería. Calenté paños y toallas, y retorcí una de éstas para humedecer la cara de Celestine. Durante todo el tiempo su trabajo continuaba; se extendía y se mecía, a veces sobre el diván y a veces arrodillada a su lado. El viento era feroz, soplaba con tal violencia que los maderos crujían. Teníamos electricidad, pero no funcionaba el teléfono.

Estaba pescando un paño caliente de una olla cuando Celestine gritó con fuerza.

—¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Tres veces, como alguien en la agonía del amor o a punto de entregar el alma. Corrí al salón y me quedé junto a ella.

—Sentí la cabeza —susurró—. Sólo un momento. Luego volvió atrás.

Había algo que me calmaba. Quizá el asombro en su cara, tan parecido al de Karl cuando se encontró bruscamente en el suelo de aquel cuarto de hotel, y sin embargo tanto más vívido. Y había en la expresión de Celestine algo que me daba fuerzas. Me arrodillé al pie del diván y le sostuve las piernas.

Cerró los ojos, y en lugar de los gritos repetidos profería una especie de grave gruñido. No sonaba a dolor, sólo a esfuerzo. Rugió cuando apareció la cabeza. Luego empujó y siguió empujando largo rato. El sonido que emitía era más profundo, de inmenso alivio, y el bebé se deslizó entre mis manos.

Gris azulada, deslumbrada, con los ojos ya abiertos, la niña apareció sorprendentemente viva y completa. Del todo presente. No se me ocurrió darle palmadas porque parecía tan preparada, tan formidable. Aspiró y se

puso rosada de inmediato, y roja mientras se la daba a Celestine, ponía una pinza de ropa en el cordón que las unía y lo cortaba.

Esa noche, más tarde, cuando finalmente logré telefonar y esperamos el jeep para las emergencias, que no llegaría hasta la mañana, Celestine me dio el bebé.

—Cógela —dijo— y escúchame. Tiene que llevar tu nombre.

Perplejo, sostuve a la niña. Había caído en un profundo sueño hipnótico, pero su carita serena parecía llena de obstinada deliberación. Miré su ancha boca, la barbilla puntiaguda y minúscula. Estaba completamente fascinado por ella y enceguecido por la felicidad ante la improbable esperanza de que llevara mi nombre.

—¿Cuál es tu segundo nombre? —pregunto Celestine.

Se lo dije, pero era peor que Wallace. Horst.

—Dámela de nuevo —dijo Celestine—. Tengo que reflexionar.

Cuando a la mañana siguiente los quitanieves se abrieron paso, llegó una ambulancia para llevar a Celestine y a la niña al hospital de Saint Adalbert. Fui con ella y ayudé a llenar formularios y a que se instalaran en la desierta sala de maternidad. Luego volví a casa, comí un bocadillo y me instalé en el salón. La perra estaba enroscada en la silla, dormitando despreocupadamente como había aprendido a hacer. Yo no quería que se desdibujara el profundo significado de lo que había ocurrido, de modo que no encendí la televisión o busqué un libro o me distraje de alguna otra manera.

El teléfono me despertó. Fui vacilante hasta el rincón donde estaba y llevé el receptor a mi oído. A través de los cables cargados de hielo llegó la voz de Celestine, y luego una pausa.

—Wallacette —fue todo lo que dijo.

Pero Wallacette Darlene no estaba destinada a ser mi tocaya por mucho tiempo. Desde el comienzo mismo Mary encontró un sobrenombre para ella, Dot. Cuando la llevamos a Saint Catherine para el bautismo, también Celestine la llamaba Dot. Yo no dije nada. Pero para mí la niña sería siempre Wallacette. Fui su padrino y di con placer su nombre completo y su fecha de nacimiento para el registro de la iglesia. Pero cuando llegamos a los nombres

de los padres de Wallacette me interrumpí. Tuve que cobrar aliento para pronunciarlos sin que me temblara la voz.

Justamente después del nacimiento, Celestine se había casado con Karl en Rapid City, Dakota del Sur. Estudié su itinerario de autobús y descubrí que había pasado la noche en un hotel. ¿Luna de miel? No me atreví a pensarlo. Y tampoco pregunté si él volvería. Pronto aparecerían las dos fotos en la sección de bodas del *Sentinel* y por el momento ése parecía ser todo el alcance de su unión.

La sacristía estaba en la parte trasera de la iglesia, cerca de las puertas y con ventanas sin aislante, es decir que era húmeda y terriblemente fría.

—No es necesario que nos quitemos los abrigo —dijo el padre, mientras entraba con las cosas necesarias—. Y no desabriguen al bebé. No queremos que nuestra niñita coja frío. —Sonrió y alzó la tapa de la pila bautismal. Con un golpecito del dedo quebró la película de hielo que se había formado sobre el agua.

—Oiga —dijo Mary—. No iré a derramar agua helada en la cabeza de la niña. —Miró al sacerdote en los ojos con aire beligerante.

—Por supuesto que no. —El sacerdote sacó una jarrita de agua de sus ropas—. Usaremos ésta. Es bendita. Y le cubriremos la cabeza en seguida después de mojarla.

Mary asintió, satisfecha, y empezaron las preguntas. El sacerdote alzó el paquete cuadrangular de nuestro bebé y preguntó qué deseaba de la Iglesia de Dios. Mary y yo habíamos aprendido de memoria las respuestas correctas.

—La fe —respondimos.

—¿Qué te dará la fe?

—La vida eterna.

Luego rezó y le puso la estola a la niña. Juntos recitamos el Credo y el Padrenuestro. El padre movió levemente a Wallacette en sus brazos. Ella despertó y nos miró por debajo de su gorrito de lana verde.

—Wallacette Darlene —dijo el sacerdote—, ¿renuncias a Satán?

—Sí, renuncio —respondimos Mary y yo. Nuestras voces resonaron, solemnes. Las palabras flotaban en el aire frío y llenaban la pequeña sacristía. No pude dejar de ver a Karl, delgado, con su fino bigote negro y sus volutas de humo azul.

—¿Y a todas sus obras?

—Sí, renuncio. —Elevé mi voz. Mary me miró molesta.

—¿Y a todas sus pompas?

—Sí, renuncio.

Esta vez la voz de Mary ocultó la mía. La mía fue apenas un susurro, y luego el silencio. Celestine abrió el jersey de lana de la niña. El sacerdote se humedeció los dedos con aceite sagrado y trazó cruces sobre el pecho y la espalda de Wallacette. Preguntó cuáles eran sus creencias, y nosotros respondimos. Y luego, porque Celestine había insistido en esto, el sacerdote me entregó a Wallacette. La cogí en brazos.

—Wallacette Darlene —dijo—, ¿quieres ser bautizada?

Respondí que sí.

Cuando el sacerdote derramó la primera cruz de agua sobre su cabeza, Wallacette parecía asombrada. Luego cayeron más gotas. Se le contrajo la carita de indignación. Abrió la boca mientras el sacerdote alzaba el velo blanco de la pureza, y estalló en un largo grito cuando encendió las velas que Mary sostenía.

Recitó otra oración. Mary apagó las velas. Wallacette aullaba como si nunca fuera a detenerse.

La noche de Celestine

El primer verano Celestine iba a trabajar con su bebé, que dormía todo el día, se chupaba los dedos y despertaba para mirar a Celestine desde el fondo de un viejo carrito de supermercado acolchado con mantas. A veces Celestine se volvía y encontraba la mirada de su hija, mirada tan penetrante que le cortaba el aliento. Dejaba caer el cordel, el bote de especias, el cuchillo que tenía en la mano y alzaba a la niña, preparada para que ésta le hablara como si repentinamente se hubiera deshecho un conjuro.

Cuando la niña torcía todo su cuerpo y luchaba por liberarse, Celestine la dejaba. Aunque estuviera fatigadísima o hubiese dormido apenas, una corriente de excitación atravesaba cada hora. Los objetos y acontecimientos comunes parecían levemente extraños, como si los viera a la claridad de un vívido sueño. Eran la presencia de Dot, su densa dulzura, la leche del cuerpo de Celestine en su aliento, el suave olor de su pelo, la gloriosa riqueza de su piel de rosa y lavanda lo que cambiaba el molde del mundo cotidiano de Celestine.

A veces, cuando la miraba mientras dormía o extendía las manos hacia ella en la oscuridad, Celestine sentía pasión, aún más que por Karl. Robaba tiempo para estar con Dot como si fueran amantes. De día, las medias horas en que la amamantaba en la trastienda, a veces con olor a sangre en sus manos. De noche Celestine la tenía para ella sola. Mientras leía novelas, hablaba por teléfono, cocinaba o descansaba, Dot dormía muy cerca en la cesta de lavandería, respirando agitadamente.

En aquellos días y noches la mente de Celestine estaba inundada, verde como el jade. Su amor por la niña colgaba a su alrededor como limpias sábanas al viento.

Una noche Dot se quedó dormida hasta después de su hora de comer y Celestine despertó a la media luz del alba con los pechos llenos. La niña, pesada de sueño, se aferró como un perezoso, hambrienta y sin despertar. Chupaba silenciosamente, en una larga inhalación. Celestine advirtió entonces, en el fino pelo iluminado por la luna, una araña diminuta que construía su nido.

Era una cosa delicada, casi transparente, con largas patas. Se movía con tal rapidez que parecía vibrar mientras emitía hilos invisibles, los aferraba y

los entretejía. Celestine observó el comienzo. Estaba formando un capullo, una complicada casa que no pudo obligarse a destruir.

Tercera Parte

Capítulo diez (1960)

MARY ADARE

Durante tres duros inviernos después del nacimiento de Dot, la nieve llegó a ser tan profunda que los ciervos, hambrientos, venían del campo a mis establos y saltaban al interior. No era posible sacarlos por la rampa de carga. La única otra salida era el matadero. Pero eran inútiles, estaban agusanados, sus costillas sobresalían y la piel misma era fina como una tela. Mis árboles frutales padecieron. La nieve llegaba a tal altura que los conejos mordisqueaban todo alrededor de los troncos y las ramas, de modo que incluso la primavera, cuando deberían haber aparecido los brotes nuevos, fue una época de muerte. En las barreras de troncos había más frágiles despojos de ciervos, y blancuzcas carpas hedían en las costas del río. Se encontró a un anciano que durante años había vivido solo: estaba acurrucado sobre un montón de nieve debajo de su cuerda de tender la ropa, con los brazos llenos de toallas.

Como si quisiera reparar esta triste tarea, entonces, el clima mejoró y tuvimos suaves lluvias en enero. Durante esa época, cinco años después del invierno de su nacimiento, empecé a preguntarme si alguna vez podría estar lejos de Dot.

Al principio fue el nombre. Si Celestine quería elegir el de alguien, debería haber sido el mío. Me repugnaba Wallacette y sabía que le crearía problemas a la niña durante el resto de su vida. Por eso busqué un sobrenombre para Darlene. Y fue Dot. Una sílaba redonda y mucho más fácil de decir.

Por supuesto, Celestine no admitió nunca que el nombre era horrible. Cuando se lo dije, se encogió de hombros, me miró desde lo alto de su estatura y afirmó que era un nombre distinguido. Como tener a Dot y darle su nombre eran las primeras cosas fuera de lo común que había hecho, Celestine

estaba intratable. No estaba dispuesta a aceptar la menor opinión acerca del nombre o de otras cosas. Alimentar, vestir y hacer eructar a la niña eran su dominio exclusivo. Sólo ella podía cambiarle los pañales, bañarla, cortarle la uñas e incluso bajarla del coche. Yo debía mirar sentada todo esto. Tuve que esperar con paciencia, y lo logré, aunque era difícil porque cada vez que miraba a la niña sentía una conmoción. Dot y yo teníamos un vínculo mental, de eso estaba segura. Yo sabía de ella cosas que su madre ignoraba.

Por ejemplo, que no estaba hecha para ser un bebé.

Dot estaba tan impaciente con su infancia como yo. Desde el inicio trató de salir de ella. Celestine nunca lo advirtió, porque le encantaba —a ella sola— la indefensa suavidad de Dot. Sólo Celestine parecía entristecida por los progresos de su hija. Día tras día, Dot era más fuerte. Se ejercitaba hasta el agotamiento en su carrito de supermercado, saltando durante horas para desarrollar los músculos de las piernas. Odiaba estar acostada sobre la espalda; y cuando la ponían así, de inmediato giraba y adoptaba una pose de luchador. El sueño no caía sobre ella suavemente, sino que la derribaba en curiosas posturas. Acurrucada en un rincón del carrito, o desparramada sobre un costado, parecía caída en la batalla. Pero sólo era una rendición momentánea. Se despertaba pidiendo comida y apenas estaba libre gateaba a una velocidad sorprendente que la transportaba en segundos de un lado al otro de la habitación.

Celestine sufrió cuando dejó de amamantar a su hija. Yo estaba secretamente feliz. Otro paso hacia la independencia. Aparecieron los dientes. Todos a la vez; eran unos pequeños brotes chatos, y los dos delanteros estaban muy separados. Dot sonreía, se desarrollaba, aprendía fácilmente y pronto hubo que atarla en un rincón neutral mientras trabajábamos para que no se tirara encima los cuchillos o se acercara a las máquinas. Se desataba los nudos y trastabillaba desesperadamente hacia el peligro, hacia los congeladores o las grandes ollas hirvientes. La Casa de las Carnes, como había rebautizado yo Carnes Kozka, no era un sitio para los niños. Temía que un costillar de cerdo cayera sobre ella y la aplastara, que se metiera en los establos o debajo de las patas de alguna vaca tonta. Pero al contrario de su padre, que atraía el desastre, Dot lo repelía. Las latas que se caían rebotaban lejos de ella, y pasaba sin mirar sobre desagües abiertos.

Pienso ahora que quizás espantaba la mala suerte con el volumen de su voz. Apenas lo descubrió, se convirtió en una niña malcriada y exigente que jamás estaba satisfecha. Sabíamos, en el fondo del corazón, que estábamos haciendo de ella una niña egoísta, cuya primera palabra clara fue «MAS». Era

voraz y engordó porque le consentíamos todo. Nosotras habíamos conocido el hambre cuando éramos niñas y no le podíamos negar un bocado. Celestine trató de educarla, de enseñarle a decir «por favor». Pero no logró que lo dijera bien. Dot refunfuñaba «FAVOR MAS» con los ojos duros como botones.

Abandonamos. Bebía su leche, chillaba, arrojaba su biberón al suelo, furiosa, mordía a Celestine, se arrancaba los pasadores de la cabeza y también el pelo a puñados. Luego nos lo daba. Hacerse daño no le importaba, porque más nos hacía a nosotras. Nos preocupábamos por los mechones arrancados, las rodillas rasguñadas, los moretones de la frente. Vivíamos intensamente a través de ella; vivíamos de nuevo nuestra infancia.

Cuando Celestine permitió que Dot fuera a la escuela, era tan grande como los chicos que le doblaban la edad, fuerte y echada a perder. Tenía la cara cuadrada y reconcentrada y los rizos, cortos, de color rojo limpio y oscuro. Yo veía a mi hermano en el mohín de Dot, en los ojos profundamente enclavados y en las cejas, tan rectas y finas que parecían trazadas con una regla y un lápiz castaño claro. Tenía el pelo de mi madre. En otros aspectos, indudablemente se me parecía. Era pálida, ancha y sólida. No creo que esté inventando esto, aunque la única vez que se lo dije a Celestine se erizó de indignación por encima de su delantal blanco almidonado y dijo: «Tú eres su tía y eso es todo. Yo soy su *madre*», con lo que determinó el papel secundario que, según imaginaba, yo debía tener. Es decir, hacer regalos de cumpleaños, siempre una blusa o una falda. Asistir a los recitales y las obras de teatro de la escuela, y a las fiestas de fin de curso. Ser una canguro en caso de emergencia. Y nunca un modelo que imitar, eso desde luego. Ni física ni mentalmente. Sobre todo no mentalmente.

Pero el empeño de Celestine era vano. Yo me veía a mí misma en la mente directa y los puños apretados de Dot. Y consentía a la niña como una reina, soy la primera en reconocerlo.

Fui con ellas el primer día de escuela. Dot no había ido al parvulario; todos los demás niños se conocían entre sí. Entró en el aula con su madre mientras yo miraba, cumpliendo mi papel de tía. Me quedé fuera de esa clase de chicos tranquilos. Vi los botes de pegamento, la caja de tijeras romas, las pilas de papel de color, las pequeñas sillas sólidas. Aspiré el olor seco y agrio de la escuela, a cera y a polvo de tiza, al desinfectante rosado que la portera echaba en el suelo de los lavabos. La maestra, la señora Shumway, movió los brazos delgados y dos chicos se pusieron de pie y empezaron a pasar los envases rojos y blancos de leche. Celestine llevaba una caja de *cookies*, que le dio a la maestra para que los chicos recibieran bien a su hija. Pero yo podía

ver que no servirían, ni en ese momento ni nunca. Dot era como un lobo a punto de atacar el corral de las ovejas. No habría forma de resistirse. Yo lo veía desde donde estaba. Ni siquiera la señora Shumway, una mujer joven pero marchita y severa, sería capaz de dominarla. Vi que se llevaría una sorpresa apenas rodeó con el brazo los hombros de Dot y la presentó como «nuestra chica nueva». Dot estaba encantada. Sus ojos brillaban. Alzaba la barbilla. Los chicos que la miraban enmudecían y las niñas se ponían rígidas. Los niños tienen un sentido especial cuando se miran unos a otros. Todos vieron lo que ni Celestine ni siquiera la dura señora Shumway podían ver. Eran los gorriones. Dot era el halcón que se cierne describiendo círculos. Durante siete años, hasta que llegaron a la escuela superior, en la que todo cambiaría, cada uno de esos niños quedaría sometido a los caprichos de Dot.

Y así fue desde el principio, porque Dot comenzó de inmediato su tarea de perseguirlos. No quería hacerles daño, sólo quería su cariño. Pero esto era difícil de explicar porque sus medios para obtener afecto adoptaban formas violentas.

Un día, más o menos a la hora en que Dot irrumpía habitualmente por la puerta de la tienda, Celestine dejó a un lado su cuchillo y me dijo que esperaba una nota de la señora Shumway.

—¿Por qué? —pregunté, intrigada, demasiado para el gusto de Celestine.

—No tiene importancia —murmuró—, por una pelea de Dot con otra niña. La madre de la niña llamó.

Celestine empezó a desatarse el delantal mientras daba la vuelta al mostrador. La seguí hasta la puerta. Miramos afuera y vimos que Dot se acercaba lentamente por el camino de tierra y ceniza, arrastrando con aire trágico sus pesados zapatones. Había dejado que el pelo se escapara de sus pasadores en forma de cisne y le cubriera la cara. Incluso a través del pelo y la distancia podía asegurarse que tenía los ojos llenos de aprensión. Imaginé que le temblaba la firme boca.

—Iré a hablar con ella —ofrecí—. A veces es mejor.

Celestine se volvió. Cuando se enfadaba parecía endurecerse la carne misma de la cara y los ojos se le ponían oscuros y opacos, como si los hubieran golpeado.

—¿Qué quiere decir —preguntó—, «a veces es mejor»?

—Que vaya la tía.

—«Que vaya la tía» —repitió. Puso en mis manos el delantal y salió con una urgencia calculada para desalentarme. Pero la seguí de todos modos, sin poder evitarlo, aunque un poco más atrás, mientras ella se encaraba con su hija.

—Dame la nota —ordenó firmemente. Extendió la mano como debe hacer una madre, abierta y severa. Dot se metió las manos en los bolsillos. Su cuello enrojeció; rehuía los ojos de su madre.

—Todavía no la tengo —dijo por fin.

—¿Le has dado mi carta a la señora Shumway? —preguntó Celestine.

—Sí.

—¡No! —exclamó entonces Celestine—. ¡No se la diste! Acaba de decir una mentira, señorita.

Dot dedicó a su madre lo que pareció una mirada de súplica. Pensé que en sus mejillas ardía la vergüenza, pero también podía ser el desafío. Era incapaz de hablar y acudí en su defensa. No pude soportarlo. Me adelanté a Celestine, cogí la mano de su hija y la atraje hacia mí.

—Vamos a la trastienda —dije—. Hablaremos. No puede ser tan grave.

—Oh, sí que puede ser tan grave —dijo Celestine, caminando furiosamente detrás de nosotras—. Ayer tu favorita le rompió un diente a una chica.

—Se lo *arranqué* —corrigió Dot—. Ya estaba flojo.

—La madre de la niña me llamó anoche —prosiguió Celestine—. El diente no estaba tan flojo como para sacarlo.

—Sí que estaba —insistió Dot—. Ella me pidió que lo hiciera. El hada le trae veinticinco céntimos.

—No era necesario que lo hicieras con una piedra. ¡Una piedra! —gritó Celestine—. ¡Y además la carta! Tenías que entregarle a la señora Shumway la carta con excusas por tu conducta.

Celestine se detuvo de pronto, movida por una nueva idea.

—¿Ha ocurrido hoy algo más, algo malo? —preguntó severamente.

—No —respondió Dot, con una prontitud que incluso yo hallé sospechosa. Pero Celestine se estaba cansando y no siguió el hilo.

—Será mejor. —Cogió de mis manos el delantal y se lo ató nuevamente—. Ahora ve a tomar la merienda; yo haré la limpieza y luego iremos a casa y llegaremos al fondo de este asunto.

Fui a la cocina con Dot, para prepararle un bocadillo y unos *cookies* y hablar a solas. Así supe de primera mano lo que realmente había ocurrido ese día en el rincón de los niños traviosos. Y así fue como atacé a la Shumway,

que probablemente se lo merecía, aunque Dot hubiera mentido y ese rincón no fuera exactamente el instrumento de tortura que yo imaginaba. Debería haber confiado menos en Dot cuando me dijo, una vez que le serví la leche y los *cookies*, que había estado todo el día en el rincón oscuro de los niños traviesos.

—El rincón de los niños traviesos —dije mientras me sentaba a su lado, escandalizada por la imagen de esa prisión—, ¿cómo es?

Dot, con la boca llena, dejó que sus ojos expresaran libros y libros. Brillaban de lágrimas de vergüenza contenidas. Sólo lloraba para conseguir lo que deseaba; pero esa tarde las lágrimas cubrían sus ojos castaños con una película que parecía más noble y lamentable que el llanto. Comió vorazmente, tragó su leche y describió el lugar.

—Es una caja roja en el fondo del aula, debajo del reloj. La señora Shumway puede meter varios niños adentro. Los empuja y cierra la tapa. Es grande. Está hecha de madera. Tiene astillas.

Dot se detuvo horrorizada; la recordaba con toda precisión, o así me pareció.

—Y adentro está oscuro. Muy oscuro —susurró. Tenía una expresión triste y distante. Se metió un *cookie* entero en la boca para consolarse y mientras lo masticaba cogió otro. Yo nunca hice gran cosa para corregir los modales de Dot. En verdad, recurría a cualquier argucia para evitar decirle no. Esa palabra era para ella una sacudida eléctrica que le inspiraba la furia del rayo. «No» elevaba el voltaje hasta que la corriente salía de ella y nos sacudía a nosotras. Dejé que se metiera otro *cookie* en la boca. Pensé en la Shumway. Los métodos de la maestra me erizaron, como si estuviera leyendo un cuento de misterio.

—La Shumway... esa mujer... ¡es una bruja! —Me puse de pie, vacilante—. ¡No se saldrá con la suya!

Miré a Dot y ella alzó la vista. Creí ver en sus ojos confianza inocente, adoración. Yo era el hada madrina de los cuentos, su protectora.

—Termina tu merienda —le dije, mientras le daba una palmada en el hombro con autoridad adulta—. Yo me ocuparé de la Shumway.

La sonrisa de Dot, esperanzada, deslumbrante, adquirió toda su fuerza. Me iluminaba mientras salía bruscamente, subía a la furgoneta y apretaba el arranque. Ni siquiera me puse el sombrero o me envolví el cuello con una bufanda. Conduje de prisa hasta la escuela para sorprender a la Shumway antes de que se refugiara en su dúplex o dondequiera que se refugiaran las

maestras de Argus cuando terminaban de vaciar calabozos de niños traviesos y de afilar como agujas sus lápices rojos.

La escuela era la mía, la de Saint Catherine, donde mucho antes yo había hecho un gran milagro. Ahora se había ampliado para nuestra creciente población y se había hecho más secular, con maestros laicos en muchas clases y sin misa obligatoria los días entre semana. De todos modos entré con seguridad por las nuevas puertas de cristales dobles. Anduve por los pasillos desiertos hasta que llegué al aula de la Shumway. Para ese momento, la furia ya me había ennegrecido la mente. No podía esperar el momento de ponerle las manos encima. Y tuve suerte. Porque allí estaba, como yo esperaba, preparándose para irse a su casa. Se estaba poniendo con alfileres una boina azul brillante y se miraba en el pequeño espejo de su armario. La contemplé un momento y luego dirigí la mirada hacia el fondo del aula. Lo que vi tornó incontenible mi cólera.

Debajo del reloj, precisamente donde había dicho Dot, había una caja pintada de un rojo brillante y siniestro. Era tan larga como un ataúd y dos veces más ancha. Pasé veloz al lado de la señora Shumway, que movió la cabeza como un pájaro carpintero sorprendido, y abrí la tapa. Casi esperaba encontrar niños pálidos acurrucados en el interior. Pero la caja estaba llena de juguetes.

—¿La llena todas las noches? —Me volví con aire acusador hacia la Shumway.

—¿Cómo?

Señalé la caja, luego alcé un extremo y volqué los juguetes. Cubos, coches de bombero, muebles de plástico para muñecas y brillantes aros de goma se desparramaron por el suelo. Dejé caer la caja con un ruido hueco.

—Señora Shumway, venga aquí —dije.

Se acercó, no de manera obediente, sino amenazante, como un perrito nervioso.

—¿Qué significa esto? —exclamó—. ¿Quién es usted? —Le temblaba la voz y la boina azul parecía separarse del pelo por la sorpresa. Me miró y se adelantó. Tenía un rostro agudo y facetado, de ésos que se arrugan jóvenes. No debía de tener más de veintiséis años, pero ya tenía los ojos bordeados de rojo como una mujer muy anciana. Su pelo estaba cortado de modo muy raro, como el de un duende.

Me puse las manos en las caderas, caderas de carnicera acostumbrada a alzar cosas pesadas y a empujar jamones por sus rieles.

—Su jueguito ha terminado, señora Shumway —dije.

Tosió de asombro.

—¿De qué está hablando? —chilló. Dio un paso atrás y rió con incertidumbre. Supongo que imaginó, lo pienso ahora, que yo era una loca inofensiva; pero en ese momento su risa nerviosa me pareció una confesión de su culpa. Me acerqué y aferré las solapas de su abrigo de pelo de camello. La arrastré hasta la caja roja.

Al principio estaba tan desconcertada que se le aflojaron las rodillas y arrastraba los pies, pero cuando llegamos a la caja y traté de meterla adentro a empujones, doblándole los brazos y las piernas como si fuera una muñeca, recuperó bruscamente el equilibrio y se resistió. Era sorprendentemente ágil y muy fuerte, de manera que me dio más trabajo del que podía esperarse meterla en la caja con todos sus miembros. Además era orgullosa. No gritó hasta que estuvo atrapada y derrotada. Entonces, cuando me senté sobre la tapa de la caja roja, respirando pesadamente y recuperando la compostura, la señora Shumway empezó a dar golpes y a aullar.

—No le servirá de nada —le dije, profundamente satisfecha—, está en el rincón de los niños traviesos. No saldrá mientras no prometa portarse bien.

Hubo un silencio, un período de reflexión, y luego la señora Shumway, a pesar de su perplejidad, comprendió el sentido de mis palabras.

—Éste no es el rincón de los niños traviesos —dijo, sofocada, debajo de mí—. Es en la pizarra.

Pero la pizarra, en la parte delantera del aula, estaba completamente borrada y ni siquiera era negra, sino de un verde opaco y tranquilizador.

—Señora Shumway —dije—, no tengo cinco años ni me puede engañar.

Nuevamente, silencio.

—Déjeme salir —dijo después de un largo rato— o la haré arrestar.

—No hará eso, señora Shumway —respondí, después de reflexionar—. Les hablaré del rincón y le revocarán el título de maestra.

—El rincón de los niños traviesos no tiene nada de malo. Está en la pizarra.

Pero yo no escuchaba sus excusas. Miré a mi alrededor, en busca de algo bastante pesado para poner sobre la tapa. Había largas mesas de madera, sillas, extintores de fuego, y papeleras de latón gris. Estaba el escritorio de ella, y pensé que podía moverlo e incluso levantarlo si se quedaba quieta el tiempo necesario. Pero era evidente que, como no había forma de dejarla metida adentro a la fuerza, tendría que intimidarla. Recogí un cubo morado y golpeé con él la tapa.

—Si sale la golpearé con esto —advertí en tono convincente, pero apenas me levanté y empecé a empujar el escritorio, salió. La tapa roja de la caja dio contra la pared y ella saltó afuera, todavía elegante con su abrigo castaño y sus zapatos negros puntiagudos, y la boina azul apenas achatada. Se inclinó, cogió un cubo como el mío y lo alzó en el aire mientras se movía lentamente, de espaldas a la pared, hacia la puerta. Giré alrededor de su escritorio y levanté el cubo que había dejado caer. Luego las dos salimos al pasillo al mismo tiempo y continuamos nuestro insólito y cauteloso avance a través del portal y en el patio de juegos, que fue donde la perdí. Se aprovechó de los pocos niños que se habían quedado a jugar después de las clases; se metió entre ellos e inició una desesperada conversación. Yo me retiré. Pero lo hice con la secreta convicción de haber vengado a Dot y enseñado a la Shumway una lección inolvidable y, de ese modo, haber hecho algo por los niños de Argus, obligados a pasar entre sus manos un año de sus vidas.

No pensé mucho más aparte de esto, y ciertamente nada en la amenaza de hacerme arrestar de la Shumway; pero luego se comprobó que acudió a la policía, contó la historia y presentó una lista de los niños que se habían comportado mal, sospechando que yo debía de ser la madre de uno de ellos.

Por eso el policía Ronald Lovchik vino a la tienda al día siguiente. Era un hombre alto, triste, de hombros delicados, a quien le horrorizaba enfrentarse a criminales. Los años siguientes a la llegada de la remolacha a la ciudad eran duros para él. Los trabajadores ocupados en la construcción de la refinería alborotaban en los bares, y los del nuevo camino de cintura levantaban tumultuosos campamentos en las afueras de la ciudad. Lo único que le faltaba a Lovchik era una disputa en la escuela. Además, no le gustaba entrar en las habitaciones interiores de la tienda. Siempre se había sentido desesperadamente atraído por Sita, hasta que Jimmy se quedó con ella. Le dolía estar donde ella había vivido. En aquel tiempo solía enviarle cartas y cajitas amarillas de bombones de Whitman, que siempre comíamos Fritzie y yo para que Sita no se estropeará la silueta. La sola presencia de Lovchik me recordó esos bombones e hizo que anhelara uno. Pero venía por un asunto serio. Describió el incidente con la Shumway sin dejar de rascarse una ceja, como si no pudiera mirar a Celestine por temor a que ella pensara que se trataba de una acusación.

—De modo... —tragó saliva y llegó al fin de la historia— que en definitiva debo preguntarle dónde estaba ayer por la tarde.

—Déjeme pensar —dijo Celestine, con medida consideración. Vi que le impresionaba la idea de ser sospechosa de algo que no había hecho; le

encantaba que le hicieran una pregunta tan dramática. Sin duda su mente elaboraba una compleja respuesta, pero antes de que tuviera el placer de exponer su coartada, resolví el problema de Lovchik.

—Fui yo, Ron —admití en alta voz, sin la menor contricción—. Lo hice y por una buena causa.

—¿Ah, sí? —Su sorpresa duró un instante y luego se resignó—. Lo lamento. —Dejó caer los hombros, desanimado por la seguridad de mi voz. Asomó a sus ojos una húmeda desesperanza y preguntó si podíamos hablar del asunto en privado.

—Pase. —Le indiqué la cocina, detrás del salón. Celestine, boquiabierta, nos siguió. Los tres nos sentamos ante la mesa, y Lovchik sacó un bloc de espiral y desprendió un bolígrafo de su corbata.

—Está bien —dijo—, ¿cuál es su versión?

—Era mi obligación como ciudadana —respondí—. La señora Shumway ha tratado cruelmente a los niños.

—¿Cómo? —preguntó Lovchik, mientras escribía rápidamente. Le hablé entonces de aquel rincón y le describí la caja en detalle. Mientras yo hablaba, él alzaba las cejas, movía la cabeza y mascullaba su reprobación.

—Un momento —dijo Celestine, interrumpiendo mi descripción de las astillas que pinchaban las manos de los niños—, ¿te refieres al rincón de los chicos traviesos?

—¿Tú también lo sabías? —La miré, asombrada de que jamás lo hubiera mencionado.

—Por supuesto... Mary —dijo con una expresión extraña—... No es un sitio real, es un ángulo de la pizarra, donde se anotan los nombres de los niños cuando se portan mal.

Hice una pausa, confusa.

—¿Estás segura?

—Lo he visto con mis propios ojos.

El policía dejó su bolígrafo en la mesa.

—Aclaremos esto —dijo, pero en seguida pareció dudar de esa posibilidad y se limitó a frotarse los nudillos, esperando que alguna de nosotras dijera algo—. Está bien —dijo por fin—, ¿entonces ha sido un gran error?

Después de sumar dos y dos en el intervalo, tuve que responder que así era.

—Bueno... Trataré de que se retire la denuncia —suspiró. Se puso de pie apesadumbrado, pasó al salón y salió.

—Dime una sola cosa —dijo Celestine cuando Lovchik hizo sonar la campanilla al cerrar la puerta—. ¿Te mintió Dot acerca de esto? ¿Ha sido todo una invención suya?

No pude responder; recordé la pasión en la cara de Dot, la súplica muda, las lágrimas de vergüenza no vertidas... Todo lo que me había movido.

—Típico de Dot —dijo Celestine—. Estoy tratando de enseñarle la diferencia entre la verdad y la mentira.

—Eso no es tan difícil. —Empecé a poner café molido en el colador. Quizá yo tampoco sabía la diferencia, o por lo menos qué significaba ese episodio. Es difícil volver atrás, pero creo que con el asunto del rincón de los niños traviosos Celestine y yo empezamos a seguir caminos opuestos con respecto a Dot, y todo porque yo había sido engañada.

—Pues no lo haces más fácil —dijo ella, mientras seguía con el dedo la trama del mantel al ganchillo de Fritzie—. Sino todo lo contrario.

Seguí agregando café cucharada tras cucharada; quedaría muy fuerte. No quería volverme porque nada sensato podía decir en mi defensa después de haber metido a la señora Shumway dentro de su caja de juguetes. Con la cuchara en la mano, la imaginé de pronto contando la historia a la policía, con la cara angulosa llena de tics y la boina azul indignada y chata como una torta sobre su peinado de duende.

—Si la hubieras visto —dije, y me eché a reír; y eso no fue un acierto en lo que concernía a Celestine porque cuando me volví se había marchado. Durante todo el día siguiente y muchos más se negó a hablarme y sólo respondía sí o no, de modo que llegaron las vacaciones de verano antes de que el incidente quedara cerrado.

Ese verano, Karl envió a Dot una espléndida silla de ruedas a motor que había ganado en una exposición de equipos médicos, con una de esas rifas que acompañan al billete de entrada. La silla de ruedas llegó en piezas sueltas que Celestine logró armar durante los dos primeros días de su semana de vacaciones.

Fui allá porque ella había vuelto a dirigirme la palabra el primero de junio, y hablar me aliviaba a mí tanto como a ella. Sin duda, Celestine había decidido mantener estrictas relaciones monosilábicas conmigo hasta ese preciso día. Entonces me llamó y empezó a balbucear sus relamidas historias sobre las interesantes observaciones y actitudes de Dot. Yo era la única persona de la ciudad que escuchaba a Celestine sin interrumpirla. La gente de

Argus tiene buena memoria. Todos seguían considerando extraño, e incluso indecoroso, que Celestine hubiera tenido a su edad una hija con un marido fugitivo que sólo se había casado con ella después del nacimiento. Los encargados del correo, marido y mujer, que examinaban cuidadosamente todas las cartas y que en cierta ocasión habían sido sorprendidos cuando abrían al vapor, por encargo, unos estados de cuenta del banco, hicieron correr la voz de que Karl escribía muy rara vez y de que enviaba insólitos paquetes a Dot. Cerillas de papel. Mesillas rodantes. Toallas de hoteles. Muestras de cualquier cosa que estuviese vendiendo en ese momento. Cepillos de alambre. Antenas de radio. Botes de fijador para el pelo o de maravillosos limpiadores de suelos. Estas cosas llegaban cada pocos meses en paquetes postales. Cuando escribía, era en la postal de un hotel barato. Además conservaba resmas de papel con membrete de los hoteles, y las enviaba cuando se acumulaban en exceso.

Pero la silla de ruedas se salía de lo común. Al menos los cepillos, el papel para escribir, los lapiceros de obsequio y los fijadores para el pelo eran cosas que podían usarse.

—Tiene mandos para ir hacia adelante y hacia atrás —dijo Celestine—. Está realmente muy bien.

Estábamos agrupadas alrededor del objeto delante de la casa, y mirábamos cómo Celestine ponía los últimos tornillos cromados. Agachada, leía atentamente las complicadas instrucciones mientras Dot y yo estábamos sentadas en la escalera. Durante mi condena, Celestine había suprimido las meriendas después de la escuela y las salidas y la verdad es que eso, a la edad de Dot, era descabellado. Yo la extrañaba más que ella a mí. Sin Dot, yo me sentía viviendo a medias, ausente, desmemoriada y desanimada. Estaba tan feliz de que las cosas volvieran a ser como antes del asunto del rincón de los niños traviosos que no sentía rencor. Mientras Celestine murmuraba acerca de algún elemento de forma rara, Dot y yo hablábamos de la mejoría del carácter de la Shumway y nos preguntábamos cómo sería la hermana Seráfica, su maestra del año próximo, una monja alta y soñadora que tocaba el órgano y dirigía el coro. Dot esperaba que se formara una orquesta de percusión donde ella pudiera ocuparse de las cajitas de arena.

—Además, yo te enseñaré a tocar la flauta —dije, soplando por un tallo de hierba.

Pero Celestine ya había terminado y Dot estaba distraída. Saltó a la silla de ruedas y empezó a ir y venir maniobrando por el caminito de tierra y ceniza. Celestine subió a sentarse conmigo en un escalón.

—Sin embargo... —dijo y se interrumpió.

—¿Qué?

—No creo que sea un regalo muy bien elegido.

Yo había empezado a defender a mi hermano, no porque a él le importara ni para que él devolviera algún día la atención, sino por el mero vínculo de sangre. Quizá estaba agradecida porque me había dado, aunque fuera accidentalmente, mi único lazo de parentesco, es decir, el que tenía con Dot.

—A mí me parece imaginativo —dije—. Fuera de lo común, pero mira cómo le gusta a ella.

Dot había aprendido rápidamente a dominar los mandos y ahora describía locas evoluciones y frenaba en el último momento, cuando estaba a punto de volcar. Se lo pasaba en grande, pero a Celestine le traía recuerdos desagradables o quizá la idea de un mal presagio.

—Me da... —Buscó la palabra entre su vocabulario de novelas románticas—... escalofríos. Sí, escalofríos —decidió—. No vamos a conservar esa silla de ruedas.

—¿Cómo? —gritó Dot. Tenía oído fino.

—Se la daremos a alguien que verdaderamente la necesite —dijo Celestine—. Es demasiado costosa para usarla como juguete.

Dot giró y detuvo la máquina.

—Me la ha regalado mi padre. ¡Es mía! —Bajó las cejas y nos miró con malignidad.

—¿A quién, por ejemplo? —dije. Yo pensaba que se la podría quedar Dot.

Celestine guardó silencio un rato, pensativa. Luego me dirigió una larga mirada de reproche, como si yo hubiese olvidado algo que debía recordar.

—Piénsalo —dijo—. Es evidente a quién.

Dot saltó de la silla y la empujó hasta la parte alta del patio trasero. Se sentó, quitó el freno y bajo a toda velocidad.

—Habla de una vez —dije, irritada.

—A Russell —respondió ella.

Tenía razón. No podía dejar de aceptarlo. Después del ataque que lo dejó paralítico, los enfermeros llevaron a Russell a la reserva donde viviría con su medio hermano, Eli Kashpaw, en una casita de madera que, decía Celestine, estaba llena de pieles de animales estiradas, trampas, olor a zorro y calendarios de bañistas guapas, un sitio donde se guardaba el azúcar en un saco y todos los tenedores estaban torcidos de abrir latas o arrancar clavos de los toscos maderos de las paredes.

Según Celestine, Eli había dejado la reserva solamente en dos ocasiones. La primera, tres días después de que muriera la madre de Celestine; había ido a la iglesia, se había deslizado en el último banco, silencioso como una garduña, y se había marchado sin decir una palabra a nadie. Para verlo, Isabel y Russell debían seguirle el rastro con la misma sutileza con que él perseguía a un animal. Y raras veces lo intentaban, porque Eli no era un desertor deliberado, sino sólo un ser tímido, y ellos lo comprendían. Incluso había llegado a adoptar a una chiquilla, a la que había enseñado a cazar, a sufrir hambre en el bosque y a esconderse de los guardas de caza, una niña llamada June, que llegó a ser todavía más salvaje.

Eli era tan reservado que la mitad de sus conocidos nada sabían de sus sentimientos hacia Russell, que era famoso por sus condecoraciones. Por eso, cuando Eli apareció en el hospital de Saint Adalbert y firmó los papeles para la baja de su hermano con el nombre de Kashpaw —las únicas letras que había aprendido a garabatear— una prima que vivía fuera de la reserva y trabajaba en la recepción del hospital se sorprendió muchísimo. Ésa fue la segunda vez que Eli salió: para buscar a Russell y llevárselo a su casa. Y ahora, Russell vivía en las dos habitaciones de Eli; dormía sentado, y su hermano lo cambiaba y lo bañaba y, si el tiempo era bueno, lo sacaba al patio de tierra donde dormitaba protegido por unos perros pelones y flacos como panteras.

Celestine iba allí a visitarlos un par de veces por año. Entre una visita y otra parecía que no podía apartarse del tema, y ésa era la razón de que yo deseara ir. Quería ver por mí misma si Russell todavía podía decir una palabra, usar sus manos o comer con cuchillo y tenedor. Siempre había lamentado la forma en que habían quedado las cosas entre nosotros la última vez que lo había visto en el hospital.

Había vuelto a casa destrozada. Por su silencio y, todavía más, por su voz. Russell abrió la boca y de ella se derramaron unas grandes vocales torturadas, unos sonidos urgentes que me retorcían. Yo trataba de comprender. Primero cogí su jarra de zumo, luego el periódico. Señalé el lavabo y lo llevé en la silla de ruedas a la ventana. Cuando finalmente le ofrecí todas las posibilidades que veía en la habitación, volvió a ensombrecerse. Con la mirada perdida, se hundió en un silencio que no pude quebrar.

Había adelgazado mientras se recuperaba y dolía verlo así, absolutamente inmóvil. Era insoportable el contraste entre sus mejillas hundidas y sus ojos delicados, oblicuos, de un negro profundo. Yo sabía que su mente funcionaba. Le tomé la mano.

—Russell —le dije—, créeme que lo siento.

Miró nuestras dos manos, la mía tan ruda, con gruesas uñas partidas y muchas cicatrices. La suya larga, seca, oscura. Su voluntad no podía separarlas. Era incapaz de mover su mano, por poco que fuera. Sentí que de sus huesos emanaba una furia tan feroz que dejé caer su mano y me puse en pie de un salto. Salí sin decir siquiera que me iba y durante todo el camino de regreso en la furgoneta me sentí avergonzada de mi osadía. Había fingido hacerlo sin placer y no por atracción, como aquel antiguo verano en que le había tocado las cicatrices del pecho; pero la verdad era que le había cogido la mano llena de emoción. Poco después de eso, Russell se había ido a casa de Eli y desde entonces habían pasado años. Seis años.

—A tu tío Russell le gustará la silla —dijo Celestine a su hija—. Puedes venir cuando se la llevemos. Tú misma se la regalarás.

Dot hizo una pausa en su juego y, enseguida, volvió a lanzarse a la carrera, decidida a extraer hasta la última gota de diversión del presente. Celestine suspiró, se dio una vigorosa palmada en la rodilla y se puso de pie.

—Está haciendo todo lo que puede para romperla antes de que vayamos.

—¿Cómo la llevarás? —pregunté un momento después. Ya sabía la respuesta. Mi furgoneta. Y Celestine sabía que yo lo sabía. Miró pensativamente la silla de ruedas en el lado opuesto del patio.

—¿Quieres conducir tú? —preguntó.

—Sí —dije—. Pero no conozco a Eli.

—Ni a mi tía —dijo Celestine—. Va mucho por allí.

—¿Qué tía?

—Fleur. La que nos crió, sabes, cuando murió mamá.

—Qué nombre tan extraño.

Celestine me miró con tensa indulgencia.

—Fleur —dijo— quiere decir flor en francés.

—Oh la la —dije, mientras me disponía a irme—. No seas tan pedante. En la escuela elegí contabilidad en lugar de francés.

De modo que a la mañana siguiente, cuando llegué a la tienda, Celestine envolvía un queso de cerdo con periódicos y bandas de goma. Supuse que lo llevaríamos, así como un salchichón y, si yo hubiera cocinado, también una tarta. Cuando íbamos de visita, yo siempre debía ocuparme de la comida. Cogí unas bolsas de galletas de gengibre del mercadillo anexo a la tienda, fui a mi habitación, me puse un pañuelo en la cabeza y ya estaba lista para salir. Adrián se ocuparía de la tienda, y no había nada especial en preparación. Era el final de la mañana y Dot estaba en el fondo con mis perros. Vendría detrás

de nosotras. La furgoneta era cerrada y la parte posterior estaba bien acolchada con cojines de espuma de caucho. La silla de ruedas podía acomodarse de lado, junto a Dot. Y así nos pusimos en marcha. Antes de salir de la ciudad, Dot se hundió entre los cojines, apoyó la cabeza en los brazos y se durmió profundamente.

La salida de Argus se había convertido en una carrera de obstáculos con tantos conos de color blanco y naranja, tambores de petróleo, reflectores y luces de destello alineados a lo largo de la nueva carretera en construcción. Nos llevó casi media hora, pero luego el camino hasta la frontera era bastante corto. Detuve la furgoneta junto a la señal que anunciaba la reserva y le dije a Celestine que ahora era su turno. Bajó, dio la vuelta por delante y se deslizó detrás del volante. El camino era de gravilla. Levantábamos una polvareda como una pluma ocre. Dejamos atrás toda huella de edificios urbanos y las casas que veíamos parecían curiosamente abandonadas, excepto por los perros.

Dot trepó al asiento delantero, se instaló entre nosotras y ayudó a guiar a su madre. Celestine le había cortado el abundante pelo en la forma de un casco de rugby. En verano tenía reflejos dorados además de su color de herrumbre. Tenía arrugado y enrojecido el lado de la cara en que se había apoyado. Ahora que estaba despierta sus preguntas y exclamaciones no tenían fin, porque Dot era una viajera nata, resuelta a ir a muchas partes, no como nosotras. Yo sólo había hecho un viaje verdadero en la vida: a Argus en tren de mercancías. No me importaban gran cosa los cambios de escenario, pero a Dot le excitaban la soledad, el polvo, los densos bosques y las casas medio escondidas. Estaba muy interesada en el camino lleno de pozos que llevaba a casa de Eli.

—Cuidado —decía severamente, tirando del volante—. ¡A la izquierda! ¡Ahora a la derecha!

Al final del año escolar, la señora Shumway había enseñado a su clase a distinguir la izquierda y la derecha, y aplicar esto a la vida real era ahora una de las manías de Dot. Pero el camino tenía tal cantidad de curvas que cuando llegamos al claro de Eli, ya se había cansado del juego.

La casa de Eli era diminuta, con techo de pizarra gris oscuro, y estaba rodeada por un angosto patio de tierra. Antes de que nos detuviéramos del todo, unos perros de aspecto salvaje saltaron hacia nosotras y Dot pasó por encima de mis piernas, abrió la puerta y estuvo en medio de ellos antes de que Celestine pudiera abrir la boca.

Allí estaba Russell, un poco más lejos, junto a la puerta, en un pequeño rectángulo de sombra. Tanto se confundía con los tonos claros y oscuros de la casa, los gastados maderos y la pintura descascarillada, que al principio Dot no lo vio. Tampoco vio a Eli cuando emergió silenciosamente de una maraña de arbustos al borde del claro. Miró a Dot, a los perros, a Celestine mientras salía de la furgoneta. Miró a Russell mirando a su hermana.

Celestine se acercó a Russell con una sonrisa ansiosa, llevando el queso de cerdo y el largo salchichón. Pero su andar debía de ser nervioso, porque los perros se alejaron de Dot y formaron un círculo de dientes alrededor de su madre. Atrapada, no se movió. Pero bruscamente dejó caer con fuerza el salchichón sobre la nariz del perro más grande y aulló:

—¡Fuera!

Eli se acercó a Celestine con la mano extendida para apretar la suya, y entonces se abrió la puerta de la casa y apareció la tía. Lo único que me había contado Celestine de Fleur era que solía trabajar para tío Pete y que era algo desequilibrada. Pero a mí me pareció más que equilibrada. Estaba de pie al lado de Russell y le había puesto la mano en el hombro, tal vez para calmarlo, aunque él no parecía vernos. Esa Fleur tenía huesos grandes pero era delgada, su constitución se parecía mucho a la de Celestine y su cara a la de Toro Sentado. Tenía ojos negros y angostos, atentos. La boca era grande. Vestía una informe bata azul floreada que recordaba una vieja funda de mueble.

Celestine se acercó y besó a Russell en la mejilla. Él apartó la vista y miró hacia el bosque. Celestine le tocó el brazo y él le miró la mano como si fuera una hoja caída por casualidad.

—Está contento de verte —dijo Fleur.

Dot avanzó cautelosamente y se paró delante de Russell, con las manos enganchadas en los bolsillos. Lo miró como si estuviera dentro de un bloque de hielo o de una jaula de alambre.

—No lo mires fijo —dijo Fleur.

Celestine contuvo la respiración. Las órdenes directas disgustaban a Dot y la volvían obstinada y resentida. Por supuesto, giró sobre sus talones y regresó a la furgoneta en silencio.

—Ayúdame a bajar *mi* silla de ruedas —ordenó. La ayudé a descargarla. La empujó hacia adelante decidida a que, si debía regalarla, ella misma se ocuparía de hacerlo. El flamante metal cromado brillaba, el cuero crujía.

—Esto es para él —dijo Dot, empujando la silla hacia Russell.

Nadie dijo una palabra.

—El está bien aquí —le dijo Fleur a Celestine—. No podríais atenderlo.

—Eh —dijo Dot—. Le estoy *regalando* esto a tío Russell.

—No hemos venido a buscarlo —respondió Celestine a Fleur—. Sólo a traer un regalo.

Su tía pareció dulcificarse y mostró los dientes con un gesto parecido a una sonrisa.

—¿De dónde ha venido esto?

No pude dejar de intervenir.

—El padre de ella le ha enviado la silla de ruedas.

—¿Quién es usted? —dijo Fleur con una mirada glacial.

—La tía de Dot, propietaria de la fábrica de embutidos.

Los ojos de Fleur ardieron un instante y luego se enfriaron.

—Pasen —dijo, indicándonos la puerta.

La casa de Eli era pequeña y consistía sobre todo en la cocina, donde estábamos. En la habitación vecina pude ver una radio de modelo antiguo. Encima de dos cajones de naranjas estaban los recuerdos de guerra de Russell, los que no se encontraban en el museo. Reconocí las banderas plegadas, los estuches de cuero que contenían sus medallas, las balas y los fragmentos de granada que los médicos le habían extraído. De una red de cuerdas sostenidas por clavos colgaba una Luger alemana.

Celestine sacó el queso de cerdo.

—¿Te importa que lo ponga en la nevera?

Eli tenía un anticuado frigorífico amarillento que ocupaba la mitad de la pared. En la puerta habían fijado reiteradamente con celo un viejo dibujo a lápiz de un ciervo.

—Está muy bien —dije mientras lo tocaba.

—Es de June —respondió él—. Lo hizo cuando estaba en la escuela.

Miré alrededor. No había señales de la chica en la habitación, excepto lo que debía de ser su foto, en un estante alto. Frente a la foto había una pequeña jarra de cristal, con una rosa roja de terciopelo que parecía cortada de un vestido. La chica era guapa y morena, con pelo negro corto y una gran sonrisa seria.

—Es ella —dijo Eli, que advirtió la mirada.

—¿Hija suya?

—Más o menos. —Eli se encogió de hombros y trajo una cafetera.

—Acabo de preparar un poco —dijo, en voz tan suave que de pronto me apeteció enormemente un café y me senté en una silla al lado de Celestine. El sirvió tres tazas.

Oímos la voz de Dot, tranquila pero penetrante.

—No tengo que regalar mi silla si no quiero. Podría quedármela.

—Calla. —Era la voz de Fleur, muy fría.

Oímos un roce. Ruidos metálicos.

—Supongo que será Russell —dijo Celestine.

Pero no era Russell quien estaba en la silla de ruedas. Oímos que rodaba sobre la tierra y un brusco golpeteo mientras Dot pasaba como un relámpago cerca de un arbusto.

—Ven a buscarla —gritó, mientras su voz se desvanecía en la distancia.

—Le está enseñando a Russell cómo usarla —dije, buscando una excusa.

—Terminarán por entenderse —dijo Eli—, ¿qué apostarías?

Escuchamos el rumor de las piedrecillas contra las ruedas y el grito de Dot que volvía, retrocediendo en breves envíos, hacia la casa.

Fleur estaba fuera, justamente al lado de la ventana.

—Basta —dijo, cuando Dot llegó a su lado—. Ya es suficiente.

Celestine y yo nos pusimos rígidas en nuestras sillas y cambiamos una mirada de inteligencia.

—¿Qué? —dijo Dot como si no hubiese oído a Fleur.

—Baja —dijo Fleur.

Durante el silencio siguiente imaginé que la cara de Dot ardía de furia y que sus puños se apretaban como piedras. Por eso me sorprendió que intentara la seducción.

—¿No puedo usarla un ratito más?

—No —dijo Fleur en tono férreo.

Nos pusimos de pie, preparadas, atolondradas por el temor. Sin duda debimos de sorprender a Eli.

—Sentaos —pidió—. Traeré bollos.

El chillido de Dot empezó grave, como un gruñido, y adquirió una torturada resonancia mientras nos dirigíamos a la puerta.

—Será mejor que vaya a ver —dijo Celestine, y en ese momento el grito de Dot se interrumpió repentinamente, como si se lo hubiese metido de nuevo en la boca.

Dejé mi taza en la mesa de Eli y salí. Fleur había desaparecido. Russell estaba sentado en su nueva silla de ruedas. Dot, con el trasero en el suelo, desparramada, parecía perpleja. Celestine los miró a los dos y su ansiedad se convirtió en satisfacción.

—Vamos —dije. Ella no se opuso. Russell no le había devuelto la mirada. Dot se incorporó, se sacudió la ropa y corrió a la furgoneta. Yo me incliné y miré a Russell porque debía hacerlo, al menos para despedirme.

—¿Te acuerdas de mí? —pregunté, y me sentí ridícula—. Tienes buen aspecto —agregué, aunque la verdad es que la cara de Russell estaba en los huesos. Estaba limpio. Sus ropas estaban planchadas. Pero quedaba menos de él que antes, y me aparté mientras Celestine hablaba con él en voz muy alta, de una manera que me pareció infantil.

—Soy Celestine. ¿Puedes verme? ¿Cómo estás?

Eli salió, y con movimientos lentos y prácticos puso suavemente de pie a Russell.

—Diles adiós. —La boca de Russell se abrió, pero no brotaron palabras, y sus ojos se tornaron opacos. Se apoyó contra Eli, vacilando como un árbol desarraigado al viento. Allí los dejamos, juntos en el patio, e iniciamos el regreso.

Recorrimos veinte millas en silencio. Pensé que Dot nos importunaría preguntando detalles de la historia de Russell, pero no parecía interesada; nuevamente inclinó la cabeza y se durmió. Celestine tampoco habló hasta que llegamos al camino.

—¿Adónde se ha ido? —preguntó bruscamente. Miraba a través del parabrisas.

—¿Adónde se ha ido qué? —dije.

—Todo.

Advertí que no hablaba realmente conmigo, ni preguntaba nada. No miraba hacia mí, sino hacia los terrenos cultivados a ambos lados, los ordenados surcos infinitos que parecían girar a nuestro alrededor mientras avanzábamos.

—Todo lo que le ha ocurrido en la vida —dijo—, todas las cosas que dijimos e hicimos. ¿Adónde se han ido?

No sabía la respuesta, de modo que me limité a conducir. Yo había hecho una vez un milagro al dar con mi cara contra el hielo, pero ahora era una persona ordinaria. Durante la corta distancia que nos quedaba no pude dejar de desplegar en mi mente la extraña idea de Celestine. En mi trabajo había visto millares de cerebros de ovejas, cerdos, bueyes. Todos eran, como los nuestros, una masa gris. ¿Adónde se iba todo? ¿Qué había realmente en su interior? Los campos llanos se extendían, los zanjones bajos corrían al lado del camino. Sentía pensamientos vivos que zumbaban dentro de mí, e imaginé abejas diminutas, insectos hechos de electricidad azul, en una colonia tan frágil que podía dispersarse al menor roce. Imaginé un golpe, como un ataque o la maza para una oveja, y vi cómo todo el enjambre vibraba y se deshacía.

¿Qué podría detenerlos? ¿Quién podría retenerlos con sus manos?

La noche de Sita

Las ventanas del Pabellón A eran de cristal corriente, observó Louis; no tenían barrotes y ni siquiera estaban cerradas. Daban a un vasto césped que al comienzo de la primavera pasaba del castaño al verde. Incluso había una galería con cortinas.

—Los días cálidos —dijo Louis— puedes venir aquí, como en casa. — Rodeó a Sita con el brazo y le miró la cara. Se encontraban ante un edificio bajo de ladrillo separado del resto del hospital mental del estado. Pero Sita no quería mirar las ventanas, y tampoco a Louis.

Louis y el psiquiatra habían explicado a Sita que el Pabellón A era un sitio a mitad de camino para los pacientes con muy buenas posibilidades de regresar a la sociedad y llevar una vida normal. Iba allí porque cuatro meses atrás había fingido perder la voz y desde entonces Louis y los vecinos leían sus labios. A ella había llegado a gustarle la forma en que se inclinaban y trataban de descifrar las palabras o estudiaban su rostro en busca de claves. Ahora, cuando abría la boca y procuraba decir algo en tono corriente, no ocurría nada. Pero si iba al hospital mental del estado podía curarse. Podía hablar en voz alta. Lo había dicho el psiquiatra.

—Usted la ha consentido, señor Tappe. Ha sido demasiado bondadoso.

Eso es lo que el psiquiatra les había dicho a ambos en su consulta. Ellos lo miraban mientras él hojeaba las docenas de cuadernos de dibujo encuadernados en negro que Louis había llenado durante años con la intención de curar los trastornos de Sita. En esos cuadernos estaban registrados los sueños de Sita, sus conversaciones con objetos y flores, las fantasías que le había relatado a Louis. Esos cuadernos eran tan privados como sus mismos abrazos. Verlos apilados sobre la mesa del médico había sido un golpe. Ahora, Sita estaba asustada. Louis llevaba su maleta buena de cuero castaño.

Trató de decirle que no se quedaría, que deseaba volver a casa.

—Espera —dijo Louis, mientras miraba cómo la boca de ella se movía lentamente—. No entendí eso. Prueba otra vez.

Sita utilizó con énfasis toda su cara. Le ordenó que la llevara a casa.

—No puedo —dijo Louis. Estaba extremadamente avergonzado—. Se supone que no debo tratar de comprenderte si no verbalizas tus pensamientos.

Sita le dijo en silencio que odiaba el Pabellón A y también a él.

—Ven —suspiró Louis, guiándola hacia la entrada—, vamos a tu habitación.

Sita dejó que la guiara por los escalones del frente, a través de dos puertas de cristal que parecían reforzadas con alambre de gallinero, y por el vestíbulo. Las paredes eran de un verde hoja opaco. El suelo era de linóleo verde y negro. Se acercaron a una enfermera muy corpulenta con un vestido y un jersey blancos.

—¿A quién tenemos aquí? —dijo la enfermera mirando a Sita, obviamente la paciente puesto que era Louis quien la impulsaba—. Ah, sí —recordó la mujer—. Recibí una llamada de la administración. Usted es la señora Tappe.

La enfermera rodeó el escritorio y bajó la cabeza para mirar a Sita.

—La semana que viene tendrá una habitación privada, señora Tappe; pero hasta entonces estará con la señora Waldvogel.

Sita se apartó de Louis y movió con furia los labios. La enfermera la ignoró.

—Le llevaré la maleta. ¿Quiere venir por aquí? —dijo.

Louis oprimió suavemente el hombro de Sita y ella siguió a la enfermera trastabillando por otro pasillo, también verde. Todo ese verde hacía pensar a Sita en un acuario, en vivir dentro de una piscina de cristal adornada con algas. Hubiera querido decírselo a Louis para que anotara en un cuaderno ese interesante pensamiento. Pero llegaron a la habitación y, desde fuera, Sita vio que los muros estaban pintados de color amarillo mostaza.

Trató de hacer comprender a Louis que no podría dormir en esa habitación. El color le daba náuseas. Y además, odiaba tener una compañera. Esa mujer en su habitación le recordaría la época en que compartía su dormitorio con Mary. Pasaba la noche despierta y oía cómo Mary gozaba del sueño y la odiaba por su respiración inconsciente. Por la mañana, Sita estaba fatigada y confusa por más café que tomara. Trató de decir esto. Pero Louis hablaba con la enfermera y anotaba en una libreta número de teléfono y horas de visita. La maleta de Sita estaba ya sobre la cama. Louis la besó, desprendió la mano de Sita de su brazo y la condujo a la cama. Ella se sentó. Apenas lo hizo no pudo moverse. Las paredes la paralizaban con ese color terrible.

Estuvo sentada largo rato en la cama, formando atropelladas frases con la boca. Cuando finalmente logró apartar la mirada de las paredes advirtió que Louis se había marchado y la enfermera terminaba de ordenar sus cosas en un armario metálico.

¡Pare!, trató de decir. Ponga todo de nuevo en mi maleta. Me voy.

—Tendrá que hablar en voz alta, señora Tappe —dijo la enfermera—. Aquí no leemos en los labios.

Sita cerró la boca y la miró indignada. La enfermera le sonrió.

—Por favor, venga a cenar dentro de media hora —dijo—. Mientras tanto, ¿por qué no termina de instalarse en su nueva habitación?

Apenas la mujer salió, Sita se puso en pie de un salto y fue a examinar la ventana. No estaba cerrada ni tenía barrotes, pero apenas se abría. No lo bastante para que ella pudiera salir. Empujó la persiana exterior, para ver si era firme.

—¿Quiere un poco de aire primaveral, señora Tappe? —Era nuevamente la enfermera, que entraba con una mujer mayor tan dócil que se dejaba llevar por la muñeca—. Señora Waldvogel —dijo—, ésta es su nueva compañera de habitación.

Sita miró a la anciana. La señora Waldvogel era una abuela perfecta, como las que ofrecen platos de jamón en los anuncios de las revistas o huelen ramos de flores sostenidas con alambres en la televisión. Tenía el pelo blanco recogido con una peineta de carey. Llevaba un vestido anticuado y un delantal fruncido.

—Las dejaré solas para que se conozcan —dijo la enfermera.

La señora Waldvogel se acercó a Sita y le tomó la mano.

—Es usted una chica muy guapa —dijo—. Espero que sea feliz aquí.

Sita le dio las gracias con un movimiento de la cabeza. Era tranquilizador que la considerara una chica. Se sentaron a ambos lados de la cama y la señora Waldvogel sacó algunas fotos de su familia de su cajón y se las mostró una por una.

—Éste es Markie —dijo— y aquí está mi hijo. Y este bebé tiene ahora cuatro años.

Sita estudió cuidadosamente las fotos una por una. Ni la anciana ni las personas de las fotos tenían nada de extraño. Quizá, pensó, Louis le hubiera dicho la verdad. Quedarse allí sería como unas descansadas vacaciones. Y cuando se acabaran las vacaciones, volvería a hablar en voz alta en lugar de mover los labios.

—Me alegra que esté aquí —dijo la señora Waldvogel—. Ya empezaba a temer que no pusieran a nadie más.

Sita sintió un impulso de simpatía hacia la mujer. Aunque las paredes seguían brillando espantosamente y ella estaba agotada por la ansiedad y el largo viaje, sonrió. La señora Waldvogel enrojeció mientras guardaba parsimoniosamente las fotos.

—Es terrible comer carne humana —dijo con su dulce voz quebrada.

La señora Waldvogel acarició sus fotos y cerró el cajón.

—A la anterior la devoré —dijo.

Sita abrió la boca y apartó la cara. La señora Waldvogel no lo advirtió. Se arregló un mechón rebelde de pelo blanco y se alisó el vestido.

—Ya es hora de cenar. ¿Vamos? —preguntó.

Pero Sita guardó silencio.

Después de rechazar la cena y ver cómo la luz se alargaba y se volvía oro suave en la ventana, Sita se levantó de la cama, buscó en su bolso un bolígrafo y una libretita barata y escribió. Luego caminó por los pasillos hasta el vestíbulo. La enfermera corpulenta resolvía un crucigrama en su escritorio. Sita le mostró la nota que había escrito.

Por favor, llame a mi marido, decía la nota. No quiero dormir al lado de una mujer que se cree caníbal.

Pero la mujer ni siquiera miró la nota.

—Lo siento, señora Tappe —dijo—, pero no debo leer sus labios ni sus notas. Es orden del doctor.

La enfermera esperó que Sita hablara en voz alta. Sita abrió la boca, movió los músculos de la garganta, pero no emergió ningún sonido. Odiaba el papel absurdo que hacía abriendo la boca en silencio delante del escritorio. Volvió a meter la libreta en su bolso y fue a ver la televisión con los demás pacientes.

Miraban un programa humorístico que ella detestaba, «Rowan y Martin». Era una tortura ver cómo giraban las chicas delgadas en bikini. Ni las situaciones ni los chistes eran divertidos, pero los pacientes reían a carcajadas del hombre que se llevaba árboles por delante con su triciclo y se caía, de la solterona con esa horrible redecilla de pelo, de todo.

Como el programa era tan malo, Sita observaba a los pacientes. Al igual que la señora Waldvogel, todos parecían normales, excepto que se reían demasiado, y que, Sita no pudo dejar de advertirlo, tenían aspecto descuidado. Los hombres tenían la barba crecida y no eran nada atractivos. Sus caras parecían decaídas y viejas tuvieran la edad que tuviesen. Y las mujeres estaban todavía peor. Todas tenían permanentes de mala calidad. La ropa no les iba bien, o el color de los pantalones chocaba con el jersey. El aire estaba azul porque todos fumaban. El salón estaba lleno de ceniceros, no de cristal

irrompible, como los que tenía Sita para el tabaco húmedo y chamuscado de la pipa de Louis, sino hechos de latas abolladas de café llenas de arena.

La señora Waldvogel entró en la sala. Se sentó en una silla partida de plástico junto a Sita.

—La cena era deliciosa —dijo satisfecha—. Es una pena que se la perdiera.

Sita no le hizo caso. La mujer prosiguió de todos modos.

—Mañana me haré peinar, querida. Tenemos una escuela de cosmética para las pacientes.

Sita recordó a las mujeres con feos peinados y puntas desaparejas. Luego controló su terror, cerró los labios, y volvió a su habitación. Encendió la luz. Odiaba las luces violentas en el cielorraso, pero no había lámparas.

¡Una escuela de cosmética para las pacientes! Incluso en los peores momentos, Sita había respetado siempre su cita semanal con la peluquería. Le enorgullecía no haberse abandonado nunca. Pero era inimaginable lo que podía ocurrir en la escuela de cosmética de las pacientes. Rizos mal hechos. Una quemadura en el cráneo. Un teñido desastroso. A Sita le empezó a doler la cabeza, cada uno de sus cabellos.

La luz hacía que el repulsivo amarillo de las paredes brillara y vibrara. Sita decidió que se quedaría acostada en la oscuridad aunque la señora Waldvogel viniera a morderla. Apagó las luces y buscó la cama. Se echó sobre el colchón de muelles, desplegó una deshilachada manta blanca de algodón y se envolvió las piernas con ella. La manta, la colcha y la almohada olían como si un sudor cargado de pungentes medicamentos se hubiese metido en las costuras. Sita cerró los ojos y ahuecó las manos junto a su nariz. Antes de salir se había perfumado las muñecas con Muguet.

El suave aroma de esa flor, tan pura y próxima a la tierra, era reconfortante. Había plantado verdaderos lirios del valle porque su perfume le encantaba.

El otoño anterior, antes de la terrible helada, cuando se sentía ya casi normal, habían llegado los brotes en una cajita blanca. Los había encargado en el vivero. El suelo estaba todavía endurecido por la escarcha, pero se podía trabajar. Ella se había puesto sus guantes de piel y, de rodillas, con su escarda, había cavado un pequeño surco junto a sus lirios azules enanos. Luego había plantado uno por uno los brotes. Parecían bellotas, sólo que más pequeñas. «Deben plantarse con la punta hacia arriba», decía el folleto de instrucciones. Habían llegado al comienzo de la primavera. Pronto asomarían las diminutas lanzas de sus hojas.

Acostada, insomne, imaginó las blancas raíces venosas, una masa de ellas que se afirmaba, los renuevos que se formaban debajo del suelo y despleaban sus rígidas hojas. Se vio tocando las campanillas de un blanco de cera, aflautadas, que exhalaban una fragancia embriagadora cuando Louis, distraído, se metía en el jardín de Sita arrastrando su pala y aplastando las flores con sus grandes y descuidados pies.

Parecía como si hubieran pasado horas de jardinería imaginaria cuando la señora Waldvogel entró de puntillas sin encender la luz. Sita estaba todavía despierta.

—¿Duerme? —susurró la anciana.

Sita vio con los ojos entrecerrados que la señora Waldvogel se quitaba y plegaba el vestido y la combinación, y después se ponía por la cabeza un camisón azul de algodón. Rodeó luego la cama de Sita para ir a la suya. Ambas estaban lado a lado. La señora Waldvogel esponjó su almohada y se sentó sobre sus mantas. Por el montante de la puerta entraba luz suficiente para que Sita pudiera verla con claridad. Si la anciana era antropófaga, ésta era su oportunidad.

Aquí estoy, pensó Sita, extendida como la víctima de un sacrificio.

La mujer hizo una amplia mueca y mostró los dientes. Eran fuertes, blancos, perfectos, y brillaban a la luz del pasillo. Sita abrió los ojos, alarmada. Se incorporó en la cama. Pero entonces la señora Waldvogel, con un gesto sereno y experto, se quitó la dentadura postiza y la puso en un vaso de plástico lleno de agua.

—Todavía no se ha dormido —murmuró, al advertir la mirada de Sita. Pero Sita se dejó caer y se volvió. Durante largo tiempo, antes de que el sueño la anegara, miró la pared que tenía frente a la cama. Sentía que ya estaba ocurriendo. El nudo de su lengua se aflojaba.

Apenas había salido el sol cuando despertó, y aunque era tan temprano ya se oía el murmullo hueco de la televisión en el salón. Sita se vistió y fue hasta el vestíbulo. En el escritorio había una nueva enfermera que miraba el noticiario junto a un ordenanza mientras ambos tomaban café en tazas de plástico. Sita había escrito una nota.

Me gustaría telefonar a mi marido, decía la nota.

—Está bien, aunque debería esperar hasta las siete —dijo la enfermera—. Acompáñela —dijo al ordenanza, un joven macizo con una corta coleta negra. El chico reía de algún chiste que había hecho el hombre del tiempo y,

suponiendo que Sita era muda o sorda, hacía señas exageradas de que la siguiera por el pasillo. Abrió la puerta de un despacho donde había medicamentos y un teléfono. Alzó el auricular y se lo extendió; luego movió la cabeza.

—Un momento —dijo, confundido—, si no puede hablar...

Sita le arrebató el aparato y lo acercó a su oído. Marcó el número y esperó a que Louis emergiera del sueño. Lo oyó cuando levantaba el teléfono. Antes de que pudiera decir hola, habló.

—Sácame de aquí —le gritó—. Estoy curada.

Capítulo diez (1964)

CELESTINE JAMES

Una noche Mary me llama y dice que no debo tomarme la molestia de ir a trabajar mañana. Luego espera conteniendo el aliento para que le pregunte por qué. Lo hago.

—Se ha quemado la tienda —responde en tono satisfecho.

—¿Cómo? —Estoy horrorizada.

—No te preocupes —dice—. Estoy bien. Fue sobre todo humo. Está todo lleno de gente de los seguros.

—¿Quieres que vaya? —pregunto.

—Iré yo a tu casa —dice Mary.

Y así es como se queda a vivir en mi casa durante diciembre.

Mary no está demasiado preocupada por los daños de la tienda porque, a decir verdad, no marcha tan bien como cuando estaba a cargo de Pete y Fritzie. No es por culpa de Mary. Desde que empezó el *boom*, de la remolacha, abundan los supermercados donde se puede comprar todo de una vez. Yo comprendo sus ventajas, pero Mary dice que son una basura. Sea como fuere, este accidente es la oportunidad de renovar la tienda. De otra manera nunca hubiera podido hacerlo. Está excitada. Los trabajadores empiezan las tareas de reparación aun antes de que llegue el dinero del seguro. El fuego atravesó la pared del cuarto de ahumado y se difundió por las tuberías internas de electricidad. Mary tiene suerte. En sus habitaciones no hay otro daño que unas manchas plumosas de humo gris en los muros. Pero no quiere vivir con el humo ni con el martilleo, y tampoco entre la escayola y los hombres que se mueven por sus habitaciones, y dice que le resulta más cómodo acampar con Dot en la vieja habitación de Russell. Es decir, si a mí no me importa.

—No me importa —le digo.

Pero la verdad es que tres días después tengo los nervios de punta. No sé por qué. Quizá sea porque Dot y yo nos hemos habituado a nuestras costumbres cotidianas y Mary perturba nuestras tardes con sus constantes ocurrencias. Ha ido a la biblioteca a buscar libros y ha traído una vez más su favorito. Es de un hombre llamado Cheiro y trata solamente de la lectura de las líneas de las manos. Mary ha hecho esto durante años y ya estoy cansada. Sé lo que significan las líneas de mis manos.

—Ni amor, ni dinero, ni un viaje a Hawaii —le digo cuando me las quiere leer—. No, gracias.

—Quiero ver si ha disminuido esa isla en la línea de la cabeza —dice, consultando su libro—. Eso puede significar un tumor en el cerebro o un mal golpe.

Estamos en la habitación del frente alrededor de la estufa de gas. Veo sus ondas azules por la ventanilla enrejada. Le digo a Mary que hay más misterio en las llamas saltarinas que en todos los libros de Cheiro.

—Entonces, contéstame —dice, mientras se inclina hacia adelante para dar más fuerza a sus palabras—, un niño nace con ciertas líneas en sus manos. Esas líneas, y no otras. ¿Cómo puedes explicarlo?

Las llamas se reflejan en su cara, tan ordinaria pero tan enérgica. Se ha acostumbrado a usar todos los días un turbante de color diferente para cubrirse el pelo. Lleva uno blanco. Sus ojos rasgados son distintamente amarillos y la telaraña de venitas moradas de sus mejillas se ha oscurecido y parece hecha de puntadas. Si no supieras que es mujer nunca lo descubrirías. Podría ser el famoso Cheiro en persona.

—No hay nada que explicar —le respondo obstinadamente—. Son simplemente líneas.

Pero Mary no escucha. Mira la palma de Dot, que ya ha leído por lo menos mil veces. Pero es lo único de lo que Mary nunca se cansa. Ahora, Dot pregunta si Mary puede adivinar las iniciales del chico con quien se va a casar. Dot tiene casi once años, pero ya se ha enamorado profundamente más de una vez. Casi no puedo soportar su exaltación cuando le ocurre y tiene un amor. Para atraer la atención ha desarrollado una voz fuerte y sonora y, como yo, es grande e imponente y sonrío con sus fuertes mandíbulas llenas de dientes. Asusta a los chicos con su ardorosa persecución. Para conseguir novios los derriba y les frota la cara contra el suelo escarchado. Para tener amigas les ata las cintas del vestido a las del suyo. Las arrastra por el campo de juego hasta que le prometen que le escribirán una nota.

Las monjas no saben qué hacer con Dot y yo tampoco. Entonces hago lo que no debo y le doy todo hasta que ya no queda nada. Trato de ser la madre que nunca tuve con la hija que nunca fui. Me veo demasiado en Dot. Yo sé cómo es. Yo era demasiado grande para los demás chicos. Pero nunca llegué a dejarlos inconscientes, cosa que Dot ha hecho.

Yo no favorezco la violencia ni los amores, pero Mary la incita.

—Veo una S —susurra—, y luego una j minúscula. S. j., S. j.

—No es él —dice Dot, decepcionada. Contempla su mano como si pudiera cambiar las líneas con la mirada.

—Llévate los deberes a la cocina —digo— y hazlos.

Siento que Dot masculla a mis espaldas. Una madre desarrolla un sentido especial.

—Te ayudaré —dice Mary demasiado rápidamente. Y se marchan, dejándome sola. Durante un rato las oigo hablar mientras pasan las páginas de los libros de Dot. Estoy segura de que se ríen de mí, y sé que más tarde sentiré lo mismo. Mary dormirá en la cama de Dot y ella se echará sobre el diván. Mientras yo me duerma, las dos hablarán en voz baja y no les diré que se callen, porque sé que Mary no obedecerá.

Es eso, comprendo ahora mientras miro la llama del gas. Por eso me siento tan deprimida desde que llegó Mary. Es como tener dos hijas ingobernables que no me escuchan ni se preocupan por mí. Me superan en número, soy la única adulta.

Cuando Mary y Dot vuelven a la habitación estoy decidida a preguntarle a Mary cómo van los trabajos en su casa y quizá a sugerirle que podría regresar pronto. Pero antes de que pueda abrir la boca, Dot anuncia que tiene un secreto que ha guardado durante toda la semana. Por la forma en que Mary sonrío y me hace vivos gestos de que escuche es evidente que Dot ya se lo ha contado. Esto me fastidia, pero con un esfuerzo pongo en mi cara una máscara de curiosidad.

Estamos en silencio. Luego, Dot habla con su vozarrón.

—Voy a hacer el papel de José, el padre del niño Jesús —declara—. Estamos ensayando para la función de Navidad de la semana próxima.

Me parece terrible que hayan elegido a mi hija para representar al padre de Cristo. Luego miro a Dot y la imagino con una larga barba gris y una túnica áspera. Veo la maza de carpintero en su mano. Suspiro. Trato de sonreír. No hay duda de que será muy convincente.

Dot me entrega una hoja mimeografiada de su maestra, y leo que la segunda semana de diciembre habrá una función de Navidad. Se invita a los

padres a asistir, y también a llevar un plato caliente o un postre para la comida subsiguiente. Se supone que debo anotar en una línea de puntos el plato que llevaré. Pero ya han llenado el espacio con la palabra «gelatina».

—Gelatina —dice Mary, que advierte mi sorpresa. Miro a Dot y trato de ser razonable.

—Me enorgullezco de ti —le digo—. Por supuesto que iré.

Luego pido a Dot que se ponga el pijama y se lave la cara. Dice que no. Digo que sí. Mary adopta el papel del cobarde y se mantiene al margen. Una hora más tarde, excitada y satisfecha por haber ocasionado una demora, Dot sube ruidosamente la escalera cantando su villancico favorito, cuyo refrán dice «Pa-pum-pa-pa-pum». Cuando oigo sus pasos en el piso de arriba se me llena el corazón. Aunque sea una niña difícil, soy su madre. Soy yo quien debería rellenar la nota de la escuela. Pero no puedo decírselo a Mary porque me parece tonto y mezquino, de modo que dejo escapar algo todavía más estúpido.

—Supongo que en esa gelatina pondrás tus malditos rábanos.

Lo digo bruscamente, con una voz seca y resonante.

La respuesta de Mary es una tentativa de mostrarse inocente. Dice que creía ahorrarme trabajo si sugería el plato. Como yo estoy tan ocupada prepararía una de sus gelatinas especiales. No le digo que me alegro porque no es eso lo que se merece. Y otra cosa: Mary sabe que no me gustan sus gelatinas. Se lo he dicho antes. Pone en ellas nueces, apio picado, macarrones, cebollas, pequeños caramelos blandos o, lo peor de todo, rábanos picantes en rodajas.

Tan sólo pensar en sus extrañas gelatinas me enfurece. Nada que cocine es normal, ni sus *cookies* de salvado, ni sus tartas ni sus pasteles de hígado. No quiero que su espantosa cocina influya en Dot.

—Está bien —digo fríamente, de todos modos—, haz lo que quieras.

Dot baja las escaleras con un camisón de lana, bien lavada. Tan feliz está con su papel estelar y nuestra aceptación, y con irse a la cama una hora más tarde, que no tengo corazón para aguarle la alegría. Pero lo hace ella misma, de un modo sorprendente.

—No me he acordado de decirte cómo se llama la obra —dice—. *El burrito del destino*.

Y su expresión cambia bruscamente.

—Odio a ese burro —dice, casi para sus adentros.

—¿Dot? —le pregunto.

Pero ya ha girado sobre sus talones, sin más discusión, y corre escaleras arriba para meterse en la cama.

Esa noche retengo largamente abajo a Mary. Todavía estoy enfadada con ella, y en realidad me quedo hablando hasta tan tarde para que deje dormir a Dot. No permito que Mary suba a acostarse hasta que se le caen los párpados. Bosteza, exhausta, y apenas puedo sacarla de su silla.

También yo estoy cansada. Y sé que al distraer a Mary he dejado que Dot afronte sola su problema con el burro. Sea cual fuere, tendría que haberla ayudado. Debería haber subido con ella y hacer que me dijera qué marchaba mal. Pero si lo hubiera hecho, Mary habría subido inmediatamente y tratado de dominar la situación.

Esto debe terminar, pienso mientras me meto en cama en la casa silenciosa. Decido que así será, pase lo que pase, aunque ocasione una disputa. Después de la función de Navidad, Mary debe regresar a su casa. Hasta entonces soportaré que actúe de manera infantil con Dot. Trataré de aguantar que susurren en el salón y se digan secretos. Pero resuelvo que después me quedaré con mi hija para mí.

Sin embargo, al día siguiente debo recordar lo que me he propuesto y morderme el labio. Porque Mary me dice algo que yo ignoro de mi hija, aunque lo habría sabido si no hubiera retenido a Mary conmigo.

Estamos en la tienda. Es el final de la mañana y dentro de unas horas abriremos después de un cierre de varias semanas. Hemos vuelto a preparar los pedidos de nuestros clientes habituales, lo que me parece una buena señal. Las reparaciones continúan a nuestro alrededor. Yo querría que los hombres con blusas de trabajo llenas de herramientas fueran más de prisa. Pero ya hacen todo lo posible. El frenético martilleo y el chirrido de sus taladros es para mí un ruido industrial y alegre. A Mary le irrita.

—Me altera los nervios —dice, mientras envuelve una libra de *bratwurst* tras otra.

—Cuanto más adelanten, antes podrás regresar —respondo. No puedo reprimir una sombra de anticipación en mi voz.

—Bueno —dice Mary, mirándome a los ojos—. Siempre podría mudarme al Fox.

—Oh, no —digo, sin lograr que mi voz sea sincera—. No te vayas al hotel. Estoy segura de que tu presencia le hace bien a Dot.

—También yo —dice Mary, con los ojos entrecerrados, como cuando alguien insiste en comprar a cuenta. Pero yo no quiero crédito. Es ella la que está en esa posición. Quiere quedarse conmigo y abrirse paso insidiosamente

hacia el cariño de Dot, y no es que yo no lo comprenda. Mary está sola, lo sé. Lo que objeto es su forma de hacerlo. Por ejemplo, Wallace Pfef quiere mucho a mi hija, pero nunca interfiere como hace Mary.

De modo que devuelvo la mirada de Mary con ventanas cerradas que ella no puede leer y aprieto una tecla de la caja registradora. Estoy sumando los precios de un pedido. Cuando obtengo el total, Mary ya se ha recobrado y se ha dado la vuelta.

—¿Sabes qué era eso del burro? —Dice esto apenas se cierra el cajón. No me agrada tener que preguntárselo.

Pero Mary no espera a que se lo pregunte.

—Dot está *enamorado* del burro. Es decir, de una mitad. —Su voz es un verdadero graznido—. Le gusta el chico que lleva la cabeza.

—No me extraña —dije con calma, pero temo interiormente salirme de mis casillas. Realmente podría verme obligada a hacer algo que lamentaría.

Me aparto de Mary y reflexiono. Si ha sido capaz de penetrar en el corazón de mi hija hasta ese punto, ¿dónde se detendrá? Si alguna vez Dot se escapa, me figuro que se hará llevar en autostop a la ciudad y se irá a vivir con su tía. ¡Qué victoria para Mary! Me echará de la Casa de las Carnes y no me dejará entrar allí. Tendré que contratar un abogado para recuperar a mi hija. No es justo. Yo tengo que ser estricta y ordenar a Dot que haga los deberes. Mary hace que se divierta y no se duerma y que, al día siguiente, esté soñolienta en la escuela. Yo debo procurar que coma frijoles y se lave el cuello. Mary le dice mentiras mirándole la palma de la mano. Yo añoraba una madre porque nunca la tuve. Me habría encantado que una madre me dijera qué debía hacer. Pero Dot me ha tenido siempre a su lado. He sido constante, pero no divertida. Para la cena hago un pastel de atún, en tanto que Mary es capaz de servir cualquier cosa que caiga en sus manos.

Pasa una semana y llega el día de la función de Navidad, una mañana fría y desapacible con las habituales advertencias a los conductores. Dot salta de excitación y está casi fuera de control. Devora el desayuno y con un estallido de afecto me abraza a mí y luego a Mary. Veo que Mary está tan conmovida y asombrada que pierde la voz, no puede siquiera desearle buena suerte a Dot o decirle adiós. Dot se olvida de cepillarse el pelo y se lanza a través de la puerta con aspecto desaliñado. Abrazo o no, corro tras ella con el cepillo, tropezando y resbalándome. La alcanzo en la parada del autobús.

—Dot —le digo— quédate quieta. Cálmate o estarás agotada a la hora de subir al escenario.

Le arden las mejillas y sus ojos relucen como puñales. Lleva en una bolsa de papel un viejo albornoz de baño de Wallace y unas sandalias más de cuero. Las monjas se ocuparán del resto de su disfraz. El viento es destemplado. Tengo las piernas desnudas. El camino resbala y está cubierto de barro helado. Dot se debate mientras le cepillo el cabello y le arranco pelusas del abrigo azul. El autobús la salva. Salta en el instante mismo en que se abren sus endeables puertas.

—La próxima vez que me veas estaré disfrazada —grita.

Los engranajes del autobús gruñen con impaciencia y ella corre por el pasillo a sentarse en el fondo, que ocupan, según me han dicho, los más revoltosos. Me saluda con la mano. Su cara es una limpia mancha de luz a través del polvo de la ventanilla. El autobús avanza cuidadosamente por el camino y Dot se ha ido. Vuelvo a casa con un plan resuelto en mi mente.

Lo primero que voy a hacer es llamar a Wallace Pfef, porque mi coche tiene un neumático para nieve gastado y esta tarde, con tanto hielo, necesitaré que él me lleve. No puedo pedírselo a Mary porque llevaré un plato especial, secreto, y no quiero que ella se entere. Es decir, no antes de que termine la representación y los padres se dirijan, hambrientos, a la parte trasera del auditorio, donde se colocan las largas mesas llenas de platos descubiertos. En ese momento lo sabrá. Bien pronto. Porque he decidido ir más allá de lo que Mary osaría. He decidido que una madre celosa tiene derecho a ser imprevisible. Y también he arreglado todo para que las miradas curiosas se dirijan a Mary y no hacia Dot ni a su madre. Comeremos en nuestros platos de papel mientras hablamos con Wallace Pfef, ignorando los murmullos de la mesa y las cabezas rascadas. Mary, por su parte, estará en otro sitio. No me importa y ni siquiera me propongo sentarme a su lado durante la representación.

Cuando entro en casa, ella está preparada para conducir hasta la ciudad. Me alegro de que se marche temprano. Yo me tomaré el día libre. Así tendré tiempo para perfeccionar mi plato especial de esta noche.

—No te preocupes por esperarme —le digo mientras sale—, simplemente busca un sitio y siéntate. Estará repleto.

Asiente y arranca, inclinada hacia adelante para ver a través del plástico cuadrado contra la helada fijado a su parabrisas. Llamo a Wallace y arreglo la hora y pienso que todo marchará como un reloj. Pero por supuesto no es así, como ocurre con la mayor parte de las cosas de la vida.

Esa noche el gimnasio está atestado y ruidoso. Me meto en la confusión con Wallace y con mi fuente recubierta de papel de plata, pero antes de que pueda depositarla en la mesa, Mary nos encuentra. Va muy puesta; lleva un turbante negro adornado con un broche de cristal cortado y un vestido nuevo de rayón. La tela es tan insólita que casi no puedo dejar de mirarla. Cubren el fondo azul unas marcas que podrían haber sido dibujadas con carbones por hombres prehistóricos. Es una especie de escritura, legible aunque carente de significado. Inspira el deseo de inclinarse para descifrarla.

—He reservado asientos —dice— en la primera fila. Vamos antes de que alguien los ocupe.

—En seguida te alcanzo —digo, mientras empujo a Pfef para que la acompañe. Por suerte está ansiosa por volver a su sitio y no advierte que he traído una fuente. Puedo así deslizarla junto a las demás. Saludo a las maestras que están en la parte trasera ordenando los vasos de papel. Incluso la señora Shumway ostenta esta tarde una sonrisa agradable, aunque sus ojos recorren la muchedumbre y se posan un segundo sobre el centelleante broche de Mary con un brillo de prevención.

Finalmente llego al asiento que Mary me reserva entre Wallace y ella. No tiene nada que decirle a Wallace desde que se ha hecho amigo de Dot. Y también le reprocha las remolachas, porque con ellas han venido los supermercados que tanto han perjudicado a su tienda. Miramos alrededor, invadidos por la excitación general. Brillan las luces metidas en cubos de malla metálica. Padres con las camisas arremangadas traen más sillas plegables e instalan en ellas a las abuelas con cuellos de armiño. Las monjas, con sus negros velos, se agrupan junto a las entradas del escenario. El gimnasio está decaído, es un salón parroquial de muchos usos que sirve para cenas de boda y funerales, reuniones para estudiar el presupuesto, bingos. El telón morado de terciopelo es un raído desecho de la escuela pública. El suelo de madera cruje y se estremece. Pero las paredes relucen, cubiertas de franjas de papel de plata. El ruido febril aumenta y aumenta y luego, de pronto, se acalla y sólo se oye el roce de los programas de mano. Entre susurros, encontramos y admiramos el nombre de Dot. Las luces se apagan. El silencio es completo. El telón chirría y se abre. Un reflector revela a un niño con un poncho de punto y un enorme sombrero como los que cuelgan en las paredes quienes han ido a México. Dice un largo discurso triste acerca de su amigo el burro, al que tiene que vender a la fábrica de cola para comprar comida. Detrás de él, en una hilera de asientos poco iluminados, un coro de niños de primer grado lamenta la suerte del animal.

El chico tira de la cuerda que retorció entre las manos y el burro entra desde el costado. Tiene pantalones grises y zapatillas de tenis. El cuerpo es redondo, está torcido, y la cabeza de *papier mache* se sacude como la de un borracho. La boca que le han pintado, abierta y sonriente, y los ojos almendrados y ribeteados de negro le dan una extraña expresión de crueldad.

Los padres emiten *oohs* y *ahhs*, pero algunos parecen sorprendidos. Ese burro es una criatura desagradable. Su piel hecha de moqueta y arpillera teñidas parece comida por las polillas. Tiene una oreja larga y otra corta. Entre toda la concurrencia, Mary debe de ser la única persona que lo encuentra bonito.

—Oh, mira cómo se encabrita —me susurra al oído.

Sus ojos tártaros brillan suavemente; se muerde el labio. Ha apretado apretadamente sus guantes como calcetines. Sonríe mientras el niño y su borrico inician el largo viaje hasta la fábrica de cola. La tragedia, elemento favorito de Mary, está en el aire. Sus ojos refulgen cuando el coro gime.

—¡Amigos! ¡Somos amigos! —grita el chico debajo de su sombrero. Luego echa a andar lentamente por el escenario. Ambos lloran. Pero antes de llegar a la fábrica de cola, aparece San José.

Mi corazón salta. Tengo mucho miedo de que tropiece o diga lo que no corresponde. Pero lo hace bien.

Tiene una larga barba de algodón pintado con spray, un trozo de vieja tela de tapicería atado a la cabeza, y el albornoz de tela de toalla de color castaño que le ha prestado Wallace. Mis sandalias de verano le quedan bíblicas. Tal como yo me había imaginado, trae una maza de madera. Mary asiente con orgullo, y supongo que se trata de su vieja maza para matar ovejas. Eso no me gusta. San José debería llevar una herramienta de construcción, pienso, y no un instrumento de muerte. Quizá a causa de la maza, Dot parece más dura que las dulces efigies de la iglesia, más formidable. Creo que es San José, aunque sea mi hija. El burro se le arrima de lado con su tonta sonrisa maligna. Ella lo enfrenta con las piernas abiertas, balanceándose sobre los talones. Lo único que puedo ver del chico a quien ella ama, según Mary, son las rodillas de pana gris y las zapatillas deshilachadas. Dot coge el burro por el cuello y las patas grises se sacuden un instante en el aire. Entonces, ella lo deposita en el suelo y dice su texto al amigo del burro.

—Señor^[2] ¿adónde va con este burro?

—Tengo que venderlo a la fábrica de cola, porque mi familia sufre hambre —dice tristemente el chico.

—Quizá yo pueda ayudar —dice Dot—. Mi esposa María, yo y nuestro hijito el Niño Jesús queremos huir del rey Herodes. Mi esposa podría montar en el burro, si usted quiere venderlo.

—Venderé el burro para ayudarles —grita el chico—. ¡No lo matarán!

—Por supuesto que no —dice Dot—. Sólo iremos en él a Egipto a través del desierto.

Saca unas enormes monedas hechas de papel de plata estrujado del bolsillo del albornoz y se las da al chico.

Y así se completa la transacción. Ahora el burro del destino es de Dot, que trata de acariciarle el morro de papier maché. Y entonces ocurre el episodio que espero no dañe para toda la vida la mente de mi hija. El borrico se echa hacia atrás. ¿Estaba eso previsto en el libreto? Miro dubitativamente a Wallace, luego a Mary. Pero Wallace se encoge de hombros, y las pupilas de Mary se contraen como finos focos premonitorios.

—Ven, burrito —dice San José entre dientes. Tirones, quizá un poco bruscamente, de la cuerda. De pronto, una mano asoma debajo del cuello del burro y arranca la cuerda de los sorprendidos dedos de San José.

Alzo unas manos desesperadas, como si pudieran impedir algo. Ya es demasiado tarde.

El público murmura, algunos hombres sueltan las carcajadas y San José oye que el público se ríe de ella. Le arranca la cuerda al burro. La mano asoma otra vez y ahora arranca la barba de algodón gris del mentón de San José.

El brazo de Dot se contrae. Lo percibo. La cara se le vuelve roja de furia, morada, blanca, y alza en vilo la maza. Sé lo que va a ocurrir. El público está boquiabierto. La deja caer, veloz como el día del Juicio, sobre la cabeza de cartón de la bestia.

La parte delantera del burro se desmorona. La cabeza vuela hecha añicos. Lo último que vemos es a San José criminal y triunfante sobre el cuerpo inerte de un chico de pelo rubio claro.

Se ha corrido el telón y la concurrencia rumorea, consternada. Una rubia gorda, histérica, se lanza al escenario, sin duda la madre de la parte delantera del asno. Yo he echado raíces.

—Ven —silba Mary, con su bolso en el codo—, o las monjas le arrancarán la piel.

Dejamos a Wallace a cargo de las sillas y buscamos la puerta lateral. Pasamos por detrás del telón al escenario. Angeles y pastores forman grupos afligidos. La Virgen María se ha arrancado el velo y llora en un rincón. Las

siluetas de vacas y ovejas, de madera pintada, parecen estúpidamente perplejas.

—¿Dónde está Dot? —La voz de Mary retumba. Todo el mundo se gira.

—Se ha escapado por la puerta trasera del gimnasio —dice una de las hermanas, con los labios apretados.

—Entonces, hay que formar una partida de rescate —dice Mary—. ¡Está descalza en la nieve!

Pero no se forma ningún grupo.

Tomo del codo a Mary y la saco por la puerta trasera.

—La buscaremos con tu furgoneta —dijo—, y no te preocupes. Estoy segura de que se ha puesto las botas.

Recorremos lentamente las calles de Argus. Hay tantas calles nuevas que a veces apenas sabemos dónde estamos. Volvemos, nos detenemos en la tienda, no tenemos suerte, y seguimos hasta mi casa. Encontramos a Dot acurrucada en una manta, sentada en la mesilla del salón con los pies desnudos junto al radiador. Las botas rojas que llevaba se secan sobre una alfombrilla de plástico.

—Chiquilla —digo aliviada, y voy hacia ella, pero Mary llega primero.

—Un momento —dice Mary, conteniéndose—. Algo le ocurre.

Es verdad, Dot oculta algo. Aferra la barba del disfraz, tiembla de frío o quizá trata de recobrase. Derrotada, envuelta en la manta, curiosamente parece un viejecito cualquiera. Tiene la cara pálida, surcada de dolor y sus ojos azules, sin la menor huella de enfado, parecen distantes y extraños.

—Dot —digo y abro los brazos.

Vacila, quiere venir, no se lo permite, no me mira pero empieza a moverse. Mary está en medio. Se arrodilla con un crujido y bruscamene se inclina y aferra por el cuello y el pecho a mi hija, con fuerza. En ese momento no me importa que sea Mary quien la abraza, porque sólo puedo sentir la tristeza de Dot. Pero Dot se lanza a mis brazos, pasa por encima de Mary como un toro y la derriba, un montón de signos negros. Luego Dot sube la escalera a toda prisa. Cierra su habitación con un portazo.

La caída de Mary ha sido tan sonora que me detengo un instante a ayudarla. Pero no se ha hecho daño y trata incluso de mostrarse complacida. Aparta mis manos y se pone de pie.

—Ésa es mi niña —dice mientras se ajusta el turbante.

Yo subo.

—Dot —digo, y golpeo la puerta.

Un rato más tarde oigo su voz sofocada y entro. Me siento con ella en la oscuridad, en el diván donde se ha echado, y lentamente, como por casualidad, la rodeo con mis brazos. Ella no se mueve, pero está tensa como un animal asustado, lista para huir o quedarse inerte bajo la mano del cuidador. Desplazo las palmas para que la toquen apenas. Cuando aprieto los dedos contra su pelo y le acaricio el cuello está a punto de hacerme a un lado. Pero no puede, el deseo de luchar la ha abandonado y me necesita demasiado para resistirse cuando la atraigo. Su pesada cabeza cae sobre mí, salada, olorosa a lana. Sus hombros se mueven, pero no sé que llora hasta que la falda se pega a mis muslos y respira hondo.

Pasa tanto tiempo antes de que vuelva a respirar que casi la sacudo alarmada. Pero sólo se ha dormido, y ahora nada la perturba. No me aparto, aunque se me entumescen los brazos y Mary está abajo. No la dejo cuando cae en el primer sueño y pesa todavía más. Me quedo perfectamente inmóvil.

Luego sus dedos se separan, como si la arena cayese entre ellos, y parece más ligera. El radiador del rincón vibra. La habitación de Dot huele como el nido de zapatos y calcetines que ha hecho esta semana. Huele al relleno caído de sus muñecas maltrechas y abandonadas y al serrín en que se acurrucan sus hamsters. Huele al aceite que le pone a su guante de *softhall* y al agua de lilas que se echa en el pelo. Huele a la helada arenilla que hay entre la ventana y el marco. Huele a Dot, un olor limpio y amargo como el de la corteza nueva que yo podría reconocer en cualquier parte.

Me adormezco en esa paz, y cuando despierto no sé si es mucho más tarde. Bajo y veo a Mary junto a la cocina. Tiene en una mano un trozo de pan con mantequilla y en la otra un tazón de café ligero. El reloj señala medianoche.

—He preparado una cafetera. —Señala la cocina—. Sírvete un poco.

Así lo hago y, durante un rato, comemos y bebemos en silencio.

—Wallace debe de haberse quedado para hablar con los padres —digo finalmente—. Supongo que de alguna manera las monjas habrán salvado la situación.

—Ese chico se lo merecía —dice Mary—. En realidad su puesto estaba en la parte trasera del burro.

Concuerdo con Mary. Ella piensa que debe de ser un chico nuevo en la zona, de los que viven en esos bloques que la gente llama casas de cartón. Le digo que desde el principio de los tiempos los niños tienen momentos de violencia, y que éste pasará. Empieza a hablar de la cena, de cómo la gente se habrá reunido, llenado sus platos y comentado su gelatina especial. Ha

encontrado una receta que nunca ha preparado antes. Después de estar con Dot yo estoy medio dormida, y cuando le hablo del plato que llevé, no reflexiono.

—¿Notaste que llevé una fuente? —pregunto.

—No —responde. Ni siquiera pregunta qué era. Toco su silla y me echo a reír.

—Entonces, escucha —digo—. Llevaba tu nombre.

—¿Mi nombre? —Está intrigada.

—Lo pegué con celo debajo de la fuente —le digo—, aunque lo hice yo misma.

Ahora guarda silencio, curiosa.

—¿Qué era?

—Gelatina.

—Oh —dice—. ¿De qué?

—De tuercas y tornillos —digo—, y arandelas de todas clases. Busqué los ingredientes especiales en la caja de herramientas de Russell.

Sus pupilas se endurecen y empequeñecen. Me mira largamente. Luego se aparta y sopla el café, como para enfriarlo. Espero que se ría y comprenda la broma. Pero no habla. Deja caer los hombros y afloja la espalda. Y entonces, en las extrañas letras de su vestido, leo que está ofendida. No lo admitirá, lo sé, pero Mary quería aún más que yo que esta noche fuera un éxito. Quería probar los platos de la cena y hablar de ellos. Quería jactarse del importante papel de su sobrina. Era la primera vez que estaba incluida en una medida tan grande en la vida de Dot, y si un huracán no arrasaba la tienda hasta los cimientos, probablemente sería la última. No tiene excusas para quedarse, ni siquiera a esta hora.

—Me voy —dice—. He dejado la tienda sin cerrar y los perros están sueltos.

Se pone el abrigo y sale. Me quedo de pie en la puerta, mientras sus faros se mueven en la oscuridad. Casi nunca pienso en los sentimientos de Mary, pero ahora lo hago. Pienso en ella sola en la pequeña cueva palpitante del vehículo. Se había puesto finos guantes de fantasía para la función y la noche es tan fría que sólo puede poner una mano por vez sobre el volante. Mientras conduce, sopla sobre la otra mano para calentarla. Luego, cambia de mano. Entre mi casa y Argus hay tres millas, y el camino es malo. Veo que la furgoneta se mueve cautelosamente entre los surcos peligrosamente helados. Las luces rojas tiemblan en el lejano cruce, y luego desaparecen.

Desde hacía un tiempo el silencio de Adelaide y la expresión pensativa con que miraba las hojas mojadas por la lluvia tras la pequeña ventana de su dormitorio advertían a Omar que se estaba formando en ella un acceso de furia. Esa furia no tenía nada que ver con él. Crecía con la regularidad del agua y de nada servía que él tratara de contenerla. Cuando Adelaide estallaba, Omar se mantenía fuera del paso y dejaba que golpeará sillas y mesas y pateara y maldijera y sacudiese las cortinas, que rompiera todo lo que necesitara para recuperar la paz.

En la oscuridad azul, cuando despertó y vio que ella se había levantado de la cama, se deslizó escaleras abajo para atisbar su estado de ánimo. Estaba sentada ante la mesa de la cocina con una taza de chocolate. Su piel se había tornado blanca como el papel con la edad, y también su pelo, un erizado halo eléctrico. El cuello y la delgada cintura eran todavía flexibles. Sus gestos eran duros y rápidos. Hablaba de modo cortante y de sus ojos emanaba una luz áspera y fresca que conquistaba a los clientes que venían a ver sus aves. Ahora, con su bata amontonada a su alrededor como una ola blanca, Adelaide pinchaba con un lápiz afilado una planta verde jade en una maceta. Omar la miró un momento y luego volvió a subir, se vistió y descendió por la temblorosa escalera posterior.

Afuera, el vapor subía desde la hierba y las palmeras gris azuladas vivían y se estremecían en la brisa que se levantaba al alba. Los primeros pájaros despiertos empezaban a quejarse, a lanzarse de un lado al otro de la cúpula de alambre. Se posaban un instante y retornaban al extremo opuesto con dos o tres aleteos, según su tamaño. Todas las mañanas debían probar los límites de su territorio y descubrir su forma antes de aquietarse para cantar y comer. Tenían cerebros diminutos como mecanismos de reloj, precisos pero estúpidos. No lograban guardar una idea en la cabeza de la noche a la mañana.

Cuando Omar entró en el gran mirador plateado que brillaba entre las palmeras y atraía a los turistas de la localidad, las aves alzaron vuelo con las garras extendidas y giraron en el aire; luego acudieron a afilar los picos en los troncos muertos enclavados en el cemento. Las costillas arqueadas de la jaula se elevaban, negras, contra el cielo gris perla. En el otro lado de la casa, Adelaide empezó. El no se volvió a mirar, pero el grito sin palabras le dio en

el estómago. A veces, en la barca, sus compañeros pescadores ataban fuertemente dos pescados de desecho, los arrojaban a las gaviotas y miraban cómo las aves los cogían en el aire y se mataban asombradas, unidas desde las tripas. En momentos como éste había entre Adelaide y él un vínculo igualmente vicioso. El sentía el dolor de ella como si lo padeciera él mismo, pero nada podía hacer.

Atravesó la jaula hasta el recinto donde se guardaban los alimentos. Las aves conocían la rutina y se reunieron con los ojos brillantes como los de las serpientes. Debían comer más que su propio peso y era desagradable contemplar aquel frenesí matutino, aunque era el único momento en que parecían inteligentes. La avidez movía sus cabecitas como pistones y los picos apuñalaban trocitos de fruta y de grasa animal. Omar se apartó y oyó que en el interior de la casa se quebraban cristales en largas oleadas argentinas. Adelaide barría los objetos de adorno o quizá había arrancado el estante de las copas. Jamás se lastimaba y no había en verdad motivo para detenerla. Las cosas de cristal eran baratas y el vecino más próximo vivía a cuatrocientos metros de distancia. Lo que oprimía a Omar era la espera.

Para pasar el tiempo imaginó lo que harían cuando Adelaide volviera en sí. Ambos estaban con las manos unidas en el jardín del frente, detrás del jacarandá, y reían de alguna tontería dicha por un cliente. Ella le ganaba a las cartas y las dejaba caer abiertas en abanico. Ella recogía una piedrecilla plana y brillante del sendero y se la arrimaba a la mejilla. Lo miraba a los ojos. Le alcanzaba un jabón. Un gajo de naranja. Un periódico. Ambos dormían estrechamente acurrucados en la cama hundida.

Con el silencio, la casa se volvió inmensa y él se dispuso a entrar. Ahora los pájaros se hablaban unos a otros, sin prestarle atención. El cielo era bajo y denso, la lluvia un tibio rocío invisible, y el calor ya se acercaba. Oyó la escoba de Adelaide y esperó junto a la puerta hasta que la pala se vació musicalmente dos veces. Entonces entró. Ella estaba en el centro de la cocina, los pies manchados de sangre. Tenía el pelo apretadamente recogido con un pasador curvo de acero, y colgaban inertes las nubes acolchadas de su bata blanca. Tenía los labios palidísimos y los ojos cansados, asustados, clavados en los suyos. Cogió una taza de café, la llenó temblorosamente y él se adelantó para quitársela de las manos antes de que se derramara.

Capítulo doce (1964)

WALLACE PFEF

Querían demasiado a Dot y por ese pecado ella les hacía la vida imposible. A veces parecía que en ella se congregaban las peores características de toda la familia: la brusquedad y la obstinación de Mary, la vanidad de Sita, la crueldad ocasional de Celestine, la falta de responsabilidad de Karl. Yo pasaba por épocas; evitaba durante meses a Dot y a Celestine y luego cedía. Dot tenía un rasgo que siempre me obligaba a regresar.

No tenía miedo de nada. Ni de la oscuridad, ni de las alturas, ni de ninguna clase de reptiles. Se zambullía desde lo alto, trepaba por mis escaleras al techo, se movía en la noche como si fuera su dueña. Me mostraba frascos con criaturas repulsivas que ella contemplaba tiernamente durante horas, orugas, babosas, una araña amarilla, serpientes negras con franjas longitudinales de color naranja. Y también cuidaba de otros animales. En verano, olía como las apretadas pelotillas de alfalfa que daba de comer a sus conejos, o tenía el olor a cloaca del alimento para tortugas. Pero era más amable con sus tontos animales que con su madre o su tía.

A ellas las mataba de hambre.

Pienso que la conducta de Dot era en parte resultado de las disputas de Mary y Celestine. A veces me parecía que la fricción entre las dos mujeres podía hacer polvo a Dot, pero en cambio ella se fortaleció y endureció. Cuando tenía cinco años, sólidamente afirmada en el patio, se ponía los puños en las caderas y les gritaba a los gatos. A los diez podía cumplir, si se lo proponía, una jornada entera de trabajo.

A veces, por la tarde, Dot venía a casa con la excusa de podar los rosales y los manzanos en flor, o de rastrillar el césped recién cortado. Yo había prosperado gracias a la remolacha azucarera. Las tierras que había comprado se revalorizaron cuando llegó la remolacha, y ahora tenía una participación en

la nueva refinería de azúcar. Podía perder el tiempo con mis tareas domésticas. Dot me miraba trabajar, y probaba mis herramientas. Le encantaba martillar, y nada era invulnerable para ella. Suelos, tiestos, mesas, paredes. La persuadí para que construyera una pajarera, que salió torcida, enorme, capaz de albergar a una jauría de perros. Instalamos una canaleta y juntos construimos un loco enrejado de madera para las enredaderas.

Lo más bonito que hizo para mí, el regalo que siempre recuerdo, fue una caja de cartón para huevos con cáscaras de huevo cuidadosamente partidas. En cada una había una cucharada de tierra y, según me aseguró, una semilla sorpresa que crecería si la regaba con diligencia. Puse la caja en el alféizar de la ventana, la regué y algunas semillas germinaron. Brotaron frágiles vástagos que palidieron y se marchitaron antes de que yo pudiera saber qué eran.

Me enorgullecía que cuando se escapaba de su casa pasara por la mía. En una ocasión la encontré de repente acurrucada, cansada y dormitando en la parte superior de la escalera del sótano. Estaba descalza y en pantalones cortos. Se había envuelto en un viejo jersey gris para trabajar en el jardín que yo guardaba abajo, colgado de un gancho.

—Me voy de casa —dijo—. Hasta he dejado una nota.

—¿Por qué?

—Quiero ir a vivir con papá.

—Bueno, bueno —le dije para tranquilizarla—, cuéntale todo al tío Wallace y él lo arreglará.

Los ojos de Dot se agrandaron y dispararon rayos de ardiente desdén.

—No hay nada que arreglar. El me envía cosas —dijo—, cosas buenas, como jabones. Y horarios de autobuses y relojes de juguete. Me quiere y no es lo que dice tía Mary.

—¿Qué dice tía Mary?

—Que es un vagabundo.

Vacilé. En un tiempo hubiera defendido a Karl. Me llevó unos segundos comprender que con los años mis lealtades habían cambiado, y que eso había ocurrido sin que me lo dijera a mí mismo, sin reconocerlo.

—Yo diría que no es exactamente eso —logré articular.

Ella lo tomó como una aprobación.

—Ya lo sé —dijo—. Si fuera sólo un vagabundo, ¿cómo hubiera podido conseguir esa silla de ruedas? Un vagabundo no tendría una cosa así.

—Es verdad —respondí, pensando en ese regalo ridículo.

Dot, suspicaz, reflexionó sobre esto.

—¿Conoces —dijo por fin, señalándome con el mentón— mi colección de cajas de cerillas? Casi todas son de sitios lejanos. A veces envía una de Iowa o de Minnesota, pero casi nunca. Ha estado en todo el mundo.

Esa afirmación era insostenible, incluso para ella misma. Lo supe por la forma en que se apartó, incapaz de mirarme.

—Dot —dije—, ven arriba y te prepararé un sandwich. ¿Tostado, de queso y atún?

Me siguió, pero no se dejó distraer de su objetivo por ninguna de las cosas que prefería, ni siquiera por los cookies que adoraba, llamados Mystic Mint. Yo guardaba para ella una caja en la nevera. A los dos nos gustaban fríos. Hizo que pusiera media docena en una bolsa de plástico para el viaje. Sólo cuando le pregunté dónde creía que encontraría a Karl dejó de parlotear acerca del hermoso futuro y de las cosas que verían juntos. Pasó un buen rato más antes de que me permitiera telefonar a Celestine.

—Escucha —dije a Dot después de colgar—. Deberías olvidarlo.

Dejó el sandwich en la mesa con expresión hostil.

—¿Por qué?

Respiré hondo. Mi corazón palpitaba con fuerza; era una tontería, supongo, pero en ese momento pensar en Karl me impedía respirar normalmente. Durante el largo período en que no me había permitido recordarlo había ocurrido algo. Si no se examinan ni airean, los sentimientos pueden cambiar, pudrirse o engendrar venenos. Me encontré diciendo cosas sorprendentes.

—Es peor que un vagabundo —dije—. Dejó embarazada a tu madre y escapó. Me robó un poco de dinero y fue a casa de tía Sita, a que le dieran de comer, la envió al manicomio, y luego desapareció. Trata de vender cosas que no funcionan. Se emborracha y miente, no puede ganarse la vida, engaña a la gente. No sirve para nada... y le dio un puntapié a mi perra.

Me interrumpí sin aliento, asombrado y enfermo. La cara de Dot resplandecía. Transportada por mis palabras, estaba lista para salir a buscar a su padre de inmediato.

—Y —agregué, urdiendo una desesperada mentira, la única— odia a los niños.

—A mí no —gritó Dot, mientras se ponía en pie de un salto y pisoteaba el suelo en una danza que se volvió frenética—. ¡A mí no, a mí no, a mí no!

Sentí un horrible impulso de doblegarla, de matar su fantasía. A ti sí, hubiese querido decirle, especialmente a ti.

Pero por supuesto no fui tan lejos. Celestine estaba en la puerta. Entró y atravesó la casa como un tren expreso, casi gimiendo. Me habría conmovido si no hubiera estado tan disgustado conmigo mismo. Pero después, a medida que pasaba el tiempo, asimilé la lección que los padres aprenden pronto. A veces fallas. Por más que quieras a tus hijos, hay ocasiones en que te equivocas. Hay momentos en que desatinas, no puedes ceder, te sales de tus casillas o simplemente no comprendes, y no puedes explicarle esto a un niño.

Fue un año en que tantas otras cosas empezaron, cosas de mayor y más terrible importancia. Estaba a punto de estallar una guerra al otro lado del mar y la muerte parecía perseguir a nuestros héroes públicos. Tampoco se podía confiar en el Gobierno, y ni siquiera cerca de nuestra ciudad. Aquí en Dakota del Norte había misiles preparados en una serie de silos subterráneos que no contenían cereales. En la ciudad había una fiebre de construcciones y planes nuevos. Nuestros urbanistas se estaban quedando sin nombres para las calles y habían empezado a dar a las calles sin salida los de sus mujeres e hijos.

Pero a pesar de todo lo que sucedió, ese año es todavía para mí el año en que le fallé a Dot.

La Navidad es dura para un hombre solo. Yo participaba siempre de alguna cena familiar, pero luego tenía que volver a casa. Era la época del año en que me sentía más vacío y me compadecía. Los libros sólo me distraían durante un rato, la televisión empeoraba las cosas con todos esos programas especiales de Navidad y las estrellas de cine vestidas de terciopelo, cantando villancicos, deslizándose en trineos, envueltas en grandes pieles blancas. El único acontecimiento que verdaderamente aguardaba con impaciencia ese año era ver a Dot en el papel de San José en la función de Navidad. Me había invitado ella misma y hasta se había llevado prestado un viejo albornoz mío. Su papel de San José podría haber sido el de Cristo en persona a juzgar por lo orgullosa que estaba. No sólo se lo habían dado por su estatura, sino también por su voz. Dot había desarrollado sus cuerdas vocales alentando a su equipo de béisbol durante todo el verano, chillando como un grillo enloquecido «bateador, bateador, bateador» y «vamos, chicos». Yo no recordaba que San José hablara mucho en las funciones de Navidad, pero Dot aseguraba que tenía veinte líneas. De modo que esperé esa noche, me alegré cuando llegó, y fui a buscar a Celestine canturreando las canciones de Navidad de Burl Ives. No estaba preparado para el desastre.

Hablo de mi desastre privado, secreto, y no del chico que puso furiosa a Dot ni del castigo que le infligió con la vieja maza para matar ovejas de Mary. Eso no era tan sorprendente, porque es un hecho que Dot solía tener problemas por su temperamento. No sé por qué las monjas le dieron un papel tan importante. El desastre que cayó sobre mí y me traspasó ocurrió justamente antes del otro, cuando vi a Karl.

Era el viejo albornoz castaño que le había prestado a Dot. Había olvidado como un imbécil su significado. Ese albornoz era una de esas cosas que se le prestan a un visitante, pero yo no había pensado durante años en eso ni en cómo le quedaba a Karl en el vano de la puerta.

Y en ese momento él apareció.

Fue cuando la mano del chico emergió del cuerpo del asno y le arrancó la barba a San José. Yo nunca había pensado que Dot se pareciera a Karl, pero así era. Y allí estaba él, de pronto, medio en sombras, con la luz detrás, reflejada en la madera blanca. Tenía la vista baja y las pestañas caídas; luego las alzó para mirarme directamente en los ojos de tal modo que no había distancia en el salón y ninguna entre nosotros.

Sobrecogido, me puse de pie. El gimnasio era una colmena de insectos dorados que zumbaban, flotaban, recogían la miel que me impregnaba. Lloraba. Se me empañaron las gafas. Nadie lo advirtió, por lo que doy gracias a Dios. Por un hueco entre la muchedumbre vi que la parte delantera del asno se derrumbaba. Luego la parte trasera se lanzaba hacia adelante y un chico emergía gritando del caparazón de muestras de moqueta gris.

Volví la cabeza, me golpeé las sienes con las manos, pero no sirvió de nada. Karl estaba aún allí, por la mañana, del otro lado de la mesa, se servía café y revolvía tres cucharadas de azúcar, se echaba atrás el pelo con los dedos, lamía gotitas de leche de su bigote.

Las cortinas se cerraron. Una de las hermanas anunció que la función se daba por terminada. De la multitud surgieron aplausos dispersos, y los pasillos empezaron a llenarse de gente.

—¿No podríamos comer algo, por lo menos? —preguntó alguien. Me obligué a responder, a secarme la frente y a limpiar mis gafas con gestos estudiados y cuidadosos. Luego me moví entre los grupos de gente que buscaban consuelo en las mesas.

Las cubiertas de Pyrex de las fuentes habían sido retiradas. Se sirvieron y distribuyeron tazas de café. Seguí mecánicamente la fila, recogí misteriosos manjares, comí frenéticamente. Entre un bocado y otro pedía excusas por la conducta de San José, y pronto la conversación giró como siempre hacia las

previsiones para la remolacha azucarera, los intereses hipotecarios, los préstamos oficiales y el coste del pavimento. Y luego casi me rompí un diente con un tornillo.

—Una extraña broma —dijo el director de la escuela, con quien yo estaba hablando—. Nadie sabe quién ha sido el autor. Quizás algún gamberro adolescente. Quienquiera que fuese, llenó una fuente de artículos de ferretería, y si había un nombre pegado, se desprendió.

—Qué cosa tan rara —dije mientras hacía a un lado el trocito de metal.

Ese tornillo me devolvió el buen sentido. Ya era hora de que me fuera a casa, a salvo de los problemas, y ahogara mis alucinaciones en la bañera. Lo que necesitaba desesperadamente era un baño caliente. Miré a mi alrededor, pero Celestine y Mary no estaban. Pensé que después del fiasco probablemente habían llevado a Dot a casa en la furgoneta de Mary. Debería haber pensado en Dot en ese momento. Debería haberme preguntado qué la habría impulsado a golpear al asno. Pero estaba sumergido en mis recuerdos y agotado por la tensión de ocultar a Karl. Salí del gimnasio de la escuela, busqué mi coche y me fui a casa. Durante todo ese tiempo no dejé que Karl asomara una sola vez, aunque él se debatía, aunque su cuerpo era pálido y delgado y sus gritos eran suaves. Lo retuve abajo con todas mis fuerzas.

En casa, trastabillé hasta mi diván, demasiado fatigado para moverme o llorar, demasiado triste para acudir a la puerta la primera vez que llamaron.

Luego ella volvió a tocar la campanilla. Creo que ni siquiera entonces habría abierto si la noche del nacimiento de Dot no hubiera resuelto que siempre debía estar a disposición de un extraño en peligro. Además la perra ladraba. Hacía frío y la había dejado atada en el patio trasero. Fui a abrir la puerta y me quedé tras ella, alisándome el pelo y componiéndome antes de ver quién era.

—¿Tío Wallace?

No había necesidad de mirar. Oí su voz, peligrosa a causa de la necesidad, como la de él.

—Déjame entrar, hace mucho frío.

—No —dije—. Quiero decir, vete a tu casa.

Dot, incrédula, guardó silencio.

—Tengo que decirte algo —insistió. Metió el pie entre la puerta y el marco y empujó, como su madre, o más bien como su padre el vendedor.

—No —repetí; la tomé de sorpresa y la hice girar—. Lo digo de veras. Vete. —Prácticamente la arrojé afuera y luego traté de arreglar un poco las cosas.

—Lo siento, querida.

Pero su cara era una máscara de papel estrujada como una pelotilla de odio. Era extraño. Parecía transparente por el frío, una niña de cristal. La luz azul de la nieve brillaba a través de ella cuando se arrancó mi viejo albornoz y me enfrentó inmóvil un instante. Vi que era otra persona y no Karl, que estaba medio congelada y no llevaba otra cosa que una camiseta floreada de niña y unas bragas de algodón blanquísimas mientras saltaba escaleras abajo por encima del albornoz castaño.

—¡Vuelve! —grité, pero ni siquiera entonces, y eso era todavía más imperdonable, estaba suficientemente convencido como para correr a buscarla. Iba hacia su casa. Estaba a casi ochocientos metros. Plegué el albornoz entre los brazos, me dije que permanecería allí afuera tanto tiempo como calculara que tardaría en llegar. Así me convencería de que estaba bien. Pocos minutos después temblaba y tenía la cara entumecida.

Corrí adentro, busqué las llaves del coche y arranqué violentamente. Pensé en la primera vez que había ido a esa casa, de noche, siguiendo a la perra. Dot ya existía, un minúsculo accidente. Hubiera podido acurrucarse dentro de un signo de interrogación impreso.

Miré con atención pero no la vi; conducía despacio, alerta a cualquier movimiento a ambos lados, en las zanjas. Quizá se ocultaba de mis faros, y hacía frío, tanto frío. Llegué a la casa sin encontrarla, pero entonces se encendió una luz y de pronto la vi por la ventana, una sombra que subía las escaleras.

Ese año mis regalos de Navidad para Dot sólo trajeron como respuesta una nota de agradecimiento escrita por Celestine con una letra que se suponía parecida a la de Dot. Telefoneé. Celestine obligó a Dot a hablar conmigo, pero mis preguntas y bromas sólo encontraron frialdad. Me devané los sesos tratando de imaginar una forma de recuperarla. Pensé regalarle un perro, pero sabía que Celestine le había rechazado perros a Mary. Celestine me odiaría si le regalaba un pony. ¿Y un coche? Si hubiese tenido edad suficiente habría saqueado mi cuenta de ahorros para comprarle un cochecito. O un anillo de perlas y diamantes. Pero Dot odiaba las joyas. En cambio, le gustaban las fiestas. Llamé a Celestine y le pregunté qué pensaba hacer para el cumpleaños de Dot, que cumpliría once la semana próxima.

—Nada, quiero decir que no tengo planes.

—Entonces déjame hacerlos a mí —dije—. Yo organizaré la fiesta.

No fue difícil convencer a Celestine. Para ella las fiestas eran una empresa desagradable. Yo sabía que sólo las hacía para ayudar a Dot a tener amigos, y que hasta ahora sólo habían servido para lo contrario. Eso se debía en especial a Mary, a quien era preciso invitar. La mirada amarilla de Mary y su voz pedregosa asustaban a los chicos. Organizaba juegos con amenazas amables pero espantosas y los invitados obedecían como rehenes a quienes se apunta con un arma. Jugaban mecánicamente, acechando ansiosamente su aprobación. Sus risas eran falsas. Pero Mary no lo advertía ni aceptaba la sugerencia de Celestine de que abandonara esas tácticas intimidatorias. En cuando a Dot, se convertía en el lugarteniente de Mary y cumplía las ordenes de su tía con determinación y celeridad de hombre de negocios. Aparentemente, a Dot no le importaba que al final de la fiesta los demás chicos huyeran llenos de alivio.

—Quizá puedas conseguir que Mary deje en paz a los niños —dijo Celestine—. No estará en su terreno.

Si hubiera sido por mí, no habría invitado a Mary. Pero ése era el precio que debía pagar por el derecho de ofrecer la fiesta. Naturalmente, era preciso invitar a la tía de Dot. Pero si lo hacía, resolví, invitaría también a Louis y a Sita. En los últimos tiempos no habían circulado mucho aunque, según había dicho Louis, era conveniente que Sita no abandonara su vida social. Yo conocía a Louis del Club de Leones, del Ayuntamiento y, desde luego, por su trabajo de diagnosticar las pocas plagas que amenazaban a la remolacha azucarera. Era en nuestra región una persona importante a quien se llamaba siempre en momentos de crisis. Había sido un acompañante perfecto —firme y capaz— cuando Sita necesitaba cuidados. Pero era evidente que cuidarla lo había desgastado. Ahora, cada vez que veía a Louis lo hallaba más delgado y ceniciento. Padecía angina de pecho y debía llevar siempre consigo píldoras de nitroglicerina. Con todo pensaba que su carácter razonable y su autoridad moderarían a Mary.

—Será una reunión mixta —le dije por teléfono—. La familia, unos cuantos compañeros de escuela de Dot, y quizás uno o dos miembros del Club de Leones.

—Hace años que no voy a un cumpleaños —dijo Louis—. Como no tenemos hijos nadie cuenta con nosotros. Nos encantaría ir.

—¿Adónde? —Era la voz de Sita; había alzado el otro teléfono y estaba en la línea.

—Te he pedido que no hagas eso, querida —dijo Louis.

—Ya lo sé —dijo Sita—, querido.

—Llamaba para invitaros al cumpleaños de Dot.

Sita colgó.

—Iremos. Quiere a la chica. Entonces te veremos allí —dijo Louis.

Después de invitar a todos, a los compañeros de Dot y también a Mary, descansé y pensé por primera vez que estaba pidiendo a Mary y a Sita que pasaran varias horas juntas cuando hacía muchos años que no se encontraban bajo el mismo techo. También consideré que le pedía a Louis que viniera contando con su influencia estabilizadora; pero que si en el último momento no podía venir, yo estaría perdido. Sin él, pensé, jamás podría evitar que estallara la caldera de los elementos que había combinado. Como se comprobó, su influencia no era suficiente.

A pesar de los problemas potenciales, los preparativos me llenaron de alegría. Decidí que el tema de la fiesta sería Hawaii. Sería un *luau* de interior, y se oiría «Pacífico Sur» mientras los niños jugaban a «ponle la cola al marrano». Dot recibiría en la puerta a los invitados con un cesto de *leis* de papel *crêpe* que les pondría en el cuello. La tarta de cumpleaños sería de piña. Compré una base giratoria, a cuerda, en la tienda de regalos del centro. Imaginé cómo daría vueltas la tarta mientras en la cajita de música tintineaba «Cumpleaños feliz». Todos cantaríamos. Habría abundantes bebidas preparadas con zumos exóticos, hielo picado y sombrillas de papel. Le regalaría a Dot un ukelele que había encargado en Fargo. Y lo más importante: ella me perdonaría.

Amaneció el 18 de enero. Once años desde que yo había abierto la puerta durante una tormenta de nieve. El día era sereno y no demasiado frío. En la ciudad el sol se reflejaba en el pavimento de las calles y disolvía la nieve en algunas partes, y los chicos que recogí parecían contentos, aunque algo nerviosos. Quizá ya habían ido a otras fiestas de Dot. Pero ésta sería diferente.

Eran cuatro los únicos amigos de Dot, tres chicos altos y robustos y una niña de carita fresca y expresión dulce. Sin embargo, cuando llegamos a casa y la furgoneta de Mary apareció detrás como un gran pez predador rojo oscuro, su rostro se endureció.

—No temas —dije mientras bajábamos, pero todo lo que yo hubiera podido agregar para tranquilizarla quedó sumergido debajo de los gritos de júbilo de Dot y la voz cascada de Mary.

—Vamos, de prisa. ¡Tenemos que celebrar un cumpleaños!

La cara de Mary estaba roja de excitación y casi no reparó en mí, a tal extremo estaba concentrada en los niños. Los puso en fila tras ella y los hizo

marchar hasta la puerta antes de que yo estuviera en condiciones de intervenir.

—Compañía, ¡alto! —aulló.

Luego abrió la puerta y todos entraron. Dot iba detrás de Mary y los demás niños arrastraban los pies como prisioneros de guerra y miraban atrás con ojos implorantes.

—No temáis —repetí, pero la puerta se cerró y yo tuve que ir a recoger las compras de última hora: vasos de papel, pinzas de ropa para un juego, y pajas especiales de colores, antes de correr a protegerlos.

Pero una vez dentro poco se podía hacer. Los niños formaban un grupo resignado y bajaban las cabezas para que Mary o Dot les pusiesen los *leis*. La parte posterior de sus cuellos era delicada y vulnerable. Yo traté de animar la fiesta, vestido con una estridente camisa hawaiana, pantalones de vagabundo de playa y un gran sombrero de paja. Lo primero que hice fue distribuir los regalos, unos silbatos para aves que en un instante convirtieron el sitio en una pajarera. Celestine entró y se detuvo en la puerta del salón, a la expectativa, pero nadie la advirtió excepto yo. Se le ensombreció el rostro mientras apreciaba la situación.

—¿Ves lo que te decía acerca de Mary? —preguntó.

Los niños formaban una hilera mientras Mary los numeraba para alguna finalidad. Todos tenían la expresión de haber sido elegidos para la brigada de incendios.

Alcé las manos con un ademán de derrota.

—No logré detenerla —dije.

—Tampoco yo lo consigo jamás. —Celestine se encogió de hombros.

Mientras estábamos allí, llegaron Sita y Louis en su gran coche plateado. Entraron. Como siempre, Louis estaba sereno y controlado, pero también parecía más frágil. Tenía los ojos hundidos y fatigados. Quizá Sita había padecido una noche difícil. Sin embargo, sonrió al oír los silbatos que habían vuelto a trinar de modo ensordecedor. Mary había organizado equipos de aves. Louis entregó su abrigo a Dot y la besó cuando ella le colocó su *leis* en el cuello. También ella lo besó con entusiasmo y abrazó a Sita. Aparte de su madre, yo era el único a quien Dot no había demostrado afecto.

Yo confiaba en que su actitud cambiaría minutos más tarde. El ukelele estaba en su caja. El gracioso instrumento de madera clara traía instrucciones sencillas y un libro para principiantes llamado *Temas favoritos de las islas* de los que Dot podría aprender «Amor en Tahití», «Más allá de los arrecifes» y «Canción de cuna de Papeete».

Sita me dio una palmada en el hombro. Había adelgazado y perdido su brillo en el hospital mental, lo sabía. Pero parecía aún más decaída. Tenía el rostro demacrado y delicadamente arrugado como un papel de buena calidad. Parecía enferma, y sin embargo todavía estaba sorprendentemente hermosa con sus ropas elegantes y sus rasgos delicados.

—Todo está muy bonito —dijo, señalando las tiras de papel *crêpe* verde que colgaban de la lámpara, el hibisco de plástico, el póster de turismo y el centro de mesa repleto de cocos—. ¿Dónde está el tocador?

Indiqué la escalera y ella subió con gracia. Fue la última vez que la vimos antes de que se sirvieran los refrescos.

Ya era hora de ponerle la cola al marrano. Y era evidente que mi plan para refrenar a Mary había fracasado. Hacer la fiesta en mi casa no tenía ninguna ventaja. Ella estaba a cargo de todo. Yo había pintado un enorme cerdo pardo en un trozo de cartón y lo había colgado de la pared. Y también había cortado una enroscada cola de papel con un alfiler de sombrero en el extremo. Mary sostenía la cola. Con los ojos vendados y blandiendo el largo y temible alfiler había conseguido que todos los niños, excepto Dot, retrocedieran hasta la pared. Intrépidamente, Dot esquivó el alfiler y dio a su tía un gran empujón hacia adelante. El cerdo fue apuñalado con tal violencia que a Mary se le torció el brazo. Se arrancó la venda.

—¿Quién es el siguiente? —exclamó, sacudiendo cola y alfiler.

—Yo —dijo Louis con su voz grave y calma. Tomó de sus manos ambas cosas, se dejó vendar y giró sobre sí mismo. Los chicos se acercaron, como si él no les inspirara temor. Sostenía el alfiler junto a su cuerpo y de pronto el juego se volvió cómico y alegre, como debía ser. Sólo Mary, que ya no era el centro de atención, parecía menos interesada.

Me siguió a la cocina donde yo debía ocuparme del jamón del *luau*, de casi siete kilos, cubierto de rodajas de piña y rojas cerezas al maraschino.

—Un jamón de buen tamaño —comentó. Yo sabía adonde quería llegar pero no cedí.

—Especialmente preparado en el supermercado Dotzenrud —dije.

Se inclinó sobre el jamón, lo inspeccionó, luego cogió un cuchillo de la parte superior de la cocina y antes de que pudiera moverme para impedirlo, cortó una pequeña cuña en el centro, estropeando mi decoración de piñas y cerezas. La miré escandalizado mientras se ponía en la boca el trocito de jamón y lo masticaba entornando críticamente los ojos.

—Está curado con productos químicos baratos —dijo por fin— y no con humo de leña. Y la cantidad de agua. Apuesto a que podrías sacarle unos diez

litros.

Cerré la puerta del horno y apreté los dientes. Si no hubiera sido por Dot le habría pedido que se marchara ya mismo.

—Pero Mary —susurré, en el papel del perfecto anfitrión—, todavía no has probado la copa especial reservada para los VIPS en esta casa.

—No —dijo.

Fui a prepararla. Simplemente pensaba combinar algo fuerte. Pero cuando abrí el armario la primera botella que vi fue la que había dejado un Elk, una de Everclear, alcohol de cereal casi puro. Si no hubiera criticado el jamón no lo habría hecho. Pero así había ocurrido de modo que, oculta por el Ponche Hawaiano y el zumo Shasta de fruta de la pasión, en su bebida había una proporción de Everclear capaz de derribar a un campeón de lucha grecorromana. Pensé encender la pequeña sombrilla china que puse encima como una señal de atención, pero no lo hice. Era mejor dejar que Mary descubriera su efecto por sí misma.

Bebió un largo trago.

—A ver el fondo —sonreí, mientras alzaba mi propio vaso de ponche. Para mi horror y mi alegría, Mary vació su copa.

Apenas la dejó sobre la mesa, le pregunté si podía volver a llenársela.

—No me molestaría —respondió, y sonrió. Los efectos de la bebida eran más poderosos de lo que había imaginado. Aun así, agregué un chorro extra de alcohol en la siguiente. Salió de la cocina con la copa en la mano. La seguí. Pisaba con firmeza, pero apenas llegó al salón se detuvo. Incluyó la cabeza de lado, y luego más aún y la apoyó en el revestimiento de madera de la pared. Pasé a su lado para mirarla mejor y aunque ella estaba de perfil vi que su sonrisa era extrañamente soñolienta. Ahora bebía a sorbitos, y no hizo nada para participar en el juego de «dejar caer la pinza de ropa». Simplemente miró a los niños que apuntaban desde lo alto de una silla y hasta asintió con aprobación cuando Celestine distribuyó los premios: más *leis*, relojes de plástico, anillos de cristal.

Cuando todo estuvo listo en la mesa cuidadosamente puesta, la tarta de cumpleaños esplendorosa sobre la base giratoria, y el ponche tropical servido, fui a llamar a los invitados. En el último instante había puesto sobre la tarta tres ositos que conducían motocicletas. Pronto encendería las velas. La fiesta se había tornado cálida y alegre bajo la dirección de Louis y Celestine. Mary, sentada en el suelo, miraba. Cuando salí del comedor vi que se había dejado

caer en el vano de la puerta, donde la había dejado. Me incliné y le toqué el brazo. La tela de su vestido era color orquídea, salpicada de zonas oscuras que parecían manchas accidentales. Mientras la acompañaba al comedor, vi que eran manchas.

—No te molestes —dijo cuando le ofrecí una esponja húmeda—. Desaparecerán. —Rió, moviendo la cabeza, y me mostró su copa vacía. Le preparé otra bebida, apenas suficiente para evitar que su estado de ánimo cambiara. Bebió un sorbo apenas le puse la copa en la mano y, mirándome a los ojos, dijo con una voz que era casi tierna:

—De ahora en adelante me comprarás el jamón, te lo venderé a precio de mayorista.

—Te lo recordaré —dije, mientras la guiaba. Antes de sentarse en su silla se volvió y me miró de modo aún más amable. Sus ojos se suavizaron, pasaron del áspero color de las monedas de oro al radiante del ámbar.

—Lo he dicho en serio, tonto —susurró afectuosamente. El turbante se le había torcido. Se había deslizado hacia atrás y apenas se sostenía, de modo que el pelo, que yo casi nunca había visto, caía en mechones grises. Se inclinó sobre la mesa y le preguntó a Louis:

—¿Dónde está mi prima loca?

Louis la miró con sorpresa y luego miró involuntariamente hacia lo alto de la escalera, desde donde Sita nos observaba entre las barras de hierro forjado de la barandilla. Yo ya la había visto momentos antes; nos miraba con interés y cautela, como una cierva hambrienta. Y eso parecía. Tenía las mejillas hundidas, los ojos bien delineados y se le marcaban las costillas. Desapareció de nuestra atención entre las sombras del rellano.

—¡Ven con nosotros! —gritó Mary, erguida en su silla.

—Déjala en paz —dijo Celestine, que se inclinó sobre las cabezas de dos niños y le tocó el hombro—. Ya es hora de brindar por el cumpleaños de Dot.

Pero Mary hizo a un lado la mano de Celestine y se puso laboriosamente de pie. Ahora sus ojos tenían el color del caramelo, del azúcar a punto de hervir. Trastabilló hasta el pie de la escalera.

—Subiré aunque no estés lista —gritó. Pero Louis pasó a su lado antes de que pudiera subir, y ella retrocedió y golpeó la pared justamente sobre la conexión eléctrica del carillón de la puerta, que prorrumpió en un alegre tink-tonk. Mary giró llena de júbilo. El carillón seguía sonando. Ella volvió a girar en una extraña danza. Evidentemente se había producido un cortocircuito. Los niños miraban a Mary con fascinada atención. Incluso para ellos era evidente

que ocurría algo anormal. Subí rápidamente a una silla y desconecté el carillón, pero el daño ya estaba hecho.

—Está borracha perdida —observó Celestine.

Corrió al lado de Mary y la llevó de regreso a la mesa.

—¿Qué había en esa copa? —dijo con el ceño fruncido.

Sita me salvó.

—Aquí estoy —dijo en voz tan alta y clara que se fatigó y permaneció un instante inmóvil. Pero se recobró, aferró a Louis y fue con él a la mesa. Los dos parecían pálidos, casi esqueléticos, y observé que Louis se tocaba el bolsillo superior de la chaqueta para asegurarse de que tenía su medicamento. Se sentaron y por fin estuvimos todos reunidos.

Pero qué ejemplo habíamos dado a los niños. Volverían a su casa tan traumatizados como los años anteriores.

Esa idea me convenció. Salvaría esta fiesta de lo que había empezado a ser y trataría, por lo menos, de hacer que Mary se recuperara. En cuanto todo el mundo empezó a comer alegremente, salí y puse café en el filtro.

Todo sucedió mientras yo estaba ausente.

Mucho más tarde reuniría las piezas de lo ocurrido en conversaciones con Celestine y con Mary, que estaba avergonzada del resultado. Porque había sido Mary quien había sacado de su bolsillo unas cerillas de la Casa de Carnes, mientras todos comían, y encendido las velas de la tarta de cumpleaños. Eso no me había parecido tan mal, aunque se anticipaba un poco al momento tradicional. Nadie la detuvo. Y lo que hizo luego tampoco estaba fuera de lo común, excepto por el hecho de que, debido a su desorden mental, dio cuerda a la base de la tarta con tanta fuerza que la dañó.

Volví al comedor cuando la tarta empezaba a moverse. De la caja de música surgía la canción del cumpleaños, pero tan acelerada que la boca de Mary no podía seguirla. La velocidad aumentó. La tarta se tornó borrosa. Las velas se confundieron en una sola llama, y los osos de juguete iniciaron una cacería loca que no llevaba a ninguna parte.

—¡Para eso! —grité, lanzándome a los controles.

—Cumpleañosfelizcumpleañosfeliz —gritaba Mary.

En ese momento, el resorte se rompió. La base dio una vuelta más, se detuvo súbitamente y lanzó la tarta contra Sita. Ella se echó atrás, luchando contra el bulto como si estuviera vivo y la atacara. La golpeaba con las manos y le arrancaba trozos de los lados y rodajas de piña, con lo que efectivamente la deshizo y la redujo a migas.

Las ruedecillas de las motocicletas de los osos salieron disparados contra la pared. La risa de Sita dominó las voces de sorpresa. Louis saltó, aferró a Sita y la sostuvo apretada contra su pecho. Los chicos estallaron en un frenesí de excitación y Celestine estaba ocupadísima tratando de calmarlos. Mary estaba sentada y quieta. Una estatua no habría estado más inmóvil. Tenía en la cara una sonriente mueca de Halloween. Sus ojos se habían oscurecido, y tenía las manos apretadas contra el pecho. Aunque yo debía haberme preocupado por Louis, que en ese momento estiraba hasta su bolsillo el brazo con que rodeaba a Sita en busca de una de sus píldoras, mi única idea era que el corazón de Mary había cedido. Había tenido un ataque. Corrí alrededor de la mesa y le tomé el pulso. Era lento y regular. Me pareció evidente entonces que esa bebida morada la había convertido en piedra.

Sita empezó a gritar de risa y a señalar a Mary con el dedo. Cualesquiera que fuesen los sentimientos de Mary acerca del accidente de la tarta, su rostro era una máscara de diabólico deleite. Sentada, sin moverse, sonreía mientras la fiesta se desmoronaba. Louis habló seriamente con Sita y la persuadió a marcharse. Celestine metió en su coche a todos los niños junto con los regalos de Dot, para abrirlos durante el viaje. Desde el porche, con mi fiesta en ruinas, les dije adiós. Pero mientras salían, en el último instante, antes de desaparecer detrás de mi cerco decorativo, Dot bajó el cristal de su ventanilla.

—¡Tío Wallace! —gritó—. ¡Es el mejor cumpleaños que he tenido nunca!

Me quedé allí hasta que desapareció el ruido del motor y una vez adentro, mientras barría las migajas de mi hermosa tarta y envolvía en plástico el resto del jamón, me sentí satisfecho.

Miré a Mary, ahora culpabilizado, porque gracias a mí se había conducido como lo había hecho. Por lo que yo sabía, casi no probaba el alcohol. Seguía sentada en su silla. Su sonrisa no se había desvanecido. De vez en cuando sus pupilas se movían de un lado a otro. Me senté a su lado.

—Si puedes oírme —dije—, guiña dos veces.

Un guiño. Otro. Por lo tanto estaba consciente.

—¿Estás bien? Un guiño significa sí, dos, no.

Un guiño.

—¿Debo llamar una ambulancia?

Dos guiños.

—¿Debo hacer algo?

Otros dos.

De modo que la dejé ante la mesa y seguí recogiendo platos de papel y objetos de cotillón. Cuando transcurrió quizá media hora empezó a hablar arrastrando las palabras.

—Wallace —dijo. Pasó un minuto—. He pasado un buen rato.

Entré en el comedor secándome las manos, me senté a la mesa frente a ella y dejé el paño. La cara de Mary volvía a la vida.

—Me alegro —respondí.

Asintió. La primera frase le había costado un esfuerzo. Por la forma en que mantenía la cabeza inclinada, supe que aún estaba ebria, pero menos. Se me ocurrió que se sentiría muy mal con resaca y que realmente debía tratar de llevarla a su casa antes de que se disipara el efecto del Everclear. Formulé la sugerencia.

—No —dijo—. Hablemos.

Me envolví las manos con el paño. No sabía con certeza si quería hablar con ella. Nunca habíamos sido amigos. Me había herido cuanto era posible, desde el día en que dio a mi tocaya Wallacette el insignificante sobrenombre de Dot. Resentida conmigo, había lanzado celosos dardos contra mi amistad con Celestine, había sido siempre mordaz cuando podía ser amable y había hecho todo lo posible para estropear la fiesta de cumpleaños. No había en ella calidez ni un corazón generoso. Era un caso perdido.

—¿De qué podemos hablar? —dije—. Te llevaré a tu casa.

Se inclinó sobre la mesa y movió un dedo.

—Hay muchas cosas de que hablar —dijo—. No quiero irme. Tengo tu número en el libro de los números. Siempre he sabido qué cartas jugabas.

—Dices disparates —dije, tratando de mostrarme firme. No pensaba dejarme enredar.

—Cobarde.

—¿Qué?

—Eres como un huevo de dos yemas.

—No te entiendo.

—Estás solo.

La miré. Solté el paño, me alisé el pelo. Me toqué las gafas, el mentón, las mejillas, como si me estuviera recomponiendo.

—No estoy solo —le dije—. Soy miembro de tres fraternidades y mi vida social es, bueno, Mary, la de un hombre popular.

Sopló entre dientes y luego, con tal celeridad que no pude reaccionar, se estiró por encima de la mesa y me apretó las manos con las suyas.

—Mentiroso —dijo—. A veces, cuando paso por aquí, tarde, te veo solo a medianoche. Un par de veces me he detenido a mirar por tu ventana.

Yo estaba indignado, pero también fascinado.

—¿Por qué? —dije. Traté de liberar una mano, pero ella la retuvo con fuerza.

—Pensaba cosas.

Mientras intentaba decidir si quería o no saber qué pensaba, puso mi palma hacia arriba y la miró. Su boca se movía como si allí hubiese un artículo escrito. Finalmente dijo: «No sirve de nada», soltó mi mano y me miró a los ojos. Yo estaba demasiado curioso para callar.

—¿Qué?

—Dime, ¿tienes un cigarrillo?

—No deben de estar frescos —murmuré, mirándome la palma de la mano libre. Me levanté y saqué un viejo paquete de un cajón. Se lo di, junto con unas cerillas, y ella encendió uno y exhaló el denso humo con gran autoridad.

—Hay una gran cruz en tu monte de Venus —reveló por fin— y no tienes línea de matrimonio.

Me senté sin dejar de mirarme la mano. Había líneas que jamás había advertido. Pequeñas líneas entrecruzadas, largas curvas, cuerdas, trenzas.

—Eso no me sorprende —dije.

—Es una lástima —dijo Mary, mientras se ponía de pie con inseguridad—. Pero vosotros dos todavía podríais hacer la prueba.

Debo de haber mostrado una expresión de asombro.

—Tú y Celestine.

No podía creer en mis oídos.

—Oh —dije—, bueno... quizá. Sí.

—¿Qué tratas de decir, Wallace?

—Trato de... —No pude continuar.

—Leo en ti como en un libro.

—Sí, bueno. Eso me halaga. Pero ella ya está casada.

—Karl no ha vuelto desde que nació Dot —dijo y, después de fruncir el ceño un instante, alzó las cejas—. Ella merece algo más de la vida.

Aguardaba, pero yo no diría lo que ella quería que dijera. Su figura era una densa zona de sombra oscura como una jungla, y sus ojos brillaban como puntas de clavos. Para mantenerse erguida se apoyaba en el respaldo de la silla. Ninguno de los dos se movió hasta que el cigarrillo ardió hasta el filtro. Entonces me incliné y le quité la colilla de los dedos. La puse en el cenicero azul en forma de trébol.

—Hora de irse —dije. Ella vaciló y la tomé del codo.

—Mi abrigo está en el diván del salón —dijo. Fuimos allá y la ayudé a meter los brazos en las mangas de lana. Se abotonó el abrigo como si fuera un escudo.

Afuera, abrimos las puertas del coche sin hablar y subimos. Conduje en silencio. Empezaba el temprano atardecer y las sombras caían sobre las charcas insustanciales del camino. Pensé que por lo menos esa extraña tarde, esa conversación, podían acercarnos. Pero cuando llegamos a la tienda se habían acumulado entre nosotros tantos obstinados segundos de silencio que estábamos nuevamente en el punto de partida.

El ox Motel

A Karl le gustaban los moteles con nombres extraños o sugerentes, de modo que entró apenas vio las letras parpadeantes, incluso aunque la ciudad fuera Argus. Cuando bajó de su coche a la noche fresca y suave, advirtió que era meramente el Fox Motel. La F se había quemado. De todos modos, entró.

Fue a su habitación, encendió la televisión, se duchó y se extendió desnudo en la cama. Recorrió la guía de teléfonos, encontró sus nombres. Se proponía dejar las cosas así, pero marcó el número de Wallace Pfef. El teléfono sonó una vez y Wallace respondió.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Hola? —Al tercer hola, la voz de Wallace parecía tensa y asombrada. Karl alejó el teléfono de su oído y lo bajó hacia la horquilla. La voz de Wallace se volvió metálica, cómica, y finalmente fue enmudecida. Karl pensó en marcar a continuación el número de Mary, pero le avergonzaba hablarle sin la ropa puesta. Podría haberse puesto unos pantalones, pero en cambio llamó a Celestine.

—Adivina quién soy —dijo cuando ella contestó.

Escuchó el débil sonido hueco de la línea. No se le ocurrió que ella quizá no reconocería su voz, y cuando finalmente ella dijo: «¿Quién es?», en tono vivo y suspicaz, él tuvo un sobresalto que cubrió con palabras.

—Ya sabes quién es. Estoy de paso y me he detenido a pasar la noche, inesperadamente, sabes, y ya que me encuentro aquí pensé que quizá podría verte.

Ella no respondió y él continuó.

—O podríamos encontrarnos para tomar una copa juntos. O yo podría invitarte a cenar con Wallacette.

—Karl —dijo Celestine—. Prometiste que no te acercarías.

El esperó.

—Han pasado catorce años.

—No quiero remover el pasado.

—Bueno, bueno.

—Está bien —dijo Celestine un momento después—. Supongo que tienes derecho a verla. Déjame pensar un minuto.

Pensó.

—Sin duda te irás mañana —dijo Celestine—. Entonces, ¿por qué no vamos a tomar el desayuno a las siete y media en el Flickertail?

—Esperaré allí —dijo Karl. En su voz había un deje de nostalgia que lo sorprendió. Se incorporó sobre las almohadas—. No lleguéis tarde —agregó con aspereza.

Pero la línea ya estaba zumbando.

Se levantó demasiado temprano, se vistió demasiado temprano y se encontró tomando una taza de café tras otra antes de que ellas llegaran. Cuando entraron se sentía nervioso y vagamente mareado por el efecto de la cafeína en el estómago vacío y de todos los cigarrillos que había fumado. Se puso de pie sin saber qué decir, a tal extremo era inesperada la imagen de Wallacette. Estaba en la puerta del café con su madre, una chica maciza de tez olivácea clara, pelo castaño rojizo, los pendientes redondos y la falda corta y ceñida de una delincuente juvenil. Le sorprendieron las ropas que su madre le permitía usar, de aspecto tan vulgar, y los ojos pintados. Escrutaba a la gente de los reservados a través de unas angostas hendiduras negras. Su mirada era viva debajo de la sombra azul. Lo pasó por alto, luego volvió a él cuando levantó una mano y les sonrió. El dio un paso adelante y ella bajó la vista.

Más tarde, al recordar la escena, trataría de ignorar la decepción de su hija. Karl había envejecido, se había vuelto duro, gris y malicioso, con arrugas a los lados de la boca y muchas pequeñas marcas de tensión alrededor de los ojos. Estaba tan acostumbrado a conducir, a la distancia y el movimiento, que a veces hallaba difícil enfocar algo al alcance de la mano.

Por eso vio más claramente a su mujer y a su hija en la puerta. Cuando se deslizaron frente a él en el reservado, los rostros se volvieron blandos y borrosos.

—Lamento llegar tarde —dijo Celestine. No parecía que lo lamentara. Parecía que quisiera estar en cualquier otra parte. Tenía un abrigo grueso y áspero de piel gris hecho de trozos claros y oscuros cosidos. Lo llevaba sobre los hombros y empujó a Dot hacia el ángulo. Sus rostros imprecisos lo miraban entre el pelo y las pieles casi como si fueran animales en su cubil. Karl veía mejor los rasgos grandes y marcados de Celestine. No estaba maquillada. Tenía los labios finos en el centro, castaños, y los ojos oscuros como gotas de melaza. Su nariz y sus pómulos sobresalían y el pelo, con sus ondas castañas, se erizaba sobre su cráneo. Karl hubiera querido alisarlo, acercarse lo suficiente para sentir el olor a pimienta que la elaboración de salchichas ponía en su piel.

Pero la mirada de ella lo detuvo. Miró a su hija.

La cara era más directa y vivida con su maquillaje rojo y anaranjado. Llevaba el pelo cortado en una larga greña que parecía una crin aplastada. Tenía un cuello robusto.

Las dos lo miraban. Se acomodó el cuello y la corbata, sonrió, trató de seducirlas. Puso el menú delante de la chica.

—Pide lo que quieras —dijo—. Yo invito. —Trató de no mirar a Wallacette Darlene, pero ella lo miraba fijamente, concentrada, sin parpadear, con el ceño fruncido, los labios apenas entreabiertos y la respiración contenida. Los ojos de Karl iban una y otra vez a su encuentro mientras en sus labios se formaba una sonrisa nerviosa.

Dijo con voz cordial:

—¿Qué edad tienes ahora, Wallacette?

—Catorce —respondió ella, y su expresión cambió, como si hubiera decidido algo. Se echó atrás y bajó sus párpados empolvados—. ¿Mamá, no le has dicho —preguntó por un costado de la boca— que me llamo Dot?

—Dot —le dijo a Karl—. Dot.

—Usa el sobrenombre que le puso Mary —dijo Celestine. Y dirigió a Karl una mirada de resignada complicidad que lo reanimó un poco. Era la clase de mirada que intercambiaban las monjas en los pasillos de Saint Jerome. O los adultos por encima de las cabezas de sus hijos.

Dot la sorprendió y se despejó el pelo de la frente.

—Ya soy bastante especial —dijo—. No necesito un nombre absurdo. — Su voz era dura y definitiva. Karl no halló nada que responder—. No eres como esperaba —le dijo fríamente en la cara.

Karl miró a Celestine en busca de ayuda, pero ella estudiaba el menú; luego, a Dot en los ojos.

—Tampoco tú eres como yo esperaba.

Eso la tomó por sorpresa y la desconcertó un poco. Alzó el menú y murmuró:

—Quiero el número dos con café y zumo de tomate. ¿Dónde está la camarera?

Los tres callaron mientras miraban las hojas escritas a máquina y protegidas con plástico, las combinaciones de huevos y tostadas y patatas fritas. Sin embargo, la camarera parecía haberlos olvidado y esperaron entre los demás concurrentes, granjeros y trabajadores de la construcción que ya estaban en su primera pausa para el café. Del otro lado de la calle se elevaba un edificio nuevo de aluminio amarillento. El martilleo y el chirrido de las sierras mecánicas llenaban la calle. El sol brillaba sobre los chocolates y

golosinas que había debajo del mostrador, sobre la cafetera y los grifos de la leche. El nuevo turno de camareras acababa de llegar. La cocinera, una mujerona rubia con un gran delantal anaranjado, decía cosas que hacían reír sobre sus tazas a los hombres de la barra. La radio emitía informaciones rurales y previsiones sobre el ganado en el aire que olía a tocino. Pero nada de esto sugería algo que los tres pudieran decirse unos a otros.

—¿Hay en la vida de Dot, bueno, alguna influencia masculina? —Karl se sorprendió al preguntar esto y luego comprendió, mientras Celestine reflexionaba, cuánto le interesaba saberlo.

—Wallace Pfef es como un padre para ella —dijo Celestine.

Dot fingió no oír al principio, pero en el silencio que se produjo después de la respuesta de Celestine, habló.

—Voy mucho a casa de tío Russell. Eli me está enseñando a pescar.

Karl asintió y recordó a Russell: un indio lleno de heridas con una caja resonante de herramientas, un hombre a quien él no le gustaba.

Cuando finalmente la camarera llegó, todos pidieron. Celestine hizo lo posible por mantener la conversación y habló de Mary y de la tienda, pero se abstuvo cuidadosamente de preguntar si Karl pensaba visitarla. Karl también se esforzó. Le habló a Celestine de su nuevo trabajo, bien remunerado, aunque al principio él no sabía mucho de equipos estéreo. Trabajaba para una cadena de tiendas de discos y alta fidelidad y se ocupaba de los suministros.

Celestine le sonrió por primera vez.

—Eso explica el tocadiscos que enviaste.

—Último modelo —dijo, complacido aunque Celestine no lo había llamado equipo estéreo portátil, que es lo que era, y de la mejor calidad.

—¿Te gustó? —le preguntó a Dot, que se miró las manos y las uñas rotas como si pudieran decirle algo.

—Por supuesto que me gustó —le respondió a sus dedos.

Karl decidió correr el riesgo de intentar llamar su atención.

—D. O. Doble T. I. E/Dottie es la chica para mí —cantó Karl—. ¿Conoces esa canción?

La cara de Dot mostraba una fea máscara.

—No —dijo—. Me gusta el rock duro.

—¿Sabes —dijo Celestine, un poco turbada y arrebatada—, que una vez Dot quiso escaparse para ir a buscarte?

La camarera trajo los platos humeantes, y Dot bajó la cabeza. Comía rápido, sin alzar la vista. Sus largos pendientes le golpeaban el mentón cada

vez que se llevaba un bocado a los labios. Karl la miró y pensó con tristeza que si hubiera estado más cerca de ella podría haber influido sobre sus gustos musicales. Quizá sin vivir con ellas, sólo radicado en la zona; sin verla todo el tiempo, sino de vez en cuando. Haber perdido a esa muchacha poco atractiva le hizo sentirse torpe y angustiado.

—Te diré una cosa —dijo—, ¿escucharías unos discos si te los enviara?

—Depende —dijo Dot.

Su voz tenía el acento de la seguridad. Sabía dónde estaba. Dejó el tenedor y miró con el ceño fruncido su plato durante tanto tiempo que, finalmente, Celestine se volvió y le puso una mano sobre la suya.

—Cariño —dijo—, ¿te mataría decir que sí?

—Sí —dijo Dot.

Cuarta Parte

Capítulo trece (1972)

CELESTINE JAMES

—Somos muy parecidos a los muertos —sostiene Mary—, sólo que podemos usar nuestros sentidos.

Con las manos desnudas, que a lo largo de los años se han vuelto gruesas y callosas como fuertes garras, amasa la carne para el salchichón polaco y hablamos de la segunda vida, su tema favorito. Nos estamos volviendo viejas. El pelo de Mary ha adquirido un color gris de rata; lo lleva recogido en dos mechones informes sobre las orejas. Tiene la espalda curvada como un caracol y la cara profundamente surcada por la convicción. Tiende nuevamente a ser «mental» y a volar con sus fantasías. Azota una bola de carne y levanta una nube de pimienta blanca. Traerla de regreso es mi tarea permanente.

—Como Tol Bayer —bromeo—. Tenía todos los síntomas del alcoholismo, sólo que nunca bebía.

Mary todavía despierta lo peor que hay en mí y no puedo reprimir la burla. Esta vez le he acertado. Va hasta el tonel de sal y se queda un momento perpleja antes de recoger un puñado. Vuelve, lo arroja sobre la carne y empieza a amasar mientras piensa. Y por un rato se acaban sus monsergas sobre los muertos.

Mary trata de hacer que su imaginación remiende los agujeros de su comprensión. Al día siguiente voy a verla en su parra. Es domingo, de modo que la tienda está cerrada y tranquila. Ahora apenas logramos equilibrar nuestra cuenta de gastos, pero no nos importa. No abrimos los domingos como las cadenas de supermercados o las tiendas de descuento. Mary está sentada en una silla de jardín y desgrana las uvas ácidas y azules con que,

según ella, puede hacerse una excelente jalea. Cuando me ve deja a un lado su cesto, busca algo debajo de su silla y luego me da un ladrillo rojo corriente.

—Entró por mi ventana —dice—. Y también la rompió.

Sé que no llamaré al cristalero para que la arregle. Será un nuevo remiendo ofensivo para la vista, haciendo juego con el resquebrajado exterior. Parece que en la tienda y los negocios todo decae junto con nosotras. No me preocupa. Como la propiedad es ahora muy valiosa, cuando Mary la venda, ambas planeamos vivir de ese dinero. He insistido en mi derecho a una pensión.

—Espero que hayas cogido al chico —le digo.

—No era ningún chico.

Me digo que no debo discutir con Mary, pero no puedo evitarlo, así como no puedo evitar ver al hombre de la luna.

—Alguien lo arrojó y salió corriendo —digo.

—Nadie lo arrojó.

—Entonces, ¿qué sugieres que ocurrió?

—Este ladrillo es una señal —dice.

—¿De qué?

—De alguna desgracia.

Eso no me asombra. Mary jamás ha recibido una señal que anunciara algo bueno. Se marcha a lavar los frascos y yo termino de desgranar las uvas debajo de la parra. No vuelvo a pensar en el ladrillo rojo. No quiero oír hablar más de sus misterios.

Pero esa noche sucede algo que no me suele ocurrir. Tengo un sueño.

Sueño que Sita está en su jardín, al pie del monte Ash. Veo detrás de ella brillantes bayas anaranjadas y helechos que se agitan. Se retuerce las manos en su elegante delantal y mira hacia el camino. Espera a alguien.

—Te llamo y no vienes —murmura.

—¿Cómo?

Sus ojos se hunden en las magulladas cuencas y tiene las mejillas demacradas y pálidas como una masa.

—Te llamo y no vienes —repite.

Quizá sea el brillo de las bayas en el árbol, el encaje azul y blanco del delantal o la larga mirada enferma de Sita. Por lo que fuere, el sueño es para mí más real que la vida. Me despierto y el cielo es del gris oscuro que precede al alba. No puedo volver a dormir y me quedo en la cama viendo cómo las ventanas se iluminan gradualmente.

Bien entrada la mañana, llego a la tienda y le pido a Mary que venga a hablar conmigo antes de empezar a trabajar. Pongo la cafetera en la mesa entre las dos y le cuento mi sueño.

—Está enferma —dice Mary.

—A mí me pareció medio muerta.

—Te está llamando.

Alzo los hombros y digo sin pensar:

—Hace años que no nos hablamos. No sé para qué querría verme.

Sin embargo, pienso en los días en que Sita era mi mejor amiga. Eso era antes de que Mary llegara a Argus en un tren de mercancías. Sita y yo crecimos juntas, muy unidas, peleándonos y haciendo las paces. Yo nunca ganaba. Ella no era tan alta, pero sí más fuerte de lo que parecía, y se ponía tan histérica durante una pelea que yo siempre abandonaba. Entonces ella se sentaba sobre mi pecho y me pegaba con su larga y pesada trenza. Ahora tiene el pelo corto, peinado por un peluquero y rizado como el de un caniche. En el sueño tenía las puntas desordenadas, estaba achatado de un lado y gris en las raíces. Por eso sé que hace algún tiempo que no va a la peluquería.

—Iré contigo —dice Mary—. Después de todo es mi prima. Debo ir.

Entonces pensamos cómo lo vamos a hacer.

Dot no es problema porque se puede arreglar sola, aunque no me gusta dejarla, porque está muy ansiosa. Desde que la han nombrado princesa en el concurso que se le ha ocurrido a Wallace para el Festival de la Remolacha, Dot pasa la mitad del tiempo empeñada en perder peso y la otra mitad en escribir en un diario secreto que guarda en un cajón cerrado. A veces la veo en la escalera trasera mirando absorta las páginas del libro. Otras veces corta furiosamente el césped, demasiado corto. Todas las noches va a trabajar en la taquilla del cine de Argus. Ve las películas desde atrás y fuma cigarrillos. No puedo evitar que lo haga. Su ropa apesta a tabaco y también al aceite de las palomitas de maíz y a regaliz. Me parece que esas películas que ve la deprimen, le dan extrañas ideas y un lenguaje grosero. Pienso que no debería abandonarla para ir a ver a Sita, pero Dot dice que eso es una tontería.

Decidimos recorrer en coche los veinte kilómetros que hay hasta Blue Mound y responder a la llamada de Sita. Está cerca, pero muy lejos. En tantos años como ha estado allí, nunca ha llamado ni nos ha invitado a comer. Ni siquiera sabemos cómo es su casa por dentro, excepto de oídas. Y sin embargo, nos parece natural acudir si nos necesita, y hasta llevamos en la furgoneta nuestros camisones por si debemos quedarnos más tiempo, así como una tarta hecha por Mary y dos embutidos. Dejamos a mi primo Adrián

a cargo de la tienda, pero como él no quiere cuidar de Dickie, el perro de Mary, debemos pasar por la casa de Wallace Pfef cuando salimos de la ciudad.

Wallace ha pintado su casa de un insulso color canela que no me gusta, pero él dice que combina bien con el color del campo. Le gustan los tonos terrosos. Cuando aparece en la puerta, vemos que los usa hasta en la ropa. Sus pantalones son grises. Su camisa es igual que su piel. Color carne.

—Esa camisa no te sienta bien —le dice Mary.

Mira hacia abajo y pellizca la tela. Al mismo tiempo compruebo que no podemos dejar allí al perro. La siniestra perra de Pfef nos mira sin parpadear y luego salta. Little Dickie ladra agudamente desde la seguridad de los brazos de Mary.

—Vamos —dice Mary—. No quiero que haga picadillo a Little Dickie.

—Lo siento —digo a Wallace—. No queríamos molestarte.

Nos pide que saludemos de su parte a Sita y nos dice adiós con la mano. No tenemos otra opción que llevar al perro. Dickie ladra a los extraños que entran en la tienda, pero aparte de eso es inofensivo. Recuerdo que Sita odia a los perros y le pregunto a Mary si cree que le molestará.

—Tendrá que aceptar lo malo junto con lo bueno —responde Mary—. Después de todo, es ella la que te ha llamado.

—Sí —dijo—. Pero era en mi sueño.

—No hay ninguna diferencia —dice Mary, y sé que para ella no la hay. Quiere tejer un rato y me pide que me ponga al volante. Apenas estamos en el camino, saca su tejido y sus agujas. Empieza la manga de un jersey que le está haciendo a Dot. El ruido de sus agujas me lleva a pensar en la máquina de coser de Mary, y en que Sita la aceptó, aunque era la única cosa que recibió Mary de su madre. Sita misma me lo había dicho, orgullosa, cuando nos encontramos casualmente en la ciudad. Le dije que no hubiera debido quedarse con ella. Si se hubiera tratado de mi propia madre, sé que le habría perdonado todo y que, ya mayor, habría aceptado el regalo. Pero Mary lo había rechazado. Y esa máquina era muy bonita y, ahora, una verdadera antigüedad. Pienso que podríamos llevárnosla en la furgoneta siempre que Sita la tenga todavía olvidada en el garaje.

—Podríamos recuperar la máquina de coser, Mary —digo.

—¿Qué máquina de coser? —No admite siquiera que era suya. Alza las primera hileras que ha tejido para admirarlas, líneas rojo oscuro sobre fondo crema. Hace el dibujo del jersey a medida que teje. Es un laberinto como los que usan los hombres de ciencia para adiestrar a las ratas. Seguimos en

silencio y después de un rato se vuelve hacia mí y dice—: A Sita no le queda mucho tiempo.

—¿Qué te hace pensar eso?

Mary saca del bolso el ladrillo y escupe en él. La saliva, dice, se secará con la forma de la fecha. Mira el ladrillo como si estuviese a punto de hablar, y se me acaba la paciencia.

—Deja eso —le digo.

Aunque sus ojos se han vuelto más duros y brillantes, ha envejecido como una persona bastante corriente. Es la forma en que se viste lo que le da un aire tan estrafalario. Para el viaje se ha arrollado a la cabeza una bufanda de seda negra con borlas. Está encorvada como una tortuga vieja y su vestido morado le tira de las costuras. No puedo dejar de preguntarme, como de costumbre, qué pasa por su cabeza. Tiene el perro en el regazo y come uvas que saca de una bolsita.

Sita vive en la única casa nueva de Blue Mound, una gran casa blanca de diez habitaciones, construida en dos niveles, que ella considera colonial, porque tiene postigos que no cierran y una puerta de entrada alta y pesada de roble labrado con un aldabón de bronce. Está en el jardín cuando entramos en el camino de acceso. Como en el sueño, retuerce sus manos sobre un almidonado delantal de encaje. Como en el sueño, las bayas anaranjadas brillan detrás de su cabeza. Parece enferma. Bajamos del coche. A diferencia del sueño, se pone las manos en las caderas y grita:

—¡Sacad a ese maldito perro de mis rosas!

Luego se vuelve, arranca un duro racimo de bayas de su árbol y se lo arroja a Little Dickie. El animal se aleja.

—Sólo las estaba regando —dice Mary—. No te enfades.

Trato de suavizar la situación felicitando a Sita. Normalmente la admiración la tranquiliza, pero esta vez no funciona.

—Tienes buen aspecto —le digo.

Sus ojos me enfocan.

—Como las hojas antes de caer —dice.

Mary se echa a reír, lo que hace palidecer a Sita.

—Estoy enferma —dice Sita, mirando con furia el vacío—, enferma como un gato enfermo.

Luego gira sobre sus talones, atraviesa el porche con columnas y cierra violentamente la puerta después de entrar. Mary trae a Little Dickie y lo

atamos a un árbol con un trozo de cuerda para la ropa. Saco los bolsos y la tarta de la furgoneta y Mary me sigue con los salchichones.

La miro vestida de negro y morado, con esos salchichones envueltos en papel blanco y pienso que me recuerda algo. ¿Qué? Me detengo en la puerta y vuelvo a mirarla. Entonces lo sé. Es como la imagen del anciano de la guadaña de fin de año. Arrastra el ruedo de su falda negra. Parece que lo hubiera visto todo. Y trae los salchichones como si fueran los símbolos de su cosecha.

Dentro de la casa todo es natural. Lo que quiero decir es que Sita no deja que las cosas se amontonen y así no puedes recibir ninguna impresión de la gente que vive en la casa. En las mesas de Sita no hay otra cosa que un cenicero. No son como las de Mary, por ejemplo. Entrás en las habitaciones del fondo y en seguida ves una baraja, ovillos de lana o un ejemplar de la revista *Fate* que te dicen cómo es ella.

Oímos a Sita en el piso alto; la cisterna se descarga en el cuarto de baño. De modo que vamos hasta la cocina, colgamos los salchichones en su alacena y ponemos la tarta sobre la gran mesa de fórmica. Aquí es donde esperamos encontrar alguna señal de la enfermedad y la negligencia de Sita. Pero la cocina está limpia y han regado las plantas. Todas las ollas están lavadas y guardadas. El fregadero de acero reluce y hasta el suelo de baldosas ha sido recientemente encerado.

—No sé cómo lo hace —digo en alta voz, pensando que puede oírme. Pero todavía corre el agua y Sita no está en las escaleras, bajando para saludarnos.

—La respuesta es que una empleada hace la limpieza —dice Mary.

Ponemos nuestros bolsos en el suelo de la cocina. Como no sabemos qué hacer con nosotras mismas, pasamos el peso de nuestros cuerpos de un pie al otro hasta que nos cansamos y nos sentamos en el moderno rincón del desayuno.

—Supongo que trata de arreglarse un poco —dice Mary cuando han pasado varios minutos. Escuchamos. Ahora se oye un chapoteo, como si ella se bañara.

—Por lo menos eso puede hacerlo ella misma —digo.

Mary mira la cafetera con expresión cariñosa.

—Prepararé un poco de café. Estará listo y caliente cuando ella baje —dice.

—Podríamos comer algo —agrego, deseosa de probar la tarta que aún no está cortada.

Mary recorre los armarios en busca del café, que por supuesto está en la lata verde con la inscripción CAFE.

—Tenía que guardarlo aquí —dice Mary.

Estoy de acuerdo.

—Sita hace las cosas como dice el libro.

Ahora debe de bañarse como dice el libro, lavando cada centímetro de su piel. Desde el tiempo en que éramos amigas íntimas y yo me quedaba a dormir en su casa algunas noches sé que usa exactamente un tapón de sales de baño. Luego se cubre de talco. Después se sienta en el borde de la cama, envuelta en una toalla, y se lima las uñas hasta que son óvalos perfectos.

—Yo —dice Mary, que me lee el pensamiento— prefiero frotarme un limón en la cara.

—Así has conseguido todas tus arrugas —contesto. Odio que lea mi mente, pero ahora la he ofendido.

—Voy a tejer —dice un momento después, sosegada. Busca en su bolso repleto la manga del jersey y no la encuentra. Yo estoy inquieta. Empiezo a preguntarme si debíamos haber venido. La Sita de mi sueño era más amable y estaba más desesperada. Afuera, Little Dickie se queja y llora. Probablemente ha enrollado la cuerda alrededor del árbol y no puede moverse.

—Yo uso la lata de café para las etiquetas adhesivas con la marca de la tienda —digo a Mary—. Caben exactamente dos cuadernillos.

Mary se ilumina y saca la mano de su bolso.

—En estos lotes —dice— la lata de la harina es demasiado pequeña. Yo guardo en ella el destornillador y el abrelatas...

Mira la hilera de latas de Sita, entorna los ojos y escucha para ver si ella todavía no baja.

—Vamos, mira —digo—. Mira si tiene allí la harina.

Entonces Mary abre la lata correspondiente.

—Cómo no iba a estar —susurra—. Por supuesto que pone la harina donde se debe. —Entonces, bruscamente, baja la cabeza y examina el contenido desde más cerca—. ¿Qué es esto? —Se pone la lata debajo del brazo y extrae una píldora naranja—. Está llena de píldoras. —Mete la mano en la harina, revuelve y saca más. No sabemos qué pensar.

Finalmente una señal de que Sita no está tan bien. Siento inquietud. Todavía la oigo moverse arriba.

—Tíralas —digo—. Quién sabe si no son muy viejas. Debe de estar perdiendo la cabeza.

—Podría envenenarse —dice Mary, fascinada. Si fuera por ella, creo que correría escaleras arriba y se las mostraría a Sita—. Está bien —dice por fin. Abre el armario debajo del fregadero y arroja las píldoras y la harina al cubo.

Deja en su sitio la lata vacía. Servimos el café en tres tazas iguales y cortamos la tarta cuando ella baja las escaleras.

—Acabamos de preparar un poco de café —digo amablemente.

—No había —dice Mary en tono acusador. Luego recuerda alguna clase de buenos modales—. La tarta está recién hecha.

La bufanda negra resbala y forma una visera sobre sus ojos, y cuando mira a Sita parece una jugadora empedernida.

Me vuelvo rápidamente hacia Sita con la intención de comentar su arreglo. Pero Sita parece exactamente igual, no más elegante que cuando la vimos en el jardín. No se ha cambiado de ropa y el peinado sigue torcido. Me pregunto si todavía duerme toda la semana con la cabeza envuelta en papel higiénico para proteger el peinado, como hacía cuando era modelo. Y así es. Advierto otra señal de deterioro.

Cuando va a la nevera en busca de crema, veo un cuadrado rosa de papel higiénico clavado en el pelo con un alfiler, en la nuca. Se vuelve y no digo nada. Pero Mary me sonrío.

—Espero que te guste —dice con voz melosa mientras pone delante de Sita un trozo amarillo y castaño de tarta.

Sita abre un cajón y saca tres servilletas de papel blanco de bordes ondulados. Las pone cuidadosamente al lado de nuestros platos. Luego se sienta y toma un bocado, después un sorbo, y otro bocado. Está a punto de llevarse a la boca el tercero cuando mira el tenedor.

Mary y yo casi hemos terminado nuestras porciones, y pienso qué vacía parece esa cocina sin rastros de uso. ¿Acaso Sita no come otra cosa que conservas o comida preparada?

Sita contempla con horror alguna cosa en la punta de su tenedor. Deja en el plato el trocito de tarta y luego, delicadamente, separa con los dedos algo transparente y lo pone en el borde de su plato de postre.

Vemos que se trata de un ala minúscula, de color ámbar, bien cocida, quebradiza y llena de frágiles venas.

—Eso es un ala —observa Mary mientras deja su tenedor.

—Con mayor exactitud, el ala de una mosca india de la fruta —dice Sita. Tiene la boca fruncida y seca y la voz ácida—. Normalmente no alcanzan este

tamaño.

Mary mira un segundo el ala con toda cortesía, pero no como si tuviera algo que ver con ella. Alza el tenedor y sigue comiendo su tarta con fruición.

Sita mueve lentamente la cabeza. El papel higiénico que tiene en la nuca aletea como una pluma. Sus ojos siguen el trozo de tarta que pasa del plato al tenedor y a la boca de Mary. Parece una gallina ofendida con el pico preparado.

—¿Cómo sabes el nombre? —pregunto para distraer su atención. Recuerdo entonces que su marido fallecido se ocupaba de las plagas de la región—. ¿Lo supiste por Louis?

—Cuando renunció a su puesto de inspector sanitario —dice entre dientes, sin dejar de mirar fijamente los trocitos de tarta en movimiento—, Louis pasó a ser el entomólogo del condado. —Trato de indicar a Mary que no se sirva más tarta, pero ella ya ha recogido un nuevo rectángulo de la fuente.

—Un bichito asado no puede hacerle daño a nadie —dice Mary.

No quiero mirar a Sita. Me demoro cuanto puedo con un sorbo de café. Luego levanto la vista y veo que en su cara no queda color, está terriblemente pálida. Y tan enfadada que los labios se le han puesto azules. Dejo la taza y me preparo; sé desde aquellos viejos tiempos que su ira está a punto de estallar.

—¡Fuera de mi casa esos bichos inmundos! —chilla, y se pone de pie tan bruscamente que el cuadrado de papel higiénico se le cae de la cabeza.

Mary mira su tenedor con incertidumbre, pero ya es demasiado tarde.

Sita recoge la tarta y sin una palabra ni una mirada se la lleva por la puerta trasera. Oigo que baja los escalones y el estrépito del contenedor y luego vuelve y pone la fuente vacía en el fregadero. Se desliza detrás de Mary, estira un brazo huesudo y le quita el plato y, de la mano, el tenedor.

Ahora Sita ha ido demasiado lejos. Cuando se dirige nuevamente a la puerta trasera con la intención de sacudir el tenedor y arrojar las migajas, Mary se incorpora. La bufanda que lleva en la cabeza se le cae sobre los ojos, de modo que debe levantar el mentón hasta la cara de Sita para verla.

—¡Como si tú pudieras hablar! —grita. De sus ojos brotan chispas amarillas—. Y tu harina llena de píldoras, ¿qué?

Sita parece perpleja, luego corre a la lata, le quita la tapa y por supuesto está vacía. Se queda tanto tiempo contemplando el fondo que me pregunto si el golpe no habrá sido excesivo.

—¿Qué habéis hecho con ellas? —dice—. ¿Dónde están? Decídmelo ahora mismo.

Cuando Mary señala, Sita se echa de rodillas debajo del fregadero y abre el armario. Saca el cubo de desperdicios y empieza a revolver la harina. Vuela por el aire, cubre el suelo, se le pega a la cara. Tiene los brazos blancos. Recoge algunas píldoras brillantes, azules y anaranjadas, y las aprieta contra el pecho para protegerlas de nuestras miradas.

Pobre Little Dickie. No pensamos en su comida, de modo que durante los días siguientes debemos darle sobras o comprar costosas latas de emergencia en el mercado de la esquina. Un perro que vive en una carnicería se acostumbra mal. Ahora Little Dickie muchas veces tiene que arreglárselas solo. Cava pozos entre los lirios de Sita buscando huesos. Esa primera noche consigue meterse en el contenedor y comer la tarta de Mary, con bichos y todo. No podemos tenerlo atado porque con sus dientes pequeños y fuertes corta la cuerda cuando tiene ganas de pasear. Es un perro doméstico. Pero por supuesto no podemos dejar que entre.

Sita lo odia. Se le ve en los ojos cuando él araña la puerta. Yo relleno los pozos que él abre y vuelvo a plantar los lirios, esperando que Sita no sea demasiado dura con él. Si alguna vez ha reparado en los pozos, no ha dicho nada. Ahora sabemos que Sita está tan enferma como en mi sueño, pero no nos permite que la llevemos al médico. Cada vez que se lo sugiero, dice que ya ha ido y que le han dado un tratamiento para los próximos cinco años. A veces la sorprendo mientras mezcla en una taza el contenido de varias píldoras o las hace rodar por el hueco de la mano antes de tragárselas. Me dice que son contra el dolor. Como ha tomado píldoras durante muchos años, no hago más preguntas.

Temo que Mary dedique a Sita alguna observación mezquina ese primer día, pero limpia la harina sin decir palabra y se instala para esta visita. Pienso que florece en presencia de la enfermedad como otras mujeres cuando ven a un hombre guapo. Se quita su bufanda negra y se recoge el pelo en una escuálida trenza. Tiene un vestido con flores amarillas y canturrea mientras prepara caldos y flanes para despertar el refinado apetito de Sita. Sacude el frasco de levadura de cerveza encima de todo lo que hace, mientras Sita machaca y traga sus amargas píldoras que sólo sirven para ponerle los nervios de punta y luego agotarla de sueño. Todo lo que comemos tiene el sabor rancio de la levadura. Pero Sita apenas se da cuenta de lo que come.

En realidad, a medida que pasan los días se mueve menos, habla menos. Cuando salimos al porche, por la tarde, Sita se envuelve en sus chales

afganos, los que Fritzie tejió al ganchillo hace tanto tiempo. No es una buena señal. Ninguna mujer llevaría puestos sus mejores chales afganos. Pero ¿para quién los va a guardar?

La visita se alarga de días a semanas. Yo voy y vuelvo entre Dot y Blue Mound, pero Mary se queda porque Sita está muy debilitada.

Una noche Sita tiene deseos de hablar.

—¿Por qué has venido —pregunta— con mi prima y ese maldito perro?

—Porque soñé que estabas enferma —digo.

—Soñaste que estaba enferma. —Se mece a la menguante luz azul—. Ah, soñaste que podías heredar algo.

Eso me indigna.

—Somos buenas contigo porque tu madre fue buena con nosotras —le digo—. No hemos venido porque queramos algo tuyo.

La mecedora cruje. Hay un largo silencio entre nosotras y entonces pienso qué superior se ha mostrado siempre, y sé que no podré contenerme de pedirle lo que pensé en la furgoneta.

—Pero podrías dejarle a Mary la máquina de coser que le envió su madre —digo.

La mecedora se detiene. La boca de Sita se abre grande y negra como un desván. Un murciélago podría entrar y posarse en su interior. Todavía la abre más cuando se echa a reír. Pienso que aún no la he oído reír, no desde que llegamos, y repentinamente se interrumpe sofocada.

—Hace diez años esa antigualla se rompió y se la regalé a los Grinne.

Conozco a la familia Grinne. Son unos manirroto de mala reputación de Blue Mound cuya fuente principal de recursos es la venta de desechos de papel de plata. Sé que la chica Grinne no es capaz de coser con esa máquina, que jamás lo haría y que probablemente habrá utilizado la madera para encender el fuego un día frío de invierno.

No tengo nada más que decirle a Sita. La dejo meciéndose, con los brazos cruzados sobre el pecho consumido, y subo a ver qué hace Mary.

Compartimos el cuarto de huéspedes del piso alto, decorado con colores rosados perfectamente combinados y cuadros de un mismo árbol en distintas estaciones. Algunas noches paso horas despierta mientras Mary habla en sueños. Tiene largas conversaciones amenazantes con personas desconocidas. «Démelo», dice. «Eso ya lo he oído antes».

Una noche, mientras escucho, descubro qué hace en sueños. Cobra cuentas atrasadas. Mete el pie en la puerta entreabierta del sueño. Cuando se lo aprietan, grita. «Usted firmó el recibo», aúlla. «Lo veré ante el juez».

Mary ha desparramado sus cosas por toda la habitación. De su maleta ha sacado una cantidad sorprendente de cosas. El ladrillo rojo está en la mesilla, junto a su cama, cuidadosamente envuelto en un paño para que no se pierda en el aire nada de su energía cósmica. Mary no esconde su ropa, ni siquiera la interior. Está apilada o colgada sobre los escritorios o el respaldo de las sillas. Sólo sus grandes calzones de algodón blanco están cuidadosamente prendidos con pinzas a perchas colgadas de las perillas del armario porque Sita no le permite que los ponga a secar en la cuerda del jardín. Detrás del ladrillo hay una estatuilla verde, resquebrajada, de la Virgen María. Ha puesto a mano sus libros de astrología y sus lanas para tejer. Veo que ha terminado el jersey de Dot.

Lo sostiene en vilo para que yo lo admire.

Las líneas rojas corren en zigzag y trazan cuadrados dentro de cuadrados que forman caminos sin salida.

—¿Dónde está el punto de partida? —pregunto.

Mary no comprende hasta que sigo el dibujo con el dedo, tratando de escapar. Empieza a buscar conmigo por la maraña de caminos sobre el pecho, debajo de los brazos, en los hombros. Pero no logramos descubrir ninguna salida.

Levanto un libro que está encima de su cama y lo hojeo.

—«El cielo de la noche está lleno de sorprendentes agujeros» —leo.

Es un tema que ocupa la mente de Mary, y le encanta explicármelo. Habla de unos agujeros en el espacio que lo absorben todo. Incluso chupan el espacio mismo. No puedo imaginarme eso. Pero mi mente ve otras cosas arrastradas vertiginosamente hacia la oscuridad. Justamente esta mañana he descubierto un bolsón de suciedad en la casa de Sita. En un viejo armario del sótano, detrás del salón de juegos, encontré un gran desorden, telarañas, verdadera mugre. En los estantes había viejas latas y botellas. Pomada veneciana para zapatos. Aceite de coco para el pelo. Tabletas KILL-ALL contra las ratas. Un libro llamado *La rosa negra* de Thomas B. Costain. Y papeles, un montón de recortes de periódico de Sita y de recibos de alquiler de la época en que era soltera y vivía en Fargo. Había una carta. Estaba cerrada, sellada y lista para enviar. Leí el sobre, preguntándome una y otra vez qué hacer con ella. Estaba dirigida a una tal señora Catherine Miller, de Minneapolis. No se podía saber de cuándo era esa carta ni cuándo había olvidado Sita echarla al correo.

Cerré el armario y subí. Me guardé la carta en el bolso. Finalmente resolví agregarle unos céntimos de franqueo y enviársela a esa señora Miller. Pero

durante todo el día, cada vez que he pensado en ese armario lleno de desechos la tristeza se ha apoderado de mí. Sita es la razón de que esas cosas estén allí y cuando ella se vaya allí seguirán. Le sobrevivirán, así como sobrevivieron a su marido. Me sobrevivirán a mí. Son cosas comunes, pero tienen mayor poder que nosotros. Me entristece pensar en ellas, tan humildes y sin embargo indestructibles, en tanto que Sita, a pesar de una vida entera de desesperación, debe morir.

Y ahora, mientras Mary habla, tengo la extraña idea de que todo lo que toca una persona debería ser enterrado con ella, porque las cosas que sobreviven a las personas no tienen sentido. Mientras ella sigue hablando de una gravitación invisible, veo cómo todos nosotros somos absorbidos y arrastrados de cabeza a través del espacio. Veo cómo volamos en un gran viento junto con nuestros felpudos y nuestros cepillos hasta que somos devorados a espantosa velocidad y desaparecemos.

Todo se confunde. Nada parece importante. Ni siquiera me enfado cuando Mary vuelve a leerme los pensamientos y dice que los montículos funerarios que dan nombre a la ciudad contenían las cosas que cada indio había utilizado durante su vida. La gente ha encontrado en ellos muelas de piedra, flechas de caza y adornos hechos de huesos coloreados.

Pienso entonces que no se puede hacer nada. Incluso enterradas, nuestras cosas sobreviven.

El perro ladra debajo de la ventana. La noche se vuelve fría, y comprendo que Little Dickie ha cortado la cuerda y está otra vez cavando entre los lirios. Oigo gritar a Sita en el porche. Eleva su voz hasta que se quiebra. Su silla se vuelca o algo se rompe. Little Dickie ladra y gruñe. ¿O es Sita? Uno de los dos se queja. Abrimos la ventana y Mary se asoma, pero está demasiado oscuro. Unas ramas de lila lo ocultan de nuestra vista. Oímos sus patas y sus jadeos.

—Ha encontrado algo —dice Mary—. Si cava en el jardín Sita lo va a matar.

—¡Fuera de ahí! ¡Vete! —grita Mary.

Pero el ruido continúa.

Entonces Mary busca algo. Hay dos cosas al alcance de su mano. La estatua de la Virgen y el ladrillo especial. Arroja el ladrillo por la ventana. Se oye un golpe sordo, silencio, y luego Little Dickie gimotea.

Corremos abajo. Todavía no ha salido la luna. Busco la luz del porche pero no la encuentro y sigo a Mary por los escalones del frente. Tengo que ir a tuestas, apoyándome en las sillas de jardín y en las ramas de los rosales.

Atravieso el césped y veo sus siluetas. El vestido floreado de Mary está detrás del arbusto, pero la forma blanca en el suelo... ésa es Sita. Reconozco su chal al tacto. El punto de cadeneta de los cuadrados color crema que tejió Fritzie antes de marcharse.

Estoy arrodillada y me inclino sobre Sita. No se mueve durante largos segundos, y luego su cuerpo se estremece. Una reflexión centellea en mi mente: ya era hora. Las cosas escapan a nuestro control. El suelo removido está seco y frío. Sita murmura junto a mi cara.

—También tú comerás mierda con las gallinas un día.

Era la frase de Pete. Quería decir que por más altura y poder que tengamos, algún día todos volvemos al nivel del suelo. Sita tiene el pelo mojado allí donde la golpeó el ladrillo. Creo que tiene razón. Tiene razón. Comeré mierda con las gallinas. La llevamos dentro. Es ligera como una tostada. La acostamos en el largo diván beige del salón. Casi tengo miedo de encender la lámpara, pero finalmente Mary lo hace y veo qué mal aspecto tiene Sita. Hay sombras negras en sus mejillas.

Me quedo a su lado el resto de la noche, mojándole la frente y escuchando cómo sube y baja su respiración. La abrigo con sus afganos. Las franjas ondulantes y las nubes que giran. El punto enano. Mary dormita en la silla con la cabeza apoyada en una mano inmóvil, de modo que en algún momento de la noche olvido qué está allí.

También me olvido de Little Dickie. El recibió igualmente un buen golpe. Olvido para qué hemos venido. Entonces Mary empieza a susurrar y sé que duerme.

—No discuta —dice—. He examinado su cuenta.

Sita sonrío al oír estas palabras y abre los ojos. Mira pacíficamente a su alrededor, luego me enfoca y frunce el ceño. No sé si ese gesto es para mí o para alguna otra persona, pero miro su cara.

Respira hondo con dificultad. No sé cuando exhala el aire, porque de pronto recuerdo cómo era cuando éramos niñas y ella me derrotaba. Se sentaba sobre mí. Sus labios rosados se curvaban. Sus dientes eran blancos y cuadrados. Balanceaba su larga y gruesa trenza por encima de su cabeza. La dejaba caer y me azotaba la mejilla, la boca y la nariz. Recuerdo ahora que la trenza de Sita no hacía daño. Era suave y pesada y olía a jabón de Castilla, pero yo aullaba como si ocurriera algo terrible. ¡Basta! ¡Para! ¡Suéltame! Porque no podía soportar lo fuerte que era ella, con sus rodillas sobre mi pecho. No podía soportar que me retuviera contra el suelo, indefensa.

SITA TAPPE

Desde que llegaron con sus salchichones picantes y su tarta llena de bichos duermo abajo sobre la mesa de billar. No sólo porque Mary habla tan fuerte mientras duerme que se la oye desde el otro extremo del pasillo del piso alto, y porque Celestine sube y baja toda la noche a buscar vasos de agua, comer cereales o freír huevos. Ni tampoco porque jamás solicité su compañía, porque no la quiero y porque incluso desearía que se pusieran enfermas y se marcharan. Duermo abajo por mis propios motivos. Uno es la mesa de billar misma. Me gusta el roce del paño verde. Me gusta la superficie lisa. Me gustan los huecos, útiles para meter revistas enrolladas, un vaso o mi cepillo del pelo. Cuando duermo siento un olor escolar a tiza azul, junto con el olor adulto del whisky y la ceniza volcados. Les he explicado a Celestine y a Mary que la superficie lisa y dura de la mesa de billar es buena para mi espalda, pero la verdad es que me gusta dormir en el sótano.

Mi primer marido llamaba a esa habitación enorme y sin ventanas su centro recreativo. Jimmy lo hizo revestir a prueba de ruido con costosa madera de roble, pero los adornos de las paredes son cachivaches regalados por sus amigos distribuidores de bebidas y de las tabernas locales. De un lado hay estantes llenos de equipo estéreo, cajones de discos, una televisión en color. Cuando volví a casarme, Louis añadió música clásica a los discos de country-western y música ligera de Jimmy. A veces Louis hacía experimentos en la parte sin terminar del sótano o celebraba reuniones de su grupo de buscadores de setas. Instaló un equipo de radio de onda corta y llamaba a lugares situados detrás del Telón de Acero. Hay aquí tantas cosas de Louis y de Jimmy que la habitación es una especie de monumento a los dos y a ninguno.

Ahora es mi habitación. He trasladado aquí todas mis cosas favoritas. He hecho un nido para mis joyas en la caja de las cassettes, hay fotos de mi padre en las mesas bajas mexicanas, tres de mis mejores jerseys de cachemir están plegados y apilados, y hay un par de zapatos ligeros italianos. Hasta he limpiado el cuarto de baño que hay detrás de la pared. Lo refregué tres veces con un limpiador especial y luego le pasé Lysol. Tiré los productos químicos del cuarto oscuro de Louis y las botellas de litro que los hermanos de Jimmy guardaban debajo del fragadero. Ahora en el armario del cuarto de baño

guardo mi maquillaje, pero no el resto de las píldoras que heredé de Louis. Para ellas tengo un sitio más seguro.

En una época las guardaba en cualquier parte. Pero olvidaba todo el tiempo dónde las había escondido. Aparecían inesperadamente, y no se podía confiar en eso. No podía perder una sola después de la muerte de Louis porque ya no hay un solo médico de la ciudad que me haga una receta. «Se volvería adicta», me decían. Querían privarme de las píldoras. Pensaban que lo habían conseguido. No sabían lo que Louis me dejó.

La habitación está oscura a cualquier hora del día. Ya no me gusta que me despierte el sol. Esta mañana, aunque sé que pronto tendré que levantarme y ver a Mary y a Celestine, me quedo boca arriba, envuelta en mantas que han absorbido el olor terroso del aire del sótano.

Aquí, acostada, pienso en todo lo que puedo hacer con el mando a distancia.

Louis puso cables debajo de la gruesa moqueta. Le encantaba estar en su sillón y apretar botones. Jimmy, lo sé, se hubiera echado en su grueso diván de estilo mediterráneo y habría lanzado maldiciones de puro asombro al ver lo que ha hecho Louis. Desde aquí puedo encender la televisión si quiero. Si la cara de la presentadora está algo borrosa puedo estabilizarla con un movimiento. Tengo mi casco junto al codo. Puedo encender la radio o el equipo de música. Puedo escuchar cintas de ocho pistas o mirar en silencio el movimiento de las agujas en los diales y barómetros brillantemente iluminados. Puedo aumentar o disminuir la luz de la araña de cristales de imitación. Puedo encender todas las lámparas de cerveza y mirarlas. En una se ve la larga silueta de una diligencia tirada por caballos que corren una y otra vez en silencio junto a las montañas y los cactus del desierto de la pantalla iluminada. En otra, una canoa que gira interminablemente por un lago azul. Algunas están hechas con botellas de cerveza Hamm o Schmidt, y otras con las sencillas botellas facetadas de Grain Belt. En el extremo opuesto de la habitación Jimmy instaló un bar en forma de U y tapizado con grueso vinilo negro acolchado.

Desde la noche en que Mary trató de partirme la cabeza con un ladrillo el dolor ha disminuido. Es como si el golpe hubiese roto una serie de conexiones nerviosas. Ésa es una de las razones por las que no llamé a la policía cuando finalmente estuve en condiciones de hacerlo; ésa y el problema de las píldoras. Tenía miedo de que hiciesen un registro y encontraran las que están flotando en la cisterna dentro de la caja estanca donde Louis guardaba las cerillas cada vez que salía al campo a buscar especímenes botánicos. Ahora

casi odio tomar píldoras, tan pocas son las que me quedan. ¿Qué pasará dentro de un mes, un mes y medio? He tenido la suerte de que el ladrillo desenchufara las terminaciones nerviosas. Eso hace más tolerable el futuro. Me siento mejor. Sin embargo, he perdido el uso de mi brazo izquierdo y debo sostenerlo apretado contra las costillas como un ala de gallina.

Debo levantarme antes de que terminen con el reparto y vuelvan a buscarme con esa furgoneta que huele a sangre y a cuero caliente. Más tarde quieren llevarme a Argus a ver el Festival de la Remolacha y la coronación, que se hará en una tribuna de asientos duros y sin respaldo. Al principio me negué, pero ellas insistieron.

—Te divertirá ver la coronación de Dot —dijo Celestine para engatusarme.

—Te sorprendería saber cuánto me divierto acostada —respondí.

Mary, todavía taciturna después de que casi me mató prematuramente, trata de quitar importancia a lo que hizo. No acepta su responsabilidad. Dice que a todos nos dan cuerda y que no paramos hasta que la cuerda se acaba.

—También podrías salir a pasear por una vez —dice sin entusiasmo. Probablemente es su falta de entusiasmo lo que me lleva a aceptar.

Sin embargo levantarme no es tarea fácil. Supone el uso de muchos músculos y de las piernas, que yo prefiero tener abrigadas y envueltas en cosas de punto y almohadones. La sala de recreo es helada, lo que no me importa mucho con el calor del verano salvo para afrontar esa primera larga caminata sobre la moqueta o el momento de pisar las frías baldosas del cuarto de baño.

Ruedo sobre el estómago y bajo las piernas de la mesa. Del hueco izquierdo saco un vaso de agua y bebo largamente. No he quitado las bolas de colores del billar que ahora ruedan y chocan en sus canales ocultos. Me parece un sonido cordial, que me distrae y me tranquiliza. La mesa es tan sólida que sólo se mueven cuando subo o bajo. Empiezo a caminar por la moqueta. Pero esta mañana no llego siquiera hasta el diván. Hay algo nuevo, una debilidad que no he sentido desde el golpe del ladrillo. Desearía haberles pedido algo de comer antes de que las dos salieran, o que hubiera algunas galletas olvidadas en el bar de Jimmy. Pero entonces, recuerdo, esas galletas tendrían ahora quince o veinte años. Yo no me lo proponía, pero descubro de pronto que estoy acostada en el suelo. No creo que me haya caído, pero estoy inconfundiblemente extendida sobre el estómago, con la cara apretada contra

las hebras de la moqueta, que son como de gruesa lana. Debo quedarme allí. No puedo llamar pidiendo ayuda. No sé cuánto tiempo pasa hasta que recobro las fuerzas, me pongo a cuatro patas y gateo. Yo tengo mi orgullo, pero debo reservarlo para momentos peores y para cuando Mary y Celestine me miran.

Para ellas la muerte es una tarea de todas las semanas, sólo eso, el ruido que la causa. El tiro de escopeta. El golpe sordo. El tajo en el cuello de la gallina. Estoy segura de que jamás escuchan los sonidos que hacen los animales. Pero yo siempre oía los gritos y los mugidos cuando era chica, antes de marcharme de la carnicería. Los cerdos chillaban como vecinos asesinados en la cama. Y cuando les cortaban la cabeza a las gallinas, las alas golpeteaban y levantaban una nube brillante de polvo.

Todavía oigo ese aleteo. Barrían el suelo con un frenesí de esperanza. Incluso sin cabeza el cuerpo continuaba su baile de marioneta. Cuando me toque a mí, no quiero que Celestine ni Mary oigan el ruido. Ésa es otra de las razones por las que duermo en la sala de recreo. Recuerdo el camión de placas acústicas que trajo Jimmy, el aislamiento especial. Recuerdo que Jimmy probó el equipo de música a toda su potencia mientras yo estaba arriba, en la cocina, y sólo sentía la vibración de los timbales pero no oía en absoluto la música, apenas un zumbido tan leve como el de un insecto.

Ahora el cuarto de baño. La puerta. La luz.

Jimmy hizo instalar manijas de acero. Decía que para los inválidos, pero por supuesto era para sus hermanos, que cuando estaban ebrios no podían apuntar bien ni siquiera sosteniéndose de ellas y dejaban rastros sobre las baldosas azul claro. Ahora me alegro de las manijas y las tiras antideslizantes. Me acerco al inodoro. Levantar la tapa de cerámica de la cisterna es la empresa más delicada de cada día. Siempre temo que se caiga cuando la muevo. Esta operación exige todo mi control. Saco la cajita impermeable. Vuelvo a poner la tapa, no del todo, apenas lo suficiente para que no resbale. Y luego respiro con más facilidad. Lleno de agua el vaso de lavarse los dientes. Abro el frasquito y dejo caer tres en mi palma. Tres no. No. No. Me debo limitar a una. Vuelvo a meter dos adentro. Entonces, por alguna razón, vacío todo el frasco. Siento curiosidad por saber cuántos días me quedan antes de que se acabe. Y así veo qué pocas quedan.

Miro las brillantes píldoras anaranjadas durante no sé cuánto tiempo. Es como si estuviéramos unidas por un nexo de comprensión. Sólo queda medio frasco. Quiero tomar una ahora, pero las píldoras me lo impiden. Debo escucharlas. Tengo que saber qué significa esto. De modo que nos miramos, una y otra vez. Realmente no pasa mucho tiempo antes de que comprenda.

Sin nosotras, me dicen, sin Louis, será nuevamente el hospital mental. La sala de los caníbales. La aguja. Las vistas que no te gustaría ver en tu jardín.

No hay ninguna duda. Sé de pronto que he venido hasta este momento a través del tiempo. Para llegar aquí he caminado sobre espacios vacíos. Ahora he llegado.

Y entonces es fácil. Me las trago todas.

Un rato más tarde, me dejo caer sobre el wáter con mi brazo sano. No pienso en el futuro. Me inclino tanto que casi toco el lavabo. Me gustaría bañarme. No pienso más que en el agua. Así se me hace más fácil deslizarme en la bañera. Y una vez que estoy allí, sentada, con los grifos abiertos, las píldoras se apoderan de mí junto con el chorro de agua caliente y de inmediato empiezo a flotar.

Adoro las plantas. Durante mucho tiempo creí que morían sin dolor. Pero por supuesto, cuando lo discutí con Mary, ella me mostró recortes acerca del sufrimiento de las plantas cuando les tironean las raíces, e incluso de algún sonido indescriptible, aterrorizado, una vocal prolongada que emiten y sólo puede registrarse con instrumentos especiales. De todos modos amo su hábito del constante retorno. No me gustan las flores cortadas. Sólo las que crecen en la tierra. Y estos nenúfares, pintados con pinturas tóxicas sobre la cortina de la ducha, me enloquecen con su pureza. Cada pétalo blanco es una gran lágrima de leche. Cada fino tallo es una verde cuerda salvadora.

Este ruido. La catarata de agua que cae. Nunca he visto una catarata y ni siquiera he oído un torrente. Los sitios donde he vivido son demasiado llanos para que el agua corra tempestuosamente. Sin embargo conozco el río, su violencia y las costas castigadas. Conozco su lengua destructora, que en verano se reduce a un sucio hilillo de barro. No, el río no es esta maravilla de agua limpia que brota de un grifo, caliente y salvaje, y me inspira esta extraña ilusión de que estoy bien.

Fuera, de pie, seca, las píldoras bloquean los caminos de los nervios.

El espejo está empañado. Lo seco con una toalla. Debo esperar a que mi mano deje de temblar antes de quitarme la gorra de baño de plástico y cepillarme el pelo. Tengo un color gris de mar y estoy realmente demasiado flaca. Pero saco de la cajita bordada el collar de granates, me lo pongo y cierro con mucho cuidado el viejo broche de filigrana. Desnuda aparte de las piedras rojo sangre, pienso en mi tía. Una vez escuché detrás de la puerta que Fritzie le contaba a alguna amiga la historia de la huida despiadada de tía Adelaide. Las dos pensaban que ella estaba enloquecida por la miseria pero ¡qué bien la comprendía yo! Podía verla absorbida por una nube. Tenía los

huesos ahuecados como los de un ave. Sus alas no hacían el ruido terrible de las gallinas sacudiendo el suelo; no hacían ningún ruido. No tenía que aletear sino que se deslizaba sin esfuerzo en las corrientes y los torrentes invisibles que fluyen por encima de nosotros. De modo que se fue volando. Y lo mismo habría debido hacer yo, en lugar de trasplantar el flox. Pero sus raíces eran fuertes y nunca encontré el lugar adecuado para ponerlo, la cerca adecuada. Flox blanco sobre una cerca blanca. Nunca quedó bien. Debería haber pintado la cerca de azul. Debería haber bajado un vestido más elegante.

No me gusta éste, con sus blancos pliegues ablandados por el vapor de la ducha, su cinturón color lavanda y los puños de encaje que me raspan las muñecas. Ni siquiera creo que le haga justicia al collar, pero aún y así llevaré los granates en honor de Mary. Nunca me los ha visto puestos, aunque de todos modos es probable que no le importe. Es una mujer dura, sin sentimientos. Jamás consigo acercarme a ella, ni tampoco a Celestine excepto a través de su hija.

Una de las pocas veces que tuve que ir de compras a su tienda, encontré a la chica. Dot estaba sentada detrás del mostrador y comía; daba enormes bocados de su sandwich de salchichón picante y se lamía los dedos. Tenía los mismos malos modales de su padre. Se lo dije. Se interrumpió, con expresión de interés. Le dije que era muy distinta de su madre y que se parecía, en los ojos y la nariz, a su abuela Adelaide. Se lo dije para irritar a Mary, que jamás hablaba de su madre. Fui más lejos y le conté a Dot lo que había hecho Adelaide. Lo pinté como algo romántico, casi como una leyenda. Dot estaba fascinada, pidiendo más. Le pedí que callara cuando entró Mary.

Durante un segundo les había robado a Dot, así como Mary me había robado a Celestine. A pesar de todos estos años todavía recuerdo ese momento horrible que pasé en el cementerio cuando me quité la camisa.

Tantas cosas ocurren a la vez. Un extraño recuerdo que conservo de las notas que tomaba Louis es mi visión de esos niños bajo tierra el día del Juicio Final.

Suenan las trompetas, le dije. Se oyen todas las sirenas. Del depósito municipal de agua brota sangre. Y luego, le dije, el suelo lleno de raíces se abre encima de cada pequeña tumba. Los niños emergen. Son esqueletos. Sorprendentemente pequeños, de marfil labrado con herramientas de precisión bajo una lupa de joyero. El aumento revela la simetría de cada diminuta articulación. Pero no hay tiempo para asombrarse, porque mientras recorren las calles de Argus los huesos se cubren de carne, y luego de piel y finalmente de ropa.

¿Pero qué clase de ropa, y de qué época?

¿Y qué ocurría —pregunté a Louis— con sus padres? ¿Qué podía ocurrir si sus padres habían pecado e ido al infierno? ¿Habría escuelas, un autobús, orfanatos, madrastras y padrastros, alguna organización que los cuidara? Si no era así, ¡qué espanto! Imagínate a esos pobres niños vagando entre los muertos en busca de alguien o de algo familiar.

—Es demasiado triste, Louis —le dije.

Ahora estoy lista. El collar brilla como la malicia sobre la ruina que es mi garganta. Es demasiado tarde para cambiarme. No me quito el collar. Mis brazos crujen mientras me pongo el vestido. Luego el maquillaje, el pelo, y la concentración que esto requiere. El esfuerzo de mover cada dedo por separado, de coger los pequeños tubos y cepillos, es inmenso. ¿Quién podría creer qué firme voluntad exige todo? Me sorprendo con cada pincelada. El resultado es una gran mejoría. Necesaria. Debo hacer un buen trabajo aquí arriba para apartar la atención de mis piernas, porque ya no puedo inclinarme para subirme las medias. No puedo usar medias. Por lo tanto no miraré hacia abajo excepto para admirar las puntas de mis zapatos blancos de piel fina como la de un guante.

Y ahora las luces. Apagadas. La puerta del cuarto de baño. Pronto entrarán en el jardín con la furgoneta y se apoyarán en la bocina. Las esperaré arriba, en el porche. Me pondré de pie para recibirlas. Pero antes de subir los catorce escalones alfombrados, eso tan engañosamente fácil, descanso. Descanso donde estoy. Me hundo en la fresca oscuridad, en el diván de cuero marrón que Jimmy adoraba y en el que una vez, hace mucho tiempo, por única vez en la vida, no tomé precauciones y me quedé en brazos de Jimmy despavorida ante esa ventana al futuro.

Tal era la posibilidad.

A Papá le hubiera encantado un nieto, y también a Fritzie. Nunca se atrevieron a decirme nada a la cara, pero yo lo sabía por sus pequeñas sugerencias. Cuando venían de visita al norte siempre buscaban en mí alguna señal, una expresión más suave, un cambio en la temperatura de mi cuerpo. Fritzie siempre se ocupaba de los niños que encontrábamos, y en una ocasión, recobrando su antiguo carácter, me preguntó si no utilizaba algún método que iba en contra de la iglesia.

Papá amaba las lámparas de cerveza. Cuando Jimmy y yo nos casamos, Papá venía de visita y los dos las miraban mientras bebían y escuchaban discos. Más tarde subían un poco ebrios en busca de sandwiches y encurtidos. Yo los atendía, pero nunca bajaba con ellos. Me parecía que esas lámparas

eran vulgares. Eso era entonces. Sólo cuando me trasladé abajo comprendí qué consuelo casi hipnótico me daban, cuánto más tranquilizadoras eran que cualquier paisaje real, con la ventaja de que podía mirarlas a oscuras.

Toco un botón con la mano derecha y una de ellas se enciende. Es la de las aguas azul celeste, mi favorita. Mientras espero, miro cómo la pequeña canoa sale de la costa del lago de Minnesota y se aventura a través de las olas brillantes. Los pinos de la costa parecen verdes, negros y rígidos. El agua centellea, iluminada desde atrás. El bote avanza. Casi puedo ver los peces que suben, curiosos, debajo de su sombra.

MARY ADARE

Cuando nos acercamos a la casa vimos a Sita, de blanco, de pie entre los tejos e inspeccionándonos a través de las agujas secas. Tenía el bolso a sus pies y las piernas en una posición extraña, afirmadas para sostenerla como si fueran de madera. Conduje la furgoneta hasta la mitad del camino circular de acceso.

—Primero no quería ir, y ahora seguramente llegamos tarde —le dije a Celestine, a quien fastidiaba que Sita hubiera decidido ir. Celestine quería disfrutar del desfile y la coronación de Dot sin interferencias ni críticas de Sita, y sin preocuparse por el estado de sus nervios. Cuando apagué el motor para bajar yo estaba convencida de que Sita se mostraría desagradable.

No saludó. Ni siquiera una palabra a regañadientes. Celestine suspiró con fuerza y se despejó el pelo del cuello. Cerró de un portazo, furiosa porque no tenía más remedio que aceptar la situación. Luego atravesó el césped y la llamó. Yo iba atrás, preocupada por los ladridos de Little Dickie. Estaba atado en la parte posterior de la casa, y pensé que debía darle un poco de agua con la manguera aunque, apenas lo sugiriera, Sita se enfadaría por la demora.

De modo que llegamos al lado de Sita y le tocamos los brazos para ayudarla a liberarse de las ramas.

Celestine y yo notamos al mismo tiempo que estaba fría. La expresión de Sita no la delataba. Tenía los ojos abiertos, mirando justamente hacia el punto donde nuestra furgoneta se había detenido. Los labios apretados expresaban exasperación, como si hubiera estado a punto de decir algo y la muerte le hubiera arrebatado la voz. Celestine, que había recogido el bolso de Sita para devolvérselo, lo sostenía por la correa con los dedos. No sabía qué hacer con él. Yo no podía ayudarla. Supongo que estábamos paralizadas. No sé cuánto tiempo nos quedamos allí, mientras escuchábamos a medias los ladridos de Little Dickie y olíamos el aire seco y caliente y, lo que era extraño, el perfume francés de Sita, el penetrante aroma de uno de los frascos con vistosos tapones que guardaba en el cuarto de baño del sótano.

—¿Qué deberíamos hacer? —preguntó finalmente Celestine.

La miré, pero no parecía que me lo preguntara a mí. Más bien era a Sita. Miré también a Sita, como para tener en cuenta su opinión. Entonces empecé a advertir detalles, como el collar de piedras rojas, de aspecto antiguo y familiar, que se había enredado en una rama rota y le sostenía la cabeza en alto, y los brazos, que ella había logrado encajar como puntales en el débil

tronco. Se había vestido muy cuidadosamente, como de costumbre. Quizá se había cansado de esperar y se había apoyado contra el arbusto. Quizás estaba a punto de decir: «Al diablo con ellas». Llegarán tarde. Se había habituado a usar expresiones como *al diablo* o *maldito sea*, algo que no había hecho ni siquiera cuando se apartó de la Iglesia. No había sido fácil convivir con ella. Teníamos que llevarle bandejas al sótano cuando estaba acostada en la mesa de billar. Incluso entonces apartaba la nariz o revolvía con suspicacia la comida como si pensara que yo había escondido más insectos entre los fideos.

—Pienso que deberíamos bajarla —dije.

—Y después, ¿qué? —dijo Celestine.

Celestine tenía las mejillas pintadas con colorete. El pelo recién peinado en ondas de color castaño grisáceo. Pero parecía atontada.

—Tenemos que pensar con claridad —dije.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Celestine. Le irritaba que Sita estuviera muerta entre los tejos el día de gloria de su hija. No me parece que Celestine hubiera comprendido del todo, en ese momento, que el estado de Sita era permanente.

—¿Hay en Blue Mound algún velatorio? —preguntó.

—Esta ciudad es demasiado pequeña —dije.

El significado de la muerte de Sita empezaba a penetrar en nuestras mentes. La casa Langenwalter. Allí se celebraban los funerales en Argus; era un largo salón estucado rosa y naranja, con techo de tejas españolas y rejas negras en las ventanas. Imaginar a Sita en ese ambiente familiar era imposible. Además, había que contar con el Festival de la Remolacha. Todo el mundo estaría allí, incluso la familia Langenwalter.

—Probablemente —dijo— no quieren venir a buscar a Sita ni llevarla allá.

—La llevaremos en la furgoneta —dije.

Celestine movió la cabeza.

—Creo que simplemente deberíamos llevarla a la casa y ponerla sobre la cama.

—Celestine —dije—, ¿quieres que gente extraña se ocupe de ella?

—No —dijo Celestine.

—La llevaremos con nosotras —repetí.

Sin embargo nos quedamos inmóviles, arrastradas otra vez al círculo de silencio de Sita. Oí el canto de los grillos en el campo de lino del otro lado del camino, el rumor de alguna maquinaria lejana.

—Toma el otro brazo —dije por fin. Levanté a Sita por el codo. Desenganchamos el collar de la rama y la cabeza de Sita cayó apenas de lado de modo que parecía más despierta y observadora que durante las últimas semanas. Como si contemplara alguna escena fascinante que mereciera su desaprobación y sin embargo no pudiera dejar de mirar.

La sostuvimos entre nosotras y fuimos hacia la furgoneta. Estaba más alta del lado de Celestine y más baja del mío, y pesaba. Eso me asombró. Antes era muy delgada y ligera. Parecía que la muerte le hubiera llenado de arena los huesos. La furgoneta parecía inconmensurablemente lejos. Sita arrastraba los pies.

—Levántala más —dijo Celestine—. Le ensucias los zapatos.

Traté de hacerlo pero su peso era inmenso. Yo jadeaba y mi aliento parecía de fuego cuando llegamos. Tenía la intención de extenderla a lo largo en la parte trasera. Celestine la mantuvo apoyada y yo abrí las puertas dobles. Pero cuando miré adentro no pude soportar que la cargáramos como una mercancía para el reparto cotidiano.

—Pensándolo mejor —dije—, pongámosla delante.

—¿Estás loca? —dijo Celestine.

—No, no lo estoy. —Le hablé con dureza porque pensé que simplemente no quería ir atrás por temor a una carrera en la media. No dije una palabra más, sólo abrí la portezuela del lado del pasajero y ayudé a empujar a Sita. Pero apenas la alzamos comprobamos que estaba tan rígida que no podíamos doblarla. Era un problema. Celestine puso adentro las piernas y yo traté de acomodar el resto. Pero como quiera que lo hiciésemos, con las piernas o la cabeza primero, Sita terminaba caída sobre el lado del conductor como si la hubiesen arrojado allí. Y cuanto más la empujábamos, más desaliñada parecía. Entonces, de pronto, en medio de nuestros esfuerzos, Celestine golpeó en un punto determinado la espalda de Sita y el efecto fue mágico, como si hubiera tocado un resorte secreto. Sita quedó perfectamente sentada y erguida en el asiento. Allí esperó, con las manos en el regazo, y la cabeza ligeramente inclinada, mirando por el parabrisas.

—Bueno —digo, mientras recobro el aliento a un paso de la furgoneta, sintiéndome algo mareada—. Vamos.

Celestine no respondió y cuando la miré supe el motivo. Miraba a Sita en silencio, cubierta de lágrimas. Tenía la cara completamente mojada y también su vestido, sobre el pecho. Le alcancé mi pañuelo, pero no lo cogió ni comprendió. Luego alzó la mano y descubrió que tenía las mejillas húmedas.

—Oh —dijo, sorprendida, como si se hubiera lastimado.

Le puse el pañuelo en las manos y pasé por delante del vehículo para ponerme al volante. Celestine se inclinó, aseguró a Sita con el cinturón y le puso en las manos el bolso de cuero blanco. Luego subió por atrás y se sentó justamente detrás de mí. Puse el motor en marcha y salí del jardín de Sita.

Con el aire acondicionado en marcha y las ventanillas subidas estábamos encerradas. El campo se extendía seco y muerto entre Blue Mound y Argus. La polvareda se alzaba en formas onduladas en el horizonte. La sequía había dado al paisaje un castaño blancuzco uniforme. Pero todo eso era fuera de nuestra furgoneta. Casi parecía que flotábamos. Las zanjas pasaban como borrones. Durante largo rato tuvimos el camino para nosotras y viajábamos en silencio, aleladas. Yo no miraba el velocímetro.

La sirena y la luz centelleante me dieron tal sorpresa que aferré el volante y giré para dejar pasar al coche de la policía y me sorprendí cuando se detuvo detrás de mí.

—Viene hacia aquí —dijo Celestine, asombrada, mirando por la ventanilla trasera. También yo lo veía por el retrovisor. Era Lovchik.

—Hola, Ronald —dije, y bajé el cristal de la ventanilla cuando él se inclinó para hablarme—. Pensé que iba usted a dirigir el desfile.

—O a participar en él —dijo Celestine.

—Estoy en camino —dijo Lovchik—, pero ustedes iban a ciento treinta. No pude responder.

—Qué tal, Sita —dijo él, sonriendo. Desde la muerte de Louis, Ronald Lovchik había reanudado su viejo asedio a Sita y hasta le había enviado cajas de bombones. Lo sabía porque había encontrado una caja de Whitman's, todavía envuelta en celofán, en un armario. Había comido algunos y estaban frescos. Pero ahora Ronald ya no tenía posibilidades. Sita miraba severamente hacia adelante, a la distancia. Lovchik la miró, herido pero no asombrado, y abrió su libreta. Luego suspiró y la cerró.

—Al diablo —dijo amargamente, y se enderezó de modo que vi frente a mí los botones de su uniforme—. Es su primera infracción, ¿no es verdad?

Me asomé y dije que sí.

—No le pondré la multa —resolvió—. Primera advertencia. Eso es todo. Celestine me dio golpecitos en el hombro.

—Dale las gracias —susurró.

—Gracias —dije.

—Espero no haberla incomodado, señora Tappe. —Su voz quedó flotando sobre el techo de la furgoneta y luego sus pasos se alejaron. Cerró la puerta de su coche, pasó junto a nosotras y se marchó por el camino.

—Por qué no habremos dejado que él se ocupara de todo —dije mientras arrancaba de nuevo.

Celestine no respondió.

Mi propia voz resonaba con fuerza en mis oídos. Conduje con cuidado, muy por debajo del límite de velocidad, entré en Argus y seguí la Calle Ocho hasta llegar a Main. Pensábamos ir hasta la feria por el camino más directo. De modo que tomé un atajo y entré en una caravana que avanzaba lentamente hacia la congestionada esquina de Main. Y entonces, desorientada entre la multitud de coches, cometí el error fatal. Quizá fue por las ventanas cerradas y el zumbido del aire acondicionado. Quiero decir que no oí la banda de música de la escuela ni los pitos de los payasos hasta que nos alcanzaron. Hasta ese instante, no había advertido que estábamos participando en el desfile.

En ese momento, ya no había forma de volverse atrás. Seguí adelante detrás de un remolque ocupado por una gigantesca remolacha de alambre, tela pintada con spray y Kleenex. Se erguía blanca y gruesa frente a nosotras. De la parte superior colgaban largas hojas de papel crêpe. La remolacha se bamboleaba en el aire caliente, arrastrada por el coche de un estudiante. De vez en cuando algunas hojas de Kleenex caían y volaban hasta la multitud de las aceras o se pegaban en el parabrisas. El avance era lento. Detrás de nosotras venía un conjunto de jóvenes con uniformes azules y dorados. A veces el desfile se detenía para que pudieran formar figuras o letras con sus cuerpos.

—Saluda y sonríe —dijo Celestine—. La gente te mira.

Era verdad. Aunque la gran remolacha y el grupo uniformado atraían especialmente la atención de la muchedumbre, algunos curiosos nos miraban y saludaban. Quizá pensaban que Sita, severa y espléndida con su collar brillante, era alguien importante, la esposa del alcalde o del gobernador. Otros eran clientes que nos saludaban encantados de reconocernos.

—Allí, junto a Adrián, está Langenwalter —murmuró Celestine.

—Saluda tú —le dije a Celestine—. Yo tengo las dos manos ocupadas con el volante.

De modo que mientras nos movíamos en primera, Celestine sacaba ocasionalmente la mano por la ventanilla.

Pasaron, aparentemente, horas antes de que llegáramos al cruce, pudiéramos torcer lentamente y descender la cuesta que llevaba al terreno ferial del condado y detener la furgoneta junto a una alta herradura de olmos.

Aparcamos directamente detrás de la tribuna principal, a la sombra, con la esperanza de que nadie pasara por allí ni reparara en Sita.

Dejé el motor en marcha y el aire acondicionado encendido, y bajamos. Debajo de un gran árbol, miramos a Sita por el parabrisas.

—Supongo que no hay otra opción —dijo Celestine—. Debemos dejarla.

Esperamos un momento más, vacilando, como si quisiéramos sentirnos seguras. A la luz moteada que se filtraba entre el follaje, la expresión de Sita parecía de profunda concentración. Miraba más allá de nosotras, hacia el otro extremo del terreno, donde se habían instalado barracas y juegos en un claro de hierba pisoteada.

El héroe más condecorado

El ordenanza izó a Russell de su silla de ruedas, lo depositó en la cama y le quitó su fino pijama de algodón. Eli Kashpaw, sentado ante la mesa de la cocina, bebía café y miraba. Fleur estaba entre las sombras de la habitación vecina, vigilando al ordenanza con severa atención. Desempacó el uniforme de Russell de una vieja maleta rota. La lana verde olía a naftalina. El ordenanza vistió cuidadosamente a Russell bajo la mirada de Fleur. Con esfuerzo puso de nuevo a Russell en su silla. Fleur sacó las medallas de Russell de una caja de cuero y dispuso el brillante conjunto sobre su corazón. Luego colocó el rifle, con una larga funda verde oliva, cruzado sobre su regazo. Russell esperó a que le pusieran la gorra en el ángulo preciso, tal como estaba en las fotos tomadas en el estudio.

Cuando todo estuvo listo, apretó las manos contra los brazos de la silla de ruedas. El ordenanza empujó la silla al calor de la mañana, a través de la dura hierba y por una rampa al camión de la residencia. Cerró la puerta. El vehículo arrancó y avanzó por caminos secundarios. No había ventanillas a los lados, pero sí una burbuja de plástico en el techo. Alzando la cabeza Russell veía el cielo, las nubes y, más tarde, algunos cables estrecruzados. Después de una hora se detuvieron. Oyó caballos que piafaban y resoplaban fuera del camión. Una voz amplificadora daba órdenes y números.

Repentinamente aferraron su silla desde atrás y con un solo movimiento la sacaron por la rampa. Del otro lado de la calle, en el aparcamiento de los camiones del ejército, vio hileras de coches antiguos, conductores con antiparras, mujeres con anticuadas sombrillas. Una majorette estiraba sus piernas doradas. Unos legionarios pasaron a su lado. Nadie lo miraba. Finalmente el hijo de su antiguo jefe del Argus National le tocó ligeramente el brazo y se inclinó sobre él.

—Qué día tan espléndido —dijo, y eso fue todo.

El aire estaba seco y el lejano sol velado por nubes de polvo. Se acercó el jeep que arrastraba su carroza. Era la misma que usaba siempre la American Legión. El ordenanza subió a Russell a la carroza y ató la silla de ruedas entre dos trincheras elevadas de madera. Delante de él había un cementerio con las tumbas cubiertas de césped y amapolas rojas de plástico. A sus pies había una sencilla cruz blanca.

Muy pronto el desfile se pondría en marcha. Ya estaban ocupando sus puestos la carroza de los payasos y las que habían decorado los estudiantes. La voz atiplada del locutor se había tornado ronca. Los miembros de la banda subían el bombo y la tuba, y afinaban sus instrumentos.

La carroza se movió.

Russell sintió pequeñas sacudidas mientras pasaban sobre baches. A cada sacudida, la cruz de la tumba situada a sus pies se movía. Con las manos en las rodillas, erguido, miraba desde arriba a la muchedumbre. Había hombres con niños al hombro, chicas con vestidos brillantes. La carroza pasó más allá de las fachadas de cristal de bancos y tiendas, de los bares que anunciaban bailarinas y noches inolvidables, del correo. Repicaban los tambores y chillaban las cornetillas de plástico de los payasos. El ruido era fatigoso. Russell trataba de mantener la cabeza en alto y la mirada firme, pero se le caía el mentón. Cerró los ojos y de pronto el ruido y la gente parecieron alejarse.

Pensó en una tormenta distante. Las nubes bajas se reunían y pesaba en el aire una amenaza calma y vibrante. Vio ante él una mujer pequeña y agachada que caminaba lentamente por un camino de tierra. La siguió y reconoció luego a su hermana Isabel, muerta muchos años antes. Ahora iba por ese camino con un vestido tradicional de mangas anchas, de percal, y mocasines. Llevaba el pelo negro suelto. Se volvió y le indicó que la siguiera. Russell vaciló, aunque sintió que estaba ocurriendo. Sintió que su mente se expandía como un lago. El corazón se le entumeció y le pareció que crecía hasta que apretaba las costillas.

—Parece embalsamado —dijo desde la acera una mujer estridente. Russell la oyó con claridad. En otra oportunidad ese comentario lo hubiera avergonzado, pero ahora se limitó a abrir los ojos y ver la borrosa escena, y luego los cerró. Allí estaba todavía su hermana, a poca distancia. Isabel lo miraba por encima del hombro con su antigua sonrisa. Vio que le faltaba un diente.

—Espérame —le dijo.

Ella miró hacia adelante y siguió caminando. El camino era angosto. A ambos lados crecía la hierba que se extendía infinitamente y las nubes estaban bajas. La siguió pensando que podría ver a Celestine. Quizás se reuniría con ellos. Pero en seguida se le ocurrió que eso no podía suceder, porque aquél era el camino de que hablaban los chippewas de los viejos tiempos, el camino de los cuatro días, el camino de la muerte. El acababa de iniciar la marcha.

Ahora estoy muerto, pensó con sereno asombro.

Al principio lamentó que eso ocurriera en público, y no en un sitio privado. Luego se alegró, y también le alegró ver que ni siquiera en ese momento había perdido su sentido del humor. Tan divertido le pareció que la ciudad donde había vivido y los miembros de la American Legión saludaran solemnemente a un indio muerto, que empezó a estremecerse de risa.

Lo malo fue que rió con demasiada fuerza, se salió del camino y abrió los ojos antes de haber llegado al punto final, encontrándose sólo al final del desfile. Cerró de nuevo los ojos, rápidamente. Pero el camino se había vuelto demasiado angosto. Trastabilló. Por más que la llamó, su hermana seguía adelante sin volver para ayudarle.

Capítulo catorce (1971)

WALLACE PFEF

Dot se volvía más furiosa cada año; nos asustaba, sembraba desastres, se hacía daño. Algunas noches se quedaba fuera hasta las dos o las tres y en una oportunidad no volvió hasta el amanecer. Fumaba en su habitación, llenaba de colillas el alféizar de la ventana y llevaba diarios secretos que cerraba con llavecitas doradas.

Era difícil imaginar qué clase de cosas escribía en ellos.

Se sentía perseguida y miserable y planeaba su venganza. Ahora no es que careciera de amigos, como en la escuela primaria, sino que tenía enemigos reales. Y también estábamos Celestine, yo y Mary. Éramos el castigo de su existencia, hasta que nos necesitaba. Entonces le dábamos todo lo que teníamos, y eso la indignaba. Llenaba cajas con periódicos. Sus diarios se acumulaban. Y nos decía esas cosas en la cara, también, sin ahorrarnos una sola palabra.

Más que cualquier cosa que pudiéramos tener en común, el resentimiento de Dot nos unía a Celestine, a Mary y a mí. Dot no había sido una niña fácil, pero antes podíamos ganarla de palabra. Ahora nos ganaba ella, anotando cada uno de nuestros defectos, nos dejaba deshechos. Devoraba nuestros corazones hasta el hueso, se alimentaba de nosotros, se robustecía con nuestro dolor y nuestro asombro. Nos sorprendía, en especial, lo que habíamos creado. Dot usaba medias de malla y falda de vinilo para ir a clase, su pelo parecía un nido, volvía a casa con cosas que no podía haber comprado con su escaso salario del cine de Argus. Sus amigos eran vagabundos, bebedores, fumadores, motociclistas y gamberros surtidos de la calle, de bares que no daban dinero al Fondo para la Iluminación de Navidad.

Tratábamos de interesar a Dot en diversas actividades, en los deportes de la escuela, en la cultura. Pero sólo parecía feliz cuando circulaba o estaba

aparcada en un coche trucado. Eso no lo había observado yo, sino Celestine. Mary decía que si Dot no fuera todo lo que tenía en el mundo, renegaría de ella. Mi razón para apoyar a Dot era diferente. Yo tenía una fe básica y constante en el coraje de Dot.

Es verdad, su carencia de miedo era tediosa y ruda. Su total franqueza dejaba helados a sus maestros y compañeros. Pero era lo que yo no era. Ser diferente no la asustaba, y eso me parecía admirable. Además yo la quería y deseaba su felicidad.

Pero no podía conseguir eso por mí mismo.

Yo tenía una teoría: si los que amaban verdaderamente a Dot no la podían soportar, ¿qué podía pensar ella de sí misma? Una primavera, para ayudarla, para que se enorgulleciera de un éxito y su imagen de ella misma mejorara, le regalé un peso de nueve kilos para lanzamiento atlético. Fue la mejor inversión de mi vida, o así me pareció, porque al principio Dot demostró gran interés y no se separaba de la bola de hierro.

Era la primera primavera de la sequía. Los días eran constantemente buenos y las lluvias escasísimas. Durante todo ese mes pasó por delante de mi casa trayendo el peso desde la esquina donde la dejaban sus malas compañías. Se estaba entrenando, decía, para las pruebas de atletismo. Lo hacía con seriedad y parecía un camino nuevo. Al final de la tarde venía a casa si veía mi coche aparcado. Esto también era nuevo; y como llegaba pálida de hambre porque no había comido nada en todo el día, no tenía fuerzas suficientes para señalar mis defectos. Además yo la desarmaba. Le ponía en la mesa un vaso de leche y pasteles de chocolate y nuez. Terminaba con ellos mientras me contaba sus planes.

Viviría junto al océano como una estrella de cine, o se marcharía en un vagón de mercancías, como le había contado su tía Mary que había hecho. Dot sería propietaria de una cadena de restaurantes de pollo frito. Conduciría camiones y excavadoras, desaparecería para siempre como su abuela Adelaide. Viajaría por todo el mundo y buscaría la sabiduría, o viviría en el norte, en la reserva, con sus tíos Russell y Eli. Vencería en lanzamiento del peso en el torneo del estado, y de allí pasaría a las Olimpiadas. Las medallas que ganaría estarían en el museo de Argus junto a los recuerdos de guerra de Russell y a sus diarios íntimos, ahora famosos.

Dot estaba o bien exaltada por su futuro imaginario o bien deprimida como un bulto oscuro por las realidades de su vida, que veía duras y terribles. Hablaba de fiestas a las que no la invitaban, de guapos gamberros que la ignoraban, de chicas que le llenaban su armario de toallas de papel

apelotonadas, de maestras que le hacían preguntas cuando sabían que ella no podía contestarlas y hasta de una empleada de limpieza de la escuela que enceraba el suelo para que ella resbalara y quedara en ridículo.

En sus peores momentos, el mundo estaba resuelto a destruirla.

—Tú crees que yo tengo una actitud negativa —decía—. Piensas que sólo se trata de autocompasión, pero escucha esto.

Y contaba la última injusticia.

—Muestra tu lado bueno —le decía.

—Te has vuelto loco —respondía.

Una tarde que Dot se acercó a la puerta trasera, yo sacaba las hojas invernales del césped con el rastrillo. Traía el peso. Se oyó un profundo *bam* cuando lo arrojó al césped.

—Entré en el equipo —anunció, aunque no parecía muy contenta—. Dicen que sin duda lanzaré bien el peso porque soy corpulenta para mi estatura.

—¿Corpulenta? —Me indigné—. Eres perfecta. Te mostraré las medidas que usan las compañías de seguros para probártelo.

—Esas cosas mienten. —Alzó la bola de hierro y la sostuvo con expresión soñadora junto a su cuello—. A veces fantaseo, aunque te parezca absurdo, Wallace, que una revista me fotografíe para la portada. Me descubren aquí, en Argus, viviendo como una desconocida, y luego me visten, me peinan y yo me veo bellísima.

Giró, se agachó, enderezó el brazo y se echó adelante. El peso describió un arco y cayó directamente sobre mis rosales.

—No creí que podía arrojarlo tan lejos —dijo satisfecha. Fue a buscar la bola. Yo no tuve ánimos para decirle que había destrozado mi planta favorita de rosas Intrigue. Además sus palabras empezaron a filtrarse por la superficie de mis pensamientos hacia abajo. Le di de comer y la despedí. Pero toda esa tarde estuve desasosegado. Sentía que algo afloraba lentamente. Y tomó forma cuando me metí entre las sábanas.

Alguna vez Wallacette Darlene debía tener una fantasía que se convirtiera en realidad, pensar bien de ella misma, ser perfecta, triunfar. Eso cambiaría su idea de un mundo hostil. Le daría confianza. La inspiraría. ¿Pero qué fantasía? ¿Qué plan? ¿Qué esperanza? Las de ella eran bastante improbables, y yo no podía hacer gran cosa. Pero estaba decidido. Quería ser el hada madrina de los cuentos infantiles y concederle un deseo. ¿Cuál podía ser?

Pensé en todos ellos y me quedé con el último.

En Argus, pensé, debía haber cuatro reinas, como en la baraja. Ya había una Reina de la Nieve, una Reina del Cerdo y una Reina del Retorno. Faltaba una más, que debía ser la Reina de la Remolacha. ¡Sí! Y la Reina de la Remolacha sería la reina de todas las demás, porque en Argus la remolacha azucarera era el poder supremo.

Vi todo claramente desde el momento en que se me ocurrió. Dot subía por los escalones plateados, con el rostro brillante, y su tiara reflejaba el sol y los flashes. Vi las rosas Beefeater que traía, grandes, rojo oscuro. Vi los ojos de Dot, de color ámbar claro, tan curiosamente parecidos a los de Mary, con lágrimas de asombro, de orgullo. Y también me vi a mí mismo, porque muchas veces las cosas que hacemos por nuestros hijos son para nuestro propio beneficio. Yo estaba entre el público, pero era la causa y el motor primero. Los ojos de Dot me encontraban llenos de asombrado respeto. La gente me detenía, me estrechaba la mano, decía: «Wallace, es bellísima», «Lo has conseguido otra vez» o «No recuerdo haberme divertido más». Porque, naturalmente, yo ya había empezado a ver la coronación como parte de algo más grande. Así trabaja mi mente. Sería un gran acontecimiento al que asistiría gente de otros estados. Un festival de cuatro días, una feria, un gran espectáculo en honor de la remolacha azucarera que culminaría con una reina.

Esa noche estaba demasiado excitado para dormir. Las posibilidades corrían por mi mente. Vi las carrozas, el largo desfile en homenaje a los cambios que en diez años había traído a Argus la remolacha. Imaginé una elegante carroza para la cooperativa agrícola y otra para la tienda Sears recientemente inaugurada. Podríamos conseguir que nuestros comercios donaran refrescos. Pollo frito. Hamburguesas. La remolacha azucarera había superado el éxito que yo había soñado, y Argus era su capital. Hacía ya mucho que era necesaria una celebración, y lo veía con más claridad a medida que la elaboraba.

Me senté ante mi escritorio y escribí a máquina mi inspiración mientras la perra roncaba a mis pies. Pasó la noche y la madrugada de abril llegó temprano, una luz gris difusa. Me derrumbé, dispuesto a dormir toda la mañana. Pero me desperté pocas horas más tarde y comenté mi idea con los otros miembros de la cámara de comercio, los presidentes de los clubs, los constructores y animadores de la ciudad. El entusiasmo, la excitación, la aceptación fueron unánimes. Empezamos a ver el festival como una celebración anual, una atracción local que debía figurar también en las guías de turismo. Recibiríamos donativos, haríamos una colecta entre las cooperativas agrícolas y los comercios de la ciudad. Organizaríamos una feria

al aire libre y una gran exposición de artesanía. Las cosas florecían más allá de mis esperanzas.

Entre la noche de mi visión y el día en que se realizó, los meses de preparativos fueron largos. Durante un año casi no pensé en otra cosa que el festival, aunque se formó un comité integrado por jóvenes Jaycees y Jayceeettes^[3]. «Wallace», me decían, «deja algo para nosotros». Pero yo, simplemente, no podía. Estaba obsesionado por los detalles, desde el orden de las carrozas en el desfile hasta el joven que debíamos contratar para limpiar la calzada una vez que pasaran los caballos del Western Riding Club. Había una ordenanza municipal sobre el estiércol que yo mismo había dictado.

Lo más importante de todo, lo que jamás perdía de vista, era la coronación de la reina. Debía ser más que perfecta, verdaderamente digna de una reina. Todas las fantasías de Dot reunidas en una y encarnadas en la vida real. Yo quería pósters. Banderines donde se exhibieran de modo prominente los nombres de las candidatas. Contraté los servicios de Tommy B.'s Aviation, al oeste de la ciudad, un miembro de la orden de Moose que fumigaba cosechas y sembraba nubes. Debía comprometerse a guardar el secreto y escribir el nombre de la reina justamente sobre la tribuna en el momento de la coronación. Algunos días, cuando iba hacia la ciudad, con el cielo azul ante mis ojos, podía imaginar el avión que evolucionaba y escribía su nombre:

Reina Wallacette. Así lo veía yo. No Dot.

Por más que ella insistiera e hiciera mohínes, por más que creciera, que usara faldas demasiado cortas y demasiado maquillaje, que su lenguaje no fuera delicado, siempre sería Wallacette en el fondo de mi corazón. A veces me sentaba en su diván, el mismo en que había nacido, y el tiempo se desvanecía. Veía en mi mente películas domésticas. Dot bajaba dos escalones a la vez, nunca acertaba con el borde del escalón porque, ansiosa, jamás miraba hacia abajo. Dot, más crecida, bailaba en el campo entre los dientes de león llenando el aire de semillas peludas. Más tarde, una muchacha de rostro duro, desdeñada y temida por sus compañeros de escuela. Pero yo sabía que cuando la corona llamase la atención sobre su sentido de la autoridad, su porte nada común, y, sí, su belleza, la ciudad también los apreciaría. Las chicas la envidiarían y los muchachos la rodearían en montón. Yo deseaba que sus enemigos desaparecieran, mordieran el polvo para complacerla e hicieran reverencias, pero lograría verla coronada.

Manipularía la elección.

Para ese fin, trabajé como un troyano y descuidé mi salud. El agotamiento, la tensión, la pérdida de peso no eran cosas nuevas. Yo había

empezado a correr hacia la tumba mucho antes de pensar en el festival. Mi carácter me llevaba a atender a los detalles de cualquier asunto, desde diseñar los pósters hasta redactar los slogans. Me quedaba hasta muy tarde con mi máquina de escribir, preparando mis propias gacetillas de prensa y los informes de los comités. Además había ampliado mi columna semanal, «Aquí y alrededores», que ahora incluía un calendario de acontecimientos de la comunidad salpicado de comentarios interesantes, algunos datos confidenciales y un informe sobre las reuniones a que había asistido.

«No lo piense dos veces», empezaba una de mis columnas, «antes de anotar en su calendario 8-12 de julio. Esos cuatro días serán el centro de la diversión. Juegos, desfiles, montones de premios, y por supuesto la coronación de una bella reina local».

Que sería Dot.

Lo único que no cooperaba era el tiempo, que estaba fuera de mi control.

Necesitábamos una lluvia, una buena lluvia que empezara lenta y firmemente para abrir los poros de la tierra. Necesitábamos que se interrumpiera y volviera a empezar de nuevo uno o dos días más tarde, para que se hundiera a mayor profundidad, y que no cayera con tanta violencia que arrastrara el suelo fértil ni con tanta rapidez que formara arroyos. Necesitábamos una lluvia amable y bendita que durara toda una semana. Necesitábamos agua. Hicimos intentos, siembras de nubes, pero en una ocasión los productos químicos no eran adecuados y en otra las nubes se disiparon. Congregaciones enteras rezaban para que cesara la sequía. Pero los días eran secos y calientes y en todas partes la tierra se resquebrajaba. Por primera vez en muchos años hubo cosechas que fracasaron y tierras en venta. Y a medida que se acercaba julio, yo no podía ignorar el hecho de que estaba tenso y fatigado y perdía rápidamente peso hasta el punto de tener las mejillas caídas.

—Se trata simplemente de agotamiento nervioso —dijo mi médico, y escribió la receta de un medicamento para relajar los músculos, que jamás utilicé. Tampoco cumplí su consejo de tomarme vacaciones. En lugar de abandonar tareas, trabajé aún más. Quizá la culpa también agravó mi estado. Hice imprimir papeletas de voto para que toda la población las depositara en el vestíbulo de los bancos. Luego, yo mismo reuní los votos. Pasé toda una noche llenando una serie nueva de papeletas con lápices y bolígrafos de distintos colores y modificando mis «X». Hice lo mismo cuando se realizó la votación final de la reina. Tuve que ensayar en el cuarto de baño antes de presentar los resultados a mis amigos del comité del festival, e incluso así,

cuando pronuncié el nombre de Dot se me torció la sonrisa. Nunca en mi vida había actuado con deshonestidad.

Las cosas fueron de mal en peor. La sequía no se acababa. Había quienes deseaban cancelar el festival, pero les dije que no era posible volverse atrás. Se había invitado al gobernador y a su esposa, así como a las bandas de nueve escuelas y un equipo de motociclistas de exhibición. Se había firmado el contrato para la feria, y también los de los conjuntos de rock y polkas, y el show automovilístico. Dos tractores debían competir entre sí, así como dos equipos de demolición. Un simulacro militar demostraría que nuestras fuerzas locales de reserva estaban alerta. Una vez que se echa a rodar una bola como ésta, no hay forma de detenerla. Pero había quienes miraban el cielo blanco y se marchaban moviendo la cabeza.

No los censuraba, porque era una época desesperada para la remolacha. Pero ya había habido antes momentos de desesperación en la zona, y habíamos sobrevivido. Trabajé con más ahínco. Me parecía aún más razonable que la ciudad tuviera una gran distracción, que todos apartaran la mente del tiempo, que se había convertido en el tema permanente. La gente citaba a Dewey Berquist, el hombre del tiempo de Fargo, y desenterraba el folklore: examinaba los anillos de los árboles y la profundidad a la que se observaba fango en los pozos. Pero cuando el río se secó y se convirtió en un hilo de agua y se vieron las orillas cubiertas de peces muertos y coches retorcidos, también yo hubiera querido suspender el festival. El calor hacía trizas mi entusiasmo. Y entonces, casi en el último día, ocurrió algo todavía peor, una cosa tan improbable que por fin me derrumbé.

Una mañana choqué con Celestine en el correo. Estaba buscando la correspondencia en su apartado.

—Quién sabe —dijo. Tenía en la mano una circular del festival. Dot tenía el ceño fruncido y los ojos sombríos como lagunas. También estaban las fotos de las demás princesas de la remolacha. Sus sonrisas eran dulces, pero sus caras eran insignificantes. Celestine sostenía también un sobre.

—Qué es esto —dijo, mientras sacaba una postal.

La postal tenía una marca impresa: ELMO, ARQUITECTURA DEL PAISAJE. Debajo de ella estaban escritas a mano las palabras *Estoy en camino* y el nombre *Karl*.

Me pareció que el alto y fresco cielorraso de la oficina de correos se elevaba infinitamente, repitiendo el eco de nuestras voces. Los apartados postales numerados de bronce eran mil pequeños espejos que me devolvían la cara arrugada de un anciano. Mi pelo raleaba en la coronilla y había pasado

del rubio claro al gris. Incluso mis nuevas gafas de montura cuadrada me parecían, ahora, un triste esfuerzo para retener la juventud. No estaba en condiciones de verlo, ni de que me viera.

No había forma de detenerse ni volverse atrás, y finalmente llegó el día entre torbellinos de polvo y calor mortal. Desperté más fatigado que cuando me había acostado. Nada servía. Estaba consumido hasta el hueso y sabía que tendría que moverme todo el día a tropezones, impulsado solamente por la fuerza de la voluntad. Conseguí soportar la mañana y luego el desfile bebiendo litros de té helado ligero. Los vasos de papel se ablandaban entre las manos y el papel se deshacía. Después del mediodía no se encontraba hielo en ninguna parte, y las bebidas contenidas en los tanques se expandían y rezumaban por las tapas de presión. Yo estaba al borde del colapso y lo que podría haber sido fácil y divertido era un terrible desafío, casi a vida o muerte. Así continué hasta que llegué a mi primera tarea de la tarde.

El Club de Leones había construido un tanque de inmersión para recoger fondos. Era muy simple. Había una silla basculante a cierta altura sobre un gran tanque para ganado lleno de agua. Debajo de los pies del VIP sentado en ella se veía una palanca redonda; bastaba que una pelota —a tres por un dólar— diera en ella para que la silla cayera hacia atrás y el VIP se bañara. El alcalde, el jefe de policía, el sheriff y los miembros del consejo de la ciudad probaron su suerte. Contarse entre los elegidos para el juego era un símbolo de prestigio y el tanque se había convertido en un popular entretenimiento. Yo iba vestido especialmente, como todos los demás. Sólo repitiéndome que Karl no aparecería había logrado reunir el valor suficiente para ponerme esa ropa: la camisa hawaiana anaranjada, el sombrero de paja y los pantalones de vagabundo que había usado mucho antes en el cumpleaños de Dot. Miré a mi alrededor antes de acercarme. Trepas hasta la silla me mareó. El agua centelleaba ante mis ojos.

Yo no sabía que era tan difícil conservar el equilibrio en esa silla. Apreté los dientes y me mantuve firme. Traté de bromear con mis amigos, que arrojaron tres, seis o nueve pelotas y no consiguieron acertar.

—¡Aquí está! ¡Aquí está el que todos esperaban! —exclamó el taquillero, Arnie Dotzenrud, un León lento y de escasas luces. Yo vacilé y me aferré a la silla. Veía estrellas girando.

—Déjeme bajar, por favor —susurré, y en ese momento vi que Dot se acercaba vestida con una nube verde. Parecía eléctrica y llena de vida. Sólo

verla fue una transfusión. Me encantó ver sus sólidas formas, la manera en que movía los brazos y su andar, lleno de decisión. No advertí la amenaza que también se acercaba.

Se detuvo frente a mí, y todo se borroneó y desapareció. Era como mirar un tornado detenido. Su cara estaba a punto de explotar y su tempestuoso vestido verde parecía un embudo al revés. Se acercó a la taquilla, puso un dólar y dijo: «Quiero tres». Apretó los dientes y echó atrás el brazo. Las mangas de malla verde se estiraron sobre sus músculos. Yo la había visto arrojar mil pelotas y sabía que cuando se concentraba no erraba jamás.

—Por favor, no —dije alzando las manos—, Wallacette...

La primera pelota dio en el blanco. La silla desapareció debajo de mí y caí. Incluso a través del agua oí que las otras dos también acertaban.

El pasajero

Una vez que en Argus se plantaron remolachas y se construyó el desvío que unía la ciudad a la carretera interestatal, casi todo lo que necesitaba la ciudad llegaba en camiones. Así salía igualmente lo que producía. También la gente venía a Argus por la interestatal, aunque no el padre Miller, a quien no le agradaba mucho conducir y sólo hacía largos viajes en coche si no tenía más remedio. Tomó en Minneapolis el tren que atravesaba la frontera de Dakota del Norte y describía una larga curva hasta Argus. El vagón estaba casi vacío, y aunque parecía celebrarse algo en la ciudad, fue el único pasajero que descendió. Puso el pie en el estribo portátil, rechazó la mano que le tendía el guarda y respondió al formal «baje con cuidado, padre» con un estallido de preocupado entusiasmo. ¿Cómo, preguntó, podía el ferrocarril mantener su excelente nivel de servicio sin pasajeros? El guarda estiró el mentón y respondió que lo ignoraba. Ambos hombres se miraron un momento bajo el ardiente sol de Dakota, y el tren dio una sacudida. El hombre arrojó el estribo al interior, desapareció y pronto el sacerdote estuvo solo en el andén de cemento nuevo de la estación de Argus.

Se meció sobre los talones, miró de un lado al otro, sacó del bolsillo un gran pañuelo blanco y se secó la frente. El aire seco y caliente le dio renovado impulso.

Había venido para averiguar la verdad acerca de la carta que su madre le había puesto en las manos dos días antes. Al principio ni siquiera había sentido curiosidad. Era un hombre sensato, digno de confianza, un sacerdote satisfecho a quien se admiraba por sus sermones llenos de tacto y por su afecto a los ancianos. Su primera reacción ante la carta había sido de fastidio, y de preocupación por su madre. Pero ella estaba ahora muy débil y sólo se interesaba abiertamente por su enfermedad. Más tarde, en su despacho, mientras revisaba algunas cuentas, empezó a reflexionar. Trató de imaginar cómo era la ciudad, la gente, la carnicería. Ahora comprendía que no había necesidad. En Argus nada era inusitado.

Levantó su maleta negra y echó a andar resueltamente bajo el alero ancho y fresco de la estación. Sus zapatos con suela de goma se deslizaron sin ruido por las baldosas octogonales y cuando se detuvo ante la taquilla con barrotes de bronce tosió para llamar la atención del joven que la atendía.

—¿Hay una carnicería cerca de aquí? —preguntó.

El joven creía que sí, aunque quizás era una tienda de comestibles en general.

—¿Y una familia Kozka?

El hombre no sabía, de modo que el padre Miller fue hasta la cabina de teléfono y empezó a examinar la delgada guía. No encontró a sus tíos en ella, pero cuando sacó del bolsillo la carta de Sita Kozka y la volvió a leer, decidió que trataría de encontrar la carnicería. A juzgar por la descripción, el comercio de sus padres estaba situado en la zona este de la ciudad.

El padre Miller se quitó la chaqueta, se la echó al hombro y se puso a andar por la calle principal de Argus. Era un hombre de estatura mediana, delgado pero no musculoso. Su principal ejercicio era caminar, y su paso era rápido y enérgico. Sólo tuvo que andar pocas manzanas para encontrar la Casa de las Carnes. La ciudad había crecido alrededor de la tienda, y el comercio desentonaba entre los pulcros edificios modernos de la Main Avenue. Un cartel azul iluminado, sobre unos postes, la anunciaba en la calle y un camino de acceso sin pavimentar, rodeado de altos pinos, llevaba hasta un edificio bajo, con un techo a dos aguas de pizarra verde y varias chimeneas metálicas. El sitio parecía descuidado pero no desierto. Junto a la pared del frente crecían pensamientos y geranios blancos. El césped no estaba bien cortado. Los cristales de las ventanas estaban sucios, pero remendados con cinta adherente. Desde la calle pudo ver la palabra CERRADO en rosadas letras de neón.

No había forma de saber si la Mary Adare que figuraba en el cartel destartado era o no una persona de la familia. Habían pasado más de veinte años desde que esa carta había sido escrita, y ¿quién podía saber qué había ocurrido durante ese tiempo? Los únicos elementos de que disponía para continuar su investigación eran el nombre Sita Kozka y ese comercio abandonado.

Con el calor sus crespos rizos empezaron a cobrar vida. Se pasó los dedos por el pelo rojo oscuro y se miró las manos. Pensaba para sus adentros que revelaban un aspecto de su personalidad. No eran, curiosamente, como el resto de su persona. Largas, nervudas, ágiles como las de un mono, con delicadas uñas ovaladas. Eran las manos hábiles y exquisitamente afinadas de un ladrón de cajas fuertes, tan sensibles al frío que debía comprar gruesos guantes de plumón de cisne para evitar que se helaran cuando hacía sus rondas en invierno. Ahora que las miraba en una calle de esa ciudad, los fuertes nudillos y las agudas puntas de los dedos lo desconcertaban. Pertenecían a otra persona.

Calle abajo empezó el ruido lejano de los tambores, las olas de aplausos, las bocinas y las aclamaciones. Jude Miller se puso las manos en los bolsillos y la muchedumbre se agrupó a su alrededor rápidamente y lo retuvo donde estaba, mientras se mezclaban los olores del sudor, el spray para el pelo, el asfalto caliente, las comidas y el leve polvo alcalino que había debajo del cartel de cristal azul. Cerró los ojos y trató de pensar en su madre. Catherine Miller apartaba de él su cara larga, ancha y seria. Se irguió sobre los dedos de los pies, como todos los demás esperando que la primera visión de las majorettes rosas y doradas, las banderas, los coches antiguos y los payasos que daban saltos mortales volviera a poner todo en su perspectiva. Pero su corazón se apresuró cuando la multitud lo rodeó como una jauría. Sus manos se liberaron. El sudor corría por su cara. Los codos y las caderas de la muchedumbre empujaban y modelaban su cuerpo, y lo disponían de una nueva manera. Se mantuvo firme con gran dificultad y contuvo el aliento. A su alrededor el ruido del desfile corría y rodaba y los colores giraban en una bruma tan brillante que no podía abarcar todo el cuadro. Trató de controlar su mente, pero la idea se abrió paso de todos modos. Lo único que lo mantenía unido en ese momento era la multitud; y cuando el desfile terminara y ellos se disgregaran, también él se dispersaría en tantos trozos que ni siquiera el esfuerzo de sus propias hábiles manos podría conformarlo de nuevo tal como era antes.

Capítulo quince (1972)

KARL ADARE

Toda mi vida he viajado con poco equipaje. Tengo el hábito de tirar las ropas usadas, los libros que he terminado, incluso las notas de Celestine. Sólo he tenido un mueble, un costoso equipo de música portátil y una vez, como me cansé de un disco, simplemente lo dejé abandonado en la habitación de un motel. Pero en estos últimos meses he empezado a sentir la falta de discos que tiré hace diez, doce, quince años. Melodías que dejé atrás la semana pasada pasan por mi cabeza sin más que una palabra o una línea perdida. Empiezo a oírlas durante mi trabajo. He pasado del tratamiento del hongo de los olmos, la roya y la lechetrezná, a la venta e instalación de diseño de paisaje planificado de antemano en pleno boom de Texas. Me gano la vida. Subsisto, pero en el trabajo no hay nada que me agrade. De modo que me vuelvo descuidado. Sueño cosas. Oigo cosas. Mientras le dibujo a un contratista campos de riego por goteo y tanques sépticos en papel milimetrado, evoco de pronto una canción. Los clásicos de Irving Berlín, «All by myself» y «Happy Talk». La suave inexpresividad de Eddie Fisher acompañada por Hugo Winterhalter y su orquesta. «Throw Mama from the Train», de Patti Page. «Softly, softly». La voz de Jaye P. Morgan me llena la cabeza. Canturreo. El contratista me lanza una mirada extraña.

—No importa —le digo—, escuche. ¿Qué viene después? —Y canto—: «*Throw Mama from the train a kiss, a kiss. Throw Mama a kiss good bye. Throw Mama from the train a kiss, a kiss*». ¿Y después qué? Era algo acerca de su viejo estilo campesino.

El hombre se ríe o mueve la cabeza o bien encuentro una mirada dura y pierdo mi trabajo. Pero he dejado de preocuparme. ¿Qué ha sido de Joe «Fingers» Carr? ¿Dónde está «Tequila»? ¿Adónde han ido a parar los viejos éxitos que ya no se oyen en la radio?

Los Grandes se han ido, pienso sentado al borde de la piscina seca del motel con una margarita en la mano. Y algo más. He sobrevivido a mi propia indiferencia. La mayoría de los hombres llegan a mi edad y repentinamente se sienten insatisfechos con todo lo que han acumulado. Yo no. Yo quiero todo lo que he dejado atrás.

Yo quería los coches devueltos después de quince pagos, las casas de clientes en que no había pasado de la puerta y aquéllas en que había pasado; las habitaciones y el delicioso olor a cera y a comida quemada. Quería la comida misma, quemada o no, y a las mujeres que la habían dejado demasiado tiempo en el horno. Quería a sus maridos. Quería a los hombres de las calles sin salida y las literas de los camiones, a los hombres que habían tenido a alguien o que, como Wallace Pfef, no lo habían tenido nunca. Quería todo el mundo de las personas que se pertenecían unas a otras y poseían cosas y cocinaban comida y recordaban viejas canciones.

No lo comprendí hasta que pasé meses y meses de insatisfacción, pero lo que realmente quería era su futuro. Quería a sus hijos. Por eso, cuando recibí en la sucursal de Plano la nota de Celestine, lancé un grito y mostré a todos el recorte. Era una foto de periódico de las candidatas a Reina de la Remolacha, y el nombre de Dottie estaba marcado con un círculo. Detrás de ellas, con una gran sonrisa cuadrada y gafas nuevas con montura metálica, estaba Wallace Pfef. Hablé de Dot e hice el tonto hasta que uno de mis jefes no pudo soportarlo más, sonrió y me preguntó cuándo la había visto por última vez.

Me marché.

Fuera como fuese, había sido un retroceso, y no me interesaba lo que vendían.

Volví a mi hotel y metí todas mis posesiones en la maleta de mi viejo Plymouth. Luego me senté junto a la piscina para pensar qué haría a continuación. Había habido muchos momentos como ése en mi vida, estanques de indecisión. Pero ahora duraban cada vez más, y ése fue el que más duró. Me quedé allí sin chaqueta, sin una bebida, con sombrero y sacudiendo mis llaves hasta que el cielo se volvió anaranjado y empezaron a encenderse uno por uno los lazos y líneas de puntos de los carteles de neón. No tenían sentido. Sólo eran figuras en movimiento. A mi alrededor nada hablaba. Y mientras las sombras crecían y las lagartijas corrían por las baldosas, yo mismo tenía cada vez menos sentido hasta que por fin no tuve ninguno. Era parte de un paisaje sin sentido. Una pulsación, una línea de luz.

Yo no daba nada, no recibía nada, no significaba nada, no retenía nada.

Eso fue lo que me dije aquel extraño crepúsculo. Cerré los ojos contra él. Cerré mi mente contra la idea. Contuve la respiración. Y en ese momento tenebroso, vacío, sofocante, algo volvió a mí. Una cosa. No un objeto, ni un plan, ni las palabras dolorosas de una canción, sino una dulzura. No puedo decirlo mejor. Un aroma momentáneo, purísimo.

Abrí los ojos, bajé los escalones y subí a mi coche. Me dirigí hacia el norte sin detenerme más que para cargar gasolina, a causa de la fecha del recorte de periódico, a causa de Dot. La vinculaba con ese momento de dulzura aunque en ocasiones me había preguntado, desde la última vez que la había visto, si estaría aún en libertad o encerrada en la cárcel. Mientras conducía empecé a unir con ese momento a otras personas, incluso algunas que creía haber dejado atrás para siempre, como mi hermana.

La última vez que la vi recibí un leve golpe como premio por mi interés. Fue durante la cena, cuando me arrojó una lata de ostras. La recogí y me froté la sien. Dije: «No tienes sentimientos familiares». Y ella respondió que no tenía familia. Era dura y sin titubeos. Y también estaba Wallace. Dado que yo era su única experiencia, era para él una especie de Dios al que adoraba comportándose como si fuera mi doncella. Planchaba todo lo que me ponía, me lavaba las camisas, me servía el café, exprimía naranjas porque yo le había dicho que me gustaba el zumo natural, y preparaba espléndidas cenas todas las noches. No terminaba de caer una ceniza de mi cigarrillo cuando él ya la había recogido con la mano desnuda y la había arrojado al cesto. Dormir con él era lo mismo. Hacía cualquier cosa para complacerme, pero no tenía valor para gozar él mismo. Me gusta la gente egoísta porque entonces puedo dejar de pensar que piensan algo que yo no comprendo. El me sacaba de quicio con sus atenciones y aun cuando yo lo sentía por él no pensé, nunca, quedarme.

Y sin embargo ahora volvía.

Entré en Argus el día del desfile, al amanecer, con todo lo que poseía metido en la maleta y revoloteando sobre el asiento trasero. Atravesé la ciudad. Era como si las manos se hubiesen pegado al volante. O quizás había conducido tanto tiempo en línea recta que ya no sabía girar. La salida del sol, con tanta luz reflejada y el aire lleno de polvo, tenía un aspecto feroz. Todas las mercancías expuestas ardían en los escaparates de Main Avenue. Incluso las placas con los nombres de las calles tenían un brillo rojizo. Las calles estaban quietas y calientes. Dieron paso a la carretera y a lo lejos, del otro lado de la ciudad, el aire se plegaba en continuas oleadas de calor. Dos elevadores de grano plateados flotaban sobre el campo y me dirigí hacia ellos,

pensando que quizá podría detenerme a su sombra, dormir un rato, despertar descansado y luego regresar cuando la celebración hubiera comenzado.

Me detuve del lado oeste, a la sombra, y aparqué entre las altas plantas de mostaza silvestre. Bajé y pisé el suelo pedregoso y cubierto de hierba. Con el día se había levantado el viento, tan ruidosamente que me dio dolor de oídos. Había olvidado la violencia del viento de Dakota. Habían transcurrido muchos años desde la época en que mi zona de trabajo incluía las Badlands, adonde Celestine y yo habíamos ido a casarnos ante un juez de paz. Hicimos nuestras promesas, y luego yo las llevé a ella y a la niña al Alex Johnson Hotel, el más elegante de Rapid City. Traté de hablar nuevamente de vivir con ellas, porque esperaba que Celestine lo hubiera pensado mejor. Pero se limitó a mostrar sus dientes blancos, clavar el tenedor en la ensalada y acunar a la niña sobre su regazo.

—No debemos tomarlo en serio. —Se dirigía a la mesa, como si fuera representativa—. Es sólo una formalidad.

Era obvio que odiaba verse obligada a casarse, aunque había comprado ella misma nuestras alianzas de oro de las Black Hills en el vestíbulo del Alex Johnson. No le gustaba la suya. Durante la cena se la subía y bajaba en el dedo como si le doliera. Luego se la quitó y la puso en el platillo del café. El camarero estuvo a punto de arrojarla al lavaplatos.

Allí nos separamos y yo volví al camino. Y allí fue también donde empecé a ser un padre. Algo de lo que nadie habla, de lo que jamás he oído hablar, es de la parte del hombre cuando se tiene un niño. Nada ocurrió dentro de mí cuando Celestine estaba embarazada, porque jamás conocí en el momento preciso sus síntomas, placeres y quejas. Sólo recibí el impacto cuando vi a Dot.

Salí de Rapid City por la interminable carretera que corre junto a la frontera entre las dos Dakotas. Durante los viajes largos mi trepa habitual consistía en buscar una melodía pegadiza o en conversar con la radio, pero después de un rato la apagué. Me agradaba sentir a mi alrededor la serenidad de la tarde, estar en el centro de los campos inmutables cubiertos de nieve y ramas oscuras. El paisaje variaba tan poco, en realidad, que de pronto me sentía suspendido, con las ruedas girando en el aire. A gran velocidad yo estaba inmóvil sobre la tierra como una estrella fija.

El viento me había arrastrado lejos, este mismo viento, aunque ahora la remolacha azucarera ocupaba una milla tras otra, y ya nadie cultivaba cereales en los alrededores de Argus. El elevador de granos era una torre vacía de gruesos postes y gualdrapeante fieltro alquitranado. El despacho del

administrador estaba cerrado con tablas claveteadas. Las vías del ramal ferroviario estaban cubiertas de maleza, el terraplén socavado, y faltaban durmientes. Probablemente yo no tenía derecho a estar allí, y, dado mi aspecto, no podría censurar a la policía del estado si me arrestaba.

Estaba sucio, desaliñado, sin afeitarse, cubierto de polvo del camino y hambriento. Esperé hasta que mi reloj marcó las nueve y fui al Flickertail a tomar café y un bocadillo. Me quedé allí lo suficiente para ver todo el desfile, o al menos las espaldas de la gente y la parte superior de las carrozas, y luego me lavé en el aseo del restaurante, me peiné y sacudí mi chaqueta. Me eché agua fría en los ojos. Pero todavía, con mi barba de tres días y mi traje azul barato, parecía un viejo vagabundo soñoliento.

Aún me sentí peor cuando llegué a la feria. El desfile se estaba disgregando, y en la confusión me metí por la entrada equivocada y aparqué del otro lado de todo. Empecé a vagar, trastabillando, enceguecido por el agotamiento, dentro de un gran torbellino de ruido, confusión y música en lata del tiovivo. Era tan terrible que casi me alegré cuando llegué al final de la larga hilera de barracas y vi la furgoneta de la Casa de las Carnes. Estaba aparcada entre la hierba alta, a la sombra oblicua de los olmos, y Sita estaba sola en el asiento delantero.

Aunque tenía la cara en sombra y distorsionada por los polvorientos cristales, no parecía afectada por los años. En todo caso, la edad la hacía más atractiva al afilar sus rasgos hasta el mínimo justo. Tenía la cabeza inclinada modestamente, pero su mirada era fija e imperiosa. Usaba un espléndido collar de granates.

Ese collar me distrajo.

A veces una cosa pequeña, una minucia, trae todo un mundo de recuerdos. Yo no sabía desde cuándo no pensaba en mi madre, pero ese collar se parecía al que ella consideraba su tesoro. Quizá fue el collar lo que me hizo atravesar el espacio, o también la esperanza de que, como Sita tenía tan buen aspecto y no parecía cambiada después de tantos años, tampoco yo hubiese cambiado.

—¿Te importa? —me deslicé en el asiento del conductor, cerré la puerta y de pronto la fatiga se apoderó de mí. El acondicionador de aire estaba en marcha, y el asiento era tan maravillosamente cómodo que me desprendí de la tensión del camino, la ansiedad, el ruido y el calor. Simplemente me hundí en el asiento y me dejé ir. Creo que me oí pedir excusas a Sita mientras me inclinaba lentamente hacia adelante. Crucé los brazos sobre el volante y apoyé en ellos mi cabeza.

—Déjame cerrar los ojos un minuto —me oí decir—. Estoy tan cansado. —Y me parece que dormité un momento, o tuve una alucinación porque bruscamente me eché atrás y aferré el volante, creyendo que conducía.

Eché un vistazo a Sita, pero ella seguía mirando hacia adelante y me ignoraba tan deliberadamente que también yo miré. Del otro lado de la hierba seca una multitud rodeaba una barraca de tablas. Podía oír los lejanos gritos y bromas que cambiaban con una figura de aspecto encogido y vestida con absurdos colores estridentes, sentada en un tablón por encima de un tanque de agua oscura. Era Wallace Pfef.

—Allí está —dije— haciendo el tonto perfecto. —Pero la verdad es que no pensaba eso. No estaba haciendo el tonto. Incluso desde donde me encontraba podía oír cómo Wallace gritaba algo. No comprendí las palabras pero el otro hombre reía y arrojaba unas pelotas sin tomar puntería. Así era Pfef. La gente lo quería tanto que ni siquiera en broma le darían un baño un día de calor.

Yo estaba a punto de recordar mis buenos modales, darle explicaciones a Sita y seguir buscando a mi hija, cuando vi aparecer a Dottie en una esquina más allá de Wallace. Era raro. Después de semejante viaje para verla, no me moví. Ella avanzaba con la cabeza baja como un toro, de modo que pude ver su peinado ondulado por delante, suelto atrás, lleno de rizos que colgaban y todo cubierto de spray. Parecía indestructible.

—¿Cómo le ha permitido eso Celestine? —pregunté en voz alta. Y el vestido. Dot estaba comprimida en la parte superior y se pisaba constantemente su larga falda. Mientras caminaba, agitaba sus brazos cortos y musculosos y abría y cerraba las manos enguantadas. Una larga tira de material blanco volaba detrás de ella. Yo hubiera jurado que estaba buscando problemas. Incluso a la distancia veía brillar sus ojos. Me recordó a los marinos en tierra, a los tipos peligrosos con los nervios de punta después de meses en el mar que sólo quieren encontrar un sitio donde usar los puños.

Se lanzó mecánicamente hacia la barraca donde estaba Wallace. No vaciló en la taquilla; se quitó los largos guantes blancos y compró tres pelotas. Alzó una. Probó su peso y tomó puntería. La miré con asombro mientras las arrojaba. Una, dos, tres: las tres dieron en el blanco, pero la primera fue suficiente. Wallace desapareció con una salpicadura anaranjada. Su sombrero quedó flotando.

Salté de la furgoneta, me detuve, trastabillé, proseguí. Había fumado mucho y ya no era joven. Me dolía la espalda, pero puse toda la velocidad que tenía en mis piernas y corrí. Tenía que llegar. Corría por mi vida.

Aparté la muchedumbre y me lancé al tanque con Wallace. Me acerqué de rodillas hasta el rincón donde estaba, en el fondo de plástico, pesado como un niño dormido. Era como si estuviera durmiendo la siesta. Parecía que ya estuviese ahogado. Cuando lo saqué, chorreando agua, sacudiéndose, loco de sorpresa, extendió los brazos y se debatió. Yo lo atraje hacia mí, y las palabras adecuadas volvieron.

—Al diablo la administración —dije.

La tribuna

Celestine y Mary no podían decidir si debían sentarse en la parte alta de la tribuna principal, al amparo del techado de madera y tejas, o abajo, al sol ardiente, junto a la plataforma de la coronación. Eligieron el sufrimiento. Se sentaron juntas en mitad de la primera fila, en silencio, ambas encerradas en sus pensamientos. El sol era terrible y sus vestidos de rayón conservaban el calor pegado a sus cuerpos.

—Es exactamente así como se debe cocinar un pavo —dijo Mary cuando pasó media hora. El sistema de altavoces acababa de anunciar la coronación, y la gente ocupaba los asientos. Un sacerdote pelirrojo se instaló cerca del extremo de la primera fila. Celestine y Mary lo vieron claramente porque la tribuna se curvaba alrededor de la *home plate* del campo de béisbol.

Ambas pensaron en Sita.

—Quizá podríamos hablar con él —dijo Celestine.

—No lo sé —dijo Mary, apretando los labios—. Ella abandonó la Iglesia.

—Es verdad —dijo Celestine. Sin embargo, hubiera deseado celebrar ella misma alguna forma de últimos ritos. Pensaba que debería haber hecho algo. Seguía mirando al sacerdote, como si le diese esperanzas. Parecía un hombre templado, y ella estaba segura de que, si se le acercaban cuando todo hubiese terminado, él sabría qué hacer.

—Traen a Russell —dijo Mary—. Mira.

El ordenanza había dado toda la vuelta a la ciudad para llegar al final del desfile antes que la carroza de Russell. Ahora empujaba la silla de ruedas sobre el campo mal nivelado.

—Probablemente Russell se estará abrasando con ese uniforme —dijo Celestine. Le parecía que todo el mundo debía de estar mal. El sacerdote había plegado el programa de mano de la ceremonia y se abanicaba con él. Celestine y Mary también tenían programas, pero querían conservarlos en perfecto estado para recordar ese día.

Finalmente las princesas subieron en fila los escalones de la plataforma; todas sostenían sus faldas recogidas. Celestine las comparó cuidadosamente. Con sus vestidos espumosos, parecían modelos de revistas o maniqués de escaparate. Sita siempre había estado perfecta como ellas, los labios brillantes, el pelo fijado con spray. Dot no estaba entre ellas, pero ahora se acercaba desde la izquierda, a pasos largos.

El calor había arrugado su vestido como una planta marchita. Ni siquiera se preocupó de apartarlo de sus tobillos mientras subía la escalera.

—Ésa es mi niña —susurró Mary.

Para ella, Dot estaba gloriosa. El sol se reflejaba en su peinado. El vestido relucía en las zonas donde la tela mostraba una irregular iridiscencia. Mary pensaba que su sobrina parecía una antigua diosa pagana. Había leído algo acerca de Atlántida en el *Libro de lo desconocido* y podía imaginar cómo Dot rozaba las olas con un cetro de hierro.

Celestine pensaba que Dot parecía incómoda y algo desesperada. Tenía los hombros caídos y la cara brillante de sudor. Estaba sentada en la última silla plegable, los puños en el regazo, mirando de soslayo el cielo blanco y ardiente.

La muchedumbre, incómoda, suspiraba, se abanicaba y fruncía el ceño a causa del sol y esperaba que el alcalde comenzara. Celestine y Mary miraban a Dot, esperando que ella las mirara y les dirigiera alguna señal de reconocimiento desde su alto sitio. Pero Dot estaba completamente abstraída, como si estuviera a solas en su habitación, y no pudieron ver sus ojos. Entonces Wallace, lleno de energía nerviosa, se acercó a ellas dos y las distrajo. Karl lo seguía. Ambos estaban empapados y despedían vapor.

—Ella lo sabe —murmuró Wallace, y se dejó caer justamente detrás de Celestine. Karl se sentó más lenta y deliberadamente detrás de Mary. Asintió, con la mirada perdida, pero nada dijo. Miró la plataforma, las banderas, la silla plegable disfrazada con gallardetes y situada a mayor altura que las otras, sobre un estrado, vacía hasta que fuera anunciada la reina.

—¿Quién sabe qué? —Mary giró y examinó a Karl con una aguda mirada que nada revelaba—. Estás empapado.

—Lo sé —dijo Karl.

—Has conseguido llegar —dijo Celestine.

Wallace se inclinó hacia adelante y puso la cabeza entre las dos mujeres. De su pelo y sus orejas caían gotas de agua.

—Dot sabe —dijo con desesperación— que yo he montado todo esto y cambiado los votos para que sea elegida.

Celestine abrió mucho los ojos y dejó caer su labio inferior.

—No puede ser que hayas hecho eso —dijo Celestine.

Mary estaba impasible, como si hubiera esperado siempre lo peor.

—Tendremos que pagarlo bien caro —dijo, sin apartar los ojos de Dot que, mientras las demás princesas de la remolacha se alisaban y componían,

no sonreía ni saludaba ni hacía un mohín sino que seguía mirando el cielo vacío como si le hubieran dado un golpe.

—Se desmayará de calor —murmuró Celestine—. Deberían darse prisa.

El brusco rugido del avión ahogó sus palabras. Las autoridades de la plataforma giraron para verlo. Habían retirado la delgada valla del *home run* y un largo campo liso y árido se extendía más allá: una pista perfecta. El alcalde gritó por encima del ruido del motor.

—Bienvenidos... primer festival anual... para escribir... donde todos lo vean... Tommy B's Aviation... capacidad técnica... nubes mezquinas... esfuerzo denodado... porcentaje de éxito... siembra de nubes... mejores augurios... y ahora...

En ese momento Dot se movió. Recogió su vestido mostrando las piernas cortas y fuertes, fue hasta el borde de la plataforma y saltó; aterrizó sobre las puntas de los pies y corrió dejando pequeñas marcas negras en el suelo apisonado del campo de béisbol. Corría hacia el pequeño avión blanco que se había posado más allá con la gracia de un pájaro. Cuando llegó entró en él sin alzar una mano ni pedir permiso. Hubo una pausa, como si discutiera con el piloto. Entonces el alcalde recuperó la voz y dijo: «Oh». Celestine y Mary, Karl y Wallace se pusieron de pie dispuestos a hacer algo, pero el piloto se inclinó por la ventanilla, se ajustó el sombrero y el avión empezó a carretear. Avanzó a sacudidas, ganó velocidad, y cuando el ruido se volvió atronador levantó vuelo por encima de las barracas y los toldos, los altos olmos, el río de barro, la tribuna y la ciudad.

El alcalde era el alcalde de Argus porque no perdía jamás la serenidad en una crisis sino que siempre era capaz de formular alguna observación obtusa. Con entonación parecida al zumbido del avión leyó su discurso escrito y explicó la historia de la remolacha azucarera en Argus hasta el presente. La multitud se mostraba inquieta. La gente atrapada en la plataforma tenía estereotipadas expresiones de interés en sus caras, pero lo que realmente seguían eran los movimientos del avión, que ascendió tanto que en cierta oportunidad desapareció y luego brilló como una lentejuela, se hundió en una nube de aspecto sólido y reapareció del otro lado. Y luego en otra y en otra. Y giró y se inclinó y de pronto empezó a escribir.

Abajo, Mary extendió las manos, las unió, las llevó hasta su cara y finalmente las dejó allí como si su expresión pudiera desmoronarse si las apartaba. Celestine estaba paralizada de miedo e incapacitada de enfadarse con Wallace, tan ansioso y aterrado que temblaba. Sólo Karl miraba a lo alto maravillado.

Todos alzaron la vista. En sus rostros se reflejaba la luz. El avión se inclinaba y deslizaba e iba escribiendo con humo y vapor *Reina Wallacette*; y cuando terminó se alejó y desapareció detrás de la hilera de árboles.

Hubo unos segundos de silencio en la plataforma y luego el alcalde, vacilando, declaró reina a Dot y entregó a su madre, por encima de la barandilla de la plataforma, un ramo de frescas rosas rojas. Luego bajó con las princesas y el comandante local de la Legión. Russell estaba inmóvil en su silla de ruedas. Hubo murmullos y ruido de pasos mientras la muchedumbre bajaba de la tribuna. Sólo ellos cuatro permanecieron con las cabezas alzadas y los oídos atentos al regreso del motor. Formaban un pequeño grupo, venido de la nada, pero unido. No bajaron la vista y siguieron mirando mientras el nombre de Dot se difuminaba, era desgarrado por las corrientes de aire y aspirado hacia la estratosfera letra por letra.

Capítulo dieciséis (1972)

DOT

—Esto es horroroso —dije, mirando la tela verde que parecía mojada del vestido que debía ponerme—. Es como el pellejo de un dinosaurio.

Tía Mary suspiró de dolor, como si le hubieran removido un cuchillo en lo más profundo, y luego apretó los labios para poder soportarme. Mi madre se llevó los dedos a la boca.

—No me importa —les dije—. No me lo pondré aunque tía Mary lo haya comprado por doscientos dólares.

Pero ya ves que eso no me llevó muy lejos, porque ese vestido es exactamente el que tengo encima.

Estoy en el aparcamiento del ejército con todas esas carrozas hechas de alambre de gallinero y Kleenex pintado. Tío Wallace entrega números rojos a los conductores para que sepan cuál es su puesto en el desfile. Hay mucha confusión. Todos los conductores de los coches que arrastran las carrozas son fanáticos del Autobody Club. Medio atontados, se llevan por delante los parachoques o sueltan la carcajada apenas están detrás del volante. Eso no me importa porque son amigos míos, no novios ni nada de eso. Me toleran. Lo que me preocupa es este vestido, que es como una pesadilla de la Cenicienta. Pero al menos tengo este chal de encaje blanco que parece una cortina arrancada de una ventana. Me envuelvo en él porque temo que si P. J. o Eddie o Boomer o los demás chicos me ven bien se tronchen de risa y se den codazos. La vida es muy divertida para ellos.

Además están mis compañeras de la corte. Cuando las veo flotar hacia mí con sus vestidos blancos o azul pastel, delgadas y con el bronceado de color naranja que han conseguido extendiéndose al sol en el techo de sus garajes, untadas de aceite yodado, me indigno. Sé por la forma en que se conduce Wallace que éste es mi día. Sabe el resultado. No tengo ninguna duda acerca

de quién se quedará con la corona y realmente creo que debería tener la carroza para mí sola.

Algunos miembros de la Guardia Nacional han tomado a su cargo el papel de organizador de tío Wallace, y ahora un hombre delgado de ropa verde oliva almidonada indica que debemos ponernos en línea. La vista del uniforme hace que nuestro conductor baje a tierra y nosotras cinco subimos al remolque del tractor. Han grapado sábanas viejas a la madera y en todas partes cuelgan guirnaldas que sobraron de la Navidad. Hay cinco fardos de heno cubiertos de sábanas para que nos sentemos. Detrás de nosotras hay un gran abanico de cartón donde está escrito LA REINA Y SU CORTE. Hay un fardo más alto que los otros, y me instalo en él. Las princesas se despliegan en arco a mi alrededor.

Las calles todavía están húmedas porque los bomberos las regaron con lo que quedaba del río. El polvo sólo se ha aquietado por un rato. Esta mañana, mientras venía a la ciudad con tío Wallace, me pareció que el campo se levantaba. La polvareda subía como el humo desde el horizonte, y le pregunté:

—¿Cuál es el pronóstico?

—Tiempo seco —respondió—. Y soleado. —Mientras lo decía, su cara parecía pequeña y apergaminada, como si la sequía también lo marchitara a él.

El desfile se pone en movimiento, y media manzana más adelante veo que un ordenanza de la residencia de veteranos descarga a mi tío de un camión especial con una cúpula transparente. Russell está atado a su silla de ruedas con tiras de cuero que parecen parte del uniforme. Tiene puestas todas sus medallas, una mancha brillante caída sobre su pecho. El hombre lo arrastra a sacudidas al lado de la carroza y lo inclina tanto que Russell se echa hacia adelante.

Me pongo de pie y grito desde la carroza en movimiento:

—Necesita beber algo. ¿No ven que tiene sed? ¡Tráiganle algo!

La gente se vuelve. Señalo a Russell y vuelvo a gritar hasta que un legionario viene a la carrera con una cantimplora llena. Parecería que tengo el mando y que ya soy reina, porque el legionario y el ordenanza ponen cuidadosamente a Russell en su sitio, en mitad del campo de batalla de opereta cubierto de esas amapolas de plástico y alambre que venden los veteranos todos los años. Russell bebe de la cantimplora, echando atrás la

cabeza. Veo cómo traga el agua y luego todo el desfile avanza calle abajo y Russell, apretado entre la trinchera y los rifles cruzados, mira la parte trasera del jeep de la Guardia Nacional que debe remolcarlo.

P. J. toca la bocina y me siento en mi fardo de heno. He dejado caer el chal de encaje, y alguna parte de mi mente tiene conciencia de que las demás candidatas se están llenando los ojos con mi vestido de planta. Pero no me importa. Empiezo a moverme como un limpiaparabrisas, tal como me aconsejó la profesora de educación física, que participó en el concurso para elegir a Miss Dakota del Norte. Muy lentamente, hacia adelante y hacia atrás. Sonreír, sonreír, sonreír.

Aunque la calle es ancha, los coches están aparcados en tres filas, justo hasta el costado de las carrozas. Cuando pasamos, todos saludan y sus manos están a centímetros de nuestras caras, y nosotras devolvemos el saludo en silencio con nuestras manos a centímetros de sus caras. La ilusión de nuestra grandeza nos rodea como una burbuja. Estamos como aisladas, sordas y mudas ante nuestros admiradores. Y así escucho una conversación que se refiere a mí con tanta claridad que no deja lugar a dudas.

—¿Cuál crees que ganará?

—Ah, ésa. La gordita pelirroja.

—Bromeas.

—No, será ella. Lo sé. Mi hermano lo supo por Pfef.

—¿De veras?

—El arregló todo. La hizo elegir y él mismo contó los votos.

—¿Es pariente de ella?

—Es la sobrina o algo así.

—Oh.

—La madre es aquella india. Ésa tan alta.

—No se le parece.

Al principio me mareo un poco. A mi alrededor todo es un torbellino. Trato de limpiar el aire, pero la muchedumbre se borronea. Sonrío hasta que me duelen las mejillas. Y entonces, gradualmente, las cosas empiezan a aclararse. Estoy enfrentando la realidad, como por ejemplo el hecho de que todas las demás chicas han oído esa conversación. Miro casualmente hacia abajo, y las cuatro princesas se apresuran a girar y a mirarme. Es evidente que están muy furiosas, pero también felices. No pueden esperar el momento de sacar esta historia a la luz.

Me hundo en mí misma. Alguna parte de mi mente sabía que tío Wallace había arreglado esto. Pero a nadie le gusta admitir una cosa así, de modo que

no lo hice. Por lo menos, pienso, podría haber guardado cuidadosamente el secreto. Y ahora es el chisme del momento. Una de las princesas cacarea:

—Esto no es justo, no es justo. —Mientras habla, saluda y sonrío. Muevo la cabeza sobre su largo cuello y yo decido, en mi carácter de reina, que se la cortaré—. Esto debe saberse. Alguien debería decirlo. —No se calla.

—Oye —le grito al oído—. ¿Crees que yo quiero ser la reina?

Se aparta y me mira con expresión de pena, pero las otras responden por ella.

—¿Por qué no? ¿Por qué no querrías? Todas las tiendas te darán vales de compra de regalo. Te quedarás con la corona. El Sentinel sacará un largo artículo. Estoy segura de que te sacarán una bonita foto entre cortinados, y espero que lleves ese vestido. Parece, quiero decir que es, *una lechuga aplastada*.

Me están volviendo peligrosa.

—¡Es un maldito modelo! —grito. Esto las acalla, o al menos hace que se limiten a susurrar entre ellas lo bastante alto para que yo las oiga.

—Debe de haberlo ganado en un sorteo.

—Yo sé exactamente dónde lo encontró: en la tienda de Tallas Grandes de Grand Forks. Lo vi cuando estuve allí. Estaba en un maniquí en el escaparate con un cartelito colgado del cuello que decía «Descuento del 90 por ciento».

Comprendo que lo que dicen del vestido probablemente es cierto. Allí es donde suele comprar tía Mary. Nada le queda bien, porque está hecha como una nave de cemento, y esa tienda siempre tiene ofertas fantásticas.

—Las mataré —digo, con el deseo de estrangularlas allí mismo. Pero no puedo hacer que se callen, por supuesto, y hasta ellas deben advertir que en mi voz no hay convicción. Hay en cambio abatimiento y profunda depresión. Nunca me he sentido peor.

Veo cómo giran a lo lejos las carrozas y las bandas cuando entran en la fiesta. Se mueven tan lentamente y giran con tal torpeza que esa última parte parece eterna. Estamos atrapadas entre el bramido de las trompetas, el repique de los tambores y un interminable refrito de los temas de *El doctor Zivago*. Cuando las bandas de la escuela se detienen, empieza a tocar la Banda de los Viejos. Los ciudadanos maduros están curiosamente vestidos con chalecos y sombreros hechos de latas de cerveza achatadas y unidas por los bordes. Alzan los instrumentos. Asienten tres veces y empiezan. La música desafina, tan carente de melodía como el viento.

Quizá esa música imposible me afecta la mente, porque en ese momento empiezo a pensar en la venganza.

Sólo una vez me he enfadado antes con tío Wallace, y cuando eso ocurrió me enfadé con él más que nunca con nadie. Pero aquel enfado no era nada, sólo un resentimiento. Éste es de verdad. *¿Cómo pudo hacerme esto?*, me pregunto mientras bajo de la carroza. Estamos al final del desfile. Delante de mis ojos hay una niebla roja.

En todas partes hay barracas llenas de terneros y cerdos bien limpios. En el pabellón de las Hijas Católicas hay un bingo en pleno funcionamiento y una venta de pasteles. También hay juegos de destreza con esos enormes perros rosados que nadie gana nunca, y por todas partes se ve el jarabe azul brillante, se siente el calor salado de las pajaritas recién hechas de maíz, el calor dulce del caramelo hilado y se oye crepitar unas salchichas de treinta centímetros de largo. Creo que voy a desvanecerme si no como algo, pero sigo adelante. La multitud se mueve ahora hacia la tribuna principal, donde se oye un megáfono. Corro a lo largo de barracas y tenderetes, más allá de los olmos. Sé que tío Wallace debe de estar en alguna parte entre las tiendas de caridad, organizando algo o vendiendo detrás de un mostrador. Y así es. Es demasiado fácil. Lo encuentro en el puesto de la víctima, el blanco, más sencillo del mundo. Compro tres pelotas para el tanque de inmersión.

Alzo la primera. Oigo que el megáfono invita a la gente a la tribuna para la coronación de Reina de la Remolacha.

—No, Wallacette, por favor —dice tío Wallace.

Cuando me llama así veo todo rojo.

—¡Lo has contado! —grito—. ¡Tramposo!

Durante unos segundos, hasta que la última pelota está en el aire, me siento bien. Pero cuando cae al agua me vuelvo, casi enceguecida por lo que he hecho, y camino avergonzada hacia la tribuna. La cara de tío Wallace parecía tan vieja y demacrada que no puedo soportar su imagen. Quiero correr. Quiero saltar al Classic de P. J. y hacer que me lleve al Canadá. Primero Russell, ahora Wallace, y luego el punto más negro de mi vida. No tengo por qué seguir adelante con esto, pienso, verdaderamente, no. Podría deslizarme en alguno de los pabellones, esconderme en los establos. Hay un avión blanco al final del terreno. Mientras subo a la plataforma donde ya están el alcalde, tío Russell y las princesas, pienso todavía que podría fingir alguna horrible convulsión. La ambulancia vendría aullando con las balizas centelleantes y los hombres de blanco se acercarían a la carrera. Me levantarían como un saco y me pondrían en una camilla. Se esforzarían para meterme por la portezuela como habían hecho para bajar a Russell. Pero no haría eso. Se me estaba ocurriendo una idea mucho mejor.

El sol es una terrible bola blanca que abrasa las tablas de la plataforma. Los asientos de las sillas plegables de aluminio están calientes como estufas. Me siento. El vestido ayuda, al menos sirve para una cosa. Acomodo las vueltas de mi falda como un cojín protector y allí mismo, ante los ojos de mi familia y de toda la ciudad, mi plan empieza a tomar forma como una especie de resultado lógico. Hay un hilo que empieza con mi abuela Adelaide y llega a mí a través de mi padre. Ese hilo es la huida.

Sé que desde la tribuna mi familia me mira con los ojos preparados como trampas. No los miro, sino que me vuelvo hacia Russell. Está al final de la hilera de sillas. Tiene la boca torcida, un mechón de pelo caído sobre la frente. Las arrugas de su cara, profundas y oscuras, irregulares, recuerdan la tierra seca.

—Con gran placer —dice el alcalde, después de ajustar el micrófono— les doy la bienvenida al primer Festival de la Remolacha azucarera.

Apenas tengo tiempo.

—¡La reina tiene que volar! —le grito a Tom B. Peske, el piloto—. Es un truco publicitario. Vamos. ¡Arriba!

Me deja subir y mientras carreteamos le digo que estoy acostumbrada y preparándome para conseguir mi licencia. Por eso se sorprende cuando a unos treinta metros de altura cierro los ojos y dejo caer la cabeza sobre mi pecho. El avión se sacude, tiembla, gira como un cohete. Me siento ligera y desconectada. Me incorporo y grito que me lleve abajo. Responde. Tiene que escribir mi nombre. Mi horrible nombre. Diez letras.

Respiro lenta y profundamente hasta que el mundo se aclara a través del parabrisas del avión, y me atrevo a moverme. Me muevo por centímetros, y compruebo con sorpresa que estoy demasiado mortalmente mareada, por el movimiento o la impresión, para tener miedo. Me estremecen la inmensidad, el mundo inclinado, la falta de límite entre el cielo y la tierra. De los campos arados surgen túneles de aire caliente. Cada vez que pasamos encima de uno, cada vez que pienso lo que debemos parecer vistos desde abajo, grito. Es lo único que me impide vomitar. Chillo tanto, mientras trazamos las letras, que el piloto Tom B. Peske grita que lo estoy ensordeciendo. Lo único que hago bien es ayudarlo a sembrar las nubes. Vamos hacia el oeste, donde hay un grupo de cumulus. Cargo los cartuchos de ioduro de plata en la pistola de señales exactamente como él me indica, y luego saco el cañón por la ventanilla mientras él vuela a ciegas. Mis dedos aferran la suave culata de la

pistola. Siento sabor a hierro en la boca. Miro las manos de Tom B., firmes en los mandos, y me concentro en disparar los cartuchos. Pasa una hora antes de que volvamos y giremos alrededor de la tribuna.

Mientras descendemos decido morir con los ojos abiertos. De modo que veo todo, el brusco aumento de tamaño, la tierra que sube hacia nosotros, la feria como un cuadro que se esfuma y luego entra rápidamente en foco cuando se reduce la velocidad. Nos detenemos muy cerca de la tribuna semicircular.

Tom B. coge un anotador y empieza a escribir el informe del vuelo. Apenas advierte que bajo, o quizá está disgustado y contento de que me marche. Yo estoy tan feliz de pisar el suelo que no me importa, y tampoco me importa que el aire sea sofocante y que me ahogue en mi propio vestido. La tela está mojada de sudor, raspa y se me pega como una sábana llena de abrojos. Pero yo podría correr hasta la tercera base. A casa. Echo a andar, vacilando un poco, me enderezo. La plataforma está vacía, las sillas en desorden, los gallardetes caídos y en la tribuna hay gente dispersa que espera alguna brisa extraviada mientras come pasteles o patas de pollo. Nadie me advierte ni me señala, nadie se pone de pie para saludar a la reina. Y tampoco nadie me señala a gritos, lo que ya es algo. El alcalde se ha ido. También las princesas. Y Russell. Y Wallace. También tía Mary, y me detengo, con un brusco sobresalto.

Todo el tiempo, mientras estaba en el avión, imaginaba que ellos gritaban, se cubrían los ojos y rezaban. Estaba segura de que esperarían eternamente, o hasta que el avión bajara, pero no lo habían hecho.

Es un pensamiento triste, y no del todo acertado. Porque cuando me acerco miro mejor hacia la tribuna y veo que alguien me espera. Es mi madre, y de pronto no puedo dejar de verla. Tiene la piel áspera. Toda su cara parece magnetizada, como de hierro. Sus ojos castaño oscuro están rodeados de ojeras, pero llenos de ansiedad. Veo en sus ojos la fuerza de su amor. Es voluminoso y difícil de llevar, como un paquete que se desata todo el tiempo. Es como este vestido que nada puede excusar. Es una carga. Camino hacia ella, atraída por ella, incapaz de contenerme. Ella baja las escaleras y me extiende el ramo de rosas. Pesadas, apenas abiertas, las flores se han marchitado en sus tallos.

—Vamos —dice—. Me pregunto si puedes caminar con esos zapatos.

Me los quito. Las plantas de mis pies son duras como una lona, y echamos a andar. Mi madre dice que me prepare para la mala noticia acerca de tía Sita, pero no vacilo y sigo caminando a su lado entre la muchedumbre que se

mueve en círculos como un rebaño de ovejas, atontada por el calor, en las calles. El asfalto de la calzada arde y se pega a mis pies. Camino de casa me dice que tía Mary está en el velatorio, medio loca de preocupación por mí. Luego calla. No es eso lo que le resulta tan difícil decirme.

—El ha vuelto, ¿verdad? —le digo—. Está esperando en casa.

Pero no está. Cuando pasamos delante de la casa fresca y cerrada de tío Wallace, mi madre señala con el mentón y dice:

—Ése es su coche.

Es un modelo antiguo, estrecho, golpeado. Tiene marcas de soldadura sin pintar, cubiertas de polvo seco. Está aparcado de espaldas, listo para salir.

Me pongo los zapatos. La hierba junto al camino está a ras y corta como el cristal. Toco el brazo de mi madre para equilibrarme mientras caminamos. Las nubes cubren el cielo. Respiramos el aire polvoriento y caliente. Mi vestido es insoportable, un engorro que me quito apenas entramos en casa.

Me pongo una vieja camiseta suave y unos tejanos cortados y voy a la cocina. Ella se ha bajado las medias hasta los tobillos. Se ha quitado su ceñido cinturón. Ha tomado de la nevera un envase de zumo que bebemos sentadas a la mesa mientras hablamos de todo lo que ha ocurrido, y luego callamos. Llega la noche, negra y sin luna, serena y muy caliente. Me siento inmóvil mientras ella cocina, como los huevos con tostadas que prepara y bebo la leche que me sirve.

Quiero apoyarme en ella como se apoya el trigo en el viento, pero en cambio subo y me echo en mi cama. Miro el cielorraso largo rato, y dejo que la noche se vuelva más profunda a mi alrededor y cesen los ruidos distantes de coches y personas, y me dejo ir sobre un trozo de corteza que gira hasta que estoy casi dormida. Y entonces comienza.

Muy despacio al principio, agitando suavemente las hojas, luego más firme y más fuerte sobre el techo, llega el viento y sacude las canaletas. Se filtra por las persianas, golpea las puertas, hincha las cortinas como velas, inunda la casa oscura de olor a tierra mojada, olor a lluvia.

Aspiro y pienso en ella acostada en la habitación vecina, también con las mantas a los pies, los ojos muy abiertos, esperando.



Louise Erdrich nació en Wahpeton, Dakota del Norte, en 1954, y descende de alemanes e indios chippewas. Se graduó por el Dartmouth College en 1976 y se dedicó unos años a la enseñanza entre otras en la Johns Hopkins University, donde se doctoró en escritura creativa. En 1984 publicó un libro de poemas, *Jacklight*, y, al año siguiente, su primera novela, *Filtro de amor*, que recibió tres premios importantes: el **National Book Critics Circle Award for Fiction**, el **Premio Kaufman** para la mejor primera novela y el **Los Angeles Award** para la mejor novela de 1985. En 1986, apareció *La Reina de la Remolacha*, que la consagró definitivamente. Sólo faltaba un éxito de venta tan rotundo como el de la crítica.

Además de los ya mencionados ha seguido cosechando premios a lo largo de sus numerosas publicaciones, concediéndole en 2012, por su novela *La casa redonda*, el premio nacional de literatura **National Book Award for Fiction**.

Notas

[1] Competición de baile o marcha que se premiaba con pasteles. (*N. del T.*).
<<

[2] En castellano en el original. (*N. del T.*). <<

[3] Jacee (J. C.), miembro de la Junior Chamber of Commerce de USA. (*N. del T.*). <<